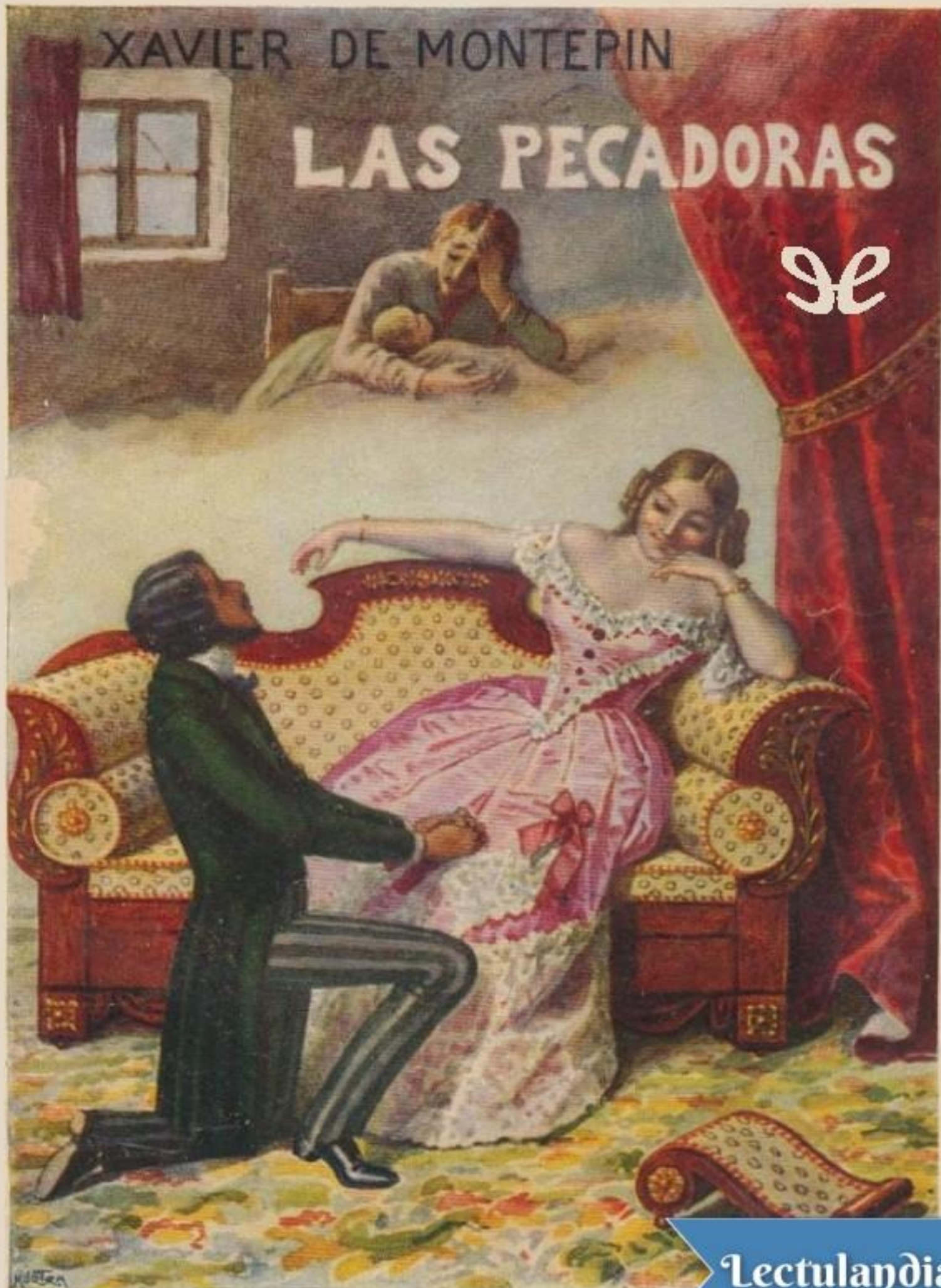


XAVIER DE MONTEPIN

LAS PECADORAS



Lectulandia

¿Cuál es el primer paso por el que llegan estas mujeres a la situación de opulencia, por un lado, y de sufrimiento por el otro, muchas veces de manera simultánea? Los hechos narrados en esta novela «son desgraciadamente asaz frecuentes, aunque parezca inverosímil; y podemos asegurar que la primera caída de la mayor parte de las jóvenes es el resultado casi siempre de un momento de imprudencia y de un concurso de circunstancias fortuitas, no debidas al cariño ni a la pasión».

Lectulandia

Xavier de Montépin

Las pecadoras

ePub r1.0

Titivillus 17.04.2018

Título original: *Les pécheresses*

Xavier de Montépin, 1848

Traducción: Luis L. Zabala

Digitalización original perteneciente a los fondos de la Biblioteca Nacional de España y distribuida bajo licencia CC-BY-NC-SA

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PIVOINE

EL PRIMER PASO DE UNA PECADORA

—¿Olibrius?

—Presente, maestro.

—¿Qué haces?

—Estoy moliendo negro.

—Deja ese trabajo y preséntate a mí.

—Ya estoy.

—Dame una pipa.

—¿Cuál?

—La quinta, la pequeña, negra.

—¡Ah! ¿*Joconda*?

—No, *Indiana*; procura recordar los nombres correspondientes a la numeración; es muy fácil:

Número 1. De espuma, *Werther*.

Número 2. Turca, *Solimán*.

Número 3. India, *O-jib-be-was*.

Número 4. Argelina. *Ald-el-Kader*.

Número 5. De barro, *Indiana*.

Número 6. *Waterloo*; luego *Regailleta*, *Biscorneta*. *Molok*, *Mogador*; es muy sencillo.

—Procuraré recordarlo.

—Muy bien.

—¿Hay que preparar *Indiana*?

—¡Claro!

—Es que...

—Es que... ¿qué?

—El bote del tabaco está vacío por completo.

—¡Ah! ¡Diablo!

—¿Queréis que vaya a comprar veinte céntimos de tabaco?

—¿Tienes dinero suelto, por casualidad, Olibrius?

—No.

—¡Ah! ¡Caramba!

—Pero se pueden cambiar cinco francos.

—Buena idea. ¿Y dónde están?

—Supongo que estarán en vuestro bolsillo.

—¡Ilusión engañosa!

—Entonces, ¿qué hago?

—Mira si *Werther* y *Solimán* tienen algún residuo: deben tener.

—Ni pizca.

—¿Pues qué se han hecho de ellos?

—Lodoisca los cogió ayer para limpiarse los dientes, cepillar los zapatos y hacer pitillos.

—¡Canastos! Eso sí que es fastidioso.

—Sí.

—En fin, ¡qué le vamos a hacer! a grandes males, grandes remedios; probemos fortuna. Olibrius, dame la bocina.

Ya es hora de que expliquemos a nuestros lectores quiénes son los personajes que acabamos de presentarles y cuyo diálogo no ha podido hacer apreciar su respectiva posición social.

Pero antes diremos dos palabras sobre el sitio en que se hallaban.

La escena tiene lugar en un taller, en el sexto piso de una casa de la calle de Fleurus, cerca del Luxemburgo.

A la derecha, la puerta de la escalera; a la izquierda, una ventana que da a un agujero muy profundo, cuadrado y oscuro, que tenía la pretensión de ser un patio.

En vez de techo, cristales.

En el centro de la habitación, un caballete sostenía una tela de regulares dimensiones.

Un poco más atrás, un bramante, sujeto a dos clavos, servía de pasador a una cortina de tela de colchón toda rota.

Aquella cortina cortaba uno de los ángulos del taller y formaba una especie de alcoba.

Por los agujeros se veía una cama de tarima con un solo colchón muy delgado.

En el ángulo opuesto, sobre un banquillo, uno de esos mármoles de que se sirven los pintores para moler los colores.

Junto a ese mármol, una estufa pequeña de hierro y un maniquí viejo, cubierto con un trapo encarnado y coronado de laurel.

Las paredes no tenían más adorno que una tablilla muy bien provista de pipas, algunas armas sin valor alguno y dos o tres bosquejos medianos.

Un armario de pino, cuatro sillas de paja sin asiento y una caja de colores, completaban aquel mobiliario poco lujoso.

Un joven de veintiséis a veintisiete años estaba sentado delante del caballete con una paleta en la mano. Era el dueño de la casa, Roberto Friquet, llamado por mote *Fra-Diavolo*.

El segundo personaje, al que hemos oído contestar al nombre de *Olibrius*, se llamaba en realidad Jacolín, y parecía tener de diez y seis a diez y siete años.

El sol del mes de agosto, cayendo de plano sobre la techumbre de cristales, convertía el taller en un horno encendido; así es que el traje de *Fra-Diavolo* era en extremo sencillo. Consistía en una camisa y un pantalón de terciopelo negro, todo lleno de manchas de pintura.

El rostro de Fra-Diavolo era hermoso y presentaba una muestra del tipo italiano, por más que el artista era hijo de una portera de la calle Coquénard.

Pero aquella portera, cuyo marido era sastre, había sido muy linda, y un año antes de nacer su único hijo cuidaba el cuarto de un hermoso napolitano que vivía en la casa.

Lo cual nada tiene de particular.

Fra-Diavolo llevaba largos cabellos negros. Abusaba del bigote con guías muy retorcidas. Abusaba también mucho del cuello de la camisa, vuelto sobre una estrecha cinta negra, y dejando el pescuezo descubierto por completo.

Vestía, por lo regular, una chaqueta de terciopelo y llevaba sombreros de castor de alas muy anchas.

Fra-Diavolo no dejaba de tener cierto talento.

Hacía copias bastante buenas de las obras de algunos maestros; pero tenía el defecto de creer que valía mucho y se figuraba que sus copias eran creaciones y confundía sus reminiscencias con la originalidad.

Olibrius, aprendiz de pura sangre, dotado de muy buena cara, llevaba una camisa azul y blanca, un pantalón de dril y grandes zapatos.

Una gorrita griega de terciopelo que había sido verde, salpicada de lentejuelas que fueron doradas, estaba colocada de medio lado sobre su cabeza.

Olibrius era tal vez el único ser en el mundo que creyese firmemente en el talento y en el porvenir de Fra-Diavolo; así es que le era adicto y estaba dedicado a él en cuerpo y alma.

Le molía los colores, le preparaba la paleta, le llenaba la pipa, le limpiaba las botas y vivía con él, bajo la base de un afecto fraternal y de una sincera igualdad.

—Dame la bocina, Olibrius —repitió Fra-Diavolo levantándose de su taburete, sobre el cual dejó la paleta.

El aprendiz revolvió uno de los rincones oscuros protegidos por la cortina, y volvió con un tubo de hoja de lata.

—Aquí está —dijo presentándoselo a Fra-Diavolo, que se acercó a la ventana abierta sobre el patio, se inclinó, se puso el instrumento junto a los labios y arrojó al espacio estas palabras:

—¡Eh! señora Potard, ¡eh!

Al cabo de un instante, una vocecita cascada contestó de abajo:

—¿Qué queréis?

—Veinte céntimos de tabaco, amor mío.

—¿Y el dinero?

—No tengo más que cinco francos. Otro día os lo daré.

—Bueno, ya voy.

—Está hecha la jugada —dijo Fra-Diavolo separándose de la ventana—. Olibrius, prepara a escape el buzón de correos. Anda pronto.

El aprendiz cogió enseguida una cestita atada a un cordel de extraordinaria

longitud, soltó con rapidez el cordel y un momento después la cestita tropezaba con el suelo del patio.

A los dos minutos, se oyó la voz de la señora Potard.

—Aquí está el tabaco y otra cosa —dijo.

Olibrius subió la cesta, que tenía dentro un paquetito de tabaco y un sobre lacrado.

—¿Qué es esto? —preguntó Fra-Diavolo.

—¡Toma! es una carta.

—¿Para quién?

—Para vos.

—Veamos. ¡Anda! huele a pachulí. No conozco esta letra. ¿De quién diablos será?

—Abridla y lo veréis.

El pintor rompió el lacre. En el sobre había un cartita y un papel color de rosa.

—¡Un billete para un palco! —exclamó Fra-Diavolo muy admirado.

—¿Para dónde?

—Para *Bobino*. Míralo: *Teatro del Luxemburgo. Proscenio principal, núm. 1*.

—¡Viva la Constitución! —exclamó Olibrius—. Iremos al teatro.

—Yo, sí. Nosotros, no —contestó Fra-Diavolo con gravedad.

—¿No hay más que una entrada? —preguntó el aprendiz contrariado.

—Hay varias.

—Entonces ¿por qué no queréis llevarme?

—Porque no puedo, Olibrius.

—¿Cuál es la causa?

—Lee esto.

Y el artista presentó a su discípulo la carta, que no decía más que dos palabras: «*Venid solo*».

—¿Qué querrá decir esto? —preguntó Olibrius.

—Quiere decir —contestó Fra-Diavolo retorciéndose el bigote—, que he hecho una conquista, que la que me escribe es una mujer y que se trata de una cita.

II

—Sí —prosiguió Fra-Diavolo—, no cabe duda que es una mujer; pero ¿qué mujer? ¿Una antigua conocida?... Se abstendría por completo de esos aires misteriosos... ¿Un modelo enamorado de su pintor?... Los modelos no tienen dinero para gastarlo... ¿Una gran dama, una condesa?... Esa suposición me sonríe, pero la creo errónea.

»El teatro Bobino no es bastante aristocrático para que lo hubiera elegido una condesa. ¿Será tal vez una actriz, una artista, una aficionada a las bellas artes, que esté enamorada de mi persona?... ¡Eso es! ¡Apuesto ciento contra uno! Talía me llama, Momo me corona y Cupido me sonríe. ¡Viva la alegría y las patatas fritas! Olibrius, ¿qué hora es?

—Ya sabéis —contestó el aprendiz con cierto tinte de mal humor— que el reloj está guardado en casa de *Tia*.

—Entonces corre, *presto*, rueda por las escaleras, consulta el cronómetro del tendero de la esquina, y mira el cartel del teatro para darme cuenta de la composición del espectáculo y de la hora a que empieza.

Mientras que el aprendiz desempeñaba el encargo que le habían dado por partida doble, Fra-Diavolo volvió a sentarse delante de su caballete, y dio algunas pinceladas a diestro y siniestro en un cuadro que bosquejaba, cuadro mitológico y anacreóntico, representando una ninfa dormida, sorprendida en un traje bastante más que ligero por un Fauno de ardiente mirada.

A los cinco minutos escasos, vino Olibrius.

—Son las cuatro y diez —dijo.

—¿Y se empieza a...?

—A las cinco y cuarto.

—¿Y qué representan?

—Aquí está el cartel, lo he robado del anunciador. Por cierto, que el portero del teatro me ha visto y ha empezado a soltar por aquella boca toda clase de insultos.

Mientras hablaba, Olibrius sacó de debajo de su blusa una hoja grande de papel encarnado, la desdobló y presentó el cartel siguiente a Fra-Diavolo:



—¡Pivoine! —exclamó el pintor—: Ese nombre me gusta. ¿Conoces a esa actriz, Olibrius?

—¿Cómo queréis que la conozca, si no me dais dinero para ir al teatro?

—Es verdad, pero se me figura que frecuentas los alrededores del teatro a la hora de los ensayos, sobre todo los días de lluvia.

—¿Para qué?

—Para estudiar por el natural las piernas de las actrices, pequeño volcán.

—En verdad que no.

—¿De veras?

—Palabra de honor.

—Al fin y al cabo, me importa muy poco; pero el tiempo pasa, y ya va siendo hora de que empiece a vestirme. Vamos allá.

—¿Y comer?

—No tengo ganas, cenaré cuando vuelva. ¿Qué hay en la despensa?

—Pan duro y veinte céntimos de queso de Italia.

—Come la mitad y déjame el resto.

—Corriente.

—Ahora, dame un consejo, Olibrius.

—Con mucho gusto.

—¿Qué frac debo ponerme?

—¿Cómo?

—Te pregunto el frac que debo ponerme.

—Ya lo he oído.

—¿Pues entonces?

—Pero no he comprendido...

—¿No?

—¿Tenéis, pues, varios fracs ahora?

—No, no tengo más que uno.

—¿El verde?

—Sí.

—¿Con botones dorados?

—Claro.

—¿Es el único?

—¡Toma! ¡Ya lo creo!

—Escoged ese.

—Tienes razón; tráemelo para que examine su estado de conservación.

Olibrius trajo el frac, y, previo un gesto de su amo, se lo endosó al maniquí. Fra-Diavolo dio vueltas alrededor y echó una mirada tierna y satisfecha a aquel antiguo, a aquel fiel amigo.

—¿Sabes que este frac es muy elegante? —dijo de pronto—; no le falta nada. Lo mandé hacer un día de gran prosperidad. Acababan de pagarme cincuenta escudos por un cuadro, una obra maestra.

»*¡Qué tiempos aquellos! ¡Ya no volverán!*

Y esta cita clásica fue acompañada de un suspiro.

—Me parece que las costuras blanquean algo.

—¿Te parece?... Puede ser... vamos a remediarlo...

—¿Cómo?

—Ya verás, prepárame un verde del mismo matiz que el frac sobre la paleta de la acuarela.

Olibrius lo hizo en un momento.

Fra-Diavolo cogió un pincel y devolvió a las costuras averiadas su primitivo color.

—Vamos, bien —dijo—, dame mi pantalón blanco.

—Está sucio.

—¡Caramba! eso sí que es desagradable; pero no importa, enséñamelo.

Una vez examinado, quedó demostrado que el dril, blanco en otro tiempo, había llegado a adquirir un color *de ante* muy original.

Fra-Diavolo no era hombre que se apurase por tan poco. Preparó color rosa, y trazó sobre el pantalón, con gran asombro de Olibrius, un número inconmensurable de rayas, que disimularon casi casi la sospechosa limpieza de la tela.

—Perfectamente; pasemos ahora al chaleco.

—No hay ninguno.

—¡Cómo que no hay ninguno!

—No.

—¡Eso sí que pasa de castaño oscuro! Di dos a la lavandera, con cuatro cuellos postizos, hace más de quince días, y...

—Sí, la lavandera vino a traerlos la semana pasada; no me he acordado de decíroslo.

—Pues entonces...

—Es que pretendía que le debíais ya cuarenta y un francos y setenta y cinco céntimos, y añadió que se quedaba con la ropa hasta que le dierais algo a cuenta.

—¡Oh!, ¡virtud, no eres más que una palabra vana!... —exclamó el artista—. ¡Una mujer a quien he propuesto concederle mi amor!... ¡*Oh tempora!*, ¡*oh mores!* Dame una tijeras y papel blanco.

—Tomad.

—Ahora busca en el fondo del baúl un chaleco viejo de terciopelo hecho pedazos, que ningún trapero quiso llevarse.

—Aquí está.

Fra-Diavolo extendió sobre la mesa el trapajo que le presentaba el aprendiz, y cortó el papel blanco, siguiendo con precisión los contornos de aquella exprenda.

—Olibrius, pinta sobre esto algo brillante y rico; un damasco a lo Véronése, pronto.

Mientras que aquel obedecía, su amo pasó revista a un par de botas y otro de zapatos, y notó con sentimiento que ambos pares sonreían de un modo lamentable.

Pero Fra-Diavolo no se daba por vencido.

No pudiendo ocultar los agujeros, resolvió hacerlos inverosímiles; pasó sobre el estropeado becerro una doble mano de barniz de cuadros, suponiendo muy juiciosamente que nadie sospecharía que unas botas tan brillantes tuvieran agujeros.

Terminados estos preparativos, Fra-Diavolo se puso el pantalón, se ciñó una corbata de seda negra con flores, muy estropeada, pero hizo un lazo escandaloso.

Sujetó con alfileres el supuesto chaleco que Olibrius acababa de pintar, y que parecía damasco, se atusó sus largos cabellos negros y el retorcido bigote, se plantó el frac, buscó los guantes, y como no encontró más que uno, determinó ponérselo en la mano derecha y ocultar la otra mano en las profundidades del bolsillo del pantalón.

Se caló el sombrero de anchas alas, muy inclinado sobre la oreja derecha, a estilo

de los retratos de Van-Dick, y dijo por fin a Olibrius:

—Ocúpate en arreglar el taller; quiero que haya mucho orden.

—¿Por qué?

—Porque puede ser que no vuelva solo —contestó Fra-Diavolo con fatuidad.

—¡Comprendido! Se hará.

—Ahora, dobla el cartel que has robado, y dámelo.

—¿Acaso pensáis devolverlo a la administración del teatro?

—No, pero quiero ahorrarme el gasto enorme de un programa...

—¡Buena idea!

—Adiós, Olibrius.

—Adiós, maestro; buena suerte.

—Gracias.

Fra-Diavolo bajó la escalera tarareando y se encaminó al teatro de Luxemburgo.

III

Miró con aire desdeñoso la media docena de tenderos y grisetas que esperaban turno para tomar los billetes en el despacho, inclinó aún más el sombrero a la derecha y entró en el teatro, presentando orgullosamente el billete a los porteros.

—Proscenio de cuatro entradas —dijo uno—, ¿el señor viene solo?

—Ya lo veis.

—¿El señor espera a alguien?

—¡Nada de eso! —exclamó el artista con tono ofendido—; cuando honro con mi presencia los teatros pequeños como este, acostumbro a tomar un proscenio para mí solo; si no, sería muy cursi.

Y Fra-Diavolo, después de haber hecho un gesto altanero, subió por la escalera que le indicaron y entró en el palco, cuya puerta se cerró tras él en medio de los saludos respetuosos de la acomodadora de los palcos, deslumbrada por los encantos naturales y artificiales de nuestro personaje.

La función no había empezado aún. La sala estaba casi vacía y la orquesta huérfana de los cuatro músicos que la componían.

Fra-Diavolo sintió haber llegado tan pronto. Cruzó las piernas, se recostó en la banqueta, y sacando del bolsillo el cartel, lo desdobló y se puso a recorrerlo con mirada distraída.

De pronto, un gran ruido y un gran movimiento le hicieron levantar la cabeza. Era que entraba el público, un público bullicioso, compuesto en su mayor parte de estudiantes y grisetas.

Dos parejas de estos entraron en el palco contiguo al que ocupaba Fra-Diavolo.

Los hombres eran jóvenes, de aspecto elegante, y las mujeres, lindas ambas, desmentían con su desparpajo y sus expresiones lo que hubiera podido suponerse al ver la casi distinción y casi buen gusto de sus trajes respectivos.

Fra-Diavolo los escuchaba y los miraba con envidiosa curiosidad.

—Pablo, hijo mío —decía una de las dos jóvenes—, tengo mucha sed.

—¡Ya!

—Sí.

—¿Qué quieres beber?

—Lo que quieras; cualquier cosa.

—¿Cerveza?

—No.

—¿Horchata?

—No.

—¿Limonada?

—Tampoco.

—Pero entonces, ¿qué quieres? ¡Eres insoportable, Florencia!

—Pide jarabe de piña.

—¡Estás loca! Aquí no lo hay.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

—Pues bien, entonces, me contentaré con un grog de rom y algunas guindas en aguardiente.

—Voy a mandar que te las traigan.

—De paso, cómprame naranjas, bizcochos, macarrones, yemas y caramelos.

—Por lo visto, tienes tanta hambre como sed.

—Es para entretenerme en algo mientras cenamos, pues supongo que iremos a cenar, ¿no es verdad?

—Sí por cierto.

—Bueno. Anda, Pablito, vuelve pronto, que tengo mucha sed.

Pablo salió del palco procurando recordar las diferentes cosas que le habían pedido.

—Alfredo, pichón mío —dijo a su vez la otra voz.

—¿Qué quieres, Armanda?

—¡Me aburro!

—Muchas gracias.

—¡Tonto! no lo digo por ti; pero quisiera que se empezara la función; aquí huele mal.

—Van a empezar enseguida.

—Pide un programa.

Alfredo abrió la puerta del palco y llamó a la acomodadora. En aquel momento volvía Pablo cargado de provisiones. Trajeron el programa.

Florencia comió, Armanda leyó; las dos bebieron.

—¿Has visto hoy al pobre Arsenio? —preguntó Alfredo a su amigo Pablo.

—No, me ha escrito dos letras mandándome los billetes.

—Y a mí también. Probablemente le veremos esta noche.

—Casi de seguro. Probablemente, ahora estará entre bastidores.

—Claro, con su querida, con su *Pivoine*.

—Yo no la conozco; ¿y tú?

—Yo sí, la he visto una vez.

—¿Dónde?

—En casa de Arsenio.

—¿Es linda, verdad?

—Como un ángel.

—¿Y coqueta?

—Como un demonio.

—¿Crees que esté enamorada de Arsenio?

—¡Enamorada! ¡Ni mucho menos!

—Entonces, ¿le está explotando?

—Esa es la palabra: se ha ido con él para que le haga debutar. El teatro es una posición para una mujer.

—En Bobino, ¡con veinticinco francos de honorarios por mes! ¡Cállate!

—Sí; ¿no cuentas los *fuegos*...?

—¡Que inspira! ¡Ah! ¡Ah! muy bien dicho.

—¡Pobre Arsenio! El corazón debe latirle muy fuerte al empezar la primera representación de su comedia.

—Es natural.

—Y dime, ¿crees tú que su comedia tendrá buen éxito?

—¡Cá! no.

—¿Por qué?

—Porque las comedias de los aficionados son siempre malas, y Arsenio Bachu no es quién para hacer excepción.

—Sí; pero como ha regalado casi todos los billetes a sus amigos, está seguro de que no le silbarán.

—¡Qué tontería! ¿Crees acaso que por eso he renunciado yo al derecho de criticar libremente? Si la comedia es mala, silbaré con todas mis fuerzas.

—Debe serlo.

—Seamos justos...

—Y para ser justos, silbemos.

—Corriente, silbaremos.

Durante la anterior conversación, ocurría en el palco de Fra-Diavolo una cosa rara y misteriosa. Una vieja, de aspecto muy ridículo, entreabrió la puerta del proscenio, y llamó muy quedito:

—Pscht...

—¿Eh?... —preguntó Fra-Diavolo volviéndose.

—¿Caballero?

—¿Qué?

—¿Sois vos?

—¿Quién?

—¿El joven?

—¿Qué joven?

—El artista, vamos...

—Artista, sí.

—Entonces, tomad.

Y la vieja alargó un objeto a Fra-Diavolo.

—¿Qué es eso? —preguntó este.

—El ramo.

—¿Qué ramo?

—El de la señora.

—¿Qué señora?

—Ya lo sabéis.

—Lléveme el diablo si os entiendo. Explicaos, buena mujer.

—Es inútil... Es para el tercer acto.

—¿De qué?

—De *Magdalenita*. Después de la gran escena...

—¿Y qué?

—Lo arrojaréis.

—¿A quién?

—¡Qué bromista sois! —dijo la vieja cerrando la puerta y dejando en poder de Fra-Diavolo un magnífico ramo.

IV

En aquel momento dieron tres golpecitos por detrás del telón, y los señores músicos ejecutaron una melodía fantástica, muy a propósito para hacer escapar a todos los aficionados al teatro Italiano.

Cuando acabó la sinfonía, se empezó la comedia *Piccolo*, de la que no pensamos ocuparnos.

Fra-Diavolo, que iba muy raras veces al teatro, se entregó por completo al interés de la acción dramática. Había colocado el ramo en una silla, se había recostado en el antepecho de su proscenio, y se olvidó de que era él también actor en otra comedia, cuyo desenlace desconocía y cuyo autor ignoraba.

Piccolo se terminó.

Empezó el entreacto, que fue exageradamente largo, como todos los que preceden a un estreno. Pero al fin y al cabo, se acabó también. Tocaron otro remedo de sinfonía, y se levantó el telón para el primer acto de *Magdalenita*.

El ruido cesó poco a poco, y la atención de Fra-Diavolo fue mayor.

La escena representa un cuarto de estudiante. En el centro de la habitación una mesa con todos los preparativos para una cena de carnaval. Un traje de *marinero* se ve sobre una silla al lado de otro de *pierrot*.

En el fondo una alcoba cerrada.

El inquilino del cuarto y un amigo suyo, jóvenes ambos, ambos estudiantes, charlan alegremente, regocijándose de antemano con los placeres de una noche de baile. Pero no van solos. La mesa está dispuesta para cuatro personas. *Rosina* va a venir, y con ella la perla del barrio Latino, *Magdalenita*, la de los ojos azules, los cabellos de ébano y el corazón de oro.

La puerta se abre con estrépito, y dos jóvenes entran.

La una es *Rosina*, hermosa rubia de contornos muy pronunciados y de aire provocativo. La otra es *Magdalenita*, o, por mejor decir, la debutante *Pivoine*.

Es imposible ver una mujer, si no más hermosa, por lo menos más encantadora que esta última.

Mediana estatura, fina, esbelta, con un busto de hermosas líneas curvas y unas caderas móviles.

Rostro fresco y aterciopelado como un melocotón, boca pequeña y burlona con labios rojos como una granada en flor, descubriendo casi continuamente unos dientecitos blancos como la leche.

Bajo una frente pura, bajo una frente de niña, grandes ojos azules, tan pronto tímidos y dulces, como velados por una nube de deseo y de voluptuosidad. Cabellos negros y espléndidos. Manos y pies muy pequeños y de una forma muy perfecta.

Añádase a esto un traje muy lindo, compuesto de un vestido de seda de una

indiscreción maravillosa, un delantalito y un pañolón que apenas se sostiene en los hombros.

He ahí a Pivoine al salir a escena.

Los jóvenes aplauden.

Fra-Diavolo, deslumbrado, devora a la actriz con la vista, y su cabeza está a punto de extraviarse cuando siente la mirada de la joven detenerse sobre él durante un segundo, con una intención evidentemente benévola.

La pieza, interrumpida un momento por los aplausos, continúa.

Magdalenita aprovecha un pretexto para contar al público su historia.

Ha nacido en Marsella.

Su padre era un rico comerciante.

Arruinado por el infame abuso de confianza de un asociado que desapareció, llevándose toda su fortuna, murió de dolor.

Poco después, la madre de *Magdalenita* le siguió al sepulcro, y la pobre niña llegó a París, donde fue criada por caridad.

Llegó por fin la edad de los amores.

Habían dicho a *Magdalenita* que era hermosa y que sería adorada.

Hizo caso de los piropos y de las palabras dulces, dio su corazón, primero a uno, luego a otro, y así llegó a ser alegre y loca griseta, la heroína de los bailes y la reina del barrio Latino.

Magdalenita está a punto de ser la querida de *Arturo*. Si no ha cedido aún, es porque conviene hacerse desear. Por lo demás, *Magdalenita* no deja de tener mérito al amar a *Arturo*, y a demostrárselo, pues acaba de rechazar las proposiciones brillantísimas de un viejo solterón muy rico, llamado *Óscar Faramundo*, que la persigue sin cesar.

Rosina, la amiga de *Magdalenita*, se encuentra en situación poco más o menos igual.

Por los hermosos ojos de *Federico*, el amigo de *Arturo*, rehúsa generosamente los ofrecimientos seductores del señor *Héctor Carlomagno*, otro solterón tan viejo y tan rico como *Faramundo*.

En cuanto a *Arturo*, no solo no tiene un cuarto, como hemos dicho antes, sino que tiene mucho menos, pues ha firmado un pagaré a la orden de cierto señor *Bigornó*, a quien no conoce, y como no lo ha pagado, se ve perseguido desde el día del fatal vencimiento, y oculta su domicilio a todo el mundo, excepto a algunos amigos, para escapar a los acreedores.

Se oye un gran ruido en la escalera. Alguien se ha caído: al mismo tiempo una voz quejumbrosa llama al dueño de la casa.

Arturo abre la puerta.

Magdalenita y *Rosina* se ocultan precipitadamente en la alcoba.

Arturo vuelve con otro personaje, que se apoya en su brazo. Es un viejecito pretencioso y grotesco, con peluca rubia, rizada, y pantalón ajustado.

Ha rodado por la escalera; su sombrero se ha convertido en un clac, la peluca ha cambiado de posición, la levita ha saltado por la espalda y el pantalón se ha rasgado por las rodillas.

Atanasio Robinete, pues tal es el nombre de ese quidam, ha entablado conocimiento con *Arturo* en un café, y le persigue a todas partes con la relación de sus supuestas conquistas amorosas.

Aquella noche viene a proponer al joven una cena a escote, y después una excursión al baile del *Prado*, pues a pesar de sus achaques, *Atanasio Robinete* asegura a todas las grisetas que las encuentra adorables y que se compromete a hacer su felicidad, si ellas quieren por su parte hacer la suya.

Como no podemos seguir paso a paso el desarrollo de la comedia, por no ser prolijos, diremos de una vez a nuestros lectores que los señores *Óscar Faramundo*, el enamorado de *Magdalenita*; *Héctor Carlomagno*, el perseguidor de *Rosina*; *Bigornó*, el acreedor de *Arturo*, y por fin, *Atanasio Robinete*, no son más que un solo personaje que cambia continuamente de disfraz y de personalidad.

Al amanecer del día siguiente, *Atanasio*, o mejor dicho, *Bigornó*, quiere mandar prender a *Arturo*, a cuyo efecto, un guardia, avisado de antemano, está preparado en la puerta del *Prado*.

Las jóvenes, que han conocido a su común adorador, salen de la alcoba disfrazadas y con antifaz, y se burlan a más y mejor del vejestorio, a quien llenan de improperios y sarcasmos feroces.

Cenan: *Arturo* y *Federico* se disfrazan.

Visten a *Robinete* con un traje de *pierrot* y los cinco personajes se van al *Prado*.
Cae el telón.

Como se ve, este acto no tiene nada de original ni de gran gracia. Pero Pivoine está tan incitante con su traje de marinero, que el público aplaude otra vez.

Fra-Diavolo estaba tan fascinado, que permaneció largo rato con la boca abierta y los ojos fijos en el telón, y cuando el eco del último aplauso se perdió entre el ruido de las conversaciones, empezó a gritar a voz en cuello:

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!

La gente miró, se sorprendió, se echó a reír, y, después de haber aplaudido a Pivoine, aplaudió a Fra-Diavolo.

Durante el entreacto, Arsenio Bachu se presentó en un palco proscenio que había estado desocupado hasta entonces, situado frente por frente del que ocupaba el pintor.

Arsenio era un muchacho de veinticinco años, alto, delgado, pálido, de rostro insípido y de cabellos largos y lisos. Estaba vestido con un esmero excesivo y ridículo. Recorrió todo el teatro con la mirada y distribuyó a derecha o izquierda saludos amistosos y protectores.

—¡Qué animal! —dijo Pablo a Alfredo—, muy seguro tiene que creerse del éxito de la comedia, para que venga a exhibirse al final del primer acto.

—Daría cualquier cosa por oír silbar la comedia.

—No creas que es tan difícil. La sala no está muy bien dispuesta, y si no hubiera sido por Pivoine, no sé lo que hubiera sucedido ya.

Empezó el segundo acto.

Estamos en el *Prado*, en una noche de baile de máscaras. Diez o doce comparsas se esfuerzan por representar una multitud alegre y embriagadora que salta y brinca al son de la música.

En el fondo va y viene, sombrío y mudo, un individuo de aspecto sospechoso. Es el guardia que acecha a su presa. Los principales personajes de la comedia, los que conocen nuestros lectores, entran en el baile.

Las dos jóvenes se entretienen en engañar al pobre *Robinete*, que se cree adorado, y cuando amanece ya, resulta que, a consecuencia de un cambio de traje que él cree indispensable para el buen éxito de sus proyectos amorosos, *Robinete* se ve detenido por el guardia, mientras *Arturo* se va a su casa con la mayor tranquilidad.

Se acaba el acto.

El entreacto siguiente es muy corto.

Cuando se levanta el telón, nos encontramos en casa de *Robinete*, que ha conseguido al fin y al cabo y a fuerza de trabajo que le soltaran de la cárcel.

En su casa, *Robinete* toma su nombre verdadero de *Bigornó* y deja de ser el fingido solterón, pues hace ya muchos años que está casado, y con una mujer de bastante mal genio, por cierto.

La casualidad lleva a casa del usurero a *Magdalenita* y a *Rosina*. Las grisetitas conocen inmediatamente a *Bigornó*, al que hacía el amor a ambas, lo cual coloca en

situación muy difícil al infiel marido.

Llegan también *Arturo* y *Federico*.

El primero sabe ya a qué atenerse con respecto a la verdadera posición social de su amigo supuesto.

El falso *Robinete*, cogido entre dos fuegos, se atolondra, pierde la chaveta y se le escapa una palabra imprudente, por la cual comprende *Magdalenita* que el usurero es el hombre que robó a su padre su fortuna.

Bigornó teme que se entere la justicia y tiene miedo de su mujer. Y como le amenazaban con demandarle y con contar a su mujer las ligerezas conyugales, le obligan a transigir.

Devuelve a *Magdalenita* una gran parte de la fortuna que había robado.

Rompe el pagaré de *Arturo*. Está corrido, avergonzado, desesperado.

Los dos amantes van a casarse dentro de ocho días.

Pivoine canta la copla final, el público aplaude a rabiar, cae el telón.

—¡El autor!, ¡el autor!

—¡*Pivoine*! ¡*Pivoine*! —gritan por todos lados.

Arsenio Bachu se pavonea en su proscenio. El telón vuelve a levantarse.

El nombre del autor pedían los concurrentes. Y *Pivoine*, conducida por el empresario, sale a la escena y son aplaudidos estrepitosamente.

En el mismo instante, la puerta del palco de *Fra-Diavolo* se abrió, dejando ver por segunda vez la cabeza de la acomodadora.

—¡Ya es tiempo! —dijo al oído del artista.

—¿Tiempo de qué? —preguntó sorprendido.

—¡El ramo, pronto, el ramo!

Fra-Diavolo tomó el ramo que esta le había entregado al principio, y que había olvidado completamente a causa de su preocupación.

Lo cogió y lo tiró al escenario, en medio de muchos otros, al tiempo que *Arsenio Bachu* echaba a los pies de la actriz uno magnífico de rosas y camelias.

Durante un instante, *Pivoine* quedó parada, pero bien pronto se decidió, y mirando con desdén todos los demás ramos, cogió el que le había arrojado el artista, echando a este una ojeada igual a las flechas que los *Parthos* lanzaban al huir.

VI

Se nos ha dicho muchas veces, y es probable que dirán lo mismo hoy de este libro, y os que somos inmorales.^[1]

Esta acusación nos parece muy injusta, y vamos a contestar a ella, una vez para todas, en pocas palabras.

Un autor inmoral, a nuestra manera de ver, es el que quiere falsear las creencias y los principios de los que leen sus libros.

No pertenecemos a la secta de los que niegan la *Providencia*, y proclaman en su lugar la *casualidad*, el *destino* o la *fatalidad*.

A nuestra manera de ver, no se puede en esta vida tomar sino uno de dos partidos, creer o no creer; queremos mejor humillarnos, ver en todo la mano de Dios y tener fe, que extraviarnos en los senderos de un escepticismo deplorable.

Muchos novelistas no son de nuestra opinión y tratan de hacerse seïdes de la *fatalidad*, tratando de hacer prevalecer el mal principio.

Lo repetimos, en donde ellos ven el azar nosotros vemos la Providencia. Como ellos, admitimos los hechos, pero queremos sacar de ellos conclusiones distintas.

He aquí nuestro fin.

Y ahora, querido lector, ya hemos dicho bastante para que nos perdonéis, y seguros de vuestra indulgencia, seguiremos esta interesante novela.

Era uno de los últimos días del mes de diciembre de 1845.

El cielo estaba sombrío y encapotado, espesa niebla subía del Sena, esparciéndose por la gran ciudad, y aunque solo eran las cuatro de la tarde, anochecía ya.

Una joven muy linda, que parecía agobiada de cansancio, llegaba a París por la barrera de Roule.

Aquella joven tendría a lo sumo diez y seis años, llevaba un traje que, a pesar de ser muy sencillo, atraía la atención de los transeúntes por su originalidad y por la desenvoltura de la que lo llevaba.

Consistía este en un vestido de lana, falda rayada de negro y blanco, cuerpo oscuro. La falda, muy corta, dejaba ver el nacimiento de una pierna fina y nerviosa, cubierta con una media azul y un pie muy mono, a pesar de sus zapatos demasiado grandes.

Un gran gorro normando y un pañolito de indiana en el cuello, completaban el traje de la joven, que además llevaba un paquetito envuelto en un pañuelo de los llamados vulgarmente de hierbas.

Aquella linda joven era Pivoine.

La mayor parte de nuestros lectores la conocen ya de larga fecha; sin embargo, para los que no hayan leído o hayan olvidado *Los Caballeros de Lansquenet*, debemos recordar en pocas palabras el pasado de nuestra heroína y decir por qué la

vemos llegar sola a París, a pie y con los ojos enrojecidos por las lágrimas, al anochecer de un día muy frío.

Pivoine, graciosa flor de los campos de la Normandía; Pivoine, cuya encantadora imagen ha desaparecido demasiado pronto de en medio de los sombríos héroes de la novela de que hablábamos hace un momento, Pivoine era la hija única del principal administrador del vizconde Julio de Nodesmes.

Sencilla, pero coqueta, sintió por vez primera que su corazón latía por el joven vizconde, que, tan cándido y más tímido aún que ella, le hablaba de amor bajo la magnífica arboleda del parque de Nodesmes, sin atreverse siquiera a besarle la punta de los dedos.

El viaje de Julio a París, en compañía de Jorge de Entragues, el jefe de la misteriosa asociación de los *Caballeros del Lansquenete* había destrozado aquella naciente pasión.

Algunos meses después volvió Julio; pero no estaba ya solo. Trajo con él a Danae, la cortesana duquesa, y no hizo ya caso de los ojos tan dulces de su humilde vasalla.

Desgraciadamente, con el vizconde volvió también Jorge de Entragues.

Este tuvo un capricho por Pivoine, que fue suya.

¡Misterio raro del corazón de las jóvenes! Aquel hombre, que desde el primer momento había conseguido, casi por violencia, lo que la niña hubiera negado a la pasión sencilla de Nodesmes, fue para ella el tipo supremo de la fuerza y de la belleza unidas.

Le amaba con idolatría, con respeto y hasta con miedo.

Una sonrisa de Jorge parecía un favor inesperado; y cuando la mirada de su amante se oscurecía, cuando su frente se arrugaba, una inmensa tristeza se apoderaba de la joven, que comprendía que ella, Pivoine, no podía ser nada en la vida del conde de Entragues.

Ahora bien, Jorge no había ido a Normandía sino para robar a la señorita de Choisy al conde de Fly, príncipe de Falckemberg, con el cual quería casarla el señor de Choisy, su padre.

Aquella misma noche el conde iba a robarla y a llevarla a París; todo estaba preparado ya. La silla de postas esperaba enganchada.

La casualidad hizo que Pivoine se hallase en el vestíbulo que formaba como una estufa, en el momento en que el dictador de los *Caballeros de Lansquenet* entraba en el pabellón del parque que Julio de Nodesmes le había destinado.

Pivoine pasaba largas horas en aquel recinto abandonando su alma a dulces sueños de amor y felicidad.

Esa noche se sentía poseída de esa sombría melancolía, precursora (por más que los escépticos niegan el caso) de funestos acontecimientos.

Un farol colgado en la pared alumbraba débilmente la estufa.

Jorge, al entrar, no vio a la joven, oculta detrás de una doble hilera de granados y

adelfas.

Cuando Pivoine iba a hablarle, oyó que descorrió el cerrojo de la primera puerta.

Dominada por un presentimiento celoso, Pivoine abrió la puerta tras él, y le siguió. Gracias a la oscuridad profunda que la envolvía, y a lo accidentado del parque, la joven pudo seguir paso a paso a su amante.

El señor de Entragues entró en el pabellón, subió a su cuarto, y después de permanecer en él algunos instantes, volvió a salir, envuelto en un ancho paletot y sombrero de campo puesto.

Esta circunstancia sorprendió a Pivoine, cuyo corazón, presa de viva emoción, latía con violencia; pero se ocultó guardando silencio, y esperó. En lugar de volver hacia el palacio, Jorge abrió la puerta excusada que daba al campo y salió. La joven, tras de él, seguía el mismo camino; pero la ruta era larga, y la niña sentía que sus pies se cansaban; tan pronto tropezaba con una piedra, como hacía crujir bajo su pie las hojas secas de los árboles.

Jorge, aunque distraído, se volvía de pronto oyendo esos ruidos, se paraba bruscamente y escuchaba, buscando con mirada escudriñadora en medio de las tinieblas.

Entonces Pivoine se paraba anhelante detrás de un matorral, y el silencio reinaba de nuevo.

De Entragues, creyendo haberse equivocado, seguía su camino. Varias veces el mismo ruido agitó el corazón del nocturno aventurero, sin lograr descubrir al que le causaba.

Vaga inquietud se apoderó de él y le hizo precipitar su marcha.

Por fin, apareció a alguna distancia una débil claridad.

Aquella luz brillaba en una ventana del palacio de Choisy.

Ya era hora.

Pivoine andaba ya con gran trabajo.

Jorge abrió la puertecilla del jardín con la llave comprada a un criado infiel, y entró.

Cuando llegó la joven, el señor de Entragues había desaparecido en la oscuridad. Pivoine, no queriendo entrar a oscuras en aquellos sitios desconocidos, y sintiendo que sus piernas se doblaban y no podían sostenerla ya, se recostó en la pared junto a la puertecilla y resolvió esperar resignada la salida de su amante.

Al cabo de una hora, el conde de Entragues, llevando del brazo a Esther, pálida y temblorosa, se presentó en el umbral.

Un temor vago hizo estremecer a la señorita de Choisy, cuya mano se apoyó con más fuerza en el brazo de su guía.

—Venid, Esther —le dijo Jorge—, venid y no tembléis así; os amo, ya lo sabéis, os respeto y mi vida os pertenece.

Pero tan pronto como acabó de pronunciar esa frase, una mujer surgió en la oscuridad gritando:

—¡Embustero!, ¡embustero!

—¿Qué significa esto? —murmuró el señor de Entragues, sorprendido por aquel obstáculo.

—¡Oh! quien quiera que seáis —continuó la aparición amenazadora, dirigiéndose a Esther—, quien quiera que seáis, no escuchéis a ese hombre, no le creáis, no le sigáis. Os engañaría como me ha engañado a mí, pues os está jurando que os ama, y es mi amante... sí, mi amante... el amante de Pivoine.

Y al decir esto, Pivoine, pues era ella, enlazando a Jorge con sus brazos, le dijo con voz suplicante, pasando sin transición del furor a la súplica:

—Me pertenesces... eres mío... te amo, Jorge... Jorge mío... te amo... no me abandones...

Pero el señor de Entragues había tomado ya una resolución.

Empujó a la pobre niña con tal violencia, que fue a caer casi sin conocimiento a alguna distancia de allí, exclamando:

—Esta muchacha está loca, Esther, os lo juro, no la conozco.

Pero Esther no estaba allí ya para oír esas palabras; desde el principio de la corta escena que acabamos de contar, se había internado en las profundidades del jardín, llena de terror y de indignación.

El conde de Entragues fue a buscarla, pero sin conseguir alcanzarla.

Cuando furioso y desesperado volvió junto a la puertecilla, Pivoine había desaparecido.

Ni aquella noche, ni al día siguiente la volvieron a ver en Nodemes. No se volvió a oír hablar de ella en la comarca.

Las pesquisas de su desconsolado padre y del vizconde, fueron completamente infructuosas, y corrió la voz por todas partes de que Pivoine había perecido ahogada en algún estanque.

VII

Pivoine se había levantado del suelo con el corazón y el cuerpo destrozados, y echó a correr con el único objeto de alejarse de aquel sitio; pues pensaba que si el conde de Entragues la encontraba allí, después de lo ocurrido, la mataría para vengarse.

A este temor, que la exaltaba hasta la demencia, se unía el de encontrarse frente a frente con su padre, pues le parecía que iba a leer en su frente su vergüenza y su desgracia, y que la arrojaría maldiciéndola.

Determinó alejarse para siempre.

Sostenida durante su rápida carrera por esa fuerza nerviosa que nunca falta a las mujeres en los momentos supremos, franqueó con incomprensible rapidez la distancia que separaba el palacio de Choisy del de Nodemes.

Entró en el pabellón, después en el parque; se escurrió furtivamente en la casa que ocupaba su padre, a algunos centenares de pasos del palacio.

Entró por última vez en su cuarto, abrió de par en par su armario de nogal, envolvió apresuradamente en un pañuelo algunas prendas de vestir, se puso en el cuello la cruz de oro, recuerdo de su madre, y cogió una bolsita con algunos francos nuevecitos que su padre le daba en algunas circunstancias solemnes, como el día de Año Nuevo y el día de su santo. Ese capital formaba una cantidad de diez y ocho francos.

Estos cortos preliminares concluidos, entró en el cuarto de su padre, que se hallaba ausente por algunos días, se arrodilló delante del viejo sillón en donde este tenía costumbre de sentarse, y besó con respeto la almohada de la cama de su padre; dijo adiós a todos aquellos muebles que eran amigos suyos y que abandonaba para siempre, se alejó anegada en amargo llanto, salió de la casa y del parque, y tomando la grande avenida de Tilos, que precedían al palacio, llegó al camino que conducía a París.

Pues era a París adonde Pivoine quería ir. ¿Con qué objeto? No se lo preguntaba siquiera.

Decidida, como estaba, a alejarse de casa de su padre y de su país, nada veía más allá; pero había en esa palabra PARÍS una magia que la arrastraba a pesar suyo.

Podemos, sin embargo, afirmar, que aunque Pivoine no fuese la candidez personificada, no le ocurría que en París una joven podía vivir con solo su hermosura; pero se decía que allí la vida ofrecía más recursos.

No nos proponemos contar los pequeños incidentes de aquel largo viaje.

La pobre niña andaba todo el día, sentándose en un banco cuando el cansancio la obligaba a detenerse.

Vivía con muy poco: pan duro y agua clara, y nada más.

Por la noche se paraba en la posada de algún pueblo y tomaba la habitación más

humilde.

Así se explica que lograra cubrir todos los gastos con los diez y ocho francos que se había llevado.

Sin embargo, en el momento en que acabamos de encontrarla en la barrera de Roule, después de quince días de camino, las fuerzas y su dinero estaban completamente agotados; en su bolsita no había más que una monedita de cincuenta céntimos.

Reanimada por la idea de que al fin llegaba, Pivoine franqueó con paso ligero la verja de la barrera. Marchaba adelante sin preocuparse de los empleados de puertas, pues ella ignoraba que existiesen siquiera.

Uno de ellos, al verla alejarse con tanta rapidez con un paquetito colgado de un palo descansando en el hombro, se figuró llevaría algún contrabando, y la interpeló con esta exclamación:

—¡Ohé, jovencita! ¡Venid por aquí!

Pivoine, no figurándose que se la llamaba, siguió andando.

El empleado la llamó de nuevo, diciendo:

—¡Ohé! la normanda, ¡ohé!

Pivoine esta vez volvió atrás.

—¿Es a mí a quien llamáis, caballero? —dijo saludando.

—A vos en persona, linda muchacha —contestó el empleado.

—¿Qué se os ofrece, caballero?

—Ver lo que traéis en ese pañuelo.

—Es mi lío, caballero.

—Ya veo que es un lío, pero ¿de qué se compone?

—De dos camisas, un vestido, unas enaguas, cuatro pañuelos, y dos pares de medias.

—Es preciso que lo vea para cerciorarme.

Pivoine desató el pañuelo que encerraba su guardarropa; el dependiente examinó el contenido, cerciorándose de la verdad, volviendo a atar las puntas del pañuelo:

—¿Venís de muy lejos, linda joven?

—¡Oh! sí, caballero.

—¿Y de dónde venís?

—De Nodesmes, caballero.

—¡Nodesmes! No sé dónde es.

—Cerca de Granville, en Normandía.

—¿Y habéis venido a pie?

—Sí, caballero.

—¿Y adónde vais?

—Aquí, a París.

—¿Y venís por primera vez?

—¡Sí, señor!

—Os vais a perder por esas calles: ¿sabéis, por lo menos, las señas de las personas a cuya casa vais?

—No voy a casa de nadie, caballero.

—Entonces, ¿traeréis mucho dinero?

—¡Me quedan cincuenta céntimos!

—¡Ah! ya comprendo —dijo sonriendo el empleado, que era joven—. ¿Venís a París a hacer fortuna? Tenéis ojos que os ayudarán a encontrarla. ¡Os deseo buena suerte!

—Gracias, caballero —contestó Pivoine.

Otro empleado de más edad que había oído la conversación de los dos jóvenes, exclamó con aire brusco:

—¡Viene a París a buscar fortuna! Es decir, a vender amor y mendigar oro; ¡y le deseas buena suerte!... ¡La suerte que tendrá, la fortuna que alcanzará, serán la vergüenza, la miseria, la desesperación, y morir en un hospital! ¡Más le valiera haberse muerto en el camino!

Y después de decir esto, se alejó rápidamente.

El joven empleado se echó a reír, y Pivoine, asustada, apresuró el paso para alejarse, y bajo el peso de esta siniestra predicción, que debía realizarse en parte, hizo su entrada en París.

La joven bajó el faubourg de Roule en toda su longitud, sin experimentar mucha admiración.

Pero cuando salió del faubourg Saint-Honoré y entró en la calle Royale, teniendo a su derecha la plaza de la Concordia, a su izquierda la Magdalena, enfrente la calle Sain-Honoré, por todos lados millares de luces, pues ya era de noche y todo se iluminaba; cuando vio el sinnúmero de coches que pasaban y cruzaban en todas direcciones, cuando vio las idas y venidas de la incesante procesión de la moderna Babilonia, sintió que se apoderaba de ella el miedo y el estupor. Sintió vacilar su vista y temblar sus piernas, y para escapar a ese movimiento que la mareaba, a ese tumulto que la ensordecía, huyó bruscamente a la derecha, en dirección a la plaza de Luis XV, que le parecía menos ruidosa y menos iluminada; la atravesó por completo, y llegando enfrente del puente de la Concordia, tomó a la izquierda y siguió el malecón casi desierto que costea el jardín de las Tullerías y termina en el puente Royal.

Luego, dando vueltas y revueltas, pues andaba al azar, llegó al pretil de las Flores, cerca del Palacio de Justicia, y rendida de cansancio y de necesidad, se dejó caer más bien que sentarse en el brocal de la fuente que adorna aquel reducido paseo.

La oscuridad y la soledad que reinan en ese sitio devolvieron una calma relativa al espíritu de la pobre niña, pues por primera vez comprendía su aislamiento y lo crítico de su posición.

Por algunos instantes profunda desesperación se apoderó de ella. Retorcía sus manos llorando amargamente, maldiciendo el día en que había nacido.

Afortunadamente, la crisis fue corta.

En un alma joven la confianza en sí misma es grande, pues a esa edad las desilusiones no han aminorado la fe y el valor. Pivoine enjugó sus ojos diciéndose:

—¡Dios es bueno; tendrá compasión de mí, me tenderá una mano protectora, para que no me muera!

Sin embargo, el tiempo pasaba, la joven tenía hambre, no podía pensar en comprar nada de cuanto había visto de apetitoso en los escaparates de tiendas y fondas que había admirado al pasar; sabía que para todo eso se necesita mucho dinero y ella poseía cincuenta céntimos.

Vio en el ángulo Du-Pont-au-changes una mujer que vendía tortas, se aproximó y compró dos por veinte céntimos; estas eran malísimas, pero la pobre niña tenía hambre y las comió.

Luego bebió por cinco céntimos un vaso de horchata de coco, y esta miserable cena fue la primera que hizo Pivoine en París.

¡Cuánto echó de menos la sustanciosa cena de casa de su padre, y el agua cristalina de los arroyuelos de su pueblo!

Pero ya era tarde para volver atrás.

A todo esto dieron las diez en el reloj del Palacio de Justicia, en cuya plaza se encontraba la joven, y en la que empezaba a reinar extraordinaria animación.

Coches de alquiler llenos de gente, pasaban a cada instante, dejando tras ellos el sonido de gritos raros y de ruidosas exclamaciones.

Por entre los troncos de los árboles, Pivoine, que creía soñar, veía una procesión fantástica de hombres y mujeres extravagantemente vestidos, cantando y gesticulando.

Unos llevaban pantalones de terciopelo negro con tiras encarnadas y botones brillantes.

Otros, con la cara llena de harina, iban vestidos con largos sacos de percal blanco o de tela de colchón. Estos llevaban unos plumeros rojos de inverosímil altura. Aquellos llevaban un tubo de chimenea en lugar de sombrero; había mujeres vestidas de hombres, y hombres vestidos de mujer; y todos chillaban alegremente a cual más.

Pero las palabras que llegaban a oídos de Pivoine no tenían para ella sentido alguno, no las comprendía; eran para ella un idioma nuevo.

Lo que originaba aquel movimiento y aquella animación, era la proximidad del *Prado*, en que aquella noche había baile de máscaras.

VIII

Dieron las doce. La circulación de los coches había cesado casi por completo. La plaza del Palacio de Justicia y sus alrededores estaban casi desiertos.

El frío era intenso. Pivoine tiritaba bajo sus ligeros vestidos. Comprendía que no podía pasar la noche en aquel sitio, sin exponerse a amanecer helada.

Pero ¿qué iba a hacer? ¿Adónde iba? Eso es lo que no sabía.

Se levantó, cogió su paquetito, se acercó al muelle y esperó, casi oculta por el árbol contra el que se apoyaba.

—Debe haber en París algún asilo en el que me podían albergar esta noche; me dirigiré al primero que pase y me dirá adónde debo ir.

Pero nadie venía, y la joven, cuyos dientes castañeteaban y cuyos ojos se llenaban de lágrimas, veía con la imaginación la casita de su padre, su cuartito tan caldeado y su camita de cortinas blancas. Sufría un tormento horrible.

Por fin Pivoine oyó un ruido de pasos e hizo un movimiento para acercarse al que llegaba.

Era un hombre del pueblo, de rostro innoble, con las ropas destrozadas y cuyos ademanes y pasos desiguales indicaban que se hallaba en un estado de completa embriaguez.

Pivoine retrocedió con espanto.

Después pasaron varios soldados en compañía de mujeres, a quienes abrazaban cantando ruidosamente coplas obscenas.

La niña se escondió de nuevo.

De pronto, la joven tuvo un momento de esperanza.

Un caballero de alguna edad, decentemente vestido y con una cara llena de honradez, venía hacia ella por medio de la calzada, mirando a cada paso a derecha e izquierda y dando golpes en el suelo con la contera de un grueso bastón para espantar a malhechores imaginarios.

Pivoine, tambaleándose, dio algunos pasos. El individuo creyó que le atacaban y se detuvo muy inquieto, agarrando su bastón con gesto amenazador. Pero al ver que tenía que habérselas con una mujer, pareció tranquilizarse algún tanto.

—Caballero —dijo la joven.

—¿Qué queréis? —preguntó aquel con voz amenazadora.

—Caballero —repitió Pivoine—, he llegado hoy a París... no conozco a nadie...

—Dios os ampare. No llevo suelto —dijo el individuo, haciendo un movimiento para alejarse.

—Pero, caballero —repuso la niña, cogiendo con la mano el brazo de su interlocutor para detenerle—, no os pido limosna, os pido que me digáis, por Dios, dónde puedo encontrar un albergue para esta noche.

El individuo, tendero, casado y timorato, interpretó de muy distinta manera el sentido de la súplica de la joven, a quien rechazó brutalmente, exclamando:

—¿Que dónde podéis encontrar albergue, perdida?...

»¡De fijo que no será en mi casa! ¡Id a otra parte a buscar vuestros parroquianos y no me toquéis!

Y prosiguió su camino, dejando a Pivoine sola y desesperada, sin esperanza alguna, comprendiendo que estaba perdida completa e irremisiblemente.

Iba a morir a los diez y seis años, en medio de París, con una muerte dolorosa e inevitable, sentía que el frío entumecía poco a poco sus miembros y helaba la sangre en sus venas.

Era horrible.

Pivoine se dijo que valía más acabar de una vez, atravesó la calzada, llegó al puente, se recostó en el parapeto y miró el Sena que corría bajo sus pies.

Al ver aquellas ondas negras, rompiéndose contra las pilas del puente, el vértigo se apoderó de ella, tuvo miedo, le faltaron las fuerzas, cayó al suelo y se puso a sollozar amargamente.

Pero, en el mismo instante en que Pivoine dejaba de tener confianza en la Providencia, esta venía en su ayuda.

Un nuevo personaje subía por el puente tarareando una copla muy en boga.

Era un joven alto, cubierto con un gabán pardo, bajo el cual se veía una faja encarnada con franja de oro que pertenecía a un traje de marinero de capricho, y con un sombrero de hule adornado con cintas de todos colores, correspondiente al mismo traje. Iba con un cigarro en la boca y con las manos metidas en los bolsillos.

Su fisonomía, hermosa, pero fatigada al parecer, tenía una expresión de inteligente bondad; sus cabellos, rizados, eran negros y abundantes, lo mismo que su bigote, retorcido con gran cuidado.

Se acercó a Pivoine, y al ver el gorro normando de la joven, exclamó:

—¡Hola!, ¡una mujer disfrazada! ¿Qué haces allí, hermosa? ¿Estás *beoda* por casualidad? —preguntó.

La joven levantó la cabeza y enseñó su rostro cubierto de lágrimas.

—Está llorando —prosiguió el joven admirado—; ¡qué tontería! ¡Vienes al baile y lloras! Vamos a ver, hija mía, ¿te produce ese efecto el *champagne*? (se dan casos), ¿o es que tienes penas? Tu amante te habrá hecho alguna de las suyas; es triste en verdad, pero no hay que apurarse por eso.

—Caballero... —murmuro Pivoine—, tened piedad de mí.

—Pero, caramba... lo estoy deseando... primero, levántate; luego me contarás lo sucedido... me parece estar viéndolo: al volver del baile con tu amante os habéis puesto *de monos* y te ha abandonado; está muy mal hecho.

Mientras hablaba, el joven había cogido la mano de Pivoine para ayudarla a levantarse.

—¡Qué frío tienes! —prosiguió—; ¡estás helada! ¿Hace mucho tiempo que estás

aquí?

—¡Oh! sí... mucho tiempo... desde antes de anoecer; estoy esperando...

—¡Quita allá! ¡Eso es una broma!

Pivoine no contestó; no podía ni hablar ni tenerse en pie.

El joven echó de ver aquel completo desfallecimiento, y no sabiendo aún a qué atribuirlo, cogió a Pivoine en brazos para llevarla junto a un farol.

—¡Diablo! —exclamó entonces—. ¡Qué linda es! ¡Pero qué pálida está!

En aquel momento Pivoine recuperó el sentimiento del padecimiento físico, y sin darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor, dijo con voz apenas perceptible:

—Tengo mucho frío.

El joven se quitó el gabán y lo colocó sobre los hombros de Pivoine.

—¿Queréis venir a mi casa? —le preguntó.

—Sí.

—¿Podéis andar?

—Procuraré.

—Es muy cerca de aquí. Vaya, apoyaos en mi brazo y andando.

Pivoine, sostenida por el joven, dio algunos pasos inseguros, que fueron afirmándose poco a poco, a medida que el movimiento restablecía la circulación de la sangre en sus miembros entumecidos, y al cabo de diez minutos ambos se detuvieron delante de un hotel de la calle de la Harpe, el *hotel de Germania*.

El marinero llamó con fuerza, y la puerta se abrió enseguida.

—Ya estamos en casa; entrad, hija mía —dijo, introduciendo a Pivoine en un pasillo estrecho y oscuro, al final del cual se veía una débil claridad detrás de los cristales de una especie de portería, bautizada con el nombre de *Oficina*.

—¿Quién es? —dijo una voz soñolienta.

—Soy yo, el número 6 —contestó el marinero—; encended mi bujía, Antonio; pronto, que vengo con una señora.

—Ya voy, señor Virgilio, ya voy.

Se oyó el ruido de un fósforo frotado contra la pared, y un criado, casi en camisa, con gorro de dormir, asomó a la puerta del cuchitril y dio al recién llegado una bujía y una llave.

—Apoyaos en mi brazo —dijo el joven—, y subamos, no es muy alto.

En efecto, el número 6 estaba en el segundo piso.

—Sentaos, hija mía —añadió el marinero, llevando una butaca junto a la chimenea—, voy a encender lumbre.

En el hogar de la chimenea había un montoncito de astillas, muy artísticamente arregladas y dos o tres troncos; un poco de papel y un fósforo, bastaron para que se produjera una llama chispeante y alegre.

Esa llama, añadida a la claridad de las dos bujías de la chimenea que el marinero encendió, alumbró brillantemente el cuarto en el que se hallaban; cuarto que Pivoine recorrió con mirada inquieta y sorprendida.

Era una habitación de regulares dimensiones, parecida a todas las que ocupan los estudiantes en los más modestos hoteles del barrio Latino.

El papel gris que cubría las paredes se había vuelto amarillo oscuro.

La cama, de caoba, estaba envuelta en grandes cortinas de percal blanco con cenefa encarnada, como las de las ventanas.

En uno de los ángulos del cuarto había una cómoda.

Enfrente un sofá de viejo terciopelo de Utrecht, que en otro tiempo había sido rojo, y dos butacas.

Una mesita de despacho junto a la chimenea, una mesa redonda en medio del cuarto y dos sillas de paja.

Ese era el mobiliario, que, como se ve, era bastante mezquino, pero algunos detalles daban carácter a aquella triste habitación.

Las paredes estaban adornadas con buen número de litografías de Gavarni, escogidas entre las mejores, pero también entre las más libres.

A ambos lados del reloj había dos pequeñas estatuas de Pradier, muy bonitas, representando ninfas vestidas solo con su castidad.

Varias botellas de diversas formas, prometían muestras de licores de todos los países del mundo, pues las etiquetas decían: *Rom de la Jamaica, Aguardiente de Dantzick, Curasao de Holanda, Aniseta de Burdeos*, etc., etc.

Acompañaban a esas botellas unas diez o doce copas de todos tamaños y en diferente estado de conservación.

La mesa de despacho tenía algunos libros entre los que se veía un ejemplar de los *Códigos franceses*, los demás eran novelas muy en boga entonces, como *Los Misterios de Londres* y el *Castillo de los Pirineos*.

Y por fin, para no olvidar nada, mencionaremos también una panoplia de especie rara, compuesta de dos floretes con máscaras y guantes; un taco de billar, primorosamente incrustado; un remo de marino parisién y una larga pipa argelina.

El desorden más completo reinaba en toda la habitación: las ropas estaban tiradas por todas partes; había botas sobre las sillas, zapatillas encima de la cama y una bata en el suelo.

Pivoine permanecía muda e inmóvil, recostada en la butaca, entregada por completo a la sensación bienhechora de un calor dulce y agradable que despedía la chimenea, y que sustituía al horrible frío que durante tantas horas había sentido.

Virgilio había cambiado la chaqueta de marinero por la bata vieja de lana, y se había puesto un gorro turco encarnado con borla azul.

Se sentó enfrente de Pivoine.

La sangre que subía con violencia al rostro de la joven, duplicaba los colores frescos de sus mejillas y daba a sus ojos un brillo singular.

«¡Diantre! —pensó el estudiante—; esta niña es muy linda. Soy un chico afortunado».

Calló durante algunos segundos, embebido en sus anacreónticas reflexiones; pero

se le surgió de repente una idea, y dijo vivamente:

—Señorita...

Pivoine le miró sin contestar.

—Debéis tener ganas —prosiguió Virgilio—; ¿queréis cenar?

—Sí —contestó maquinalmente la joven.

—¡Perfectamente! —dijo el estudiante, tirando de un galón muy viejo que servía de cordón de campanilla.

A los cinco minutos se presentó el criado, frotándose los ojos.

—Antonio —dijo el joven.

—Señor Virgilio —contestó el criado.

—Quiero cenar.

—¡Ah!

—¿Qué hay en casa?

—Croo que no hay nada.

—¡Cómo que no hay nada! No puede ser.

—Sí, señor... excepto medio pollo y un jamón en dulce.

—¡Y eso no es *nada*! ¡Estúpido! Sube el pollo y el jamón; con eso me contento.

—Sí, pero la señora me ha mandado que se los guarde para almorzar mañana.

—¡Bastante me importa a mí eso! La señora almorzará cualquier otra cosa; tengo hambre y quiero cenar. Trae, pues, los comestibles.

—Voy.

—A propósito, Antonio; oye.

—¿Señorito?

—Necesito *champagne*.

—¡Oh, oh! —dijo el mozo con sonrisa estúpida.

—¿De qué te ríes? ¿No has entendido?

—Sí; el señorito quiere *champagne*; pero no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque la señora me lo ha prohibido: el señorito sabe muy bien que cuando su papá vino a París y pagó la cuenta a la señora, se incomodó porque figuraba en ella *champagne*: dijo que era la perdición de los jóvenes, y que no lo volvería a pagar si se lo volvían a administrar al señorito.

—Hay algo de verdad en lo que dices, Antonio; pero todo puede arreglarse...

—Tal vez...

—Oye lo que quiero decir: ¿cuánto cuesta el vino común que la señora vende a sus inquilinos con el nombre de *macón viejo*?

—Un franco la botella.

—¿Y el *champagne*?

—Cinco francos.

—Súbeme una botella de *champagne* y que pongan en la cuenta cinco botellas de *macón*; así se arregla todo.

—¡Ah! ¡Es verdad! —dijo el mozo, asombrado de aquel desenlace inesperado.

—¿Has comprendido?

—Perfectamente.

—Pues entonces, anda.

—Voy, señorito.

En efecto; Antonio bajó pesadamente, y el estudiante se apresuró a desocupar la mesa redonda, que acercó a la lumbre.

Pivoine había oído el diálogo anterior sin comprenderlo.

El mozo volvió, cargado de platos y con la preciosa botella de *champagne*.

—Vamos —dijo Virgilio—, deja todo eso sobre la mesa y lárgate, ya no te necesito.

El mozo no se hizo repetir aquella orden, y salió a escape.

Virgilio echó el cerrojo y se acercó a la joven.

—Vamos a ver, querida niña —le preguntó—, ¿estáis ya algo mejor?

—¡Oh! sí —contestó la joven.

—Estas lindas manos no están ya heladas, ¿no es verdad? —añadió el estudiante cogiendo una mano a Pivoine, que no opuso resistencia.

—Aún estoy temblando algo, pero mucho menos.

—Vais a beber un poco de esta tisana y ya no quedará nada.

Y Virgilio, desatando el alambre con la punta del cuchillo, destapó la botella, cuyo tapón fue a dar en el techo.

—Es sidra... —dijo la joven al ver la blanca espuma que llenaba una copa.

—¡De primera! —contestó Virgilio riendo—. Bebed esto.

Y presentó la copa a Pivoine, que la bebió de un sorbo.

—Es bueno —dijo—, pero no tiene el mismo sabor que nuestra sidra de Normandía.

—Es que esta viene de Epernay, pero caliente más que la otra. ¿Qué os parece?

La joven no contestó.

Empezaba ya a experimentar una sensación fuerte y desconocida, un calor singular se introducía en sus venas, su sangre circulaba más rápidamente y, como se lo había anunciado Virgilio, su entumecimiento desaparecía poco a poco.

Se levantó y hallándose de pie delante del espejo, arrojó una mirada interrogadora.

Un sentimiento de pudorosa coquetería la hizo ruborizarse al ver el desorden de sus cabellos, desorden que no perjudicaba en nada al encanto de su rostro encantador.

Algunos mechones de cabellos negros, húmedos aún, se escapaban de su gorro normando y colgaban sobre sus mejillas y sobre su cuello blanco y delicado. En un segundo se arregló.

Virgilio la miraba sonriéndose.

—Vamos a ver —le dijo—; sois bastante linda de todos modos; sentaos y cenemos.

—Bueno —contestó Pivoine—. Pero no me hagáis beber mucha sidra; es demasiado fuerte.

—No tengáis cuidado —repuso el estudiante—, esa sidra no hace daño nunca.

Pivoine se sentó, pero en lugar de comer se puso a mirar a su interlocutor, a quien veía por primera vez; pues por efecto de su entumecimiento anterior, no sabía si el hombre en cuya casa se encontraba era joven o viejo, alto o bajo, hermoso o feo.

El resultado de aquel examen fue satisfactorio. Virgilio, que lo notó, se atusó el bigote y repuso:

—¿Cómo os llamáis, hermosa niña?

—Pivoine, caballero.

—¡Oh!, ¡qué nombre más bonito!, ¡bonito como vos, Pivoine!

—Y vos, caballero, ¿cómo os llamáis? —dijo la joven a su vez.

—Virgilio.

—¡Ah! —dijo la normanda con una mueca burlona.

—Comprendo —repuso el estudiante— que mi nombre sea desconocido para vos, por más que lo ha llevado en otro tiempo en Roma un hombre bastante célebre; pero tal y como es lo deposito a vuestros pies, en unión de toda mi persona y mi posición social, que consiste en ocho matrículas de la Escuela de Derecho, dos mil cuatrocientos francos de pensión anual, pagadas por dozavas partes, y un padre de posición desahogada, que vive en Bar-sur-Aube. Añado a este un corazón casi nuevo, una presencia de que han tenido la bondad de no hablar mal, un talento de aficionado distinguido en el cornetín, una especialidad distinguida en el baile, en el arte de hacer ponche y en la ciencia de las carambolas. Y nada más.

Esta grotesca retahíla no causó a Pivoine el efecto que esperaba Virgilio.

La joven no entendió ni palabra de aquella fraseología trivial, que solo tiene un sentido perfecto para los del barrio Latino. Sin embargo, como adivinó que el estudiante había tenido la intención de decirle algo agradable, lo acogió con una sonrisa.

—Comed, querida niña —dijo Virgilio, poniendo una ala de pollo en el plato de la joven y llenando la copa, que vació por segunda vez.

Aquella segunda copa de vino bastó para producir en Pivoine un principio de sobreexcitación nerviosa, que Virgilio se prometió aumentar en provecho suyo.

—¡Amor mío! —murmuraba este apretándole la mano e inclinándose hacia ella—, vamos a convertir la vida en un paraíso, pues nos vamos a adorar... Yo te adoro ya, Pivoine, ¿y tú?, ¿me amarás pronto, no es verdad?

—Sí... sí... —contestaba la joven, cuyos confusos pensamientos empezaban a arremolinarse, y solo oía las palabras del estudiante como por entre una nube.

—Te daré cuanto quieras —proseguía este—: trajes de seda, chales, sombreros; nada me parecerá demasiado caro: tengo cien luises de pensión, y además adquiriré deudas. Serás la mejor vestida de todas las queridas de los estudiantes, puesto que eres la más linda. Te llevaré a todas partes: al teatro, al baile, sobre todo al baile, ¿no

es cierto, amor mío?

—Sí... sí... —repetía Pivoine agitada ya por estremecimientos nerviosos.

—Pero... casi no contestas, querida mía; parece que estás mala: no bebes... tus hermosos labios están ardientes y secos. Toma, Pivoine, toma.

Y el estudiante acercó a la boca de la joven una copa llena hasta el borde.

Bebió de nuevo, echó la cabeza hacia atrás, sus ojos se cerraron a medias, y un anonadamiento casi completo sucedió a su anterior agitación.

Un color ardiente invadió su rostro, se pasó dos o tres veces la mano por la frente y pareció dormirse, murmurando de un modo casi imperceptible:

—Siento demasiado calor... me abraso.

Virgilio comprendió perfectamente el sentido de aquellas palabras, y quitó la cofia normanda que llevaba Pivoine, cuyas facciones manifestaron un descanso inmediato.

Entonces pudo admirar en todo su esplendor las opulentas masas de cabellos de la joven, sobre las que apoyaba la cabeza.

No supo resistir al deseo de desatar aquella corona espléndida. Era muy fácil. Pivoine no complicaba su peinado ni con horquillas ni con cintas; un peinecito sujetaba solo sus trenzas.

Virgilio quitó el peine y Pivoine desapareció a medias bajo un manto de terciopelo.

Una rápida embriaguez amorosa pasó como una llama por todo el cuerpo del estudiante: se arrodilló delante de la joven y cubrió de besos aquella cabellera, que no podía abarcar con sus manos...

Pivoine pareció salir de su sopor, y murmuró de nuevo:

—Me abraso... me ahogo...

Esas pocas palabras sirvieron de pretexto a Virgilio para quitar el pañolito que cubría los hombros de la niña, rompió los corchetes del vestido, trató de desatar el corsé, y como no podía conseguirlo, cogió un cuchillo y cortó los cordones.

Un instante después, Pivoine estaba medio desnuda entre sus brazos, y el estudiante apoyó sus ardientes labios en el nacimiento de un seno tan puro, tan firme, tan blanco, como si el cincel de algún Fidias acabara de sacarle de un trozo inmaculado de mármol de Carrara.

La joven se estremecía y palpitaba a pesar suyo bajo la influencia de aquellos besos, de aquellas caricias, su boca se entreabría y sus labios se humedecían.

El estudiante, cada vez más enardecido por aquellos indicios de voluptuosidad, juntó su boca, ávida, con la de Pivoine, y sintió que le devolvía a medias sus besos.

—¡Viva! —exclamó, cogiendo en sus brazos y llevando hacia el lecho la presa que él creía asegurada.

Mientras iba andando, la niña se apretaba contra su pecho, y la oyó murmurar:

—Jorge... Jorge mío... te amo...

Virgilio se sorprendió al oír aquellas palabras y aquel nombre; pero sin embargo

continuó andando.

Llegaba casi junto al lecho, cuando de repente abrió Pivoine los ojos, le miró llena de espanto, y dando un grito se arrancó de sus brazos, y corrió a refugiarse en un rincón de la habitación, donde procuró cubrir su hermoso pecho con sus largos cabellos y sus dos manecitas.

Virgilio, acostumbrado a los fingimientos y débiles resistencias de las fáciles beldades del barrio de Saint-Jacques, supuso que la joven quería buenamente dar mayor valor a la victoria, demorando algún tanto el momento de su derrota, se acercó a ella, y procurando abrazarla otra vez, trató de taponarle la boca con sus caricias.

Pivoine le rechazó violentamente. Parecía loca, y sus miradas extraviadas expresaban un gran espanto.

Es que, en efecto, durante los cortos instantes de su rápida embriaguez, la pobre niña había tenido un dulce sueño de amor que la había transportado a aquellos días de felicidad en que Jorge de Entragues le prometía amarla tanto.

Y de repente se encontraba frente a frente con la realidad, sola y casi desnuda en una ciudad extraña, en una habitación desconocida, con un desconocido.

Así es que tenía miedo y sentía que su cabeza se extraviaba.

Virgilio, no pudiendo creer aún en la realidad de aquella defensa tenaz, procuró volver a coger a Pivoine, diciéndole con voz a un tiempo tierna e incomodada, pues empezaba a dominarle la impaciencia:

—¿Por qué resistes, querida mía? ¿Por qué me rechazas? ¡Ven, Pivoine mía, ven! Te amo, te adoro, la felicidad nos espera, nos llama... ¡Ven, amor mío, ven pronto!

Pivoine se defendía, pero era la más débil, y por segunda vez Virgilio la llevó vencida.

Sin embargo, todo no había terminado aún.

La joven, reuniendo las fuerzas que le quedaban, se retorció como una culebra, escapó de nuevo al abrazo frenético del estudiante, y cayendo de rodillas a sus pies, con los ojos llenos de lágrimas, con las manos cruzadas, dijo:

—¡Tened piedad de mí!, ¡tened piedad de mí!

Hubo en el tono de aquella súplica, algo tan profundamente enternecedor, que Virgilio, subyugado a pesar suyo, retrocedió dos pasos, miró de un modo casi paternal a aquella niña, arrodillada, y comprendió que sería infame conseguir por la violencia lo que tan dulce hubiera sido conseguir por amor. Virgilio dijo con voz casi tranquila:

—Entonces, Pivoine, ¿no me amáis?

—Pero, si no os conozco —respondió la niña, temblando aún.

—Eso es una mala razón, pues yo no os conozco tampoco y os he amado enseguida. Pero, ¡qué le hemos de hacer!, no tengáis miedo, querida niña, os doy mi palabra de honor de que no os tocaré ni la punta de los dedos sin vuestro permiso.

Pivoine, tranquilizada por la visible buena fe de Virgilio, se levantó, recogió su pañolito para remediar el excesivo desorden de su traje, y volvió tímidamente a sentarse junto a la lumbre.

—Vamos a ver —dijo el estudiante—; secad esas horribles lágrimas que enrojecen vuestros lindos ojos... he hecho mal, lo confieso; he procedido antes como un tonto, como un animal, pero no me guardéis rencor, habéis sido más fuerte que yo...

—No os guardo rencor —murmuró Pivoine.

—¡Gracias a Dios! Hagamos las paces, y en prenda de reconciliación, dadme vuestra manita.

La joven se la dio, sonriendo a través de sus lágrimas.

—Pero no se trata ahora de eso... —repuso Virgilio—; debéis estar rendida de cansancio, ¿verdad?

—Sí, es verdad...

—Pues bien, tenéis que acostaros.

—¿Aquí?

—Claro. ¿Dónde diablos queríais ir?

Pivoine no contestó; pero movió la cabeza.

—Comprendo —prosiguió el estudiante—, ¿desconfiáis de mí, eh?

—Sí... un poco.

—Y tal vez tengáis razón; pero huiré del peligro...

—¿Cómo?

—Me voy a marchar.

—¿Vos?

—Sí.

—¿Adónde?

—¡Al baile de la Ópera, pardiez, donde iba cuando os he encontrado...!

—¡Ah! caballero, qué bueno sois.

—No me deis las gracias... vaya me voy. Acostaos, Pivoine, y dormid; os sobrará tiempo, pues yo no volveré hasta las diez de la mañana, después de almorzar.

Mientras hablaba, Virgilio se quitaba la bata y se ponía la chaqueta de marinero; se envolvió en su capa, encendió un cigarro y añadió, acercándose a la joven:

—Decididamente, bien mirado, es mucho heroísmo el mío; concededme, pues, generosamente la recompensa que me corresponde, dándome de buen grado...

—¿Qué, caballero?

—Un besito, un besito chiquitín...

Pivoine, llena de rubor, entregó su mejilla a los labios del estudiante a quien costó gran trabajo el separarlos.

Hecho esto, Virgilio entornó la puerta, cuya llave arrojó sobre la falda de la joven, diciéndole:

—Encerraos y no abráis a nadie. Buenas noches, amor mío, dormid bien y soñad conmigo.

—Buenas noches, caballero —contestó Pivoine yendo a echar el cerrojo.

La linda normanda volvió a sentarse, más tranquila ya, aunque con la imaginación

agitada por sombríos presentimientos.

A pesar de la doble seguridad que debían inspirarle su completa soledad y la puerta bien cerrada, no se atrevió a desnudarse y a acostarse; arregló, por el contrario, lo mejor que pudo los cordones rotos de su corsé, se abrochó el vestido, y cogiendo una manta en la que se envolvió (pues la lumbre se apagaba y empezaba a hacer frío) se sentó en la butaca, apoyó sus doloridos pies en los palos de una silla y se durmió casi inmediatamente con un sueño pesado y profundo, lleno de visiones siniestras.

Era ya muy de día, cuando el ruido de repetidos y violentos golpazos la despertó de pronto.

Al mismo tiempo oyó la voz de Virgilio que gritaba:

—¡Voto al infierno!, ¡queréis abrirme! ¡Daos prisa o derribo la casa!

Corrió a abrir la puerta.

Para comprender la escena siguiente, será preciso que digamos en pocas palabras, cómo Virgilio había empleado el resto de la noche.

Lo primero, y mientras iba por la calle, empezó un largo monólogo, que puede resumirse en estas preguntas claras y terminantes.

—¿Soy un *mortal virtuoso*?

—¿Soy un *estúpido*?

Unas veces se decía que era lo primero, otras que lo segundo, y flotando entre esas dos soluciones diametralmente opuestas, Virgilio llegó a la Ópera, y el baile le absorbió por completo hasta las seis de la mañana.

Después organizó un almuerzo en casa de Vachette, en compañía de una docena de *vividores* de ambos sexos, amigos suyos.

Allí, Virgilio, excitado por frecuentes libaciones, contó su aventura a sus alegres y ruidosos compañeros.

En cuanto hubo terminado, una inmensa carcajada se oyó por todos los lados de la mesa.

Después empezó a caer sobre el estudiante un diluvio de epigramas burlones.

Virgilio se levantó por fin, cogió una botella de vino de Madera, se la llevó a los labios y la vació hasta la última gota; después la dejó caer sobre la mesa, en que se hizo añicos, y exclamó, imponiendo silencio a los convidados con un gesto:

—No habléis tanto, señores, no habléis tanto, pues la partida no se ha perdido aún.

»Son las ocho, reloj en mano; os dejo, tomo un coche, voy a mi casa, y a las nueve en punto, vuelvo aquí, entre vosotros, con la frente coronada de mirtos y laureles, diciéndoos como César: “Llegué... vi... vencí”.

Y Virgilio, escapándose en medio de los aplausos con que fue acogido su discurso, llegó al *boulevard*, montó en un coche y dijo al cochero:

—Calle de la Harpe, hotel de Germanía. Veinte francos de propina si dentro de una hora estamos de vuelta en el café Vachette.

El caballo partió al galope.

Pero el estudiante no había previsto una cosa: el efecto que iba a producirle la atmósfera glacial de la mañana.

A los tres minutos de haber entrado en el carruaje, Virgilio creía ver que las casas bailaban un rigodón colosal.

Cuando se apeó delante de su casa, estaba borracho hasta el punto de no poder sostenerse. Subió la escalera tambaleándose y dominado por la idea fija de poseer a Pivoine de grado o por fuerza.

Llegó a la puerta, llamó con fuerza, la joven no se despertó al pronto.

Redobló los golpes, jurando, y gritó lo que antes le hemos oído.

—¡Abrid, voto al infierno, o derribo la casa!

Cuando Virgilio se presentó a la vista de Pivoine, estaba espantoso.

El color encarnado de su nariz resaltaba su rostro, salpicado de manchas moradas, su mirada tenía una expresión lúbrica, su traje estaba en asqueroso desorden, y sus piernas temblaban como si no pudieran soportar el peso de su cuerpo.

Costó trabajo a la joven conocerle.

Trató de tomar un aire conquistador y avanzó con los brazos abiertos, balbuceando de un modo casi ininteligible, pues la lengua se le pegaba al paladar.

—Soy yo... hermosa... soy yo... el lindo Virgilio... Me parece que estarás contenta de que haya venido... así... tan tempranito a darte un abrazo...

Dio dos pasos, tropezó, se apoyó en una silla y se dirigió hacia Pivoine.

Ya había llegado, se inclinaba para abrazarla, pero la joven, asustada, le empujó con todas sus fuerzas.

No se necesitaba tanto: el estudiante perdió el equilibrio, trató de asirse a la mesa redonda, que arrastró consigo al caer, y rodó sobre el suelo, en que, vomitando blasfemias, se revolvía procurando levantarse, pero inútilmente.

La pobre niña, llena de horror por aquel odioso espectáculo, cogió apresuradamente el paquetito que había dejado en un rincón al llegar, llegó a la puerta que había quedado entreabierta, bajó la escalera y huyó a la calle, tomando la dirección de la plaza de San Miguel.

IX

El cielo estaba puro y luminoso, el aire vivo y frío, y la helada había secado el barro de las calles.

Pivoine anduvo por calles y plazas a la ventura, sin saber dónde iba, ni lo que se proponía.

* * *

Al cabo de dos horas sintió que empezaba a tener hambre.

Le quedaban treinta céntimos.

Se paró delante de una panadería y metió la mano en el bolsillo.

El bolsillo estaba vacío... Pivoine se acordó entonces de que la noche anterior había dejado sobre la chimenea de casa del estudiante su humilde capital, y al marcharse se le olvidó volverlo a coger.

—¿Qué hacer? ¿Mendigar? Antes morir —pensaba la joven.

En aquel momento levantó los ojos y vio enfrente, y al otro lado de la calle, una muestra que tenía las palabras siguientes, en letras blancas sobre fondo negro:

A LA BUENA FE

PAMELA CARCÁN, PRENDERA

Vende y compra vestidos de ambos sexos, nuevos y de lance, ropa blanca y de mesa, tapices, sombreros, calzado, y en general, todo cuanto concierne a su profesión.

El almacén, en cuanto se podía juzgar desde fuera, consistía en un antro negro y polvoriento, del que salían olores muy desagradables.

Pivoine miró el paquetito que llevaba en la mano, y pensó que, vendiendo lo que contenía, podía procurarse algún dinero.

Es cierto que después no tendría más que la ropa que llevaba puesta; pero cuando el hambre habla, callan toda clase de consideraciones. Entró.

Al atravesar el umbral vio a una mujer de mala cara y con una mano en la cadera.

Aquella mujer era pequeña y redonda, su rostro presentaba el color violáceo del vino de taberna, su pecho fofo y monstruoso, deformando con su peso el cuerpo del vestido, flotaba casi hasta la cintura.

La joven se quedó parada al pronto, ante la facha de Pamela Carcán, pues el retrato que acabamos de bosquejar es el de la misma prendera.

—¿Qué queréis, muchacha? —preguntó esta con voz aguardentosa.

—Señora... —contestó con temor Pivoine—, he visto... he creído... venía a proponeros...

—¿Tenéis algo que *lavar*? —interrumpió bruscamente la prendera.

Pivoine no comprendió el sentido de aquellas palabras y contestó.

—No, señora... quería venderos...

—Es lo mismo. Vamos a ver, enseñadme la mercancía.

—Aquí está...

Y Pivoine, poniendo encima del mostrador su paquetito, deshizo los nudos del pañuelo que lo envolvía y sacó su modesto contenido.

La prendera examinó con aire soberanamente desdeñoso las diversas prendas, y dijo haciendo una mueca significativa.

—¿No hay más?

—No, señora...

—¡Vaya un negocio! ¿Qué pedís por esos trapajos?

—Lo que queráis darme, señora...

—Esto no vale nada... Doy tres francos.

—Tomad, señora... —murmuró la joven, que deseaba salir cuanto antes de aquel zaquizamí.

Pamela, sorprendida de que no pidiera nada más, y encantada del negocio que acababa de hacer, sacó un libro grande y muy usado, le abrió, mojó una pluma en un bote que hacía de tintero y presentó a Pivoine el libro y la pluma.

—¿Qué tengo que hacer, señora? —preguntó la joven sorprendida.

—¡Toma! escribir vuestro nombre y las señas de vuestro domicilio.

—¡Mi domicilio!

—¡La casa en que vivís!

—Pero, señora... no vivo en ninguna parte...

—¡Bah!

—Acabo de llegar a París, y no conozco a nadie...

El rayo hubiera caído delante de Pivoine sin que le produjera asombro más profundo que el que experimentó al ver el resultado de las sencillas palabras que acababa de pronunciar.

Pamela Carcán, dando a sus facciones una expresión furiosa, se acercó con el puño levantado, los ojos lanzando chispas y gritando con toda la fuerza sus pulmones:

—¡Ah bribona!, ¡ah ladrona!, ¿conque no tienes domicilio y vienes a vender prendas a personas honradas para darles disgustos? Has de saber, chicuela, que nadie se burla en vano de la tía Carcán. Voy a mandarte a la *sombra*. Vamos, anda a casa del comisario.

—Pero, señora... —dijo Pivoine, que se echó a llorar.

—Anda delante —repuso la prendera interrumpiéndola—, y calla el pico o *sacudo*.

Para hacer comprender a nuestros lectores los motivos de aquella incalificable escena, les pondremos al corriente de los antecedentes de la honrada prendera.

Pamela Carcán, además de su prendería, era la encubridora de infinidad de rateros y estafadores; para estos tenía siempre reservado afable, trato y buenas monedas de cinco francos, en cambio de las piezas de sedería, encajes y otros géneros de que la surtían.

Tomaba mil precauciones y se rodeaba de apariencias de mujer honrada, para engañar mejor; pero a pesar de todas sus habilidades, la policía tuvo algún indicio, y fue detenida; sin embargo, como nada pudieron probarle, le devolvieron la libertad.

Así es que aprovechaba con gran satisfacción la ocasión que se presentaba, e iba a ser la víctima expiatoria la infeliz Pivoine, a quien se proponía llevar a presencia del comisario, para demostrar a esa autoridad que prefería dejar escapar un negocio provechoso, antes que faltar a las Ordenanzas de policía.

Y se preparaba a empujar a la joven para echarla a la calle, cuando otro personaje entró en la tienda.

X

El recién llegado, cosa que parecía imposible, presentaba el tipo de una fealdad más repulsiva aún que la de la prendera.

Era una especie de enano, cuyas piernas cortas y torcidas sostenían un cuerpo cuadrado y ancho, y cuya cabeza era enorme.

El rostro era en extremo repugnante; tenía un ojo postizo de esmalte, siempre inmóvil en su órbita profunda, y el labio superior estaba levantado por un diente largo y amarillo que salía de la boca.

Este personaje llevaba un ancho gorro de percalina blanca, una chaqueta blanca y un mandil blanco, medio recogido.

—¡Ah! ¿Estás ahí, señor Carcán? —dijo la prendera al verle.

—Yo mismo, tierna esposa —contestó el enano, afectando un aspecto alegre—; venía a darte los buenos días al pasar, Pamela.

—Llegas con oportunidad.

—¿Sí?

—Guarda la tienda mientras me quito de encima esta criatura.

Pivoine sollozaba cada vez más.

El señor Carcán fijó en ella su único ojo, que brilló enseguida.

—¡Hola!, ¡hola! —dijo—. ¿Qué ha hecho esta joven?

—Lo que no te importa.

—Dispensadme, señora Carcán, pero como soy vuestro esposo, tengo el derecho de interrogaros... y ya sabes cómo acostumbro a hacer valer mis derechos, querida amiga.

—Pues bien, oye...

Y la prendera, obedeciendo a la velada amenaza del señor Carcán, contó lo que sabemos ya, cortando de vez en cuando su relación con buen número de insultos groseros, dirigidos a la pobre Pivoine, a quien el enano seguía mirando fijamente.

—¿Y qué más? —preguntó cuando su mujer hubo acabado.

—Pues qué, ¿no es bastante eso?

—Señora Carcán, esa susceptibilidad le honra sobremanera, me complazco en reconocerlo, pero me contraria mucho. No veo motivo alguno...

—¡Ah! te parece...

—Sí, me parece... Por lo tanto, paga a esta niña, que es muy linda, y déjala marchar.

—¿Esa será tu opinión?

—Esa es mi opinión.

—Pero no es la mía.

—Lo siento.

- Quiero llevarla a casa del comisario, y la llevaré.
—¿Lo crees así?
—Estoy segura, y ha de ser ahora mismo. Vamos, en marcha.
—¡Señora Carcán!, ¡señora Carcán!, ¡ten cuidado!, ¡te prohíbo moverte!
—¡Tú!
—Yo.
—Me prohíbes...
—En redondo.
—¡Bastante me importa!
—¡Ah!, ¿no te importa?
—¡Ni pizca!
—Ahora lo veremos...

Mientras hablaba, el enano cogió el palo de una escoba y le hizo describir rápidamente un círculo.

Por lo visto, la señora Carcán había experimentado más de una vez los buenos efectos de aquel utensilio doméstico, pues encogió instintivamente los hombros, dejó escapar una retahíla de espantosas blasfemias, y acabó por exclamar:

—¡Monstruo!, ¡y decir que hay que hacer siempre lo que se le antoja! ¡Ah! bandido, cedo, pero te aseguro que morirás a mis manos.

—Tierna esposa, acepto la profecía a título de devolución... Pero puesto que te has vuelto juiciosa, suelto a *Vigoroso*.

La prendera abrió gruñendo un cajón, contó tres francos en monedas de cobre, y arrojando aquello a Pivoine, le dijo enseñándole los puños:

—Sal de aquí, desgraciada, de prisa, y ten cuidado de no tropezar conmigo.

La joven se creyó salvada y salió a la calle.

—Adiós, Pamela, adiós —dijo entonces con sorna el enano—, eres una esposa adorable.

Y después de haber mandado con los dedos un beso sarcástico a su mujer, el señor Carcán salió también y siguió a la linda normanda.

Armodio Carcán dirigía, cerca de la barrera de los Almendros, una casa de comidas muy mal frecuentada.

No iba a ver a su mujer sino cuando necesitaba dinero.

En esos casos, además de su persuasiva elocuencia, empleaba de buena gana los argumentos de *Vigoroso*, y así conseguía que se abriera el bolsillo de la prendera.

Dotado de una colección completa de toda clase de vicios: ladrón, jugador, borracho y lujurioso, Armodio afectaba una extremada hombría de bien, le gustaba la broma y solía hacer retruécanos.

Ese era el hombre, física y moralmente.

Ya hemos dicho que salió de la tienda y siguió a la joven. En cuanto esta hubo andado un centenar de pasos y doblado una esquina, se le acercó y le dio un golpecito en el hombro.

Pivoine se estremeció y se volvió.

Pero conociendo al que poco antes había tomado su defensa, procuró sonreír.

—Vaya, linda normanda, creo que estaréis contenta de mí —dijo entablando la conversación.

—¡Ah! caballero, ¡cuánto os lo agradezco!

—Y hacéis bien, pues sin mí, mi mujer os llevaba a casa del comisario, donde hubierais tenido que enseñar vuestros documentos. ¿Tenéis documentos?

—¿Qué documentos, caballero?

—¡Toma! Un pasaporte...

—No, señor; no tengo nada de eso... no sabía...

—¡Mal negocio, pichona mía!... ¡mal negocio! La policía va a cogeros.

—¡La policía! —exclamó Pivoine que, sin darse cuenta exacta del sentido de aquella palabra, se asustó, sin embargo, instintivamente.

—¡Ay, sí! Pero os soltarán, después de algunos meses de cárcel, y os mandarán a vuestro pueblo, conducida por los gendarmes.

—¡Dios mío!... ¿Es posible? —murmuró la joven.

—¡Ya lo creo que es posible! ¿Tenéis familia?

—Tengo a mi padre, caballero... —balbuceó Pivoine.

—¡Qué gusto le va a dar a vuestro padre veros llegar allá con un gendarme, y es inevitable.

—Entonces... estoy perdida... perdida... por completo.

—No veo lo que pudierais hacer para evitar ese inconveniente; en todas partes os exigirán esos malditos documentos... que no tenéis... a no ser...

—¿A no ser?... —preguntó vivamente la joven.

—A no ser que encontréis un hombre honrado que quiera correr el peligro de atraerse algún disgusto, y que os admitiera en su casa; sin garantía... por su cuenta y riesgo...

—Pero ¿quién lo hará, Dios mío? —exclamó la joven.

—Me ofrecería de buena gana, pues me interesáis, pobre niña...

—¿Vos?

—Sí, pero...

—¿Pero qué, caballero?

—Estoy al frente de un *restaurant*, muy frecuentado por la *buena sociedad*. Pero en mi casa el trabajo es rudo, y me parecéis ser tan delicadita...

—¡Oh! soy fuerte... soy más fuerte de lo que parezco...

—No os daría salario al principio, pero estaríais muy bien alimentada... y tratada con mucha consideración. Vamos, ¿queréis probar?

—Sí, señor; de muy buena gana.

—Entonces, es asunto concluido. ¡Chocad, pichona!

Y el señor Carcán presentó a Pivoine su mano negra y grasienta, en la que esta colocó sus lindos dedos.

—Tomad mi brazo —añadió el bodegonero—, y vamos pronto, pues está lejos.

La joven aceptó el brazo que le ofreció Arsenio, y ambos continuaron su camino, con gran asombro de la gente, que se volvía con frecuencia para ver la singular pareja que hacían aquella niña encantadora y aquel enano asqueroso.

XI

El establecimiento designado por Armodio Carcán con el nombre de *restaurant*, era uno de esos bodegones que pululan en los alrededores de ciertas barreras de París.

Los *salones* consistían en una vasta habitación en el piso bajo, con dos docenas de mesitas colocadas en dos filas. En el fondo estaba la puerta del laboratorio culinario, antro fétido en que todo se falsificaba.

Los parroquianos eran numerosos; pero poco escogidos.

En su mayor parte, eran supuestos *obreros* holgazanes y vividores, sin oficio ni beneficio. El señor Carcán tenía a sus órdenes un pinche y una criada flamenca, que bastaba para todo.

Pero los motivos que le habían decidido a tomar a Pivoine eran tres:

1. La nueva criada no le costaba nada.
2. Contribuiría con su lindo rostro a multiplicar el número de parroquianos.
3. Armodio Carcán, lúbrico como un sátiro, quería convertir a la joven en instrumento de sus vergonzosos placeres, y contaba con que la resistencia no sería muy grande.

Pivoine fue, pues, instalada inmediatamente y puesta al corriente de sus funciones, que consistían en recibir las *raciones* en la cocina y distribuirlas a los comensales.

Sería imposible decir lo que la pobre niña tuvo que sufrir desde los primeros momentos de su llegada a aquel basurero.

No era virgen, como ya sabemos, pero estaba pura.

Puede imaginarse cuál debió ser la impresión producida sobre ella por el horrible cinismo de los parroquianos de la casa.

Resonaban sin cesar en sus oídos las más odiosas obscenidades, las descripciones más asquerosas de vicios, cuya existencia y cuyo nombre no había sospechado hasta entonces.

Y con frecuencia, los parroquianos, bebidos, no se contentaban con palabras, y la pobre Pivoine tenía que defenderse contra caricias groseras.

Pero había aún más.

Llegó el momento en que el señor Carcán resolvió llevar a cabo el proyecto que había formado, y con frases tales, que nos sería imposible reproducirlas, por más que nuestra pluma no haga profesión de fe de asustadiza, enteró a Pivoine de lo que esperaba de ella.

Aunque rechazado con asco y con horror, no se dio por vencido, y cada día, casi a cada momento, renovó sus ofrecimientos.

No hay nada tan corruptor como la desgracia. La pobre Pivoine llegó a sentir

amargamente el no haberse entregado al estudiante Virgilio la primera noche que pasó en París. Pensaba en marcharse de casa del señor Carcán. Pero ¿adónde ir? ¿Qué iba a ser de ella? Y como al fin y al cabo tenía en aquella casa pan y albergue, no acababa de marcharse.

Sin embargo, los deseos del enano aumentaban en razón de las dificultades que encontraba para satisfacerlos.

Una noche resolvió acabar de una vez.

Pivoine dormía en un desván, practicado en la cocina. La criada y el pinche compartían su cama en la buhardilla.

A cosa de las doce de la noche, en el momento en que la joven estaba dominada por el primer sueño, se despertó bruscamente por una sensación rara y penosa.

Al pronto creyó que era una pesadilla, pero no tardó en comprender la verdad: un hombre se introducía en su lecho.

Dio un grito, e hizo un movimiento para arrojarle fuera de la cama. Dos brazos robustos enlazaron su cuerpo, y una voz que conoció por la de su amo, le dijo muy bajito:

—Calla, pequeña, y sé juiciosa; no te arrepentirás.

El miedo creció al mismo tiempo que su horror; redobló sus esfuerzos para soltarse; pero comprendió enseguida que sus fuerzas eran impotentes, y empezó a dar agudos gritos, que el señor Carcán procuró ahogar, pero en vano.

En aquel momento pasaba una ronda nocturna por el *boulevard* exterior. Oyó los gemidos de Pivoine, y las culatas de los fusiles llamaron violentamente a la puerta del bodegón.

El señor Carcán soltó a la joven; pero antes de ir a abrir, le dijo con voz amenazadora:

—Si das quejas de mí, te mando prender. Acuérdate de que no tienes documentos. El oficial de la ronda visitó la casa, y no encontró nada sospechoso.

Pivoine declaró, balbuceando, que había tenido miedo sin motivo, y que había gritado sin razón.

La patrulla se fue, y el resto de la noche pasó sin ocurrir nuevos sucesos.

Al día siguiente por la mañana, el señor Carcán llamó a Pivoine.

Se presentó temblorosa y con los ojos bajos. Esperaba una escena brutal, o por lo menos violentas reconvenciones.

Pero no sucedió así. El marido de Pamela le dijo solo con tono breve:

—Te despido.

—Sí, señor —balbuceó la joven.

—Te irás mañana.

—Sí, señor.

—Te daré un certificado y diez francos, por más que hayamos convenido que no tendrías salario.

—Sois... muy bueno.

—¡Demasiado! En cuanto a hoy, estás aún a mi servicio, y luego te mandaré a un recado.

—Sí, señor.

—Por lo demás —añadió el señor Carcán—, piénsalo, Pivoine, aún es tiempo... Me quedaré contigo, si quieres... con quince francos al mes, lo que hace ciento ochenta francos al año... es muy regular, pero ya sabes con qué condición. Vamos, ¿te conviene?

La joven comprendió, e hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—¡Como quieras! —repuso el enano con tono burlón—. ¡Como quieras! Ya te arrepentirás.

Y el señor Carcán le volvió la espalda, mientras que su mirada adquiría una expresión de siniestro contento, y una sonrisa perversa cruzaba por sus deformes labios.

A las doce del día mandó al pinche que fuera a buscar un coche de alquiler.

Cuando el vehículo llegó delante de la puerta, llamó de nuevo a Pivoine, y le dijo:

—Te dije esta mañana que irías a un recado.

—Sí, señor.

—Ya es hora de que vayas; el coche está esperando.

—¿Adónde hay que ir?

—Ya se lo diré al cochero.

—Sí, señor.

—Hace frío, toma el mantón de *Cadeta*.

Cadeta era la criada flamenca.

Pivoine obedeció.

—Toma esta carta —prosiguió el señor Carcán—, entrégala a la persona a quien va destinada; te darán una cosa para que la traigas. Vuelve enseguida.

—Sí, señor.

—Antes de marcharte, toma este vaso de vino, te calentará el estómago. Te despido mañana; pero no es una razón para que caigas enferma hoy.

Y al decir esto, presentó a la joven un vaso lleno de vino tinto, que estaba allí como por casualidad. Pivoine se llevó el vaso a los labios y sorbió dos tragos del líquido. Pero lo volvió a colocar sobre la mesa con visible asco.

—¿Qué tienes? —le preguntó el señor Carcán—. ¿Está malo el vino?

—Me parece que sí.

—¡Quita allá! Se te ha metido esa idea en la cabeza. El vino es muy bueno.

—Tal vez me haya equivocado...

—De seguro... ya verás qué bien te sienta.

Y la sonrisa siniestra de que hemos hablado hace un instante, volvió a aparecer en la boca del enano, que repuso:

—¡Vamos, en marcha!

Pivoine montó en el coche. El señor Carcán gritó al cochero:

—Bercy, muelle de la Rapée, núm. ***.

El coche echó a andar, y el marido de Pamela se quedó frotándose las manos.

XII

Entre los numerosos *restaurants* que llenan en toda su extensión el muelle de la Rapée, en Bercy, hay uno de clase muy especial.

Ese restaurant está muy bien montado y muy frecuentado.

Los tres pisos están ocupados casi por completo por multitud de gabinetes de todas dimensiones, y durante los hermosos días de verano o de otoño, muchos coches de alquiler, con las cortinillas echadas discretamente, se suceden sin cesar a la puerta de aquella casa hospitalaria, y se ve entrar furtivamente muchas parejas amorosas para las que la comida no es más que un accesorio para reparar fuerzas; por lo menos, tenemos derecho a suponerlo.

Y aun añaden malas lenguas que el señor Tonnelier, el dueño de la casa, se encarga de buen grado de procurar *agradable* compañía a los comensales del sexo masculino que vienen a su casa solos y que se aburren con su soledad...

Sobre ese particular, no sabemos lo que hay de cierto.

Aunque el *bodegón* de la barrera de los Almendros y la *casa* del muelle de la Rapée fuesen de índole y de categorías muy diferentes, Armodio Carcán y el vecino de Bercy mantenían continuas relaciones, y a este último era a quien iba dirigida la carta entregada a Pivoine.

El coche paró y la joven bajó tambaleándose.

Durante todo el trayecto, se había sentido dominada por un extraño malestar, la cabeza le pesaba mucho y de cuando en cuando, tenía vértigos y mareos. Entró en la casa y entregó al señor Tonnelier la carta que llevaba.

El fondista la leyó riendo a carcajadas, miró a Pivoine con curiosidad, guiñó el ojo, se echó a reír otra vez y murmuró casi entre dientes:

—¡Qué tuno es ese Carcán!

—Espero la contestación, caballero —dijo la joven.

—¡Ah! la contestación... dentro de un rato, señorita, dentro de un rato... Se necesita tiempo para buscar lo que desea vuestro condenado amo.

El señor Tonnelier se echó a reír de nuevo, y volviéndose hacia uno de los mozos, le dijo:

—Enciende la lumbre en el número 4.

El mozo desapareció.

Pivoine sentía aumentar su extraordinario malestar.

Al cabo de tres minutos, el mozo participó a su amo que el gabinete estaba preparado.

—¿Queréis venir, señorita? —dijo entonces el señor Tonnelier a Pivoine.

La joven le siguió.

Subieron al primer piso, atravesaron un pasillo al que daban ocho o diez puertas

numeradas, y llegaron frente a la que llevaba el número 4. El fondista la abrió.

—Esperadme aquí —dijo—; dentro de un instante estaré de vuelta.

Y salió.

La habitación en que se hallaba Pivoine, era un gabinete empapelado con papel rojo, imitando damasco. Sobre la chimenea había un reloj parado y unos jarrones, con profusión de flores artificiales.

El mobiliario consistía en una mesa, sillas y un sofá.

La única ventana daba a un jardín bastante grande y desierto por completo.

Pivoine se sentó en el sofá.

Al poco rato inclinó la cabeza, le pareció que un peso inmenso descansaba sobre su frente y le obligaba a cerrar los párpados.

Se recostó en uno de los almohadones y se quedó profundamente dormida.

El señor Tonnelier cerró al salir la puerta con llave, y se guardó esta en el bolsillo. Pivoine no lo había notado.

Poco después, hubo en la casa gran movimiento y gran ruido.

Ocho o diez jóvenes que, a pesar del frío, acababan de conducir sus ligeras embarcaciones por las aguas enturbiadas del Sena, invadían las cocinas y pedían al dueño de la casa, que los conocía ya de antiguo, que les sirviera una comida selecta y con mucha actividad.

Aquellos jóvenes eran estudiantes. Uno de ellos, Virgilio, ha figurado ya en nuestro relato.

Fueron instalados en la habitación mayor de la casa, en el salón número 5.

Aquel salón, contiguo al en que dormía Pivoine, estaba separado de este solo por un tabique sencillo y se necesitaba, por cierto, que el sueño de la joven fuera muy profundo para resistir el ruido atronador que produjo la llegada de los estudiantes.

Pero la dosis de láudano que Armodio Carcán había mezclado con el vino bebido por la niña era tan considerable, que no solo bastaba para adormecerla, sino tal vez para matarla.

He aquí lo que ocurría en el salón. A los pocos minutos, la mesa estaba llena de grandes lonchas de cecina, de pollos asados, fríos, etc., mientras llegaban las piernas de carnero y los *rostbeaffs*, que se estaban haciendo a toda prisa.

En vez de vasos, los comensales tenían unas jarritas de cristal de mayor cabida que aquellos, pues que contenían próximamente media botella. Los jóvenes las llenaban con gran frecuencia de cierto vinillo de Torins, que circulaba alrededor de la mesa con gran actividad.

Uno solo, taciturno y sombrío, dejaba su jarrita llena y parecía embebido completamente en una profunda meditación. Era Virgilio.

Uno de sus compañeros acabó por impacientarse por aquel continuo silencio, y le gritó:

—¡Virgilio!, ¡eh! ¡Virgilio!

—¿Qué? —pregunté el estudiante levantando la cabeza.

—¿Quieres que te diga una cosa, querido?

—¿Cuál?

—Que tu compañía es tan agradable como la de un profesor de derecho.

—¿Y tú qué sabes? —contestó con sorna Virgilio—. Nunca pones los pies en clase.

—Un epigrama, no es una contestación.

—Me alegro...

—¿Por qué te alegras?

—Porque de ese modo se confirma un proverbio que me gusta mucho.

—¿Qué proverbio?

—Este: *A preguntas necias, oídos sordos.*

—¡Bien dicho! pero no se trata de eso...

—¿Pues de qué se trata?

—De darme una explicación.

—¡Una explicación! ¿A ti, yo? ¡Bah! te chanceas.

—Nada de eso.

—Confieso que no comprendo...

—Voy a explicarme... Pero antes, señores —añadió el que estaba hablando, dando golpes en la mesa con el mango del cuchillo y levantando la voz—, pido que calléis un momento, para que pueda tener lugar el *interrogatorio* de Virgilio.

—¡Silencio, silencio! —dijeron algunos estudiantes—, escuchemos.

—Oye, Margueret —preguntó Virgilio al que tenía la palabra—, ¿quieres acaso burlarte de mí?

—No por cierto, pero quiero que expliques delante de los amigos aquí presentes, tu conducta, que desde hace un mes es muy singular.

—Mi conducta... ¡estás loco, Margueret!

—¡Creo que no!

—Vamos expón tus quejas —dijo Virgilio con sonrisa algo forzada.

—Bueno, empiezo:

»En otro tiempo, no muy lejano, eras, ¡oh Virgilio! el alma de nuestras reuniones, el rey de nuestros bailes, el dictador de nuestros cafés.

»Desde la calle Mazarine hasta los muros del Panteón, las lindas grisetas hablaban de ti con sonrisas de amor.

»Los estudiantes de primer año estudiaban tus maneras mucho más que sus Códigos.

»Nada faltaba a tu gloria.

»Y hoy estás faltando a la nuestra.

»¿Qué ha sido de ti, Virgilio?

»Hace un mes que no te ríes, que no juegas. No te se ve por ninguna parte, y si por casualidad se te encuentra, es en algún barrio extraviado, con la mirada triste y el aspecto de un alma en pena.

»Ya no vas a casa de tus amigos. Y cuando estos van a verte, encuentran cerrada tu puerta. Te convidan a cenar y faltas a tu palabra; van a buscarte y has salido ya; y si, como ocurre hoy, se consigue atraerte, matas la alegría con tu mal humor y te quedas sentado, inmóvil y mudo como una momia egipcia.

»¿Qué tienes, Virgilio? ¿Qué tienes? Desahoga tu corazón en nuestros senos, confía a tus amigos tus horribles secretos. Créeme, eso te aliviará.

Entusiastas aplausos acogieron aquel discurso, el mismo Virgilio se sonrió y contestó, haciendo un movimiento con la cabeza:

—¿Queréis saber lo que tengo?

—¡Sí, sí, sí!

—¿Por curiosidad?

—¡Por interés!

—Cuando os lo haya contado, me vais a abrumar a fuerza de burlas y de sarcasmos.

—Respondo con mi cabeza de la discreción de mis compañeros en presencia de tu inmensa desgracia —dijo Margueret con tono cómicamente solemne.

—Al fin y al cabo —continuó Virgilio—, reíos, burlaos, y puesto que soy ridículo, curadme por el ridículo; será un sistema homeopático moral.

—Pero acaba, ¿qué ocurre?, ¿qué te pasa? —preguntaron dos o tres estudiantes.

—Ocurre que estoy...

Virgilio dudó si debía proseguir.

—¿Que estás?... —dijeron a coro todos los comensales.

—Que estoy... ENAMORADO.

—¡Enamorado!

—¡Tú!

—¡Es una broma!

—¡No puede ser!

—¿Y de quién estás enamorado?

—¿Es de Clo-Clo?

—¿De Nini?

—¿De Follette?

—¿De Frisette?

—¿De Rose Pompón?

—¿De Mogador?

—¿Es de una de nuestras mujeres?

Todas estas exclamaciones salían de los labios de sus amigos.

—Yo no podría amar a ninguna de esas mujeres —dijo Virgilio con desdén.

—Entonces, ¿quién es? —preguntaron.

—Pivoine.

Al oír ese nombre, todos los estudiantes se miraron; en cada mirada había una pregunta muda. Pero las contestaciones fueron negativas. Nadie conocía a Pivoine.

—Sí —prosiguió Virgilio con entusiasmo—, sí, la amo... la amo como un loco... y me muero de vergüenza y de rabia al pensar que he perdido a esa mujer por mi grosera embriaguez, por mi brutalidad sin nombre... sí, perdí a aquel ángel... a quien solo vi por espacio de una hora, a quien amaré siempre, a quien no volveré a encontrar.

Y el estudiante, apoyando los codos en la mesa, ocultó la cabeza entre las manos, y no volvió a contestar a las múltiples preguntas que se le hacían.

XIII

Al ver la inutilidad de sus esfuerzos para distraer a Virgilio, sus compañeros no volvieron a hacer caso de él, y continuaron comiendo, bebiendo y cantando a más y mejor. Acababan de empezar un coro, cuando Margueret, que dejaba vagar su mirada por todas partes, se fijó de pronto en una de las paredes del salón, e impuso silencio a los alborotadores con un *chist* breve e imperioso.

—¿Qué ocurre? —preguntaron.

—Ocurre, amigos míos —contestó el joven—, que se nos presenta tal vez en este instante una magnífica ocasión para iniciarnos en las fiestas de Paphos y en los misterios galantes de Citerea.

—¿Qué quieres decir?

—¡Mirad! —repuso el estudiante señalando con el dedo la pared que tenía enfrente.

En aquel tabique, a unos siete pies de altura, había un agujero redondo, practicado en otro tiempo para dar paso al tubo de una estufa, y que estaba entonces tapado por un círculo de madera, cubierto de papel igual al del salón.

—¿Y qué? —dijo uno.

—Pues que ese agujero va a entregarnos los secretos del gabinete contiguo, y figuraos lo que podrá hacerse en los gabinetes particulares de este respetable establecimiento.

—¡Es verdad! —dijo uno de los estudiantes.

—Pero —repuso otro—, ¿y si está vacío?

—¡Ah! en ese caso, nos llevaremos chasco, pero no es probable. Pero ahora lo veremos.

Margueret se levantó, cogió su silla, que colocó junto a la pared, se subió en ella, quitó sin meter ruido el círculo de madera y miró por el agujero.

A los pocos segundos los más curiosos lo tiraban ya de la levita para hacerle bajar.

Por fin, se decidió a bajar y otro estudiante le sustituyó en aquel ventanillo improvisado.

—¿Has visto algo? —preguntaron a Margueret.

—¡Ya lo creo!

—¿Qué has visto?

—Una mujer.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Joven?

—Creo que sí.

—¿Linda?

—No lo sé.

—¡Que no lo sabes!...

—No, no he podido verle la cara.

—¿Y qué hace?

—Duerme.

—A pesar del ruido que hacíamos antes...

—Sí.

—¡No puede ser!

—Está echada en el sofá, con la cabeza apoyada en un almohadón, pero lo más raro es que está disfrazada...

—¡Quiá!

—De aldeana normanda... bonito traje en verdad.

Margueret no había acabado aún de pronunciar esas palabras, cuando Virgilio se levantó, cogió por la cintura al estudiante que estaba en posesión del ventanillo y le colocó bruscamente en el suelo. Después se subió rápidamente sobre la silla y se puso a mirar el interior del gabinete contiguo.

A la primera ojeada, Virgilio conoció a Pivoine. Al verla, se apoderó de él una alegría profunda y completa.

Pero inmediatamente se preguntó por qué inexplicable casualidad se hallaba la joven en aquella casa sospechosa y por qué la encontraba allí, aislada y dormida al parecer.

La solución del problema no se hizo esperar mucho. La puerta del gabinete giró sin ruido sobre sus discretos goznes, y Virgilio vio entrar al enano Armodio Carcán, con la sorpresa que nuestros lectores podrán imaginar fácilmente.

El esposo de Pamela se había despojado de su invariable chaqueta blanca y de su delantal sucio, para engalanarse con un frac azul, un pantalón escocés gris y verde, un chaleco amarillo de piel de cabra y una corbata encarnada.

Aquel lujoso traje había adornado durante mucho tiempo la tienda de la señora Carcán, y el *señor*, que lo encontró muy de su gusto, se lo había apropiado.

Armodio parecía radiante de alegría. Su único ojo brillaba de lujuria. Cerró cuidadosamente la puerta y corrió los cerrojos interiores. Después se acercó al sofá sobre el que descansaba la joven, y exclamó:

—¡Ahora veremos, hermosa... ahora veremos!

* * *

Virgilio había visto bastante.

Saltó al suelo en medio de los estudiantes que se asustaron al ver su palidez lívida y las chispas que lanzaban sus ojos.

Salió del salón, sin decir palabra, se aproximó a la puerta del número 4, y

apoyando el hombro contra aquella puerta, de un solo empuje la arrojó hacia dentro, arrancando a la vez los goznes y los cerrojos.

El señor Carcán dio un grito de espanto y de ira.

Virgilio se fue derecho hacia él; le derribó como a un niño, a pesar de su furiosa resistencia, le arrastró por el cuello del frac hasta el balcón, que abrió enseguida, le levantó en vilo, pues la indignación había centuplicado sus fuerzas, y desde la altura del piso principal lo arrojó al jardín.

Hecho esto, el estudiante volvió hacia Pivoine, cuyo sueño, o mejor dicho, cuyo letargo no había cesado, la cogió en brazos, salió de la casa, montó en un coche de alquiler que estaba parado en la puerta del restaurant y tomó el camino de París.

Digamos de paso que el miserable Armodio, con más suerte de la que merecía, no se hizo más daño que algunas ligeras contusiones, después de una caída, en la cual un hombre honrado hubiera sido destrozado cien veces.

Durante el trayecto de Bercy a la calle de la Harpe, Virgilio cubrió de besos y de lágrimas las manos y la cara de la pobre niña, que continuaba privada, y no daba más señales de vida que algunos suspiros débiles, exhalados muy de tarde en tarde.

El salvador de Pivoine no tenía nada de sentimental, y podemos asegurar a nuestros lectores, que si la noche de su llegada a París la linda normanda se hubiese entregado a él, al cabo de una semana se hubiese hastiado, y no se habría ocupado más tiempo de ella, que el que lo hacía con las volubles grisetas y loretas, de quienes hasta el día había sido feliz vencedor.

Pero lo extraño de sus cortas relaciones con Pivoine, la desaparición de la pobre niña, la imposibilidad de descubrir su paradero, la casualidad casi milagrosa que se la devolvía, todas estas circunstancias reunidas habían triunfado de la ligereza habitual de su corazón, y por primera vez se sentía poseído, si no de amor, por lo menos de un afecto sincero.

En cuanto llegó, después de haber acostado a Pivoine en su cama y llamado a la dueña del hotel, a quien encargó que durante su ausencia cuidase a la enferma, corrió a buscar a un amigo suyo, estudiante de medicina, muchacho de gran talento y de precoces conocimientos, que comprendió que un poderoso narcótico, administrado en espantosa dosis, ponía en peligro la vida de la joven, y no atreviéndose a asumir la responsabilidad del tratamiento que había que mandar, pidió la asistencia de su profesor el doctor P... una de las notabilidades científicas de aquel tiempo.

Los remedios más enérgicos fueron empleados inmediatamente, y Pivoine no tardó en recobrar el conocimiento, pero declarándosele una fiebre ardiente complicada con un terrible delirio y una crisis nerviosa.

El doctor P... no respondía de la vida de la joven. Aquel estado duró una semana.

Durante ocho días y ocho noches, Virgilio no se separó ni un instante de la cabecera de la cama en que se retorció la desgraciada niña, dominada por las insensatas visiones de la fiebre.

Una madre no hubiera podido cuidarla mejor.

Por fin, llegó el momento en que el doctor P... pronunció esta palabra consoladora:

—¡Espero!

Virgilio se arrojó a su cuello y le besó como se besa a un hermano.

El doctor no se había equivocado.

Poco a poco fue disminuyendo el delirio, hasta que desapareció por completo.

Pivoine se había salvado.

El primer rostro que vio cuando recuperó la razón, fue el rostro de Virgilio.

La primera voz que sonó en sus oídos fue la de Virgilio. Y durante su larga convalecencia, Virgilio fue el que, siempre a su lado, incansable y alegre, parecía volver a nacer al verla revivir y adivinaba sus menores caprichos para satisfacerlos en el acto.

¿Qué podía, qué debía contestar, cuando curada por fin, oyó que el estudiante le decía con voz temblorosa y apasionada?

—Me hubiera muerto si tú te hubieras muerto... pero, vives... ¿quieres vivir para mí?

—Sí —contestó.

Y se entregó.

Digámoslo muy alto, pues creemos encontrar en aquella primera falta una excusa para todas sus faltas venideras; se entregó *agradecida*, pero *sin amor*.

En realidad, Pivoine era dulce y buena, y en su cuerpo encantador encerraba un alma hermosa.

Entre las manos de otro, tal vez hubiera llegado a ser una de esas mujeres que pasan sobre la tierra como uno de tantos ángeles bajados del cielo que a él vuelven.

Pero Virgilio no sabía amar.

No comprendió cuánta sencilla castidad quedaba aún a la joven a falta de inocencia. Buscó el placer, sin pensar que podía encontrar la felicidad, y Pivoine fue iniciada a los tristes encantos de la vida del barrio Latino.

Como Virgilio se lo había ofrecido anteriormente, fue la mejor vestida entre todas las *mujeres* de los estudiantes. Tuvo vestidos de seda y ricos mantones.

Tuvo un reloj de oro con una magnífica cadena.

Conoció las delicias de una cena en casa de Dagneaux, después de una noche demasiado corta en un proscenio de las *Folies Dramatiques*.

Bailó en los bailes más en boga.

Oyó resonar en su oído los atrevidos piropos de los amigos de su *esposo*.

Fumó primero cigarrillos de papel, después cigarros puros.

Cabalgó en borrico en el bosque de Boulogne, y a caballo en la selva de Saint-Germain.

Cantó canciones alegres.

Jugó al dominó en el café Procopio y en otros de menos categoría.

Vivió por fin en intimidad con las reinas galantes del barrio.

Todo eso la perdió poco a poco.

Permanecía fiel a Virgilio, pero sin notarlo se apoderaba de ella la gangrena de una profunda desmoralización.

La aldeana normanda se volvía griseta parisiense.

La pecadora daba el primer paso.

—¡Pobre Pivoine!

¡Cuánta distancia entre los hermosos bosques de Nodesmes y los cafetuchos de la calle de Santiago!

XIV

Arsenio Bachu había nacido en Rouen el año 1820. Era hijo único y perdió a su madre antes de tener edad para poder conocerla.

Su padre, comerciante en lanas, le dejó huérfano a la edad de quince años.

Arsenio tuvo un tutor honrado que, cuando aquel llegó a la edad de diez y ocho años en que fue emancipado, le entregó ocho mil francos de rentas en buenos títulos del Estado.

Arsenio había recibido una educación incompleta y vulgar, salió del colegio creyendo que sabía algo, pero en realidad profundamente ignorante.

Hasta entonces todo iba bien, pues al fin y al cabo, ¿qué importaba al mundo que Arsenio fuera de la raza de las águilas o de la de aquellas aves tan vilipendiadas a pesar de que salvaron a Roma? Pero, ¡ay!, las ampliaciones de los cursos de retórica y la lectura de algunos poetas y novelistas célebres, despertaron en el espíritu del adolescente los más deplorables instintos literarios.

Arsenio quiso hacer sus primeros ensayos, y publicó varios trabajos a cual peores en un periodiquillo de Rouen. No obstante, como el joven Arsenio tenía algún dinero, no le faltaron aduladores que, mediante más o menos invitaciones para comer, le demostraron que cuando quisiera podría destronar a Victor Hugo y ocupar su puesto.

Pero Arsenio, que era buen muchacho; contestó modestamente que no quería destronar a nadie y que había bastante sitio en el mundo para Victor Hugo y para él.

Así transcurrieron tres años, hasta que ansioso de adquirir mayor gloria, y algún provecho, se trasladó a París a principios del año 1843.

Se instaló de un modo muy confortable, en un cuartito muy coquetamente amueblado. Después, el joven pensó en hacer valer los trabajos que tenía en cartera. Se vistió de negro y fue a llevar a la *Revista de ambos mundos* una *Meditación armónica* que no quiso dar a luz en provincias por creerla demasiado notable. De allí pasó a las oficinas de la *Prensa* una novela titulada *Los tres ahorcados*, en cuatro tomos.

A los quince días recibió dos grandes sobres cerrados con los sellos de la *Prensa* y de la *Revista*. Arsenio pensó, rompiendo el sobre de la primera carta:

—¡Si serán ya las pruebas de imprenta!

Y leyó:

Muy señor mío: Vuestros versos son muy notables, pero nos hemos impuesto el deber de no publicar en la REVISTA sino nombres conocidos y apreciados por el público.

Sentimos, por lo tanto, infinito no poder hacer una excepción en vuestro obsequio.

Vuestros afectísimos, etc., etc.

—¡Bah! —exclamó Arsenio estupefacto, y la carta se le cayó de las manos.

—Vamos a ver la otra —añadió entreabriendo, no sin desconfianza, el segundo sobre.

He aquí lo que contenía:

Muy señor mío: Vuestra novela encierra eminentes cualidades de interés y de estilo, pero sentimos muy de veras que contratos hechos con anterioridad nos impidan publicarla.

Vuestros, etc., etc.

—¡Estúpidos! —dijo el joven indignado—, no saben lo que se pescan. Pero algún día me lo pagarán. Cuando se arrastren a mis pies para pedirme algún escrito se lo recordaré. Después de todo, ¿qué me importan a mí los periódicos y las revistas? habiendo en París editores, no faltará quien sepa apreciar mis trabajos. Vamos allá.

Arsenio hojeó el *Almanaque de las veinticinco mil señas*, anotó en su agenda algunos nombres, tomó un coche, fue a las oficinas de la *Prensa* a pedir el manuscrito de *Los Tres ahorcados*, y dio orden al cochero de que le condujera a la calle de la Harpe.

El almacén delante del cual se paró el carruaje, presentaba el aspecto de un modesto salón de lectura. Arsenio entró, creyendo equivocarse, y supo, no sin gran sorpresa, que estaba realmente en presencia de un editor célebre.

—¿Qué deseáis, caballero? —le dijo este.

—Vengo a proponeros un negocio.

—Perfectamente.

—Un negocio magnífico...

—Esos son los que a mí me gustan, ¿de qué se trata?

—De la publicación de una novela.

—¡Ah!, ¿y de qué autor?

—Mía —contestó el joven inclinándose.

—¿Tendríais la bondad de decirme vuestro nombre, caballero?

Arsenio dijo su nombre.

El editor hizo una mueca muy elocuente que el joven no notó, ocupado en desatar el bramante de su manuscrito. Un golpecito en el hombro vino a interrumpirle en aquella faena.

—No os molestéis en desatar ese paquete —le dijo el editor sonriendo.

—¿Por qué?

—No puedo publicar vuestro libro.

—Pero, caballero, es una novela inédita y muy interesante.

—No lo dudo.

—El título es muy a propósito: *Los Tres ahorcados*, solo eso excitará la curiosidad.

—Es cierto.

—Y el índice de los capítulos, da ganas de leer la obra; mirad.

Arsenio, cogiendo una hoja suelta, la puso, quieras que no quieras, bajo los ojos del editor resignado.

Decía lo siguiente:

«PRIMERA PARTE: El sepulcro vacío».

«Capítulo I.—El ojo saltado».

«Cap. II.—El corazón partido».

«Cap. III.—La cuerda y el puñal».

«Cap. IV.—La noche de los cuatro asesinatos».

«Cap. V.—El bandido sin pies».

«Cap. VI.—La antorcha ensangrentada».

«SEGUNDA PARTE: La agonía y el amor».

«Cap. I.—La hija del ahorcado»...

Con eso basta, para dar una idea de los títulos de los capítulos.

El editor recorrió los demás a la ligera y devolvió la hoja a Arsenio, diciéndole:

—¡Qué hermoso es!

—¿Estáis decidido ya?

—¿A qué?

—A publicarla.

—No, señor.

—Pero ¿por lo menos, os quedaréis con el manuscrito y lo leeréis?

—No haré tal.

—¿Por qué?

—Porque como mi resolución no había de cambiar, tendría otro sentimiento...

—¿Cuál?

—El de no poder ser padrino de una obra tan notable, pero mis colegas no pondrán obstáculos y se apresurarán a publicar vuestros *Tres ahorcados*.

—Y a os pesará el no haber hecho este negocio —dijo Arsenio volviendo a atar su manuscrito.

—Lo sé perfectamente —contestó el editor—; pero, ¡que queréis!, no se hace todo lo que se quiere.

Aquel mismo día, el joven Bachu acudió a cinco o seis editores, pero todos se mostraron inhospitalarios para con él. No le faltaba por visitar más que uno, y aunque muy descorazonado, quiso probar fortuna hasta el fin y se presentó a él.

El editor le escuchó sin decir palabra y no contestó más que:

—Dejadme el manuscrito, lo examinaré y dentro de ocho días os diré con qué condiciones puedo publicarla.

Arsenio salió con el corazón lleno de alegría.

—Este al fin y al cabo, va a leerlo y lo apreciará; los otros son unos badulaques.

Transcurrida la semana, nuestro autor se volvió a presentar.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó.

—Ya está hecho —contestó el editor.

—¿Habéis acabado?

—Sí... Decíamos... *Los tres ahorcados*; ¿no es eso?

—Sí.

—¿Novela en cuatro tomos?

—Sí.

—¿En octavo?

—Sí.

—¿Buen papel, 320 páginas por tomo, tipos de imprenta nuevos?

—Sí.

—Entonces, será... dos mil francos.

—Me parece bastante poco —dijo Arsenio.

El editor le miró sorprendido y repuso:

—En realidad he calculado lo menos, pero, puesto que os parece poco, podemos aumentar si queréis.

—Entonces pongamos cuatrocientos francos más.

—Bueno —contestó el editor; y añadió—: No tengo que decir que tratamos de un negocio al contado.

—Claro está.

—¿Cuándo queréis que se empiece a imprimir?

—¿Yo?... lo más pronto posible.

—Mañana, si queréis.

—Bueno, pues, mañana.

—Voy a preparar el recibito.

—Como gustéis, por más que no corre tanta prisa.

—Dispensadme: los negocios son negocios, nadie sabe si vivirá.

—Es verdad.

El editor se sentó en su mesa, y mientras escribía, Arsenio sacó su cartera y la abrió para guardar los billetes de banco.

—Aquí está —dijo el librero, presentando al joven un papel, que este leyó soltando una carcajada.

—¿Qué hay? —preguntó el industrial—: ¿me habré equivocado?

—¡Ya lo creo!

—¿En dónde?

—Aquí. Es muy gracioso, habéis puesto un nombre en lugar de otro.

—¿Cómo?

—Vedlo. Dice: *Recibido del Sr. Arsenio Bachu la cantidad de dos mil cuatrocientos francos...*

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que tengo que cobrarlos y ponéis que os los voy a dar.

El editor se dejó caer en una butaca, desternillándose de risa. Arsenio le miraba sin comprender.

—Por lo visto, ¿habéis creído que yo compraba vuestra novela? —dijo el librero cuando se hubo calmado su acceso de hilaridad.

—¿No lo habíais dicho? —preguntó el joven, completamente desconcertado.

—Os he dicho que la publicaría, previo pago de *dos mil francos*; pero yo soy el que debe cobrarlos, amigo mío. Y aun con una indemnización tan corta, corro gran riesgo de no cubrir gastos. ¿Quién compra un libro de un desconocido?

Aquello fue el colmo. Arsenio huyó desesperado. Pero volvió a las veinticuatro horas, habiendo reflexionado que, después de todo, aquellos dos mil francos no eran más que un anticipo que hacía para llegar a la gloria y que recuperaría con creces.

Pagó, pues, y la novela se imprimió.

El día en que se puso a la venta fue para él un gran día.

Desde por la mañana recorrió París para ver por sí mismo el efecto producido por

los carteles puestos sobre los cristales de los gabinetes de lectura.

Pero, ¡ay!, los carteles no aparecieron por ningún lado. Arsenio bebió el cáliz hasta la hez; hizo comprar *ciento cincuenta* ejemplares y los mandó *franco de porte* a los ciento cincuenta gabinetes literarios principales.

Después entabló relaciones de amistad con varios jóvenes redactores de periódicos galantes, como *La Mariposa azul*, *El Espejo de las mujeres bonitas*, *El Adonis*, etc., etc., y consiguió algunos artículos laudatorios que le entusiasmaron, y con los cuales corrió a ver a su editor y a preguntarle cómo iba la venta.

—No va mal —contestó el librero—; he vendido ya ciento cincuenta ejemplares.

Arsenio se mordió los labios. El pobre muchacho sabía demasiado bien quién era el comprador.

Desde aquella época, y durante dos años, Bachu puso un freno a la manía literaria. Ya no escribió, pero en cambio discutió mucho. Frecuentó el trato de algunos escritores más o menos inéditos y dio reuniones, a las que asistían multitud de fabricantes de sonetos y baladas, artistas fantásticos y estudiantes de derecho, cuyo conocimiento había hecho en el café.

Arsenio llegó a ser una especie de personaje, que algunos alababan, de que muchos se burlaban, y conocido por todo el mundo en el barrio Latino.

A pesar de sus numerosos desengaños, era muy feliz y llevaba una existencia muy regular, procurando cuidar lo más posible de su pequeña fortuna.

XVI

Un día en que Arsenio saboreaba en el café Procopio una limonada y algunos periódicos, se sentó a su lado un joven que pidió una taza de café puro.

El aspecto de aquel joven era mezquino, casi miserable.

Su levita enseñaba la trama, el pantalón deshilachado por abajo, las botas rotas, y el sombrero había cambiado de color.

El recién llegado llevaba bajo el brazo un rollo de papel cubierto de azul.

Colocó el rollo sobre la mesa, echó azúcar al café y se inclinó hacia Arsenio, a quien dijo:

—Cuando acabéis, tened la bondad de darme el *Corsario* y el *Charivari*.

Arsenio se estremeció al oír aquella voz, levantó los ojos y miró a su vecino, exclamando:

—¡Hola!, ¡hola!

—¿Qué ocurre? —preguntó el joven—; ¿me conocéis acaso?

—¡Ya lo creo!

—Creo que os equivocáis.

—¡Ca! Eres Gilberto, ¿no es verdad?

—Sí; ¿y vos?

—Yo soy Bachu... Arsenio Bachu... tu compañero de clase en el colegio de Rouen.

—¡Anda!... ¡anda!, ¡qué encuentro!

Los dos condiscípulos se dieron un abrazo, y Arsenio entabló la conversación.

—Vamos a ver, chico, ¿qué haces en París? —dijo.

—Poca cosa, querido.

—¡Pero harás algo!

—Me ocupo de literatura.

—¡Ah! te ocupas de literatura —dijo Arsenio—. ¿Qué especialidad es la tuya?

—El teatro.

—¿Haces comedias?

—Sí.

—¿Y te las representan?

—Poco y mal.

—¿En dónde?

—En los Recreos-Cómicos, en Beaumarchais y en Bobino.

—¿Pero por qué no presentas tus comedias en los grandes teatros, en Variedades, por ejemplo?

—¡Qué tontería! Es como si me preguntaras por qué no tengo veinticinco mil francos de renta. Yo presento mis comedias, pero las rechazan.

Arsenio suspiró y prosiguió:

—¿Es esto una comedia?

—Sí, una comedia en tres actos que traigo de casa del copista.

—¿Me dejas verla?

—¿Por qué no?

Arsenio abrió el manuscrito, y leyó este título:

—*Magdalenita...*

—*O la griseta del barrio Latino* —acabó Gilberto.

Arsenio recorrió a la ligera el primer acto, y dijo:

—¿Sabes que esto me parece muy lindo?

—¡Ya lo creo! Y si llevara el nombre de algún autor conocido, los teatros harían un gran negocio.

—Vivo aquí cerca —prosiguió Arsenio—: ¿quieres venir a casa? Hablaremos: tengo que proponerte una cosa.

—Estoy a tu disposición.

Y los dos antiguos amigos salieron juntos del café Procopio.

Gilberto estaba deslumbrado al ver el suntuoso mobiliario de su condiscípulo, y se dijo *in petto* que habría que hacer representar muchos actos para poder tener uno igual.

—Vamos a ver —dijo el joven Bachu—, charlemos un rato.

—Con mucho gusto.

—¿Esa es una comedia nueva?

—Que no ha servido nunca, ni a mí ni a nadie.

—¿Cuándo la has acabado?

—Hace ocho días.

—Por lo tanto, ¿no la has presentado a ningún director?

—Te acabo de decir que sale de casa del copista.

—Muy bien.

—Pero ¿a qué vienen esas preguntas?

—Ahora lo verás. ¿Cuánto crees tú que te va a producir esta comedia?

—Me contentaré con que ascienda a doscientos francos...

—¿La venderías si te ofrecieran quinientos?

—Enseguida.

—¿De modo que consentirías en que la representaran con el nombre de otro?

—Perfectamente.

—¿Y guardarías el secreto al comprador?

—Religiosamente.

—Entonces, choca. Asunto concluido. Toma un billete de banco. *Magdalenita* es mía.

—¡Cómo! ¿No es una broma?

—Nada de eso... a menos que te vuelvas atrás.

—¡Dios me libre!... Acepto... acepto.

Y Gilberto, asustado de la fortuna que le bajaba del cielo, miraba, o mejor dicho, devoraba con la vista el billete que le había dado Arsenio.

—De manera —repuso este— que quedamos en que tu comedia me pertenece por completo, y que no hablarás con nadie del trato que hemos hecho.

—No tengas cuidado, y si más adelante necesitas más comedias, acuérdate de mí.

—Ya veremos.

—Ahora te dejo; voy a comprarme botas.

—Adiós, querido. Te mandaré una entrada para el estreno.

Arsenio, solo ya, acabó la lectura de *su comedia*, que le gustó mucho.

Al día siguiente empezó a buscar un teatro para representarla. Después de esfuerzos sobrehumanos y de molestias y disgustos sin cuento, Arsenio vio que no le quedaba más teatro posible que el del Luxemburgo.

Quiso ser prudente, aleccionado por la experiencia, y trató de agarrarse bien a aquella única tabla de salvación.

Por de pronto guardó el manuscrito en su mesa de despacho.

Después consiguió entablar relaciones con el director de *Bobino*, y trabar poco a poco cierta amistad. Le convidó con frecuencia a comer, jugó con él a las cartas, ensalzó a sus actrices, a sus autores; alabó su talento administrativo, etc., etc.... Lo ofreció un ejemplar de los *Tres ahorcados*, magníficamente encuadernado, y por fin un día, después de comer, le confesó, con tono desinteresado y modesto, que había escrito una comedia, que era una obra maestra.

—Habrás que verla —le contestó el director.

Arsenio, que había previsto el caso, cogió la ocasión por los cabellos, y sacando *Magdalenita* del bolsillo, la leyó.

La comedia, escuchada con benevolencia, fue recibida sin dificultad, y el director del teatro prometió ponerla en estudio inmediatamente.

Aquella misma tarde, Arsenio paseaba su alegría bajo los grandes árboles del Luxemburgo, cuando vio pasar una joven tan linda y tan graciosa, que interrumpió sus sueños de gloria para mirarla, admirarla y seguirla.

Aquella joven no iba sola, iba del brazo de un caballero alto, muy elegante y a quien Arsenio conocía de vista.

La pareja iba a llegar a la verja del jardín cuando se cruzó con un estudiante, que la saludó con un movimiento de cabeza y continuó su camino en dirección a Arsenio. Este le paró y le alargó la mano, diciendo:

—Buenas tardes, Margueret.

—Buenas tardes, querido, ¿cómo va?

—Bien, gracias... ¿A quién acabáis de saludar?

—A mi amigo Virgilio.

—¿Estudiante?

—Sí.

—¿Con quién iba?

—Con Pivoine.

—¿Su querida?

—Sí, a fe... ¿Queréis que os lleve a casa de Virgilio, con quien vive?

—Con mucho gusto.

—Pues bien, mañana viernes iré a buscaros a vuestra casa a las ocho; los viernes por la noche se toma ponche en casa de Virgilio.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

XVII

Virgilio, al reunirse con Pivoine, había dejado el cuarto que ocupaba anteriormente, y había tomado otro mucho mayor en el piso principal.

El alquiler se había duplicado; pero aquello no era más que una gota de agua en el mar. Sus doscientos francos de pensión anual desaparecían en tres o cuatro días; y para llegar a cubrir los gastos de una vida muy cara, se hundió en el abismo de la usura. Firmaba pagarés a diestro y siniestro, sin acordarse de que el vencimiento llegaría pronto, terrible, amenazador.

La maravillosa belleza de Pivoine halagaba su vanidad, por lo menos, tanto como su amor; la joven era para él como una piedra preciosa que quería engarzar con lujo, para que pudiera admirarse mejor su brillo.

Así es que cada día compraba nuevos vestidos, nuevos sombreros, chales, cintas y todos los accesorios del equipo de una mujer bonita, que son tan costosos.

Algunos proveedores, sabiendo que Virgilio pertenecía a una familia bien acomodada, entregaban de buen grado sus géneros, sin exigir dinero, pero esperando cobrar su amabilidad con crecidos intereses, cuando llegara el momento de pagar.

Por supuesto, el estudiante no se acordaba de ir a clase, ni de visitar a los amigos de su padre.

Estaba por completo entregado a su amor.

Aquello duró dos o tres meses. Poco a poco los acreedores se fueron cansando, y llegaron a ser exigentes. Los pagarés se presentaron y no fueron satisfechos.

Los alguaciles tomaron el camino de la casa de Virgilio con *protestos, citas, juicios* y demás formalidades de costumbre en esos casos.

El dinero iba siendo cada vez más raro. Pivoine notó aquellos apuros y aquellas inquietudes; pero en vez de compadecerle y consolarle, le puso de mal humor.

Virgilio trató de hablarle con juicio; pero le interrumpió cantando. Quiso incomodarse, y se burló de él.

El pobre muchacho iba comprendiendo lo pesada que era la cadena que se había puesto él mismo. Los disgustos se repetían con frecuencia entre los dos amantes; pero los ocultaban cuidadosamente a los ojos de todo el mundo.

Tal era el estado de las cosas en el momento en que Margueret introdujo a Arsenio Bachu en casa de Virgilio.

Aquella noche Pivoine estaba encantadora. De pie, rodeada de muchachos jóvenes, reía a carcajadas, aspiraba de cuando en cuando el humo aromático de un cigarro habano, sin dejar de revolver con un gran cucharón las llamas azuladas de una gran ponchera.

Arsenio quedó aún más deslumbrado que la víspera, de la belleza de la joven, y como no era tímido, como creía que tenía mucho talento, adquiriría aún más aplomo, y

le expresó en términos muy vivos la admiración que le inspiraba.

Pivoine le miró con aire burlón; le disgustó, le pareció impertinente y ridículo, y le volvió la espalda.

Arsenio no se dio por vencido, y resolvió hacerle el amor.

En efecto, volvió al día siguiente, después todos los días, hasta que se hizo el amigo inseparable de Virgilio.

Conoció los apuros que este tenía a cada instante, y le prestó en varias ocasiones algunos cientos de francos, que le valieron un profundo agradecimiento por parte del estudiante.

La misma Pivoine le miró con más benevolencia, y ya no le parecía ni tan tonto, ni tan feo.

Sin embargo, una catástrofe era inevitable. El trueno que retumbaba en el horizonte estalló de pronto. Una mañana, Virgilio y Pivoine, que se habían retirado muy tarde, dormían aún profundamente. Antonio, el criado, entreabrió bruscamente la puerta de la alcoba diciendo:

—¡Señorito, señorito!

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —preguntó Virgilio despertándose sobresaltado.

—Preguntan por vos.

—¿Quién?

—Unos hombres muy feos; hay abajo cinco, quieren hablaros a todo trance, están disputando con la señora, que les dice habéis salido.

—¿Han traído un coche de alquiler?

—Sí, señor, con otro hombre dentro.

—¡Diablo! —dijo el estudiante—; creo que me han pescado; oye, Antonio...

—Oigo, señorito.

—Baja pronto, procura detener a esos individuos, impídeles que suban y llévalos a otro cuarto; voy a vestirme y a escapar, si puedo.

—Sí, señorito, voy a intentarlo.

Antonio dio dos pasos para salir y Virgilio saltó fuera de la cama; pero no había tenido aún tiempo para poner la mano sobre el pantalón, cuando una cabeza asomaba por la puerta y una voz aguardentosa y burlona preguntaba:

—¿El señor Virgilio?

—No le conozco —contestó este—, será más arriba.

Pero el visitante intempestivo entró en la habitación con el sombrero puesto, mientras se oían detrás de él los cuchicheos de varias personas.

—¿Qué es eso? —exclamó el estudiante, que corrió rápidamente las cortinas de la cama con objeto de ocultar a Pivoine medio desnuda, que empezaba a asustarse del aspecto siniestro de aquel hombre—. ¿Con qué derecho os introducís en mi domicilio a estas horas y sin mi permiso?

—¿El señor Virgilio? —repitió el recién llegado sin contestar a lo que le preguntaban.

—Ya os he dicho que no le conocía.

—¿Estáis seguro? —repuso el intruso con tono insultante.

Después se volvió hacia la puerta, añadiendo:

—Aquí, Maluchard, aquí.

En cuanto oyó aquella orden, otro individuo entró en la habitación.

—¿Qué queréis, señor Lagriffe? —preguntó respetuosamente el llamado, que era un horrible jorobado con cara de perro dogo y piernas torcidas.

El que acababan de llamar Lagriffe señaló con el dedo al estudiante y no pronunció más que estas palabras:

—¿Es este?

—Este es —contestó Maluchard.

—Basta, ve a esperar fuera con los demás.

El jorobado salió, y el señor Lagriffe repuso dirigiéndose a Virgilio, que había acabado de vestirse:

—Os han conocido, señor mío; a mí no se me engaña así como así, acabemos.

—¿Y qué? —preguntó el estudiante—; suponiendo que fuera el que os figuráis, ¿quién sois y qué queréis?

—Es muy justo, procedamos con orden: yo, Macario Lagriffe, cabo de guardas de comercio, vengo a reclamaros *dos mil trescientos cuarenta y dos francos y quince céntimos*, en virtud de sentencia definitiva obtenida a nombre de mi cliente el señor Moisés Kirsh, negociante, domiciliado en París, calle del Petit-LiÓN-Saint-Sauveur, número 17; además...

—Basta —interrumpió Virgilio.

—¿Confesáis vuestra identidad?

—Sí...

—¿Podéis pagar?

—No.

—Entonces vámonos: el juez de Paz está en el coche.

—Ahora voy; pero dejadme solo con *mi mujer* durante cinco minutos, os lo ruego encarecidamente.

Lagriffe recorrió la habitación con una mirada de desconfianza, y seguro de que no había más que una salida y que esta estaba guardada por sus hombres, salió de espaldas, diciendo:

—Accedo... pero no os descuidéis; dentro de cinco minutos volveré.

Hasta aquel momento Pivoine no había comprendido bien; Virgilio le dio la explicación de los hechos que acababa de presenciar, y la joven sintió un dolor vivo y sincero al saber que prendían a su amante y lo llevaban a la cárcel.

Prorrumpió en amargas lágrimas y estuvo a punto de desmayarse cuando Virgilio tuvo que seguir o los alguaciles.

Tres cuartos de hora después Virgilio estaba en Clichy.

Pivoine agradeció por primera vez todas las locuras que Virgilio había hecho por

causa suya, locuras que estaba pagando bastante caras con la pérdida de su libertad.

Aquel mismo día consiguió en la Prefectura de policía un *pase para entrar*, y corrió a consolar al preso, que, por lo demás, había aceptado su situación con mucha filosofía.

Arsenio Bachu se estremeció de alegría al saber los acontecimientos de aquella mañana.

Cuando Pivoine volvió de la cárcel, le encontró en su casa. La compadeció afectuosamente y le ofreció sus servicios, servicios de *amigo* cariñoso y *desinteresado*.

La joven aceptó.

Desde aquel instante Bachu se dedicó a cuidar de Pivoine; no la dejó ni a sol ni a sombra.

Casi todos los días la llevaba a Clichy, entraba con ella, hacía una corta visita a Virgilio y esperaba a la joven a la salida para acompañarla hasta el hotel.

Fiel a su línea de conducta, no decía a Pivoine ni una palabra de amor, cosa que esta le agradecía infinito, pues le gustaba como amigo, pero no podía menos de echarse a reír al pensar que pudiera ser su amante, sin contar con que la idea de engañar a Virgilio, desgraciado y preso, sublevaba lo que en su corazón quedaba aún de delicado y generoso.

XVIII

Hacía tres semanas que Virgilio estaba en Clichy.

Un día Pivoine tuvo que hacer y salió muy temprano de su casa sin esperar a Arsenio.

Cuando llegó a la puerta de la cárcel eran las doce.

El portero encargado de revisar los pases la detuvo, diciendo:

—Ya no está.

—¿Quién? —preguntó la joven.

—El que venís a ver.

—¿El señor Virgilio?

—Precisamente.

—No puede ser.

—No sé si podrá ser; lo que sé es que así es. De todos modos id a la alcaidía.

Pivoine se apresuró a ir a la alcaidía, donde confirmaron la noticia que acababan de darle.

A las nueve de la mañana se había presentado una persona a pagar las deudas del estudiante; naturalmente, fue puesto en libertad enseguida.

La joven pidió explicaciones, pero no sabían nada más, o no quisieron decir más.

Pivoine tuvo que regresar al hotel, donde pensaba que se había de aclarar aquel misterio.

Cuando entró, Antonio saludó con cierta turbación.

—¿Y mi llave? —le preguntó la joven.

Antonio no contestó, parecía indeciso.

—¿No me habéis oído?

—Sí, señorita.

—¡Vamos, pues!

—Os diré... que vuestra llave...

—¿Qué?

—No está aquí.

—¿Está arriba Virgilio? —exclamó la joven.

—¡El señor Virgilio! —repitió el criado con tono tan asombrado, que Pivoine comprendió que su amante no había parecido por el hotel, y que Antonio ignoraba por completo su salida de Clichy.

—Acabemos —repuso Pivoine con impaciencia—, dadme la llave.

—No la tengo, señorita.

—¿Dónde está?

—La tiene la señora, que dijo que pasarais a verla cuando vinierais.

—Bueno, allá voy.

Y Pivoine, instintivamente conmovida, subió a ver a la dueña del hotel. Esta acogió a la joven con una ligera inclinación de cabeza.

Pero Pivoine no era ya la niña tímida que hemos conocido; así es que, al ver que la señora no la invitaba a tomar asiento, cogió una butaca, se sentó y dijo:

—¿Deseabais hablar conmigo, señora?

—Sí, señorita.

—¿En qué puedo complaceros?

—En nada, señorita, a no ser en pagarme enseguida la cantidad de cuatrocientos treinta francos que se me debe...

—¿Qué decís? —exclamó Pivoine dando un salto en la butaca.

—Aquí está la cuenta —contestó la dueña del hotel, presentando una hoja de papel inmensa llena de letras y de números—. Podéis comprobarla.

—Esta es la cuenta de Virgilio...

—En efecto.

—Y por consiguiente, nada tengo que ver con ella.

—Dispensadme, señorita.

—Explicaos, señora.

—Voy a explicarme. Esta mañana he recibido la visita del padre del señor Virgilio; conocía la conducta de su hijo, sabía que estaba en Clichy y me ha preguntado a cuánto ascendía la suma que me debía, suma que, lo confieso, le pareció exorbitante. Le contesté enseñándole los libros de cuentas y demostrándole que hacía más de tres meses que no me había dado ni un céntimo...

»—“Lo siento por vos” —me contestó—, “no debíais haber fiado a aquel bribón a quien voy a sacar de la cárcel y que dentro de dos horas va a salir de París conmigo. En cuanto a vos, señora, puesto que habéis cometido la locura de permitir que mi hijo viva en vuestra casa con una *mujerzuela*”.

—¡*Mujerzuela*! —interrumpió Pivoine, roja de vergüenza y de ira—, tened la bondad de usar otra clase de palabras, señora.

—No hago más que repetir las mismas palabras del padre de vuestro amante, señorita. Ha acabado por decirme que no quería pagarme y que me entendiera con vos. Y como estáis apuntada en mis libros como viviendo con el señor Virgilio, vuestros efectos garantizan el pago del alquiler y de mis anticipos; pagadme u os despido.

—¡Cómo! ¿Seréis capaz de hacer eso? —exclamó la joven.

—Sí, señorita, necesito mi dinero, y además no me gustan las mujeres que *entretienen* a los hijos de familia. ¡Ea!, ¿podéis pagarme?

—No tengo dinero —contestó Pivoine balbuceando.

—Lo siento, pero me quedo con vuestra llave y con todo lo que hay en la habitación; haré tasar y vender vuestros vestidos por un perito, y el sobrante, si le hay, os será entregado religiosamente... Adiós, señorita, podéis buscar habitación en otra parte.

—¡Es una infamia! —murmuró la joven.

—Si queréis pleitear —dijo la señora con tono zumbón—, os daré gusto, amiguita; pleitearemos.

Pivoine era demasiado orgullosa para suplicar; se levantó y salió con la frente levantada, pero con el corazón henchido y extraviada la cabeza.

En cuanto cerró la puerta, sus sollozos comprimidos estallaron y las lágrimas corrieron abundantes por sus mejillas.

En el primer escalón, tropezó con un joven que subía.

—Dispensad, señora —dijo este.

Y mirando con mayor atención a la joven, que ocultaba el rostro con el pañuelo, exclamó:

—¡Cómo! ¿Sois vos, señorita Pivoine? Os estoy buscando desde esta mañana.

Pivoine enjugó sus lágrimas y contestó con voz que procuró apareciese tranquila:

—¿Me... me... buscabais... señor Arsenio?

—¡Estáis llorando! —prosiguió Bachu, pues él era—, ¿qué tenéis?

—¡Ah!, ¡soy... soy muy desgraciada!

Arsenio se estremeció de alegría al ver aquel dolor, cuya causa, fuera la que fuere, debía, según él pensaba, arrojar a Pivoine en sus brazos.

—Decidme pronto lo que os sucede, ya sabéis que soy amigo vuestro... a pesar de todo.

La joven le refirió en pocas palabras lo que pasaba.

—¡Cómo! ¿No es nada más? —dijo cuando aquella hubo acabado—. Venid conmigo. Yo lo arreglaré.

Arsenio mandó llamar a la dueña del hotel, y le dijo:

—Señora, tened la bondad de entregar a esta señorita todo cuanto le pertenece; dentro de un cuarto de hora os traeré la cantidad que os debe mi amigo Virgilio.

—Tomad la llave —contestó la señora con sonrisa amable—; ruego a la señorita que no crea...

—Esta señorita no necesita vuestras satisfacciones —dijo el joven con tono áspero.

Y entró con Pivoine en la habitación que ocupaba.

—¡Oh, amigo mío! —exclamó la joven en cuanto estuvieron solos, apretándole la mano con efusión—. ¡Qué bueno y qué generoso sois, y cuánto os debo!

—No me debéis nada, querida niña; puedo haceros un favor y lo hago; yo soy el afortunado. Pero, vamos a ver, pensemos un poco en el porvenir: no podéis seguir viviendo aquí. Voy a ocuparme desde ahora en buscaros una habitación. ¿Qué os parece?

—Como gustéis, amigo mío.

—Perfectamente. Esta noche vendré a buscaros, iremos a comer juntos, y si me lo permitís, os llevaré a la Ópera; eso os distraerá algo. Y además —añadió con una sonrisa—, ya sabéis que no soy peligroso.

—Corriente —contestó Pivoine—. Haremos lo que queráis.

Arsenio se marchó triunfante. Estaba seguro de que la joven sería suya; para conseguirlo no necesitaba más que tiempo y habilidad.

Bachu alquiló aquel mismo día un cuartito en un quinto piso de la calle Madame, esquina a la calle de Fleurus, y al día siguiente le hizo amueblar con sencillez, pero con coquetería.

Arsenio fue a buscar a su futura querida, la llevó a comer, como se lo había prometido, la llevó a la Ópera, y la noche se pasó casi alegremente.

Aunque Pivoine no había estado nunca muy enamorada de Virgilio, se sentía profundamente ofendida por la conducta de su amante que, obedeciendo sin resistencia a las órdenes de su padre, se había marchado sin despedirse de ella, dejándola en una situación muy crítica, de la que había salido por casualidad, y gracias a la inesperada amabilidad de un extraño.

Arsenio, queriendo darse a poca costa aires de caballerosa generosidad, defendió a su rival con calor.

A eso de las doce de la noche, Bachu acompañó a la joven al hotel de Germanía, y se despidió de ella en la puerta, sin siquiera pedirle permiso para depositar un beso respetuoso en su linda mano.

El día siguiente pasó sin incidentes dignos de mención. Al otro día, Arsenio instaló a Pivoine en la habitación de la calle de Madame, pero antes de salir del hotel, encargó mucho a Antonio, delante de la joven, que guardase las cartas que vinieran para ella y que se las entregara a *él mismo*, cuando viniera a buscarlas.

Pivoine encontró encantador el cuarto nuevo y le gustaron mucho los muebles, creyendo que se hallaba en una habitación alquilada con muebles y todo, pero su adorador no quiso decirle aún toda la verdad.

Durante los primeros días, Pivoine habló de Virgilio con frecuencia.

—¿Habéis ido a la calle de la Harpe, amigo mío? —preguntaba a Bachu cuando este iba a verla.

—Sí por cierto —contestaba el joven.

—¿Y no ha habido nada?

—Nada.

Pivoine bajaba la cabeza y se indignaba silenciosamente de la completa indiferencia del estudiante.

Pero Arsenio mentía.

Se habían recibido dos cartas para Pivoine, y había creído conveniente arrojarlas al fuego en vez de entregárselas.

Virgilio se creyó olvidado y no volvió a escribir.

Por su parte, Pivoine cesó poco a poco de hablar del *pérfido* y acabó por no volver a pensar en él.

Disfrutaba de un bienestar material bastante completo.

Arsenio le había buscado una doncella y subvenía por conducto de esta a todas las

necesidades de la casa.

De cuando en cuando, Pivoine mandaba al Monte de Piedad un mantón o una alhaja, y empleaba el dinero que obtenía en alguna de aquellas fútiles necesidades que había llegado a crearse.

Un día, sin embargo, empezó a pensar en lo precario de su situación y resolvió tener una explicación con Arsenio.

Eso era lo que estaba esperando el joven.

XIX

Aquel día se presentó en casa de la joven a las ocho de la noche.

Era en el mes de junio y las sombras crepusculares bajaban lentamente después de un día abrasador.

Pivoine, sentada en el balcón, aspiraba con delicia la brisa perfumada que se desprendía de los grandes árboles del Luxemburgo.

El ruido de los pasos de Arsenio que atravesaba la salita, le hizo volver la cabeza.

El joven tomó una silla y se sentó a su lado.

—¿En qué estabais pensando? —le preguntó.

—Pensaba, amigo mío, en el pasado y en el porvenir.

—¿Y probablemente ambos os aparecen bajo colores muy sombríos? —dijo Arsenio riendo.

—Más sombríos de lo que os figuráis —contestó la joven con sonrisa melancólica.

—¿De veras?

—Muy de veras.

—Entonces, es que tenéis algo que os entristece y os inquieta, y soy demasiado amigo vuestro para temer ser indiscreto al preguntaros cuáles son las causas de ese pesar.

—Os anticipáis a mis deseos, pues iba a hablaros de eso.

—Os doy las gracias... escucho y espero.

—Lo que tengo que deciros es muy sencillo... prometedme que me contestaréis con franqueza.

—Os lo prometo.

—Pues bien, decidme: ¿qué opináis de mi situación?

—Vuestra situación —contestó Arsenio— es la de una mujer muy joven, muy hermosa, admirada por cuantos la rodean... no veo situación más envidiable.

—¡No habláis con franqueza! —exclamó la joven—. Os pido una verdad y me dais una lisonja; no vamos a poder entendernos.

—Espero que sí.

—Vamos a ver, escuchadme bien. Pretendéis que mi situación es dichosa, y a mí me parece más triste de lo que podría decir.

—¿Por qué?

—No soy nada, no tengo nada, vivo al día, y cuando mis débiles recursos se hayan agotado, tendré que dejar este cuarto en que nada es mío, y marcharme Dios sabe dónde...

—¡Oh! en cuanto a eso, no os preocupéis, amiga mía, el cuarto en que vivís está alquilado a vuestro nombre, y todo esto os pertenece.

—No, Arsenio, no... rehúso lo que me ofrecéis... Eso solo se acepta de un amante, y vos no lo sois mío.

—¡Desgraciadamente! —murmuró el joven con tono enfático.

—No —repuso Pivoine aún más vivamente—, no quiero estar continuamente a expensas de alguien; quiero vivir con mis propios recursos, con el fruto de mi trabajo; soy joven y tengo valor: ¿qué puedo hacer para vivir? Eso es lo que quiero que me digáis.

—¿De modo que me pedís un consejo?

—Un consejo de amigo.

«O... de amante», se dijo Arsenio, y añadió en voz alta:

—Hay una carrera que parece creada adrede para vos, carrera gloriosa, embriagadora, en la que vuestra belleza y vuestro talento os aseguran un éxito grande.

—¿Cuál es? —preguntó la joven con curiosidad.

—El teatro.

—¡El teatro! —repitió Pivoine, a quien esas dos palabras hicieron vislumbrar como por encanto una perspectiva mágica—. ¿Lo creéis así?

—Estoy seguro.

—Pero... ¿me atreveré?

—Sí, por cierto. No tenéis nada, amiga mía, que pueda autorizar la timidez.

—Pero... ¿cómo conseguir el debutar? ¿Es fácil? ¿Es posible?

—Yo. me encargo de eso.

—¡Vos!

—Sí.

—¿Por qué medios?

—Tal como me veis —dijo Arsenio pavoneándose—, soy autor dramático, tengo una comedia en tres actos que ha sido aceptada en el teatro y cuyo principal papel, que es delicioso, será el de vuestro debut.

—¡De veras!

—Como tengo el honor de decíroslo.

—¿En qué teatro está vuestra comedia?

—Aquí cerca, en el Luxemburgo.

La joven hizo una mueca significativa. Presentarse en la escena de *Bobino* no le parecía el colmo de la gloria ni de la felicidad.

Arsenio adivinó lo que pensaba Pivoine, y continuó con calor:

—Ya sé que ese no es el teatro que corresponde a vuestra belleza y a vuestro talento; pero debutar en el Luxemburgo es poner el pie en el estribo, es dar el primer paso en la carrera dramática. En los grandes teatros tendríais éxito, de seguro; pero tendríais que luchar con muchas dificultades, con la envidia, sobre todo, que acabaría por quedarse con algunos pedazos de vuestro traje glorioso. Pero al debutar, por el contrario, en un teatro modesto, no tenéis que temer nada de eso. Salís, se sorprenden, se admiran. La crítica se conmueve. La prensa publica vuestro nombre. Todo París lo

repite, y quiere ver la desconocida maravilla que, por un capricho raro, ha escogido para empezar a brillar el teatro más humilde. Los directores acuden. Entonces desde lo alto del pedestal que os ha edificado el entusiasmo, no tenéis que aceptar condiciones, sino imponerlas.

»Ese es el porvenir que os espera, Pivoine. No exagero, os digo lo que es, lo que será... ¿Queréis creerme, e intentarlo?

Arsenio calló.

Pivoine, deslumbrada, contestó:

—Tal vez tengáis razón.

La victoria estaba conseguida; Arsenio lo comprendió, y para acabar para siempre con las dudas de la joven, fue a su casa a tomar el manuscrito de *Magdalenita*, volvió enseñada y leyó con calor, procurando hacer resaltar las bellezas del papel que Pivoine estaba llamada a desempeñar, y que gustó mucho a esta, cogiendo a su vez el manuscrito y empezando a tararear las coplas, cuya música le era conocida, y encendiendo todas las bujías de la sala, se colocó delante del espejo y ensayó posturas, actitudes y movimientos de las principales escenas de la comedia, en medio de los aplausos de Arsenio.

Se encontró encantadora, y su entusiasmo no tuvo límites cuando el joven le describió el traje que llevaría al salir a escena.

—¡Dios mío! —exclamó—: ¡qué bonito será!

—¡Ya lo creo! —dijo Arsenio—. ¿Y qué me decís del acto del baile?, ¿y del traje de marinero?

Al pensar en su traje de marinero, Pivoine saltó de alegría, y por la primera vez desde que conocía a Arsenio se arrojó a su cuello.

El amor hizo olvidar al teatro, y aquella noche Arsenio no salió de la habitación de la joven.

Al primer golpe de vista, el destino de Pivoine era singular.

Tenía apenas diez y seis años, y ya había tenido tres amantes. De los tres, uno solo, el primero, Jorge de Entragues, se había apoderado de ella por la violencia, y era el único a quien había amado.

Los otros dos habían poseído su cuerpo, pero sin amor por parte suya.

Hechos análogos, son desgraciadamente asaz frecuentes, aunque parezca inverosímil; y podemos asegurar que la primera caída de la mayor parte de las jóvenes es el resultado casi siempre de un momento de imprudencia y de un concurso de circunstancias fortuitas, no debidas al cariño ni a la pasión.

¡Cuántas mujeres resisten a los ruegos de un enamorado rendido y respetuoso, y se dejan seducir en cinco minutos por un atrevido que pasa!

El principal aforismo del *código galante* debería decir así:

Para con las mujeres, la temeridad es la primera de las virtudes.

Y eso es tanto más verdad, que casi siempre se deja por falta de un poco de audacia huir la ocasión que no se vuelve a presentar nunca. Hay en las peripecias amorosas un momento en que la virtud atacada no pide más que rendirse.

Es una especie de letargo, que a veces dura cinco minutos, a veces un segundo; cuándo producido por una pasajera debilidad del corazón, cuándo por una rápida alucinación de los sentidos.

Si no se aprovecha al vuelo, todo ha concluido.

Hay excepciones, pero confirman la regla.

En todo caso, Pivoine no formaba parte de aquellas excepciones.

Las circunstancias, casi sin el concurso de su voluntad, habían hecho de ella primero la amante de Virgilio, luego de Arsenio; esto ya lo saben nuestros lectores.

Al día siguiente al de la conversación que hemos referido en el capítulo anterior, Pivoine al despertar comprendió que había bajado un escalón más en la escala social.

Querida de Virgilio y viviendo con él, aunque el matrimonio no hubiese cimentado su unión, el hombre de quien era compañera la protegía contra todo ataque indecoroso por parte de los demás hombres.

Querida de Arsenio, se encontraba aislada y le repugnaba estar al nivel de la *mujer entretenida*; es decir, una de las sirenas que venden el amor como una mercancía, mercancía que se cotiza a más alto o más bajo precio.

Pivoine no quería llegar tan bajo, y deseaba ardientemente que las minas de oro que Arsenio le había hecho entrever con su entrada en el teatro, llegaran a su poder cuanto antes.

Pronto sabremos lo que le reservaba el porvenir.

Al día siguiente, Arsenio presentó a Pivoine a su amigo el director, quien al ver la

maravillosa hermosura de la joven, comprendió que le tenía gran cuenta escriturar a la actriz y ofreció en el acto un compromiso por un año, con condiciones verdaderamente asombrosas, dadas las costumbres económicas del teatro que dirigía.

He aquí las condiciones:

Primera.—El derecho de desempeñar el primer papel de dama joven en las comedias y en los dramas.

Segunda.—Cien francos de sueldo al mes.

Tercera.—Una gratificación de dos francos por representación.

Y cuarta.—No tener obligación de salir de acompañamiento.

Para que nuestros lectores comprendan el alcance de esta última cláusula, les diremos que la dirección de algunos teatros de segundo y tercer orden exige, por economía, que todos sus artistas, cualesquiera que sean su talento y su posición, formen parte de los acompañamientos en las comedias en que no tienen que desempeñar papel alguno.

Pivoine, por consejo de Arsenio, que no dudaba que después del *debut* lloverían sobre la joven proposiciones a cual más ventajosas, se negó a firmar un contrato por un año, y consintió únicamente a comprometerse por el tiempo que duraran las representaciones de *Magdalenita*, a razón de seis francos por noche.

Se convino en que los ensayos empezarán dentro de tres semanas.

La joven empezó inmediatamente a estudiar su papel bajo la dirección del supuesto autor de la comedia.

Durante los primeros días todo fue bien, reinando la unión más cordial entre Pivoine y Arsenio.

Pero, ¡ay!, este no ganaba en ser íntimamente conocido, y poco a poco la joven, que solo había conseguido triunfar de su anterior antipatía por los servicios que le había prestado Arsenio, pudo formarse una idea exacta del carácter verdadero de su amante, y le vio tal y como era, es decir, tonto, egoísta, infatuado de sí mismo, y sobre todo ridículo, cosa que una mujer no perdona fácilmente.

Desde ese perfecto conocimiento del hombre al más completo desdén no había más que un paso. Y del desdén al pensamiento de una infidelidad, la distancia era menor aún.

Pivoine pensó, no en abandonar a su amante, puesto que le necesitaba, pero sí en vengarse de la violencia que ella misma se hacía, como se vengán las mujeres, engañándole.

Esto no era tan fácil como podía suponerse; Arsenio no se movía de casa de la joven y no permitía que la visitase nadie.

Es verdad que, una vez por semana, Arsenio recibía, como de costumbre, en su casa de la calle de Vaugirard la colección de literatos y artistas de que ya hemos hablado, y Pivoine era la que hacía los honores de aquella casa; pero entre aquellos jóvenes era imposible elegir; todos eran a cual peores.

Sin embargo, los obstáculos irritaban cada vez más su deseo; Arsenio le

repugnaba más cada día, y además experimentaba ese sentimiento raro, pero inevitable, que induce a la mujer entretenida a engañar al que le paga.

Esto no es una paradoja, es un hecho, un hecho demostrado por la experiencia, un hecho incontestable y sin excepciones.

Pivoine, por lo tanto, buscaba, y ya se sabe lo verdadero que es este aforismo: «El que busca, halla».

En la calle de Fleurus, a tres o cuatrocientos pasos de la esquina de la calle Madame, había una casa alta y grande, inmensa colmena llena de inquilinos de todas clases sociales y de todas profesiones.

En el tejado de aquella casa había como una cúpula pequeña, cubierta con una montera de cristales; Pivoine se había entretenido más de una vez en ver, desde su balcón, los efectos de luz que el sol producía sobre aquellos cristales.

Una ventanita se abría a menudo en aquella montera de cristales, sin que la joven hubiera conseguido nunca ver la mano que la abría, y experimentaba una gran curiosidad con respecto al inquilino de aquella buhardilla.

Aquella curiosidad llegó por fin a satisfacerse: una tarde, al echar una mirada sobre la montera de cristales, Pivoine vio a un hombre, cuyo busto salía por la ventana abierta, y dominando los tejados de los alrededores, fumaba tranquilamente su pipa.

La distancia era demasiado grande para que Pivoine pudiese distinguir las facciones de aquel desconocido.

Cogió los gemelos de teatro y miró.

Era un joven de veintiséis a veintisiete años, vestido sencillamente con una camisa y un pantalón.

Sus facciones eran hermosas y regulares.

Ya las conocemos, puesto que aquel fumador era nuestro antiguo conocido Fra-Diavolo, que había tenido por conveniente tomar el fresco aquella tarde en su casa.

No puede negarse que hay en la mirada una atracción magnética, real y poderosa, sobre todo cuando esa mirada es la de una mujer hermosa.

Pero fuera atracción o casualidad, el caso es que en cuanto Fra-Diavolo fue apuntado por el doble cañón de los gemelos de Pivoine, su mirada, que hasta entonces se dirigía hacia las nubes, se bajó gradualmente hacia la tierra, y se fijó por fin en el balcón de la joven curiosa.

El artista, al reparar en el examen de que era objeto, hizo un movimiento brusco y desapareció en las profundidades de su taller.

Pero volvió a subir enseguida provisto de dos objetos, una hoja de cartón y una bocina.

Con el cartón hizo un tubo como un antejo de larga vista, y dirigió hacia Pivoine aquel improvisado telescopio, que le permitió, a pesar de no tener cristal alguno, darse cuenta, ya que no de las facciones de Pivoine, por lo menos de las líneas graciosas de su talle, encantadores contornos que indicaban a ciencia cierta la

juventud.

Acabado aquel rápido examen, Fra-Diavolo dejó el antejo, se llevó la bocina a la boca y arrojó al espacio estas dos palabras:

—¡¡Os ADORO!!

El sonido, diez veces aumentado por las paredes metálicas del instrumento, hizo levantar la cabeza a los que pasaban por la calle de Fleurus, asustó a los pájaros en sus nidos, tropezó en las fachadas de Luxemburgo y fue a morir en las molduras de la Cámara de los Pares, poco acostumbradas a repetir semejantes acentos.

Pivoine, avergonzada y casi asustada por aquella inesperada declaración, se retiró del balcón a toda prisa, lo cerró y no volvió a salir aquella tarde.

Al día siguiente por la mañana temprano, Pivoine entreabrió el balcón y miró con curiosidad hacia la ventana de cristales.

No se veía a nadie, pero la ventana estaba abierta y una cosa parecida a una bandera blanca se movía en el extremo de un palo. Pivoine volvió a coger los gemelos.

La supuesta bandera era una inmensa hoja de papel.

En el centro se veía pintado un corazón coronado con una llama y atravesado por una flecha y por bajo, en forma de leyenda, estas palabras:

MI CORAZÓN OS PERTENECE.

Y más abajo se leía:

FRA-DIAVOLO. PINTOR.

*Calle de Fleurus, núm. ****

Al leer aquel singular cartel, Pivoine tuvo ganas, a un tiempo, de echarse a reír y de incomodarse.

La idea le parecía divertida, pero encontraba que el artista era muy impertinente al dar sus señas y al alimentar la presumida esperanza de conseguir contestación.

Sin embargo, bien mirado, y calculando que el extravagante pintor no la conocía, ni la conocería nunca, acabó por considerar aquello bajo el punto de vista cómico y se rio ella sola durante dos días; pero como *Magdalenita* estaba ya en ensayo, y como tenía que dedicar la mayor parte del tiempo al estudio de su papel y a las lecciones de canto y de baile, olvidó muy pronto, casi por completo, a su atrevido vecino.

Fra-Diavolo fue más tenaz.

Durante toda una semana dejó en el mismo sitio su bandera *ilustrada*; pero como Pivoine no volvió a salir al balcón, y como no le fue posible orientarse bastante bien para saber cuál era la casa en que esta vivía, y conseguir informes, se dijo que sería alguna tonta u orgullosa, y suprimió el cartel.

Mientras tanto, el día de la primera representación de la comedia de Arsenio se acercaba.

El autor y la actriz, apoyándose mutuamente, iban a presentarse por primera vez ante el público.

La víspera de aquel día memorable, una idea loca se le ocurrió a Pivoine.

Tomó un *proscenio* para el día siguiente en el despacho del teatro Bobino.

Escribió un renglón en media hoja de papel.

Metió en un sobre la media hoja y el billete.

Puso las señas y echó al correo la carta para que fuera llevada a la mañana siguiente.

Magdalenita debía empezarse a las ocho.

A las siete Pivoine llegaba al teatro y subía a su cuarto.

Y decimos su cuarto, pues había conseguido del director el usufructo exclusivo de un gabinetito de tres pies de ancho por cuatro de largo, alhajado con un armario, un tocador y dos quinqués.

Lo cual era un exceso nunca visto en los fastos del teatro Bobino.

La camarista esperaba con un verdadero haz de flores en la mano.

—Aquí está el ramo que la señora me ha encargado —dijo entre dos reverencias.

—Bueno —contestó la joven—; dejadlo sobre el tocador y venid conmigo.

—Estoy a disposición de la señora.

La actriz y la camarista (que era vieja como todas las de su clase) bajaron al teatro en el momento en que el telón acababa de bajarse después del tercer acto de *Piccolo*.

Pivoine miró por el agujero del telón y procuró durante algunos segundos orientarse.

Pero sin duda vio enseguida al que quería ver, pues no pudo reprimir un movimiento de satisfacción.

Después cedió su puesto a la camarista.

—Mirad —le dijo.

—¿Adónde, señora?

—A la izquierda.

—Bueno.

—Palcos proscenios principales.

—Bueno.

—Veréis a un joven.

—¿Solo?

—Sí.

—Con frac verde, de botones dorados, bigotes negros y cabellos rizados, ¿es eso?

—Eso es.

—Guapo chico, a fe mía.

—¡Oh, sí! —contestó Pivoine con calor.

—¿Hay que decirle algo? —preguntó la vieja guiñando el ojo.

—Subamos —dijo la joven—, arriba os diré lo que hay que hacer.

Pocos momentos después la camarista entreabría sin ruido la puerta del proscenio de *Fra-Diavolo*.

Nuestros lectores saben ya cómo cumplió su cometido.

—¿Qué? —preguntó Pivoine cuando la vieja volvió.

—Ya lo tiene.

—¿Se ha sorprendido mucho al recibirlo?

—Sí; se quedó como quien ve visiones. Pero no importa; es un chico muy guapo, aunque algo *cursi*.

—¡Ah!, ¿parece... lo que decís?

—Sí, y por cierto que no es eso lo que conviene a la señora; con la hermosura que tiene la señora, podría ganar muchos miles, y si la señora me lo permitiera, yo me encargaría de proporcionarle conocimientos *hasta allí*, gente de *campanillas*, agentes de bolsa o ricos fabricantes.

Pivoine interrumpió esas proposiciones atrevidas, diciendo con altanería:

—Otra vez tendréis la bondad de esperar a que me dirija a vos para ofrecermos vuestros servicios. Ya es hora de empezar a vestirme; llamad al peluquero.

Este acudió presuroso, y quiso aconsejar a Pivoine que se peinase con profusión de bucles y de tufos, muy complicados.

Pero felizmente, el buen gusto natural de la joven la salvó de aquel escollo peligroso, y las hermosas trenzas de sus cabellos negros y brillantes se colocaron alrededor de su cabeza como una diadema de terciopelo, con encantadora sencillez.

El resto de su tocado fue ya muy poca cosa; así es que, cuando Arsenio llamó a la puerta del cuarto, encontró a Pivoine completamente vestida.

—¡Estáis esta noche inverosímilmente hermosa! —exclamó el joven al ver a su querida.

—¿De veras? —preguntó esta con provocadora coquetería.

—Mirad... vuestro espejo os lo dirá mucho mejor que yo.

—Me alegro, pues quisiera seducir.

—¿A quién? —pregunto Arsenio riendo.

—Al público... —contestó la joven, que ocultó bajo aquella reticencia su verdadero pensamiento.

—Será muy fácil; os bastará salir a escena.

—¿Cuándo empezamos?

—Dentro de cinco minutos; la primera comedia ha acabado ya.

—Entonces, bajemos.

—Corriente; bajemos, y no tembléis, Pivoine, no tengáis miedo; el éxito es seguro, os prometo una ovación, aplausos, bravos, ramos...

—¡Oh! en cuanto a ramos, estoy segura... —interrumpió Pivoine, disimulando su sonrisa.

Transcurrieron algunos minutos; los maquinistas estaban acabando de poner la decoración.

Pivoine miraba la sala por el agujero del telón.

Los músicos se sentaban.

De pronto el director de escena gritó:

—Fuera de la escena, señores, se va a empezar.

Al mismo tiempo una campanilla advirtió al director de orquesta, que empezó la

obertura.

La escena quedó libre, y Pivoine al entrar entre bastidores, sintió que le flaqueaban las piernas y que le faltaba valor, cuando la voz del director se oyó de nuevo, diciendo:

—Arriba el telón.

La suerte de la comedia y la de Pivoine estaban ya, sin apelación, en las manos del público.

Ya hemos dado cuenta, acto por acto y casi escena por escena, de la acogida que tuvo *Magdalenita*.

Saltemos, pues, a pies juntillos por encima de las peripecias de aquella representación, y trasladémonos al momento de caer el telón, al momento en que Pivoine desapareció entre una triple salva de aplausos, llevándose el ramo de Fra-Diavolo, y dejando el de Arsenio en el escenario, en medio de las flores despreciadas.

El joven literato abandonó precipitadamente su palco y se presentó entre bastidores, muy intranquilo por esa circunstancia.

Mientras que procuraba en vano escapar a las felicitaciones de su amigo el director y a las de los empleados, para poder subir al cuarto de Pivoine y pedirle una explicación, digamos en pocas palabras cuáles habían sido las razones que habían motivado la conducta de la joven.

Cuando, pocos días antes, tuvo lugar, con ayuda de la bocina y del papel pintado de Fra-Diavolo, la correspondencia aérea que hemos presentado a nuestros lectores, Pivoine pensó que el artista era muy ridículo y muy impertinente.

El día anterior al del estreno, se le ocurrió la idea de burlarse del presumido joven, haciéndole creer que una mujer a quien no conocería nunca alimentaba una pasión profunda y misteriosa de que él era objeto.

Esto explica el envío del billete. Después, la actriz novel pensó en utilizar a Fra-Diavolo en provecho propio y le hizo entregar el ramo con encargo de arrojarlo al escenario en un momento dado.

Pero cuando llegó la hora solemne y cuando Pivoine estuvo en escena, comprendió inmediatamente, que lo que ella creyó no ser más que una broma, iba siendo una cosa mucho más seria de lo que ella hubiera querido en un principio.

En cuanto se adelantó hasta la concha del apuntador, le pareció que la mirada de Fra-Diavolo centelleaba en derredor suyo y la envolvía en un círculo de fuego.

Había leído en aquella mirada una de esas admiraciones profundas, que revelan a las mujeres la omnipotencia de su hermosura, y que, por lo tanto, les agradan mucho más que las más delicadas lisonjas y las galanterías más refinadas.

Es más, había leído todas las promesas de amor y de voluptuosidad a que aspiraba su naturaleza ardiente y joven, voluptuosidad que ningún hombre, excepto Jorge de Entragues, le había hecho sentir hasta entonces.

La mirada de Pivoine había contestado con iguales promesas.

Así es que cuando acabó la comedia entre unánimes aplausos, cuando la

debutante, llamada a escena, salió palpitante y orgullosa, su sonrisa fue dedicada a Fra-Diavolo; las flores de Fra-Diavolo fueron las que recogió.

¡Es absurdo! ¡Es inconveniente!

Corriente, ya lo sabemos, y sin embargo no hemos inventado nada.

Cuando la mujer ha dejado de ser un ángel, cuando se ha separado del camino recto, de la vida honrada, oscura y casta, ya no da su corazón, lo arroja a la ventura.

Arsenio consiguió, no sin trabajo, llegar al cuarto de Pivoine.

Empezó por abrumarla con sus abrazos y felicitaciones, que la joven aguantó con heroica resignación, y después tocó el asunto que le preocupaba, diciendo con tono lastimero:

—¡Habéis despreciado mi pobre ramo, Pivoine!

—¿Yo?

—Claro, puesto que no lo habéis recogido.

—¿Os estáis chanceando? Aquí está.

Y la joven señaló el ramo de Fra-Diavolo con un gesto admirable de convicción y de verdad.

—Esas no son mis flores —repuso Arsenio—; os he arrojado rosas y camelias.

—¡Ah! ¡Dios mío!... y yo que he creído... ¡qué desgracia! Id pronto, amigo mío, traedme vuestro ramo... lo conservaré siempre... me recordará que os debo mi primer éxito, mis primeras coronas.

Arsenio, loco de alegría por aquellas dulces palabras, y completamente tranquilizado con respecto a sus sospechas celosas, buscó por todos lados el ramo y consiguió rescatarlo en el momento en que los maquinistas estaban a punto de repartírselo.

Se lo llevó triunfante, y encontró a Pivoine preparada para salir. Ambos salieron del teatro.

Para ir a casa de Pivoine no había más que atravesar la calle. Arsenio llamó y dijo a su querida:

—Hasta mañana.

—¿No subís?

—No.

—¿Por qué?

—Ya sabéis que convido a cenar a algunos periodistas que deben *hacernos* varios artículos. Creí habérselo dicho esta mañana.

—Es verdad. Ya no me acordaba. Hasta mañana pues, amigo mío.

Y Pivoine subió sola, bendiciendo la feliz casualidad, que la dejaba libre por lo menos aquella noche.

Luego, en vez de acostarse, se recostó en el balcón, y durante más de una hora estuvo mirando los cristales del taller de Fra-Diavolo, sobre los cuales la luna reflejaba su luz suave y sus reflejos de plata.

Arsenio montó en un coche de alquiler que había tomado por horas desde por la

mañana y se fue al café Dagneaux a reunirse con la media docena de escritores a quienes había prometido darles aquella noche una gran francachela.

El amante de Pivoine había hecho las cosas en grande.

El comedor ofrecía un aspecto verdaderamente deslumbrador.

Los candelabros cubiertos de bujías proyectaban sus luces sobre una mesa cubierta de plata y de cristal, cuyas facetas dividían y reflejaban como diamantes los rayos luminosos.

Al lado de cada cubierto había cuatro copas de distinta forma y el *champagne* estaba acabando de helarse en recipientes de plaqué muy elegantes.

Los periodistas, poco acostumbrados a esas maravillas, esperaban al héroe de la fiesta, fumando exquisitos cigarros generosamente puestos a su disposición.

Cuando se presentó Arsenio le acogieron, con un viva atronador. Todos le daban la enhorabuena, le felicitaban, le abrazaban.

—¡Bravo! —gritaban.

—¡Viva el autor de *Magdalenita*!

—¡Viva el autor triunfante!

—¡Viva el autor novel que empieza con una obra maestra!

Etcétera, etc., etc.

Bachu, rojo de alegría, se pavoneó a pesar suyo y contestó con fingida modestia:

—Amigos míos, queridos amigos... sois demasiado buenos... demasiado indulgentes... me estáis mimando... os doy un millón de gracias... De modo que os parece que no está del todo mal...

—¡Cómo mal! ¡Si es encantador!

—Sublime.

—Admirable.

—Es una obra maestra.

—¡Ah, amigos míos! —repuso Bachu, que se ahogaba de alegría—. Me estáis haciendo feliz, muy feliz... demasiado feliz; pues hay en vuestros elogios una evidente exageración, pero los acepto como testimonio de simpatía.

—Decid, de admiración.

—De entusiasmo.

—Bueno, señores, bueno. Sentémonos a la mesa, os lo ruego, hablaremos de literatura mientras cenamos.

Esta proposición se acogió con gran cariño y todos se sentaron.

Arsenio, como héroe de la fiesta, ocupaba la cabecera.

A su derecha estaba sentado el redactor de la *Mariposa azul*, y a su izquierda el fundador del *Palco de frente*.

El primero era un jovenzuelo delgaducho, de cabellos escasos y aceitosos, de rostro pálido y cubierto de granos; tenía fama de ser hombre de talento, y su maldad cínica había llegado a ser proverbial.

El fundador del *Palco de frente* era, por el contrario, un hombre grueso, de treinta

a treinta y cinco años, de tez colorada y barba rubia, hablaba mucho y muy alto, se vanagloriaba de encantar a las actrices, y se complacía en contar sus aventuras galantes.

Bajo una hombría de bien aparente, ese periodista ocultaba una prodigiosa inteligencia y una *habilidad* muy singular, que le habían llevado cinco o seis veces ante la policía correccional.

El joven pálido y el hombre gordo y encarnado rodearon a Arsenio de toda clase de atenciones y de delicados elogios durante toda la cena, que fue larga, alegre y ruidosa.

Pero, cosa rara, ambos, como si se hubieran puesto de acuerdo, bebían muy poco, mientras que llenaban sin cesar la copa de su anfitrión y le excitaban a vaciarla sin descanso.

La escena siguiente explicará probablemente a nuestros lectores los motivos poderosos de aquella sobriedad desusada e intempestiva.

Eran las cuatro de la mañana.

El mantel estaba lleno de restos de todas clases y manchado con vinos de todos los matices.

Excepto el *Palco de frente* y la *Mariposa azul*, todos los periodistas estaban borrachos.

Unos dormían con la cabeza sobre la mesa; otros cantaban canciones obscenas.

Algunos brindaban con las copas vacías y decían mil extravagancias.

Estos recitaban versos de tragedia.

Aquellos fumaban concienzudamente cigarros apagados por completo.

El fundador del *Palco de frente* llamó al mozo, que dormitaba en un rincón, y le dijo:

—Dame papel, pluma y tinta.

Y se puso a emborronar.

Mientras tanto, el jovencito delgado dio con el codo a Arsenio, que tuteaba amorosamente a una botella y le prodigaba el nombre de *Pivoine*, unido a los más tiernos epítetos.

—¿Eh? —preguntó Bachu, volviéndose a medias—, ¿qué quieres, querido?

—Tengo que preguntarte una cosa; pero creo que será mejor dejarlo para mañana, pues estás a medios pelos.

—¡Quita allá! —contestó el anfitrión, que se tambaleaba en su silla—; ¡yo... a medios pelos! Estoy grave y sereno como... un burro a quien se sacude... ¡ah!, ¡ah!, ¡ah!... Me parece que la comparación... es muy linda... La hallo... literaria.

—En efecto, lo es, y te honra por demás.

—¿Estás conforme?

—Por unanimidad.

—Ya veo que eres amigo mío... y te abro mis brazos... ven, amigo mío... arrójate sobre el corazón de tu amigo... para que tu amigo te abrace.

El periodista se prestó a aquel báquico abrazo, y repuso:

—Puesto que estás sereno, escúchame...

—¡Hasta la muerte!... dispón de mis oídos... y de todo mi individuo.

—Voy al asunto. ¿Quieres ser mi colaborador?

—Ya lo creo que sí.

—Tengo una comedia en tres actos aceptada ya en el Palais-Royal.

—¡Diantre!

—En esa comedia hay que hacer algunas variaciones, muy poca cosa; hay que retocar una escena, hay que hacer de nuevo una o dos canciones. Un amigo mío me ha indicado como colaborador a Dumanoir; estaba a punto de aceptarlo, cuando la representación de esta noche me ha demostrado lo que puedes hacer; te pido tu colaboración, tu nombre figurará el primero, y cobrarás la mitad de los derechos de autor, que no bajarán de ocho mil francos: ¿te conviene?

Esta proposición deslumbradora disipó, durante un segundo, los vapores de la embriaguez en la cabeza de Arsenio, que contestó enseguida:

—Ya lo creo que me conviene, y mucho.

—Entonces ya está dicho; anunciaré mañana en el periódico que eres mi colaborador, te entregaré el manuscrito y podrás trabajar con tranquilidad...

—Sí, querido amigo... sí... sí... sí...

—*Y a propósito*, hazme el favor de prestarme quince luises; cobrarás esa bicoca de mi parte de los derechos de nuestra comedia.

—¡No faltaba más! ¿Necesitas quince luises?... Aquí están; tómalos, colaborador, tómalos...

Y Arsenio sacó del bolsillo un puñado de monedas de oro que había traído para pagar la cuenta de la cena, y de los que se apoderó el periodista con avidez.

La primera parte del *timo* estaba hecha; Bachu se durmió a medias.

El fundador del *Palco de frente* le despertó de pronto, exclamando:

—¡Se acabó!

—¿Qué? —preguntó Arsenio sobresaltado.

—Mi artículo.

—¿Qué artículo, amor mío?

—Sobre tu comedia... está muy bien hecho: ¿quieres que te lo lea?

—¡Ah! sí por cierto.

—Oye, pues.

Y el de las barbas rubias leyó con voz fuerte y clara, sin pestañear y sin ruborizarse, tres columnas de lisonjas hiperbólicas y de halagos ampulosos, lugares comunes que demostraban su desvergüenza, pero que olían como bálsamo al olfato de la absurda vanidad de Arsenio.

La embriaguez del orgullo, unida a la del *champagne*, acabó de hacer perder la cabeza al pobre Bachu.

—¿Estás contento? —preguntó el periodista, acabando la lectura.

—Sí —contestó Bachu, con tono de emperador.

—Mañana saldrá el periódico.

—Me quedaré con cuatro mil números...

—Los tendrás. *Y a propósito*, hazme un favor. Estoy algo apurado en estos momentos, y mi almacenista de papel se niega a aceptar mi firma; endosa este pagaré, que vence a fin de mes; para entonces yo tendré fondos y satisfaceré el importe, así es que me haces un señalado favor, sin que cueste un solo céntimo.

Arsenio cogió la pluma y puso su firma al dorso del papel sellado que le presentaba su *desinteresado* apologista.

—¡La gallina está desplumada! —dijo la *Mariposa azul*.

—¡Y no ha gritado! —repuso el *Palco de frente*.

—¿Cuánto has *hecho*?

—*Quinientos* en un pagaré a quince días fecha.

—Y yo *trescientos* al contado, en oro.

—Vamos, la noche no ha sido mala.

Cuando los bandidos literarios se volvieron a acercarse al sitio en que habían dejado a su víctima, Arsenio había desaparecido; pero un ronquido sonoro y regular indicaba que dormía debajo de la mesa.

XXIII

Dos días después de la cena a la que han asistido nuestros lectores, al dar las diez de la mañana, se oyó ruido en la sala que precedía a la alcoba de Pivoine.

La joven dormía aún.

Las persianas corridas y las cortinas de muselina blanca forradas de tela color de rosa caídas sobre las ventanas, conservaban una semioscuridad, a pesar de la luz del sol, y tal vez se hubiera prolongado el sueño de la actriz, si no hubiera sido interrumpido por el ruido de que acabamos de hablar.

Pivoine agitó la campanilla que estaba al alcance de su mano, sobre la mesa de noche.

La doncella acudió enseguida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pivoine.

—Son dos mozos de cuerda que vienen de parte del señor Arsenio.

—¿Y qué quieren?

—El uno trae un gran caballete y una caja de pino cerrada con llave; el otro esta carta y los trajes de teatro de la señora.

—¡Mis trajes de teatro! ¡Qué cosa más rara! —pensó Pivoine abriendo la carta que le acababa de entregar la doncella.

Aquella carta decía lo siguiente:

Querida mía:

Acabo de mandar recoger en el Luxemburgo vuestro traje de *Magdalenita*; ponéoslo esta mañana, os lo suplico.

Dentro de una hora estaré en vuestra casa y os explicaré el motivo de ese disfraz.

Os mando mil y mil besos.

ARSENIO.

—¡Qué idea tan rara! —exclamó la joven—. Pero, en fin, hagamos lo que pide, pronto sabré la solución de este problema.

Y Pivoine, saltando fuera de la cama, empezó a vestirse.

A las once en punto, Bachu llamaba con suavidad a la puerta de la sala.

—¿Quién es? —preguntó Pivoine—. ¿Sois vos, Arsenio?

—Sí.

—Entrad.

—No vengo solo. ¿Podéis recibirnos?

—Sí.

La puerta se abrió y costó trabajo a Pivoine ahogar un grito de sorpresa y de emoción al ver que el compañero de Arsenio era precisamente el joven que tanto le preocupaba hacía algunos días, su enamorado aéreo, el mismísimo Fra-Diavolo.

Probablemente, el artista esperaba esa entrevista, pues sus facciones permanecieron tranquilas mientras saludaba a Pivoine, y únicamente su mirada tomó una expresión apasionada al cruzarse con la de la joven.

—Querida amiga —dijo Arsenio señalando a Fra-Diavolo—, os traigo al señor, uno de nuestros más distinguidos pintores, que tiene la bondad de encargarse de hacer vuestro retrato para mí; es el motivo de haberos rogado que os vistáis con el traje del papel que desempeñáis en mi comedia.

—La señora no tenía necesidad de eso para estar linda ¡caramba! —exclamó el artista retorciéndose el bigote.

Pivoine sonrió y se ruborizó al ver aquella lisonja a quemarropa.

A Arsenio le pareció que la frase del pintor tenía gran color artístico y local y se prometió hacer que Gilbert la intercalase en la primera comedia que le encargara.

—¿Cuándo queréis que empiece el señor? —preguntó la joven a su amante.

—Cuando vos queráis.

—Entonces, enseguida.

—Corriente, y si os conviene, podéis dar al señor una sesión todos los días desde las nueve hasta la una.

—Me conviene.

—Entonces, no hay más que hablar.

—No.

—¿La luz de esta habitación es buena? —preguntó Arsenio a Fra-Diavolo.

—Excelente —contestó el pintor.

—Solo falta instalar vuestro caballete, voy a mandarlo traer.

Arsenio salió.

El artista se acercó a Pivoine y le dijo rápidamente:

—¡Sois vos!... ¡eres tú! ¡Por fin te encuentro, ángel! ¡Bendito sea Dios, pues mira, *por Rubens*, te juro que te quiero de un modo terrible!

Y uniendo la acción a la palabra, abrazó atrevidamente el talle de Pivoine, a quien robó, a pesar de su débil resistencia, media docena de besos.

—¡Pero, caballero! —exclamó la joven, huyendo a un extremo de la sala, confusa, al parecer, aunque en realidad estaba muy contenta con las temeridades de Fra-Diavolo—: pero, ¡caballero!

—Escucha —repuso este—, escucha, ídolo mío; no se trata de hacer frases ni de perder el tiempo en rodeos; te adoro y lo sabes; soy joven y tengo talento; ámame y seré un genio. Dios ha creado a las muchachas hermosas para los pintores, no cabe duda. Apuesto mi pipa *Indiana* contra una onza de tabaco a que aborreces a ese estúpido que me ha traído aquí. Es imposible amar a un boliche semejante. ¡Vaya, déjale, despídele! Sé la Fornarina de un nuevo Rafael, y te lo juro, como me llamo Fra-Diavolo, te inmortalizaré como la querida del Ticiano.

Pivoine iba a contestar a aquella ardiente declaración, cuando entró Arsenio e interrumpió aquella conversación que, colocada en ese terreno, iba a ir muy de prisa.

Empezó la sesión.

Al cabo de dos horas el bosquejo estaba ya casi acabado, y se adivinaba, bajo las líneas quebradas del carbón, las facciones encantadoras de Pivoine.

El artista se marchó, despidiéndose hasta la mañana siguiente, pero proponiéndose volver ocultamente aquella misma noche.

En el primer capítulo de este humilde estudio nos hemos comprometido a dar algunos detalles sobre los antecedentes artísticos de Fra-Diavolo.

Vamos a dedicar un corto espacio a satisfacer esa deuda.

Roberto Friquet, llamado *Fra-Diavolo*, era hijo, como saben nuestros lectores, de una portera de la calle Coquénard.

Pantaleón Friquet, su padre, era un horrible sastre, cojo y jorobado que, casado hacía ya seis años con una mujer bastante bonita, no había conseguido durante ese tiempo ningún heredero de su portería y de sus agujas.

Por aquel entonces quedó vacante un cuartito de soltero en la casa, y fue alquilado por un napolitano hermoso, de cinco pies y ocho pulgadas de alto, y provisto de una barba negra, digna de un gastador de la antigua Guardia imperial.

Aquel napolitano no tenía criado, y la señora Friquet se encargó de cuidar de su cuarto.

Aquello duró dos meses; después, con razón o sin ella, el sastre tuvo celos y prohibió a su mujer que pusiera los pies en casa del hermoso inquilino.

La señora Friquet se sublevó ante las injuriosas sospechas de su señor marido, y lloró mucho, se desesperó ruidosamente, y...

Y al cabo de otros siete meses dio a luz un niño.

Pero notad, lectores, las burlas de mal género de la casualidad.

Eulalia era rubia.

Su marido rojo.

El pequeño Roberto fue moreno.

El sastre hizo toda clase de deducciones al notar aquella diferencia de colores.

Así es que el desgraciado niño era aborrecido en cuanto vino al mundo.

Aborrecido por su padre, que no podía perdonarle sus ojos negros y sus cabellos de ébano.

Aborrecido por su madre, que se veía apaleada diariamente por causa suya.

Pan duro para almorzar, pan duro para merendar, pan duro para comer, y además azotes por mañana y tarde; tales fueron las rosas esparcidas por la vida de Roberto durante sus primeros años.

Gracias a ese régimen, el niño se volvió el pilluelo más bribón de todo el barrio.

Cuando Roberto llegó a la edad de diez años, su padre habló de llevarle a Brest para embarcarlo como grumete en los buques de Su Majestad.

El muchacho, a quien ese porvenir no halagaba sobremanera, resolvió acabar de una vez.

Se puso los mejores zapatos y la gorra de los domingos, robó diez francos en el

armario de su madre y abandonó para siempre la portería paterna.

Evidentemente, el joven Friquet entraba en la vida por una puerta muy mala; era más que probable que entregado a sí mismo en una edad tan tierna, en medio de las corrupciones de París, seguiría naturalmente el camino llano que conduce desde la policía correccional al presidio.

La casualidad lo dispuso de otro modo.

Friquet, durante los años de su infancia, no había tenido más horas felices, ni experimentado otros goces que los que le proporcionaban los escaparates al aire libre de los vendedores de estampa o los almacenes de cuadros viejos.

Las figuras pintadas, los objetos grabados, tenían para él un atractivo prodigioso, y muy a menudo, con un carbón en la mano, trataba de reproducir las líneas principales de los dibujos que le habían impresionado más en sus excursiones por las calles de París.

Los procedimientos mecánicos de la pintura al óleo le llamaban, sobre todo, la atención, y cuando después de su fuga fue dueño absoluto de su tiempo, consagró la mayor parte de sus días a recorrer las calles, hasta encontrar un pintor de muestras, adornando con cascotes y charreteras la portada de una sombrerería, o de salchichas y cabezas de jabalí la de la tienda de un salchichero.

En cuanto le encontraba, se establecía a su lado, y mudo de admiración, anhelante de curiosidad, miraba la mezcla de colores en la paleta y observaba la manera de distribuirlos y matizarlos con el pincel.

Cuando el hambre se dejaba sentir, Friquet iba a los boulevares, abría algunas portezuelas de coches de alquiler, conseguía veinte o treinta céntimos, compraba pan, patatas, frutas o cualquier otra cosa por el estilo, y comía como un rey.

Por la noche dormía en las casas en obra o en las canteras de Montmartre.

Durante dos años, Friquet llevó esa vida inútil y vagabunda, pero inocente.

Entonces era, a pesar de sus desordenados cabellos y de su blusa hecha jirones, el muchacho más guapo que puede imaginarse.

Un día el chico se paró delante de una tienda de vinos, que hacía ángulo en las calles de Beaune y de Lille.

Un artista decorador estaba ocupado en adornar la portada con atributos maravillosos.

En primer lugar había una serie de pequeños escudos rodeados de pámpanos verdes y frutas en sazón. En medio, sobre fondo azul, destacaban en letras doradas estos nombres: Beaune, Nuits, Volnay, Pomard, Chambertin, Romané, Champagne, Saint-George, Saint-Julien, Medoc, Tavel, Sauterne, Lunel, Laffitte, etc.

Dichos escudos servían de marco a unos lienzos de cartón-piedra muy grandes; estos eran verdaderos cuadros de *género*.

Se veían en uno, flamencos en un bodegón ahumado, gesticulando, bebiendo y chocando sus vasos.

En otro, elegantes oficiales de húsares abrazando lindas muchachas y destapando

frascos de vino d' Aï.

En un tercero ostras deslizándose al suelo, por la boca de un cesto estrecho y largo, cual si salieran de un cuerno de la abundancia.

En el cuarto, en fin, se veía sobre una mesa bizcochos, empanadas, un gran recipiente con ponche ardiendo, tazas para café, y varias clases de sorbetes.

Y para coronar esta grande obra, un sileno rubicundo a caballo sobre un tonel, exprimiendo en una copa el zumo de un racimo de uvas.

Al llegar Friquet, el artista daba las últimas pinceladas a los granos apetitosos de aquel racimo dorado.

Después de media hora de trabajo, bajó de su escalera y retrocedió algunos pasos para ver el efecto general de su trabajo.

Reparó entonces en el muchacho, cuyos ojos brillaban de entusiasmo.

Aquella sencilla y muda simpatía halagó mucho al artista.

—¿Qué te parece eso? —preguntó a Friquet.

—Es muy hermoso, caballero —respondió este.

—La verdad es que puede pasar por un trabajo esmerado —repuso el pintor—; ¿no harías tú otro tanto, eh, muchacho?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¡Oh, yo creo que sí!

El artista creyó que había oído mal.

—¿Qué dices? —exclamó.

—Digo que yo creo que sí.

—¿Te estás burlando?

—No, señor.

—¡Oiga! quisiera verlo.

—Pues en vos consiste; si queréis, voy a demostrároslo.

—No hay inconveniente, barbilampiño, anda.

Friquet no cabía en sí de gozo; tocar una paleta, manejar los colores, era el sueño de su vida.

Cogió los pinceles, y aprovechando su larga experiencia *teórica*, bosquejó muy atrevidamente, por cierto, en la puerta de una ventana una hoja de parra y un racimo de uvas.

Aquello no era perfecto, pero al menos era pasadero.

El pintor no podía dar crédito a sus ojos; pero pasada la primera sorpresa, se dijo que aquel muchacho precoz podía serle muy útil; bastaba darle algunas lecciones y hacerse ayudar por él, mediante una pequeña retribución.

Le preguntó por su familia, y al saber que era independiente le propuso llevárselo a vivir con él.

Friquet, como es de suponer, aceptó con alegría.

Tres años después, el niño, hombre ya, era uno de los mejores pintores de

atributos que había en París.

Roberto Friquet había llegado con gran rapidez a poseer una gran habilidad de *factura*; conseguía resultados mecánicos muy notables, sin disputa, que no podían menos de llamar la atención de los inteligentes, como así sucedió en efecto, lo cual, por lo demás, fue más perjudicial que útil para la carrera de nuestro joven.

He aquí por qué y cómo:

Un pintor de historia, con algún talento y cierta reputación, al ver trabajar un día a Friquet se quedó encantado de la belleza del colorido y de la franqueza de los toques.

Creyó que tenía un brillante porvenir.

Le ofreció sus consejos y una plaza en el taller de sus discípulos.

Al día siguiente el joven pintor se instalaba en efecto entre una docena de futuros maestros.

En el estudio fue donde le pusieron el mote de *Fra-Diavolo*, con el que llegó a ser más conocido que con su verdadero nombre.

Pero, ¡ay!, al dejar el arte de la decoración por la pintura elevada, Fra-Diavolo cambió un bienestar seguro por una miseria infalible.

Su talento, que causaba la admiración de los tenderos, cuando producía *muestras* y *adornos*, no fue apreciado sino muy poco cuando quiso remontarse a las alturas del arte verdadero.

Después de dos años más de estudio, el joven, demasiado orgulloso con su talento para volver a emprender los trabajos al aire libre, trabajos vulgares, pero muy bien pagados, entró de lleno en la vida de privaciones y miseria que sufren todos los artistas conocidos y desconocidos.

Fra-Diavolo, gracias a la ligereza de su carácter, soportó mejor que los demás las duras pruebas de aquella existencia, durante la cual ocurría a menudo que el trabajo de todo un día no bastaba para ganar el pan del día siguiente.

Gracias a varios cuadritos, llevados a los judíos del arte y vendidos a bajo precio; gracias a algunas copias encargadas, y gracias sobre todo a gran número de retratos que le dieron cierta fama, el joven artista llegó a vivir bien o mal y a tener consigo a su aprendiz Olibrius.

Tal era el pasado de Fra-Diavolo en el momento en que hemos tenido el honor de presentarle a nuestros lectores.

XXIV

Después de la primera representación de *Magdalenita*, Fra-Diavolo salió del teatro del Luxemburgo con el corazón atravesado de parte a parte y con la cabeza extraviada por completo.

Como pintor y como hombre, bajo el punto de vista de la *forma artística* y bajo el del *deseo amoroso*, estaba doblemente enamorado de la actriz.

Volvió a su casa en un violento estado de sobreexcitación erótico-nerviosa, se olvidó de cenar, se acostó, aunque sin poder conciliar el sueño, y después de una noche toledana, salió del estudio a las seis de la mañana para ir a preguntar al conserje del teatro las señas de la casa de Pivoine.

El cancerbero, a quien Arsenio retribuía bastante para que fuera discreto, recibió muy mal al indiscreto artista, que se vio precisado a ir a pasear sus ensueños amorosos por entre los árboles del Luxemburgo, hasta el momento en que la hora del almuerzo le hizo regresar instintivamente a su casa.

Por la tarde, Fra-Diavolo se llevó un cuadro a medio acabar que encontró en un rincón y lo llevó a un prendero del muelle Voltaire, digno israelita que lo compró por la módica cantidad de cinco francos.

Gracias a ese ingreso, Fra-Diavolo pudo volver a presentarse aquella noche en el palco que había ocupado la noche anterior, en el estreno de *Magdalenita*.

Al verle, Pivoine se puso como una amapola, y durante toda la representación contestó a sus miradas ardientes con ojeadas llenas de promesas.

El pintor, convencido ya de que la carta anónima, el ramo misterioso y el billete del palco procedían de la actriz, seguro por lo tanto de su conquista, pensó en apresurar el desenlace.

Para conseguirlo, salió de su palco en cuanto cayó el telón y fue a atisbar a la puerta de los actores la salida de la joven.

Pivoine no se hizo esperar mucho, pero salió acompañada de Arsenio Bachu, que aquella noche no la dejó salir sola.

Fra-Diavolo, furioso de celos, se quedó en la calle con los ojos fijos en la casa que habitaba su ídolo.

Vio luz en las ventanas del quinto piso, y conociendo ya el domicilio de la actriz, se propuso buscar al día siguiente un medio ingenioso para entablar relaciones con ella.

No sabemos si hubiera encontrado fácilmente ese *medio ingenioso*, pero el hecho es que no le hizo falta.

Al día siguiente, a eso de las nueve de la mañana, en el momento en que Fra-Diavolo y Olibrius almorzaban muy frugalmente, llamaron suavemente a la puerta del estudio.

—Olibrius —dijo el artista.

—¿Qué, maestro? —preguntó el aprendiz.

—Me parece que llaman.

—Creo lo mismo; ¿voy a abrir?

—Claro; pero primero entérate de si es algún *inglés* que viene con intenciones hostiles.

Olibrius fue de puntillas hasta la puerta, y miró por una rendija hecha adrede en la pared con objeto de ver a las visitas antes de abrir.

Hecho esto volvió junto al artista.

—¿Quién es? —preguntó este.

—Cara desconocida.

—¿Masculina?

—Sí, es un señor bien vestido y que parece tonto.

Llamaron por segunda vez.

—Date prisa, Olibrius, tal vez sea algún *Mecenas* que viene a encargarnos algo.

Olibrius obedeció, y Fra-Diavolo se estremeció al ver al recién llegado, que era el mismo Arsenio Bachu.

—¿Qué diablos me querrá? —pensó Fra-Diavolo—. ¿Sabrá algo ya?... Pero no; no puede ser... ¡Si no hay nada aún!...

Arsenio dio dos pasos y dijo saludando:

—¿El señor Fra-Diavolo?

—Soy yo, caballero.

—¿Artista?

—Para servirlos.

—Y pintor de gran mérito.

—Pchist... —dijo Fra-Diavolo, pavoneándose—; algunas personas tienen la indulgencia de suponerlo.

—Y tienen razón —prosiguió Bachu, acercándose al caballete y mirando el boceto del sátiro y de la ninfa dormida, de que hemos hablado ya—. He aquí un cuadro que es muy lindo y que me convendría bastante.

—Tened la bondad de sentaros... Olibrius, da una silla a este caballero.

—Soy admirador entusiasta de las bellas artes —repuso Arsenio—; también cultivo las letras, y las considero como hermanas de la pintura.

—¡Ah!, ¿sois literato?

—Sí... he publicado algunos libros, que han agradado mucho al público... entre otros, *Los tres ahorcados*, novela en cuatro tomos, cuya segunda edición se está imprimiendo ahora...

»En la actualidad hago comedias, y anteayer obtuve un éxito muy regular en el teatro de aquí al lado.

—¿Seríais por casualidad el autor de *Magdalenita*? —preguntó Fra-Diavolo, que sabía perfectamente a qué atenerse.

—Sí, señor —contestó Arsenio.

—¡Ah! canastos, dejadme que os felicite —exclamó el pintor, fingiendo gran entusiasmo y apoderándose de la mano de Bachu, que trituró vigorosamente entre las suyas—. He visto vuestra obra, y os puedo asegurar que no he visto, nada mejor. Debíais dar un billete a Olibrius, a quien he hablado de eso hace dos días... ¿No es verdad, Olibrius?

—Sí por cierto que me habéis hablado —contestó vivamente el aprendiz, que comprendió que su amo tenía algún interés en conseguir las simpatías de aquel señor —; ya no pensáis más que en esa comedia, y para decir verdad, ya vais siendo cargante.

—Ve a verla, y me dirás después si exagero.

Arsenio, radiante, sacó de la cartera uno de los billetes de que siempre iba provisto, y se lo ofreció a Olibrius, que no se hizo rogar para aceptarlo.

—Me alegro infinito, *mi querido artista* —repuso el amante de Pivoine—, de haberos hecho pasar algunos momentos agradables; pero, si os parece, hablemos un poco del asunto que me ha traído aquí...

—¡Ya lo creo! hablemos... estoy seguro de antemano de que nos vamos a entender perfectamente.

—No lo dudo. Vengo para un retrato.

—¡Ah!, ¡ah!

—Un bonito retrato...

—¿El vuestro?

—Sois muy burlón.

—Nada de eso, tenéis una cabeza expresiva... un tipo elegante, me gustaría retrataros.

—Será para más adelante; pero volvamos a lo que más prisa corre.

—Es verdad.

—Tengo una querida...

—Tenéis las mejores condiciones para podéroslo permitir.

—Una querida de notable hermosura.

—Os doy mi enhorabuena.

—Pero, ahora que me acuerdo, la conocéis.

—¡Qué raro!

—No, señor, es muy natural, puesto que habéis visto *Magdalenita*...

—¡Cómo! —interrumpió Fra-Diavolo con fingida sorpresa—; ¿es acaso la señorita Pivoine?

—La misma.

—¡Ah! *mi querido autor*, sois un hombre feliz. Esa muchacha es una maravilla.

—Un artista debe desear reproducir tales facciones, ¿no es verdad?

—¡Caramba! ¡Ya lo creo!

—Regocijaos, pues la que vais a retratar es Pivoine.

Mientras Arsenio pronunciaba esas palabras, Fra-Diavolo, que hasta entonces no había podido dar crédito a la bienaventurada casualidad que le llevaba a su objetivo de un modo tan prodigioso y tan inverosímil, se puso encarnado, como si hubiera cogido de pronto una insolación.

Bachu, sin reparar en la emoción del pintor, continuó:

—Me ha dirigido a vos un periodista, amigo vuestro, Basilio Pitou, que me ha dicho que vuestras pretensiones serían modestas. Entre la pluma y el pincel no hay más diferencia que la mano; así es que cuento que me trataréis como a un colega. ¿Cuál será el precio del retrato?

—¿El precio?... —balbuceó Fra-Diavolo, que no se había repuesto aún.

—Sí.

—Será... el que queráis.

—Nada de eso; deseo que fijemos una cantidad.

—Corriente —dijo Fra-Diavolo—. ¿Cuál es el tamaño de la tela?

—Este —contestó Arsenio señalando un bastidor apoyado contra la pared—. Me parece que es, poco más o menos, la cuarta parte del tamaño natural. Retrataréis a mi querida de pie y con el traje de su papel. ¿Os parece ingeniosa mi idea?

—Encantadora.

—Tratemos, pues, enseguida de la cuestión de dinero: ¿cuánto queréis?

—Doscientos francos —dijo el pintor.

—¡Diablo!... Es muy caro.

—¡Oh!

—Ciertamente no para vuestro talento, pero sí para mis recursos.

—Entonces, pongamos ciento cincuenta francos, y no hablemos más.

—Ya está dicho; ¿cuándo podéis empezar?

—Ahora mismo.

—¿Cuántas sesiones necesitaréis?

—Quince —contestó Fra-Diavolo, que pensaba en reservarse muchas entrevistas—; y aun pasará tal vez de ese número por los accesorios.

—Muy bien. Voy a mandar a un mozo de cuerda, a quien entregaréis vuestro caballete, vuestros utensilios, y dentro de una hora vendré o buscaros.

—Estaré preparado.

—Hasta luego, *mi querido artista*.

—Hasta luego.

En cuanto Bachu hubo cerrado la puerta, Fra-Diavolo empezó a ejecutar en su estudio un baile tan excéntrico y tan vehemente, que Olibrius creyó al pronto que le daba un ataque de locura furiosa.

Pero una corta explicación bastó para ponerle al tanto del asunto, y acabó por hacer lo mismo que su maestro, cantando, o mejor dicho, gritando con todas sus fuerzas y dando continuados brincos.

XXV

A la hora convenida, Arsenio fue a buscar a Fra-Diavolo y le llevó a casa de Pivoine.

Nuestros lectores conocen ya los detalles de la primera entrevista del pintor y de la actriz.

Deben recordar que cuando acabó la sesión, Fra-Diavolo salió de la casa de la calle Madame, pero proponiéndose volver antes del día siguiente.

En efecto, en vez de volver a su casa, el artista se metió en un cafetín que estaba enfrente del teatro Bobino y atisbó la salida de Arsenio, que no tardó en dejar a Pivoine y en alejarse por una de las verjas del Luxemburgo.

Fra-Diavolo le vio pasar, entró en el portal, subió los cinco pisos, y sin darse tiempo para tomar aliento tiró de la campanilla.

La doncella había salido.

Pivoine, creyendo que Arsenio había olvidado algo, salió a abrir.

Al ver al artista, exclamó con viveza:

—¡Vos, caballero!

—Sí —contestó Fra-Diavolo entrando y cerrando la puerta.

—¿Qué me queréis?... Me parece que no es hora de continuar mi retrato... y además, estoy sola.

—Mejor que mejor.

—¡Cómo!

—Sí, precisamente he venido porque sabía que estabais sola... tengo muchas cosas que deciros, muchas, muchas, y cosas que exigen la soledad, Pivoine...

Mientras hablaba, el artista abrió la puerta de la sala y empujó suavemente a la joven para que entrara primero.

—Pero, caballero... —balbuceó Pivoine conmovida a un mismo tiempo por un principio de miedo y por un sentimiento de pudor—; pero, caballero...

—Venid —contestó Fra-Diavolo—; venid de buen grado, ángel mío, o, por Rubens, que os llevo yo.

Y como la joven parecía titubear aún, la levantó en brazos, atravesó la sala y llegó a la alcoba.

Pivoine se resistió durante ese trayecto, pero tan poquito, que se hubiera dicho que solo lo hacía por fórmula.

Gritó, pero tan bajito, que se hubiera podido jurar que se moría de miedo de que la oyeran.

¡Cuántas defensas virtuosas por ese estilo se ven a veces en el mundo!

* * *

Cuando Pivoine se vio sola, después de algunos instantes de rápida y abrasadora embriaguez, se sintió dominada por un pesar amargo y se echó a llorar.

¿Por qué?

Porque comprendía que acababa de dar un paso inmenso en el camino de la vergüenza.

Porque se dijo, que hasta entonces no había dado a ningún hombre el derecho de insultarla y de despreciarla, y que ese derecho se lo acababa de dar a Arsenio.

Porque una voz le gritó que dividir su cuerpo en dos partes, *dar* la una y *vender* la otra, era prostituirse al que compraba.

Pivoine lloró mucho.

Aquel buen impulso fue vivo y sincero, pero corto.

Se acordó de que era actriz y de que los actores no deben llorar, pues las lágrimas enrojecen los párpados.

Y el público solo aplaude a los ojos brillantes.

Así es que Pivoine enjugó su llanto.

Después sonrió al espejo para ver si su sonrisa seguía siendo franca y alegre.

Luego empezó a cantar para cerciorarse de que su pena no le había alterado la voz.

Y por fin, llegó gradualmente a parecerle muy ridículos los remordimientos de su conciencia y echó a reír a carcajadas, por lo mismo que la habían hecho llorar poco antes.

Además, amaba a Fra-Diavolo.

Le amaba con aquel amor sensual, propio de las mujeres pervertidas, aunque no gastadas.

Le amaba, sobre todo, por efecto de ese fatal instinto, por efecto de ese vértigo insensato, herencia triste de nuestros primeros padres, que indujo a nuestra madre Eva a arriesgar el Paraíso por la fruta prohibida.

Fra-Diavolo llevaba ya más de quince sesiones, y sin embargo, el retrato de la joven, parecido en un todo a la tela clásica de Penélope, adelantaba muy poco.

Y consistía en que el artista deshacía en la sesión de la noche el trabajo que había hecho en la de la mañana.

Por lo demás, los dos amantes eran felices, y gozando de voluptuosidades tanto más ardientes, cuanto más ilícitas eran, se abandonaban a una engañosa seguridad.

Arsenio era demasiado orgulloso para ser desconfiado.

Fra-Diavolo, material y grosero, no comprendía las delicadas susceptibilidades del amor, y aceptaba de buen grado una distribución que le proporcionaba el goce de una mujer bonita, cuyo derecho conservaba otro.

La casualidad, que había producido tal situación, era la que iba a derribar lo que había edificado.

Pivoine, cansada por las consecutivas representaciones de *Magdalenita*, había conseguido de su director una noche de descanso.

Fra-Diavolo, avisado de antemano, esperó la salida de Arsenio, que despedido por la joven con pretexto de jaqueca, se encaminó a la Ópera.

El artista subió.

Pivoine le escondió detrás de las cortinas de la cama, y mandó a la doncella que fuera a llevar una carta a lo último de la calle de Nuestra Señora de Loreto, y que esperase la contestación.

La enamorada pareja podía, pues, contar con dos horas por lo menos de libertad.

Todas las precauciones estaban tomadas, y Pivoine había tenido buen cuidado de correr los cerrojos interiores de la puerta de entrada.

Ningún peligro podía alcanzar a nuestros dos tortolitos, y sin embargo...

Pero no anticipemos los acontecimientos.

Arsenio había llegado ya a la plaza de San Sulpicio.

Allí, al ir a tomar un coche de alquiler, echó de ver que había dejado el portamonedas sobre la chimenea de Pivoine.

Volvió a la calle Madame.

A doscientos pasos de la casa se encontró con la doncella.

—¿Habéis salido, Justina? —le preguntó.

—Sí, señor; la señora me mandó a un *recado*.

—¿Sigue enferma?

—Se queja mucho de su jaqueca, y creo que se va a acostar.

—¿Tenéis la llave de la puerta de servicio?

—Sí, señor.

—Dádmela; de ese modo no tendré que molestar a la señora.

—Tomadla.

Arsenio continuó su camino.

El cuarto de Pivoine, como casi todos los cuartos de París, tenía dos entradas, la puerta principal y la de servicio.

Esta última no tenía más que una llave, la que acababa de pasar desde el bolsillo de Justina a manos de Arsenio.

Este subió.

Abrió sin meter ruido.

Entró en el pasillo, después en la cocina, desde donde fue al recibimiento y a la sala.

Allí, sorprendido y casi conmovido, se detuvo a escuchar.

Le parecía oír el murmullo de dos voces, cortado con frecuencia por un ruido que parecía el de un beso.

Pero sin duda se equivocaba.

Arsenio se acercó a la tapia y volvió a escuchar.

Los rumores llegaron hasta él más claros.

No había error posible; en la alcoba se estaban besando.

Arsenio abrió la puerta bruscamente y vio...

Vio un cuadro vivo, ante el cual permaneció de pie, con los ojos asustados, los brazos colgando, la boca abierta, sin saber si debía avanzar o retroceder, sin tener siquiera el instinto de quitarse de encima el espantoso ridículo de aquella situación.

Al ver aparecer a su *protector*, Pivoine había arrojado un gran grito y se había desmayado.

Fra-Diavolo, por su parte, no perdió la cabeza, pensó en sacar partido del único aplomo que se aprende en algunos talleres, y, adelantándose hacia Arsenio en tono zumbón y provocativo, le dijo:

—Tomaos la molestia de pasar, *mi querido autor*, y de tomar asiento. Con franqueza, como si estuvierais en vuestra propia casa... os lo agradeceré.

Al oír aquellas palabras, Arsenio pareció despertar, arrojó a su afortunado rival una mirada fulminante, se caló el sombrero hasta los ojos, giró sobre sus talones, y salió de la habitación, cerrando de golpe todas las puertas.

Necesitaríamos muchas páginas y muchos capítulos para dar cuenta a nuestros lectores de todo cuanto pasó por la cabeza del joven Bachu, después de haber sorprendido a Pivoine en evidente delito de *conversación criminal*, como dicen púdicamente los ingleses.

Nos contentaremos, pues, con analizar en pocas palabras sus múltiples sensaciones.

Primero pensó en vengarse ruidosamente.

Pensó en desafiar a Fra-Diavolo y en batirse con él.

Pero renunció muy pronto a esa idea peligrosa...

Desechada la idea del combate, Arsenio pensó en romper su relaciones con su pérfida querida de un modo escandaloso.

Pero le detuvo el amor propio, que presidía a todos sus actos.

Reflexionó que un rompimiento ruidoso, enteraría al público del triste papel que había desempeñado en aquella aventura y que sus amigos se burlarían inhumanamente de él.

Por consiguiente, no dijo una palabra de sus infortunios casi conyugales y se contentó con no volver a casa de Pivoine.

Cuando algún amigo suyo le hablaba de la joven, contestaba:

—¡Pivoine!, ¡ah, sí!... Había tomado a esa chica por pasatiempo, pero ya no me ocupo de ella... tengo por ahí algo que es mucho mejor, querido.

Sin embargo, el joven pensaba en desquitarse de su desgracia amorosa con sus triunfos literarios.

Se acordó de que su amigo el redactor de la *Mariposa azul*, al mismo tiempo que le pedía prestados quince luises, le había ofrecido la colaboración fácil y productiva de una comedia en tres actos admitida en el Palais-Royal.

En dos o tres ocasiones fue a ver a aquel amigo, sin conseguir verle.

Le escribió para pedirle el manuscrito consabido y no recibió contestación.

Y por fin, cansado ya, fue al teatro y se enteró en secretaría.

Allí no sabían lo que quería decir; pero le dijeron que volviera al día siguiente.

Se presentó con puntualidad y le enseñaron una nota del director manifestando que el redactor de la *Mariposa azul* no había tenido más relaciones recientes con la dirección que las precisas para retirarle la entrada, puesto que su periódico atacaba sistemáticamente a la administración, que le negaba billetes desde el punto y hora en que tuvo conocimiento de que hacía de ellos un tráfico vergonzoso.

Arsenio comprendió que le habían robado, se mordió los labios y calló.

Pero le esperaba otro disgusto.

Cuando iba a subir a su casa (apuntemos de paso que era el día 30), el portero le

participó que habían venido por la mañana a cobrar el importe de un pagaré de quinientos francos y que el portador, muy descontento por no haber encontrado preparados los fondos, había dejado las señas de su casa.

Arsenio echó una ojeada sobre el nombre que le presentaban.

Aquel nombre era para él completamente desconocido.

—Esto es una equivocación —contestó al portero—, no he firmado ningún pagaré, tal vez me hayan tomado por otro a consecuencia de una semejanza de firma.

Al día siguiente a las once, y cuando iba a salir, su criado le avisó que le estaban esperando en la sala.

Entró en la habitación y se encontró cara a cara con un caballero bien portado, con corbata blanca, recién afeitado, con sonrisa en los labios y con una gran cartera bajo el brazo.

—¿Tengo el honor de hablar con el señor Arsenio Bachu? —preguntó el desconocido.

—Sí, señor.

—¿Adivinaréis tal vez el motivo que me trae?

—No, señor.

—¡Ah,! es verdad, pero he aquí mi tarjeta.

La tarjeta decía en letras microscópicas estas palabras:

FILIDOR EJECUTIVO.

Escribano.

—Ahora, comprendéis, me figuro... —añadió Filidor con sonrisa agradable.

—Lo mismo que antes.

—¡Pues es raro!

—Os ruego que tengáis la bondad de explicaros.

—Vengo, caballero, para tener el honor de anunciaros un *protesto*, por falta de pago, de un pagaré de quinientos francos.

—¡Ah! perfectamente...

—¿Habéis comprendido, por fin?

—Es decir que la charada de ayer continúa. No he firmado pagaré alguno.

—¡Ah, diablo!... sin embargo, caballero, esto es vuestro nombre, y a no ser que la firma esté falsificada, en cuyo caso debéis dar parte inmediatamente...

—Vamos a ver... —interrumpió Arsenio sorprendido.

El escribano, con gran confianza y muy buenos modos, enseñó enseguida el documento, y después de un segundo de examen, Bachu vio dibujarse como por entre una nube, el recuerdo del endoso tan ligeramente concedido al fundador del *Palco de frente*, la noche de la orgía de los periodistas.

—¿Reconocéis vuestra firma? —preguntó Filidor.

—Sí, pero solo firmé por complacer a un amigo, que me prometió pagar sin

demora al vencimiento.

—Eso ya no es cuestión mía. Vos sois el endosante, debéis pagar y tengo el sentimiento de anunciaros que me veré precisado a proceder al *protesto* si no hacéis efectiva esa cantidad.

—Podéis hacerlo, caballero; me niego en absoluto a pagar.

Después de esta declaración terminante, no quedó más recurso al escribano que proceder al protesto, y procedió.

Arsenio. corrió a casa del fundador del *Palco de frente*.

Le contestaron que no estaba en París y que no sabían cuándo volvería.

Bachu, furioso al ver que se repetía el procedimiento del redactor de la *Mariposa azul*, escribió una carta terrible, en la que amenazaba con llevar a los tribunales al poco delicado periodista.

No obtuvo contestación, pero al día siguiente un mozo de cuerda entregó a Arsenio un sobre muy grande.

Aquel sobre encerraba el número del *Palco de frente* de aquel mismo día.

En el sitio preferente y con este epígrafe: *Farsas cómico-dramáticas*, venía un artículo de columna y media, cuidadosamente señalado con tinta encarnada.

Arsenio leyó rápidamente lo siguiente:

Acaban de contarnos, bajo la mayor reserva, la anécdota más original y más estrambótica que imaginarse puede.

Hace unos quince días, dábamos cuenta en este periódico del estreno de una comedia representada con bastante éxito en uno de nuestros teatros de segundo orden de París.

Como todo el mundo, habíamos atribuido la paternidad de esa comedia al señor A* B*, único autor conocido.

Pues bien, no hay nada de eso: y tenemos la satisfacción de anunciar a nuestros lectores que el supuesto autor, el amable joven a quien se pudo ver aquella noche en un palco proscenio, con guantes amarillos y sus quevedos correspondientes, pavonearse y recibir las felicitaciones, es tan ajeno a aquella producción como a cualquier otra obra que tenga gracia.

Hemos sido engañados buenamente, así como todo el público, por un comercio tan inmoral como ridículo.

El señor A* B*, explotando la miseria de uno de nuestros antiguos compañeros, el escritor G... ha tenido el valor de comprar, por un pedazo de pan, una obrada trabajada a conciencia y de la que dependía tal vez todo el porvenir del verdadero autor.

Nos corresponde a nosotros, que somos los verdaderos defensores desinteresados de la literatura, nos corresponde señalar y revelar semejantes actos.

Hemos jurado echar abajo esa infame explotación del pobre por el rico, del débil por el fuerte; *¡triste resto de las instituciones feudales!*

No faltaremos al cumplimiento de ese sagrado deber.

Esperamos más pormenores, que se nos darán muy pronto. Si estos confirman los hechos que denunciarnos hoy, diremos los nombres de las personas en nuestro número próximo, y arrojaremos el sarcasmo y la vergüenza al rostro del que los haya merecido.

P. D. Se añaden algunos detalles muy picantes con relación a una actriz joven y linda, la señorita P..., a quien vimos debutar en la comedia consabida, y por la que se interesaba entonces muy vivamente el ridículo mercader literato.

Daremos esos detalles, si hay lugar, en nuestra próxima gacetilla.

El periódico se escapó de manos de Arsenio, anonadado.

Por tonta y ridícula que fuera la forma del artículo, este encerraba una verdad

terrible y cada una de sus palabras daba en el blanco.

Arsenio no tenía más que una determinación que tomar.

Y la tomó.

Una hora después estaba en casa de Filidor Ejecutivo, a quien pagaba el importe y gastos del pagaré protestado.

El número siguiente del *Palco de frente* contenía una especie de retractación, en que el periodista manifestaba que había sido sorprendida su buena fe, y que habían abusado de su confianza.

Arsenio juró renunciar para siempre a la literatura.

Suponemos que lo habrá cumplido.

Ningún pesar, ninguna inquietud, ningún remordimiento volvieron en lo sucesivo a turbar los amores poco platónicos del artista y de la joven.

Fra-Diavolo se llenaba de orgullo al pensar que era el único poseedor de la mujer más linda de París.

Pivoine estaba a sus anchas desde el completo abandono de Arsenio.

Los primeros días fueron embriagadores.

El pintor, desertando de su estudio, no abandonaba la casa de Pivoine, y ambos se dejaban llevar por la corriente de sus deseos satisfechos y de su felicidad suprema, no pensando en el porvenir sino para presentárselo con los colores más risueños.

Fra-Diavolo *creía* en el *sueldo* de Pivoine.

Esta, que oía continuamente a su amante hablar de su talento extraordinario, se figuró que en cuanto cogiera los pinceles convertiría en oro las telas y los colores de su paleta.

Los resultados de esa doble y mutua ilusión fueron una tranquilidad profunda y una confianza sin límites.

El guardarropa de Pivoine estaba además muy bien provisto, y cuando empezaron los apuros de dinero hubo toda clase de facilidades por parte de los proveedores, panadero, carnicero, tendero, etc., etc., quienes acostumbrados a cobrar con regularidad, no se manifestaron reacios a la primera petición de crédito.

Pero esto duró poco.

Las cuentas crecían rápidamente.

El tendero presentó la suya y se marchó sin cobrar.

Como conocía a Arsenio de nombre y de vista, se dirigió a él.

Se comprenderá fácilmente que Bachu, no solo se negó a pagar la cuenta malhadada, sino que se desahogó amargamente contra la joven, y previno al comerciante de frutos coloniales que corría gran riesgo de no ser pagado.

El tendero volvió sobreexcitado, cundió la alarma por todo el barrio, y subió a casa de Pivoine, con la que tuvo la siguiente escena:

—Señora, vengo a cobrar la cuentecita.

—¡Ah, ah!... bueno. ¿Queréis volver dentro de ocho días?

—No, señora.

—¿Por qué?

—Porque hoy necesito dinero.

—Pues no lo tengo.

—Os repito que lo necesito.

—Os repito que no lo tengo.

—Buscadlo.

—¿Dónde?

—Eso no me importa a mí.

—Pero...

—No hay *pero* que valga. Me debéis; pagadme.

—¿Cómo?

—No lo sé. Pero no saldré de aquí sin que se me pague.

—Sin embargo.

—No hay *sin embargo* que valga; me debéis; pagadme, y mientras tanto me instalo aquí.

Y al decir esto, el tendero se caló la gorra y se sentó.

La joven se mordió los labios, y dijo:

—Os suplico que me concedáis algunos días.

—Ni siquiera una hora; necesito mi dinero inmediatamente.

—Entonces, haced lo que queráis, no puedo pagaros ahora y no os pagaré.

El acreedor se levantó enfurecido y exclamó:

—¡Conque esas tenemos, bribona!, ¡conque esas tenemos, ladrona!, ¡no teníais tanto orgullo el día en que vinisteis a estafarme mis géneros! ¿No es un horror ver a estas desgraciadas, que viven como duquesas, que se ponen vestidos de seda y que no pagan a la gente honrada? ¡Ah, tuna!, ¡ah, rufiana! no quedará esto así. ¡Te digo que vas a pagarme o rompo todo cuanto hay aquí y voy a buscar a los guardias!

El diálogo llegaba a este punto entre el tendero y Pivoine cuando llegó Fra-Diavolo.

El tendero echaba espuma por la boca.

Pivoine, que no estaba acostumbrada a esas escenas, temblaba con todo su cuerpo.

El artista se enteró del motivo de la disputa, y como era natural, tomó la defensa de su querida.

El acreedor, que se había tranquilizado algo al ver al joven, volvió a insolentarse.

Fra-Diavolo le cogió por los brazos, le plantó en la puerta y le empujó por las escaleras abajo.

El tendero alborotó la casa con sus lamentos y sus gritos.

A cada piso se abrían las puertas y asomaban cabezas curiosas.

Fue un escándalo inaudito.

Pivoine, medio muerta de vergüenza y de pena, fue a refugiarse en el fondo de la alcoba.

En cuanto a Fra-Diavolo, le parecía que lo que acababa de pasar era la cosa más natural y más sencilla.

Al cabo de una hora llegó el carnicero.

Después el panadero.

Luego la frutera, que cedió el puesto al carbonero, etc., etc.

Cada campanillazo hacía estremecer a Pivoine, pues le anunciaba un nuevo disgusto.

La joven se asombraba de que Fra-Diavolo no le ofreciese ayudarla *metálicamente*, pero al ver su obstinado silencio, prefería sufrirlo todo antes de pedirle dinero.

La semana siguiente, cuando Pivoine fue al teatro, el director la llamó aparte y le participó que había recibido *ocho retenciones judiciales*, a petición de sus acreedores, sobre su modesto sueldo.

Pasaron quince días más, llegó el momento de pagar el alquiler; Pivoine no pudo pagarlo.

El casero, avisado por una comunicación oficiosa de Arsenio, se mostró sin piedad, y después del tiempo estrictamente necesario para llenar las formalidades legales, la joven fue desalojada de la casa y tuvo que ver sus muebles vendidos en subasta, así como casi todos sus vestidos.

Entonces, deshecha en llanto, fue a refugiarse a casa de Fra-Diavolo.

Pivoine había manifestado al artista el deseo de conocer su estudio, pero aquel había inventado siempre algún pretexto para eludir o para retrasar aquella visita.

Nos sería imposible describir la dolorosa impresión que experimentó Pivoine al ver la desnudez y desorden de la habitación de Fra-Diavolo.

Se asustó de su porvenir, pues comprendió que al unirse al pintor acababa de contraer una alianza con la miseria, miseria triste y oculta.

Sin embargo, procuró arrojar lejos de sí aquellas funestas reflexiones.

Se dijo que quería a su amante y que él, por su parte, la quería con un amor profundo, que sería eterno.

Comentó en todos sentidos y bajo todos sus aspectos ese absurdo dicho vulgar en el que todos hemos creído una vez en la vida y que se formula con estas palabras: *Una cabaña y su corazón*.

Pero lo decía con los labios y no desde el fondo del corazón.

La llegada de Pivoine al estudio, trastornó por completo la existencia de Fra-Diavolo.

Tuvo que empezar por despedir a su alegre y dócil aprendiz, al pobre Olibrius, a quien no podía seguir manteniendo ni aun con pan y queso de Italia.

Además, con gran detrimento de sus dulces costumbres de pereza y de tranquilidad, se vio precisado a ponerse a trabajar, y a falta de otra cosa mejor, emprender una serie de delanteros de chimenea que tuvo a bien confiarle un comerciante de la calle Saint-Martin.

Las modestas cantidades fruto de aquel trabajo ingrato, unidas a lo que quedaba del sueldo de Pivoine, deducido el importe de las retenciones, bastaron casi casi al pronto para cubrir las necesidades de ambos jóvenes.

Pero, ¡ay!, una mañana Pivoine recibió una carta del director de Bobino en que le participaba que habiéndose acabado el éxito de *Magdalenita*, se encontraba en completa libertad.

Y si nuestros lectores se admiran de que el teatro consintiera en privarse de su más linda actriz, les diremos que en eso había andado la mano de Arsenio, que exigió del director la terminación del contrato de la joven como condición para dar su garantía a un préstamo de algunos miles de francos que la administración del teatro necesitaba con premura.

Como era preciso buscar a toda costa un medio de colocarse, so pena de morir de hambre, Pivoine tuvo que ingresar como figurante en el teatro del Vaudeville con un sueldo de *un franco veinticinco céntimos* por cada ensayo y de *un franco* por cada función.

Allí le esperaba una nueva serie de tribulaciones.

Primero ¿no era horrible verse colocada en la última fila con cien veces más talento y más hermosura de lo que necesitaba para brillar en la primera, después de los sueños tan brillantes de fortuna y de gloria dramática que había formado en otro tiempo?

Y después, lo más triste era que todas las noches tenía que vestir aquellos trajes de munición, acumulados en el vestuario del teatro, para uso de todas las generaciones de comparsas, trajes que disfrazaban y cambiaban de la manera más deplorable sus formas tan puras y tan encantadoras.

Y por fin, para coronar esos tormentos, Fra-Diavolo había tenido la ocurrencia de volverse horriblemente celoso.

Seguía a Pivoine a todas partes.

La vigilaba sin cesar.

De día y de noche atisbaba a la puerta del teatro, y si por desgracia la joven salía acompañada de algún hombre, *comparsa* como ella o músico de la orquesta, o si por casualidad se retrasaba algunos minutos, Fra-Diavolo la colmaba de recriminaciones tan injustas como violentas, la llenaba de epítetos groseros y llegaba a veces hasta amenazarla.

Y sin embargo, a pesar de todo eso, tal vez por eso mismo, Pivoine, a quien hemos visto indiferente para Virgilio e indiferente para Arsenio, Pivoine amaba a Fra-Diavolo.

¡Oh mujer, enigma constante y vivo!, ¿quién podrá descifrar, quién podrá dar a conocer los extraños misterios de tu corazón?

XXVII

Algunos meses transcurrieron de ese modo. Llegó el invierno, se acercaba la época de la exposición.

Fra-Diavolo enviaba todos los años al jurado media docena de cuadros, que los señores académicos tenían el mal gusto de rechazar.

El desairado artista se desahogaba con soltar multitud de denuestos contra el jurado.

Y en el mes de marzo del año siguiente probaba de nuevo fortuna con idéntico resultado.

Añadiremos también que las obras tan obstinadamente rechazadas por una especie de tesón, valían mucho más que multitud de obras que eran más afortunadas.

Aquel año Fra-Diavolo resolvió excederse a sí mismo.

Hacía mucho tiempo que meditaba un cuadro; lo había intentado varias veces, pero sin éxito.

Era una *Ariana abandonada*.

El joven pintor carecía de imaginación, y la vulgaridad de las formas de las mujeres que le servían de modelos había sido siempre un escollo infranqueable para él.

Por fin, el obstáculo desapareció.

A fuerza de ruegos, consiguió que Pivoine sirviera de modelo para la *Ariana*.

La joven se resistió durante mucho tiempo.

Le parecía que entregar a las profanas miradas del público la reproducción exacta y casi viva de su cuerpo era una verdadera prostitución.

Y a nosotros nos parece que tenía razón.

Sin embargo, Fra-Diavolo suplicó tanto, que acabó por ceder.

He aquí lo que era el cuadro:

En primer término, y agarrándose a las algas de una roca, cuya base venían a besar las olas, *Ariana*, completamente desnuda, fijaba su mirada ansiosa y desesperada en una vela blanca que se perdía en el horizonte.

La mano izquierda de la joven, sobre su pecho de mármol, parecía comprimir los latidos impetuosos de su corazón.

Sus largos cabellos negros, sueltos, hacían resaltar maravillosamente la blancura sonrosada de su cuerpo, y sobre aquel fondo oscuro se destacaban en relieve los perfiles tan correctos de sus formas esbeltas y elegantes.

Un sentimiento de amargo dolor se unía a los recuerdos de voluptuosidad en la expresión de su rostro, dulce y noble.

Los labios se entreabrían para arrojar un grito de angustia y de amor.

Era verdaderamente *Ariana*, Ariana hallando al despertarse angustia y abandono,

después de una noche de besos y de tierna embriaguez.

Ya sabemos que cuando no se trataba más que de copiar, Fra-Diavolo tenía un talento notable.

Y como entonces el modelo era digno del cincel de Fidias y del pincel de Praxiteles, el cuadro fue una obra maestra.

El jurado lo acogió con una unanimidad conmovedora: desde que se abrió el salón atrajo las miradas del público, la crítica consagró con sus ovaciones el gran acontecimiento del día, y, durante una semana, París resonó con el nombre de Fra-Diavolo.

Entre los más fervientes admiradores de la *Ariana*, debemos citar a un título joven aún, inmensamente rico y protector de las Bellas Artes, un poco por afición y mucho por cuestión de tono.

Aquel título se llamaba el conde René.

Tenía treinta y dos o treinta y tres años. Físicamente, era lo que se ha dado en llamar *un muy buen mozo*, es decir, que tenía más de cinco pies y seis pulgadas, que no pecaba ni por demasiado vientre, ni por hombros demasiado anchos, que sus facciones regulares tenían por marco una barba negra, muy bien cuidada.

Sus dientes eran hermosos, su pie y su mano eran muy aristocráticos, y la severa y exquisita elegancia de su manera de vestir prestaban verdadero encanto al conjunto que acabamos de describir.

En cuanto a lo moral, el conde René estaba muy infatuado de su persona y de su mérito, muy especialmente vanidoso, aficionado a coleccionar buenos cuadros o a comprar hermosos caballos y lindas queridas, más para que los vieran los demás, que para su satisfacción personal.

Al leer el nombre desconocido de Fra-Diavolo trazado en letra de un rojo subido en la roca de *Ariana*, al ver sobre todo el marco más que modesto de la preciosa tela, el conde René adivinó la miseria del artista, y presumiendo que se le presentaba una ocasión magnífica, se presentó en casa del artista, cuyas señas estaban consignadas en el catálogo.

Fra-Diavolo, solo en su estudio, sin lumbre, se calentaba las manos frotándolas una con otra y los pies dando con ellos fuertes golpes en el suelo.

Se vio interrumpido en esa doble ocupación por la llegada de su portera que, sin aliento por haber subido los seis pisos, se dejó caer en una silla sin poder proferir más que estas palabras:

—¡Ah!... señor... Fra... Diavolo...

—¿Qué pasa, señora Potard?, ¿qué pasa? me parecéis muy emocionada.

—Pasa... —dijo la portera procurando recobrar el aliento—, pasa... que hay...

—¿Qué?

—Que hay... que hay... abajo... un caballero... con dos caballos tordos... como mi gato... en un coche... y un lacayito... con galones.

—¡Con los caballos en el coche!, ¡esa sí que es gorda!

—No, no; los caballos están delante, el criado detrás, y el caballero dentro...

—Eso se comprende mejor... Pero vamos al caso, señora Potard, me impacientáis.

—El caso es que ese señor pregunta si estáis en casa... dice que es para un cuadro.

—¡Bah!

—Sí, señor Fra-Diavolo. ¿Le digo que suba?

—Ya lo creo, id corriendo, señora Potard, y si ese señor me trae *monises*, os haré a ojo el retrato de *Mumuto*.

Mumuto era el gato de la señora Potard.

Entusiasmada por aquella promesa, la vieja portera bajó las escaleras con toda la rapidez que le prestaron sus temblorosas piernas.

Tres minutos después el conde René entraba en el estudio.

—Caballero —dijo saludando al artista—, ¿creo que tengo el gusto de hablar con el autor del hermoso cuadro de la *Anana abandonada*?

—En efecto, caballero, yo soy el que...

—Permitidme que os felicite; diré más, permitidme que os dé un apretón de mano, me considero muy dichoso de conoceros; tenéis un gran talento.

—Sois demasiado bueno —murmuró Fra-Diavolo, que se dijo a sí mismo—: «Con tal de que compre...».

—Caballero —prosiguió René—, me honro con ser amigo de las artes y de los artistas, y vengo a preguntaros si vuestro cuadro está en venta.

—Sí, señor.

—Deseo adquirirlo. ¿Cuál es vuestro precio?

—¡En fin! —pensó el artista cuyo rostro se iluminó de alegría.

—Que precio le ponéis —preguntó el conde.

—Si he de ser franco... os diré que no lo he pensado aún...

—¿Queréis que os ofrezca el mío?

—Os lo agradeceré.

—Es modesto, pero más adelante aumentaremos, pues pienso encargarnos una serie de cuadros.

—Estaré siempre a vuestras órdenes.

—¿Os parecen aceptables quinientos francos?

Fra-Diavolo creyó desmayarse al oír un precio que le pareció tan espléndido, y sin embargo el precio era módico. Pero el pobre pintor salía de delanteros de chimenea a seis francos cada uno.

—Acepto —contestó apresuradamente.

—Entonces, helos aquí —dijo el conde presentándole un billete de banco—, aquí tenéis también mi nombre y mis señas; os agradeceré que mandéis llevar el cuadro a mi casa en cuanto termine la exposición.

—Convenido.

—¿Os conviene hacerme otro cuadro, pareja, por el mismo precio?

—Perfectamente.

—Veo con gusto que nos entendemos. Pues bien, mi querido artista, ahora que *Ariana* me pertenece, os ruego me digáis cómo habéis podido soñar un tipo de mujer tan admirable.

—Pero, caballero, no es un sueño; es una realidad.

—¡No puede ser!

—Pues así es.

—¿Habéis tenido un modelo?

—Sí, señor.

—¿Y le habéis copiado?

—Religiosamente.

—¡Parece imposible!

—Pues es la pura verdad.

—Una belleza tan perfecta, tan correcta, no se encuentra en la naturaleza.

—Os aseguro lo contrario.

—Para que yo creyera que existía una mujer semejante, tendría que verla.

—Vedla, pues; aquí está.

En efecto, Pivoine, que volvía del ensayo del Vaudeville, asomaba por la puerta del estudio.

El conde René se volvió hacia ella, la saludó respetuosamente y exclamó:

—¡Ah, señora! este caballero me hablaba de vuestra espléndida belleza, y no lo quería creer; ahora me veo precisado a convenir en que sobrepujáis aun a esa *Ariana*, cuyo modelo dudaba yo que existiera.

Estas palabras fueron acompañadas de una mirada tan ardiente, que Fra-Diavolo, que reparó en ella, sintió en su corazón las mordeduras de fuego de la serpiente de los celos.

Toda la alegría que experimentara un momento antes por la venta de su cuadro, se disipó de repente como el humo de un fuego de paja.

La sonrisa, muy natural por cierto, con que la joven contestó a la galantería del joven, le abismó en un acceso de rabia interior, que no podríamos describir.

Probablemente alguno de los sentimientos que le agitaban se debió reflejar en su semblante y fue notado por el conde, pues después de dos o tres palabras insignificantes, este cogió el sombrero y salió.

El artista, solo ya con su querida, la regañó sin motivo, y los hermosos ojos de la joven se enrojecieron hasta por la noche con lágrimas inmerecidas.

El conde René, antes de montar en su coche, entró en la portería.

Dos monedas de a cinco francos, puestas en la mano de la señora Potard, triunfaron de su habitual discreción, y el conde estuvo al corriente de cuanto deseaba saber con respecto a Pivoine y a Fra-Diavolo.

Al día siguiente la señora Potard entregaba misteriosamente a la joven una carta

que acababan de traer para ella.

Pivoine la leyó dos veces e hizo una heroicidad.

Subió a casa de Fra-Diavolo y le presentó, sin pronunciar palabra, la carta abierta que le dirigía el conde.

Pero el artista no era capaz de sentir y de apreciar toda la grandeza del proceder de la joven.

Se puso furioso, y acusó a la pobre Pivoine de haber sido causa, con sus coqueterías, de aquella insolente carta.

Pivoine bajó la cabeza y no contestó.

Pasaron tres días.

Fra-Diavolo, cada vez más devorado por los celos, espiaba a su querida y la seguía a todas partes, pero furtivamente y ocultándose.

Por la mañana del cuarto día Pivoine tenía que hacer algunas compras hacia el Odeón.

Salió.

Fra-Diavolo se escurrió tras ella.

La joven entró en el jardín del Luxemburgo por la verja de Fleurus.

El artista la siguió escondiéndose tras de los árboles.

No había andado unos cien pasos, cuando se le acercó un hombre.

Fra-Diavolo conoció al conde, dio un salto de ira y estuvo a punto de abalanzarse sobre él; pero se contuvo y permaneció escondido.

—Señora —murmuró René, acercándose a la joven sombrero en mano—; ¿no habéis recibido una carta mía?

—La he recibido, caballero —contestó Pivoine con frialdad.

—¿Y la habéis leído?

—La he leído.

—¿Y qué?...

—¿Cómo, caballero?

—¿Qué puedo esperar?

—Nada.

—¿Nada, señorita? ¿Y por qué?

—Tengo un amante, caballero, y le amo.

—¿De modo que vuestra decisión es irrevocable?

—Sí, señor.

—Sin embargo, señorita...

—Caballero, os ruego que tengáis la bondad de retiraros; no gusto de ir acompañada —interrumpió la joven.

Había en su tono un acento de firmeza tal, su porte era tan digno, que el conde bien a pesar suyo se alejó enseguida, sin atreverse a volverle a dirigir la palabra, y se contentó con seguirla a distancia de algunos pasos.

Fra-Diavolo lo había visto todo, pero sin oír las palabras cambiadas.

Volvió a su estudio algunos minutos antes del regreso de Pivoine, a quien llamó la atención la palidez de sus facciones y la expresión siniestra de su mirada.

—¿Estás malo, amigo mío? —le preguntó con inquietud...

—¿De dónde vienes? —dijo Fra-Diavolo con tono feroz.

—Ya lo sabes... vengo de la calle Voltaire.

—¿A quién has encontrado?

Pivoine titubeó.

Pero se acordó enseguida de los celos locos de su amante, y para evitar una escena violenta, recurrió a una mentira inocente.

—A nadie —contestó.

—¡Miserable! —exclamó Fra-Diavolo, cuyos ojos se inyectaron en sangre—. ¡Miserable! —repetía—, ¡se acabó!, ¡ya no volverás a engañarme!, ¡¡ya lo sé todo!!!

Y cogiendo un bastón de junco en un rincón del estudio, avanzó hacia Pivoine, blandiendo aquella arma.

—¡Perdón! —murmuró la joven en el colmo del terror—: ¡perdón!, ¡perdón!, ¡te amo!, ¡perdóname!, ¡perdóname!

—¡Me pides perdón!, ¡por lo visto eres culpable!, ¡toma, desgraciada!, ¡toma!, ¡toma!, ¡toma!

Fra-Diavolo golpeó a la joven, que estaba arrodillada, y como a cada golpe la ira acababa de cegarle, golpeó hasta que el bastón se rompió y saltó de sus manos, mientras que Pivoine caía desmayada al suelo.

Entonces se disipó la nube ensangrentada que velaba su mirada, y comprendió lo infame que era la acción que acababa de cometer.

Se arrojó de rodillas junto al cuerpo de Pivoine, cubrió de besos sus manos y la cara, y a su vez le pidió repetidas veces perdón.

La joven recobró el conocimiento y se levantó.

Estaba pálida, pero tranquila.

No contestó ni una palabra a los sollozos y a las súplicas de Fra-Diavolo, que se arrastraba a sus pies.

Se puso el sombrero, se envolvió en el mantón y se desprendió con suavidad del joven, que procuraba detenerla.

Salió del estudio, después de la casa, luego de la calle.

El artista continuaba siguiéndola.

Pasó un coche de alquiler.

Pivoine montó, diciendo al cochero con voz sorda y monótona, como la de las sonámbulas:

—Calle de la Chaussée-d'Antin, 19.

Fra-Diavolo oyó esas palabras y registró sus bolsillos para buscar algún arma.

No encontró ninguna.

Entonces, se golpeó la frente con un gesto de desesperación y se encaminó hacia los muelles.

Iba al Sena y pensaba matarse.

FIN DE PIVOINE

PRIMERA PARTE DE «LAS PECADORAS»^[2]

MIGNONNE^[3]

PRIMERA PARTE

UN AMOR CAMPESTRE

I

—La señora baronesa está servida —dijo un criado abriendo la puerta del salón.

En aquel momento daban las ocho de la noche en el reloj de concha con incrustaciones de cobre, que estaba colocado sobre la chimenea entre dos jarrones de china y dos candelabros de bronce dorado, forma Pompadour.

Esto sucedía hacia fines del mes de septiembre, en el viejo palacio de San Andrés, situado en el fondo de las montañas del Jura.

En el salón había reunidas tres personas, que eran: el barón Hércules de San Andrés, su esposa y el cura del pueblo.

El barón tenía setenta y dos años, treinta mil libras de renta y la cruz de San Luis.

La baronesa tenía diez años menos que su marido y conservaba aún las huellas de una hermosura notable.

Y por fin, el cura era un anciano hermoso y digno, de rostro dulce y venerable.

La noche era fresca. Una gran lumbre chisporroteaba en la chimenea.

Cuando el criado avisó que la baronesa estaba servida, nuestros tres personajes se levantaron.

—Juan —dijo la señora de San Andrés al criado—, ¿habéis llamado a mi hijo?

—No, señora baronesa.

—¿Por qué?

—Creo que el señorito Carlos no ha vuelto.

—Tal vez os equivoquéis. Subid a su habitación.

—Sí, señora.

El criado salió.

—Señores —dijo entonces la baronesa—, la comida nos está esperando.

Y salió la primera. Los dos hombres la siguieron.

El comedor, suficientemente alumbrado por dos lámparas colocadas en los extremos de la mesa, estaba cubierto de madera tallada, ennegrecida por el tiempo. Sillas de la misma madera, tapizadas de cuero, completaban el mueblaje con un gran aparador más moderno cargado de vajilla de plata.

La mesa estaba servida con abundancia y con lujo.

Había en ella cuatro cubiertos.

El cura dijo el *Benedicite* en voz alta.

—*Amén* —contestaron a un tiempo el barón y su mujer.

Después se sentaron los tres. En aquel momento entró el criado.

—¿Qué hay? —le preguntó la señora de San Andrés.

—El señorito Carlos no está en su cuarto —contestó el criado.

—¿Sabéis a qué hora ha salido?

—He visto al señorito Carlos salir del palacio a la una o una y media.

—¿A caballo?

—No, señora, a pie.

—¿Llevaba la escopeta?

—Sí, señora baronesa, y a sus dos perros *Marte* y *Tambelo*.

—No tardará en volver —se dijo la señora de San Andrés.

Y añadió enseguida:

—Señor cura, ¿me permitís que os ofrezca un trozo de filete de vaca?

—Con mucho gusto —contestó el cura alargando su plato.

La comida empezó. Durante un momento se interrumpió la conversación con el ruido continuo de los cuchillos y tenedores.

Tal vez se admiren nuestros lectores de no haber oído hasta ahora pronunciar al señor barón de San Andrés ni una sola palabra. Pero hemos de decirles que ese silencio entraba por completo en las costumbres del anciano. El señor de San Andrés, dotado de un corazón excelente, pero de una inteligencia bastante limitada, desempeñaba en su hogar un papel completamente pasivo. Desde su matrimonio se había acostumbrado a dejar que su mujer obrase, pensase y hablase por él. Añadiremos también que la baronesa Artemisa, mujer de mérito verdadero y de muy buen sentido, empuñaba con mano firme las riendas del gobierno interior.

Los dos esposos estaban unidos por treinta años de vida matrimonial, exenta de todo disturbio, y por una adoración igual para con Carlos de San Andrés, su hijo único.

La baronesa fue la primera que rompió el silencio.

—Señor cura —dijo—, habéis de saber que mi hijo me va inquietando.

—¿Por su ausencia? —preguntó el sacerdote.

—No, esta no tiene nada de particular. Lo que me atormenta, señor cura, lo que me preocupa, es el cambio que han experimentado la manera de ser y las costumbres de Carlos.

—No lo he notado...

—¿No habéis notado el cambio a que me refiero?... Pues es muy visible... Hace dos meses, poco más o menos, que mi hijo está sombrío, preocupado, pensativo, tiene tristezas repentinas, cuya causa no puede o no quiere explicar. Cuando le hablan, contesta apenas, como si no hubiera oído o como si no hubiera entendido. Pasa fuera de casa la mayor parte del día, y se me figura que la caza no es más que un pretexto, pues Carlos, que es tan buen cazador, no trae de sus excursiones ni el pájaro más pequeño. ¿Qué decís de esto, señor cura?

—Digo... digo... que no sé qué decir.

—De modo que ¿no sacáis ninguna deducción de los hechos que acabo de exponeros?

—Ninguna.

—Pues bien, yo creo o más bien temo...

La baronesa se interrumpió.

—¿Qué? —preguntó el cura.

—Temo que Carlos esté enamorado.

—¡Enamorado! —exclamó el sacerdote con un gesto de asombro.

—Sí, por cierto.

—¿Y de quién, Dios mío?

—En cuanto a eso, lo ignoro.

—Pero, señora baronesa... vuestra suposición me parece de todo punto inverosímil.

—¿Por qué, señor cura?

—En tres o cuatro leguas a la redonda no hay en los palacios cercanos ni una sola joven de la aristocracia...

La baronesa se sonrió a pesar suyo.

—¿Y eso qué importa, señor cura? —preguntó con alguna ironía.

—¡Cómo que qué importa! —contestó el anciano sacerdote—. ¿Podrías suponer que Carlos pudiese siquiera mirar a una aldeana?...

—A decir verdad, señor cura, Carlos tiene veintidós años; a esa edad el corazón no se preocupa de las distancias sociales.

—Pero ¿y la moral, señora baronesa?...

—Sé muy bien que las costumbres de Carlos son intachables; así es que no admito la posibilidad de unos amores culpables; temo solo una pasión imprudente.

—En efecto, son muy peligrosas, señora baronesa.

—¿Cómo averiguar si mis sospechas son fundadas?

—¿No se podría vigilar con habilidad las acciones de vuestro hijo?

—Sí por cierto, pero el espionaje me repugna, y, además, Carlos se incomodaría.

—Entonces, se le pregunta con maña.

—¿Contestará?

—No lo sé.

—Y yo creo que no.

—¿Cuál es el parecer del señor barón? —preguntó el sacerdote.

—¡Oh! yo estoy completamente de acuerdo con mi mujer —contestó este después de pensarlo un instante.

En aquel momento el criado puso sobre la mesa un salmí de chochas admirablemente presentado. El olorcillo de las especias y de las aves halagó tan agradablemente el olfato de los tres comensales, que la conversación se interrumpió durante algunos minutos.

Dieron las nueve.

—¡Dios mío! —dijo la baronesa—; ¡cómo pasa el tiempo!, ¡cuánto tarda Carlos!

—En efecto, es raro —dijo el sacerdote.

Reinó nuevo silencio. El rostro de la señora de San Andrés manifestaba un principio de inquietud.

De pronto el criado volvió precipitadamente al comedor. Parecía asustado.

—¿Qué ocurre, Juan, qué pasa? —le preguntó la baronesa.

—Nada... nada... no pasa nada, señora baronesa... —contestó el criado con voz entrecortada.

Y se acercó al cura, a quien dijo algunas palabras al oído.

El anciano sacerdote se estremeció y palideció intensamente. Se levantó y salió del comedor balbuceando:

—Dispensadme, señora, y vos también, señor barón. Me llaman para un asunto... urgente... dentro de un momento volveré.

—¡Es raro! —dijo la señora de San Andrés haciendo un movimiento para seguir al cura.

—¡Por Dios! —exclamó el criado poniéndose delante de su ama con angustia y terror—. ¡Por Dios, señora, no salgáis!... ¡no salgáis!...

II

Al cabo de un momento, el cura volvió. Su palidez se había vuelto lívida. La baronesa, vencida por una emoción instintiva, sintió que las piernas se le doblaban con el peso de su cuerpo, y se había dejado caer en una silla.

El sacerdote se aproximó a ella y le cogió la mano.

La baronesa le miró con espanto.

—¡Valor!... —murmuró el cura—; ¡valor!...

—¡Valor!... —repitió la señora de San Andrés—. ¿Para qué?

—Vuestro hijo... Carlos...

La baronesa dio un salto.

—¡Ha ocurrido una desgracia a mi hijo!... —exclamó.

El cura hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Ha muerto tal vez? —preguntó la pobre madre con acento desgarrador.

—No, a Dios gracias.

—¿Por lo menos, está herido?

—Sí.

—¿Peligrosamente?

—Creo que no.

—¿En dónde está?

—Ahí —dijo el sacerdote señalando al recibimiento.

—Venid —exclamó la baronesa precipitándose fuera del comedor—, venid.

El barón les siguió, silencioso, pero desesperado.

Un espectáculo terrible les esperaba. En el suelo se veía como una camilla, improvisada con ramas recién cortadas. Dos sillas sostenían el cuerpo inanimado del joven. Los brazos del joven colgaban inertes hasta el suelo. Sus cabellos desordenados cubrían la frente y una parte de la cara. Por entre las ropas salía un hilillo de sangre que enrojecía el piso. Dos grandes perros de caza le estaban lamiendo las manos, gimiendo lúgubrementemente.

Aquel joven era Carlos de San Andrés.

—¡Ha muerto!... ¡Mi hijo ha muerto!... —murmuró la baronesa, arrodillándose junto al cuerpo, cuya vida acababa tal vez de retirarse.

El barón permaneció de pie. Gruesas lágrimas caían una a una por sus mejillas.

—Tengamos esperanza en Dios —dijo el sacerdote—; el mal no será tal vez sin remedio.

—Sí, sí —contestó la señora de San Andrés—, esperemos y recemos.

Y mientras hablaba, rasgó con sus temblorosas manos las ropas que cubrían el pecho de su hijo. Una oleada de sangre corrió entonces, y se pudo ver que manaba de una ancha herida.

La señora de San Andrés se desmayó.

Por la primera vez de su vida, el barón demostró energía.

—Juan —dijo al criado—, montad a caballo y corred hasta Pontarlier; buscad a un cirujano, dadle vuestra cabalgadura y que venga sin perder un segundo... la vida de mi hijo depende tal vez de vuestra rapidez... ¡Id! ¡Id pronto!...

—Sí, señor barón —exclamó el criado—; dentro de una hora escasa el cirujano estará aquí.

Mientras que se cambiaban estas pocas palabras, la señora de San Andrés recobró el conocimiento. Su sangre fría y su presencia de espíritu le volvieron como por encanto. Con aquel valor heroico que Dios da solo a las madres, lavó con agua fría el pecho agujereado de su hijo y puso en la herida el primer apósito.

Después puso la mano sobre el corazón del herido.

Aquel corazón latía, pero tan débilmente, que costaba gran trabajo sentir las palpitaciones en extremo tenues.

Sin embargo, Carlos vivía aún. Aquella seguridad dio inmenso consuelo al pobre corazón de la baronesa.

Por orden suya, prepararon en la antesala una cama con colchones amontonados para evitar un traslado que fuera peligroso. Y el cuerpo inanimado de su hijo fue acostado en aquel lecho improvisado.

Después, algo más tranquila la baronesa, pudo interrogar a los dos aldeanos que habían traído a Carlos de San Andrés moribundo.

Aquellos hombres, leñadores de profesión, contaron que a eso de las tres de la tarde, cuando estaban amontonando haces de leña en el bosque, vieron al joven que pasó muy cerca de ellos.

Parecía extremadamente preocupado, pues aunque sus perros levantaron algunas perdices, ni siquiera se paró para soltarles un tiro.

Transcurridas algunas horas, oyeron el ruido de una detonación lejana. Como aquella detonación venía del lado por el que había desaparecido Carlos, uno de los leñadores dijo a su compañero:

—Parece que el señorito Carlos se ha decidido a empezar la caza.

Después no volvieron a hablar, hasta el momento de ponerse en camino, al anochecer, para volver al pueblo.

Habían andado poco más o menos las dos terceras partes del camino, cuando les pareció oír hacia la izquierda, en la espesura del bosque, aullidos lúgubres. Al acercarse, esos aullidos redoblaron. Era evidente que por una causa cualquiera, los perros pedían auxilio con esa fuerza del instinto que casi equivale a la inteligencia humana.

Los leñadores se dirigieron hacia el sitio de donde partía el ruido. Un perro salió de la espesura. Aquel perro, que conocieron por ser uno de los de Carlos, parecía por sus caricias y por la alegría que manifestaba indicarles que le siguieran. Lo que hicieron con tanto más ardor, cuanto que empezaron a sospechar que había ocurrido

algo al joven.

No se equivocaban: a unos doscientos pasos un cadáver estaba tendido, la cara contra el suelo y el pecho bañado en un charco de sangre.

Los leñadores se apresuraron en confeccionar una camilla con ramas, musgo y hojas secas, y en trasladar al pueblo al pobre muchacho, víctima de un accidente o de un asesinato.

No sabían más, no podían contar más.

* * *

El rumor del siniestro acontecimiento que acabamos de narrar se había esparcido rápidamente. Casi todos los aldeanos de las cercanías llenaban el patio de honor para enterarse del estado del herido. Hasta el alcalde acababa de entrar en el palacio para proceder a las primeras averiguaciones.

—¿Creéis que ha sido una terrible casualidad o acaso un crimen? —preguntó a la baronesa.

—No puedo formar juicio —contestó esta—. ¿Cuál sería el motivo del crimen?... ¡Mi pobre Carlos no tenía enemigos!...

—¿Estáis segura?

—En cuanto puedo estarlo.

—¿Sois vos el que ha encontrado el cuerpo? —preguntó el alcalde a uno de los leñadores.

—Sí, señor alcalde.

—¿En dónde estaba la escopeta del señorito Carlos?

—En el suelo, a distancia de cinco o seis pasos.

—Y la escopeta, ¿dónde está?

—La hemos traído, miradla.

El alcalde cogió el arma que le presentaban. Metió sucesivamente la baqueta en los dos cañones, los dos estaban cargados. Hecho esto, se acercó a la silla en que estaban las ropas del herido. Las reconoció.

El reloj estaba en uno de los bolsillos del chaleco, y en uno de los del pantalón había una bolsa con algunas monedas de cinco francos.

El alcalde se volvió hacia la baronesa y le dijo:

—Señora, tengo la seguridad de que vuestro hijo ha sido asesinado, y asesinado por venganza.

La baronesa iba a contestar. Pero en aquel momento se oyó en el patio el galope de un caballo. Al cabo de un segundo, el cirujano que Juan había ido a buscar a Pontarlier entró en la habitación.

Se acercó al lecho en que estaba colocado el cuerpo. Levantó el apósito que la baronesa había colocado sobre la herida para contener la hemorragia. Sondeó la herida con un instrumento que sacó de su cartera. Acercó el oído y escuchó el ruido

de la respiración en el pecho del herido.

Cuando se levantó, su rostro tenía una expresión triste y pensativa.

—¿Es grave? —preguntó la señora de San Andrés, cuya vida estaba suspensa de los labios del doctor.

—Muy grave —murmuró este—; no puedo responder de nada...

III

Tenemos que dar a nuestros lectores la explicación de los acontecimientos que acaban de presenciar.

Al efecto tenemos que echar una mirada retrospectiva.

Carlos de San Andrés tenía veintidós años. Era un guapo chico, de regular estatura, rubio, sonrosado como una muchacha, con grandes ojos azules y una fisonomía dulce e inteligente.

Carlos tenía talento natural y poseía esa educación superficial, pero en rigor suficiente, que se adquiere en los colegios.

Su corazón era excelente, su carácter impresionable y tal vez algo débil, su cabeza ardiente y exaltada.

Carlos no se había separado nunca de su familia.

Sus padres pasaban al año ocho meses en Besançon, y el joven había seguido, como externo, los cursos del colegio real de aquella ciudad. Hacía ya dos años que sus estudios habían terminado.

Su salud, endeble con frecuencia, no le había permitido entregarse inmediatamente a trabajos de otro género, y la señora de San Andrés, trastornando sus costumbres, había venido con su marido y su hijo a pasar en el campo la mayor parte del año, para que Carlos pudiera fortalecerse con largos paseos, con el aire puro y con el ejercicio de la caza.

Hasta una época, anterior en dos meses a los acontecimientos que forman el primer capítulo de nuestro relato, el joven había vivido alegre, tranquilo de corazón y de espíritu, distribuyendo el tiempo entre su caballo, sus perros y su escopeta.

Pero un día todo eso cambió.

Como se lo hemos oído decir a su madre, Carlos se había vuelto de pronto sombrío, pensativo, preocupado.

He aquí las causas de ese cambio.

Una tarde, Carlos de San Andrés, que volvía de cazar, iba silbando por una vereda que conducía cerca del palacio. Marchaba alegremente, con la escopeta al hombro, el perro a su lado y el morral repleto de perdices y codornices.

A unos cien pasos más allá, el camino formaba un recodo, y como estaba encerrado en una doble hilera de rosales silvestres, no se podía ver a las personas que iban delante o venían hacia acá.

Carlos se detuvo de pronto y escuchó. Llegaba a sus oídos un canto dulce y rústico, modulado por una voz joven y pura.

Era una canción sencilla, primitiva si así podemos llamarla, como las que inventan los pastores de las montañas para ahuyentar el aburrimiento de la soledad y de la inacción. Aquel ritmo, lento, monótono, cadencioso, tenía un encanto infinito en

medio de aquella hermosa tarde.

Carlos, como ya hemos dicho, permanecía inmóvil, y sin embargo el canto se acercaba.

Evidentemente la que cantaba, pues el sonido de la voz era el de una mujer, venía hacia el joven. Por fin apareció a la vuelta del sendero.

Era una joven, una niña.

Al ver a Carlos de pie en medio del camino, se calló de repente, como asustada.

Entonces el señor de San Andrés echó a andar. Pocos momentos después estaba a tres pasos de la muchacha.

Esta tendría unos quince a diez y seis años a lo sumo. Era pequeña y delicada. Hermosos cabellos negros se escapaban en gracioso desorden por bajo de una cofia de indiana floreada. Grandes ojos negros brillaban en un rostro dulce y encantador, dorado por los rayos del sol.

El traje de la pequeña aldeana consistía en una falda de lanilla blanca con rayas pardas, sobre una camisa de tela gruesa que dejaba ver un cuello de una gracia extremada y el principio de unos hombros algo curtidos, pero de una forma encantadora.

Lo poco que de la pierna se veía era, lo mismo que el tobillo, de una finura perfecta. Sus piecitos desnudos estaban calzados con unos grandes y pesados zuecos.

La aldeana tenía una hoz en la mano derecha y bajo el brazo izquierdo llevaba un paquete de hierbas recién cortadas.

Al pasar junto a Carlos, la pequeña bajó los ojos, hizo un saludo con la cabeza y se dispuso a continuar su camino...

El señor de San Andrés, que creía conocer a todo el mundo en tres leguas a la redonda, admirado de ver por primera vez la cara de aquella linda niña, la detuvo diciéndole:

—Buenas tardes, pequeña.

—Buenas tardes, señor Carlos —contestó la aldeana.

—¡Me conocéis! —dijo el joven con asombro.

—Sí que os conozco; sois el hijo del señor barón, que tiene el palacio de San Andrés a media legua de aquí.

—Es verdad, hija mía; ¿y vos, quién sois?

—Yo soy Mignonne, la sobrina del tío Nicod, que vive en Etioux, junto al bosque de la Souche.

—¿Habéis dicho Mignonne?

—Sí, me llaman así porque soy chiquitita como un pájaro.

—¿Vivís con vuestro tío?

—Sí, señor.

—¿No tenéis madre?

—Ni padre, ni madre; no tengo más parientes que mi tío Nicod.

—¿Y qué hacéis en su casa, hija mía?

—Llevo el ganado al campo y recojo la hierba para los borregos.

—¿Qué edad tenéis, Mignonne?

—El día de Santa Catalina cumpliré diez y seis años.

—¿Por qué no os he encontrado nunca hasta hoy?

—No sé, será tal vez porque estoy casi todo el día en la *Roca* con las cabras.

—Pero vos me habéis visto en alguna parte, puesto que sabéis cómo me llamo.

—Os he visto dos veces el domingo en misa, en la iglesia de San Andrés.

—¿Qué música es esa que cantabais hace un momento?

—No es música, señor Carlos, es canción.

—Corriente. ¿Quién os ha enseñado esa canción? —repuso Carlos con una sonrisa.

—Nadie.

—¡Cómo nadie!

—Son palabras que yo digo a mis cabritas y a las que he puesto la música que se me ha ocurrido.

—¿De veras?

—Sí, señor.

—Hacedme el favor de cantármela otra vez, Mignonne.

—¡Oh! no me atrevo.

—¿Por qué?

—No es bastante bonita para cantarse delante de gente, y sobre todo delante de una persona como vos... os burlaríais de mí.

—Os aseguro que no.

—¡Oh! ya sé yo que sí, y además, al veros ahí, delante de mí, me causa un efecto tan raro, que no podría decir nada y apenas me oiríais...

—Intentadlo...

—No quisiera desairaros, muy al contrario; pero aunque me lo pidierais hasta que fuera muy de noche no podría hacerlo...

—¡Sois muy cruel! —dijo Carlos riendo.

—¡Oh! en cuanto a eso, no señor —contestó la niña, que no comprendió el sentido de la expresión empleada por el joven—, no soy capaz de hacer daño ni a una mosca.

—Puesto que no queréis complacerme, os dejo —prosiguió el señor de San Andrés—; adiós, hija mía, hasta la vista.

—Muy buenas tardes, señor Carlos.

—Lo único que os pido es que cuando estéis a dos o trescientos pasos de aquí, volváis a cantar vuestra canción.

—¡Oh! en cuanto a eso, todo lo que queráis...

Y la pequeña se alejó despacio, después de haber hecho a Carlos otro saludo.

El joven permaneció algunos minutos en el mismo sitio, siguiéndola con la

mirada.

Cuando hubo desaparecido, la buscaba aún. Y cuando, fiel a su promesa, su voz armoniosa soltó a lo lejos las notas de su copla campestre, se estremeció de pronto.

Pero aquella emoción duró poco; tan pronto como la última cadencia de la rústica melodía se extinguió en el silencio de la naturaleza, Carlos volvió a emprender su camino.

Al cabo de media hora llegaba al palacio en que le esperaba la comida.

IV

Nada sería para nosotros más fácil que contar a nuestros lectores la historia de una pasión romántica, nacida por una sola mirada en el corazón de Carlos y adquiriendo enseguida un desarrollo desmesurado.

Pero nada sería menos conforme con la verdad, y como somos ante todo verídicos, no bordaremos dibujos de pura fantasía en la sencilla trama de nuestro relato.

El caso es que Carlos, al llegar al palacio, no se acordaba ya de la linda Mignonne.

Se sentó a la mesa y comió con gran apetito.

Después de la comida, jugó sin distraerse una partida de *whist*, con su padre, su madre y el digno sacerdote Bricogne. Y por fin fue a acostarse y durmió hasta la mañana siguiente, con un sueño tranquilo, profundo y sin interrupción.

Cuando se despertó, llovía. Carlos no pudo ir de caza. Se aburrió mucho aquel día, pero no podemos afirmar que, durante aquellas largas horas de ociosidad, el recuerdo de Mignonne se le presentara ni siquiera una vez.

Por lo visto, los síntomas de un amor naciente no se manifestaban aún.

Al día siguiente, el sol brillaba radiante en un cielo sin nubes.

Carlos, deseoso de olvidar el aburrimiento de la víspera, salió al campo desde que amaneció. Durante toda la mañana anduvo corriendo por todos lados con sus perros, mató algunas perdices, y almorzó en una granja, con un poco de leche y pan.

Descansado y restauradas sus fuerzas por esa frugal comida, el joven se volvió a poner en camino. Las peripecias de la caza le hicieron describir una curva de varias leguas de longitud, y eran ya cerca de las cuatro de la tarde cuando llegó a la meseta de un montecillo cubierto de áridas zarzas y dominado por una corona de rocas graníticas.

Desde aquella elevación la mirada descubría una parte de la comarca. A la izquierda se extendían, hasta perderse de vista, campos cortados por bosquecillos incultos. A la derecha, una selva cuyo oscuro verdor iba a perderse en el horizonte.

Y por fin, enfrente, un inmenso paisaje esmaltado de campanarios y de pueblecitos, entre los cuales se veía a bastante distancia el pueblo de San Andrés.

Carlos conoció enseguida el sitio en que se hallaba.

Estaba en la *Roca*, y la selva que veía a su derecha se llamaba el bosque de la *Souche*.

El recuerdo de Mignonne se presentó inmediatamente a su imaginación.

Miró detenidamente a su alrededor. A corta distancia, algunas cabras comían ávidamente la hierba escasa y seca que crecía entre los guijarros y las lavas cubiertas de musgo y de líquen.

Pero nadie cuidaba de aquel rebaño, que parecía abandonado.

Carlos, con la agilidad de sus veintidós años, se encaramó hasta el vértice de una de las rocas que acabamos de mencionar.

Desde lo alto de aquel pedestal vio a Mignonne sentada al pie de unas matas de boj y ocupada en hacer un cestito con cortezas recién cortadas.

Se bajó de allí y se dirigió hacia la joven. Al verle esta, se levantó de un salto, se puso colorada como una cereza y dejó caer el trabajo que tenía en las manos.

—Buenas tardes, Mignonne —le dijo Carlos, conmovido, sin saberlo, de la aparente emoción de la aldeana.

—Muy buenas, señor Carlos —contestó esta con voz agitada.

—No os figurabais verme hoy, ¿no es verdad?

—No, señor; pero no importa, me alegro muchísimo, os lo aseguro. ¿Habéis venido adrede por aquí?

—Pues es claro —contestó el joven algo avergonzado por esa ligera mentira.

—Desde anteayer —prosiguió Mignonne— me he acordado de vos muchas veces.

—¡De veras! —exclamó Carlos.

—Sí, por cierto.

—¿Qué pensabais de mí, hija mía?

—¡Ah! nada —contestó la niña titubeando—; no pensaba nada de vos... pensaba en vos... y nada más.

Carlos sintió latir su corazón, por primera vez, ante aquel cariño ingenuo que se revelaba con tan adorable sencillez.

Por primera vez echó sobre Mignonne una mirada que ya no era indiferente, y le pareció en cierto modo transfigurada.

Una dulce expresión de amor y de candor radiaba en el rostro encantador de la niña.

En el vivo relámpago, velado por las largas pestañas de sus ojos medio cerrados, se adivinaba el deseo, que se ignora a sí mismo. La boca, algo seria, y las mejillas enrojecidas, manifestaban el pudor y la ignorancia de la castidad.

A medida que iba verificando ese examen, la emoción de Carlos aumentaba, y esa emoción se comunicaba a Mignonne. Los dos jóvenes callaban.

Aquel silencio empezaba a ser embarazoso. Carlos fue el primero que lo rompió.

—Venid a sentaros allá —dijo—, venid, Mignonne, hablaremos.

Y al decir esto, señalaba a una pequeña gruta formada por una excavación natural practicada en las rocas.

La joven le siguió.

Carlos llevó bajo aquella bóveda dos piedras. Se sentó en una de ellas e hizo seña a Mignonne de que se sentara en la otra, junto a él.

Mignonne dudó al pronto; pero esa duda fue de corta duración. Acabó por imitar a Carlos.

El joven le cogió la mano; ella hizo un movimiento para retirarla, pero como Carlos no cedía, la joven no insistió.

—Mignonne —le dijo el señor de San Andrés apretando suavemente la mano que tenía entre las suyas—, me habéis dicho la otra tarde que teníais diez y seis años...

—Sí. Es decir, no cabales; pero los cumpliré pronto.

—Voy a haceros una pregunta que os parecerá rara, Mignonne: ¿me prometéis contestarme?

—¿Por qué no?

—¿Pero... la verdad?

—¡Oh! Señor Carlos, yo nunca miento.

—Pues bien, hija mía, ¿no tenéis?...

Carlos se interrumpió.

—¿Qué? —preguntó curiosamente la joven.

—Novio.

Mignonne se ruborizó.

—¡Novio yo!... —exclamó.

—Sois bastante linda para tenerlo, hija mía, y no me sorprendería lo más mínimo.

—¡Oh! señor Carlos... —murmuró la niña ocultando el rostro entre sus manos.

—¿No me contestáis?

—Pero... ¿que queréis que os diga?

—La verdad... ¿Tenéis novio, Mignonne, sí o no?

—No, señor. No por cierto, no le tengo, señor Carlos.

—¿De veras?

—Lo juro.

—¡Cómo! ¿Nadie os ha hecho el amor hasta ahora? ¿Nadie os ha dicho que erais bonita?

—¡Oh! eso sí que me lo han dicho.

Un movimiento involuntario hizo estremecer los músculos del joven.

—¿Quién ha sido? —preguntó.

—¡Toma, mi primo!...

—¿Qué primo?

—Pedro Nicod, el hijo de mi tío...

—¿Un muchacho de vuestra misma edad?

—¡Oh! mucha más edad que yo, por lo menos tiene veinticinco años.

—¿Y os ama?

—Eso dice...

—¿Pero vos, Mignonne, no le amáis?

—¡Oh! no por cierto, muy al contrario: cuando veo que viene a hablarme, procuro escaparme por otro lado.

—¿Y si yo os dijese que os amo, Mignonne?

—¿Vos, señor Carlos? —balbuceó la joven.

—¿Qué contestaríais?

—Contestaría... contestaría... ¡Toma! contestaría que no lo creo...

—¿Por qué?

—Porque un gran señor como vos no puede amar a una pobre como yo.

—¿Lo creéis así, Mignonne?

—Sí, me parece...

—Pues hacéis mal —interrumpió Carlos cogiendo a la joven en sus brazos y sujetándola casi por fuerza—; os juro que os amo, tan cierto como en este instante estáis sintiendo latir mi corazón.

Pero la aldeana, asustada por el movimiento de Carlos, conmovida por sus últimas palabras, se había desasido por un esfuerzo brusco. Estaba de pie delante de él, en una postura graciosa, con los ojos bajos, pero brillantes de pudor y de emoción, con los labios entreabiertos por una sonrisa, indecisa entre la sorpresa, el miedo y la alegría.

Estaba encantadora.

Carlos la contempló en silencio durante un instante.

Sus arterias latían con fuerza. Sus sentidos, por primera vez, hablaban a su corazón en una lengua desconocida.

Se sentía invadido por completo, por un violento y repentino amor.

Quería expresar los sentimientos tumultuosos que embargaban su alma. Pero la palabra expiraba en sus abrasados labios.

Se levantó a medias de su asiento improvisado y rodeó de nuevo con uno de sus brazos el talle de Mignonne.

La joven se inclinó instintivamente para evitar aquella dulce presión.

Pero las fuerzas, o por mejor decir el valor, le faltó en absoluto. Al cabo de un momento, su talle no resistía ya el brazo cariñoso que le oprimía.

La pobre niña volvió a sentarse, no ya al lado de Carlos, sino sobre sus rodillas, que la aprisionó en sus brazos y la estrechó apasionadamente contra su corazón.

—¿Me amas, no es verdad?... ¿me amas?... —murmuró a su oído.

Mignonne no contestó; pero su respiración entrecortada y su pecho anhelante decían lo bastante.

Carlos, demasiado sencillo aún para comprender toda la elocuencia de aquel lenguaje mudo, repetía con voz temblorosa.

—Dime que me amas, Mignonne... pues yo te amo... yo... te amo...

Y al decir esto, acercaba cada vez más la boca al rostro de la joven, cuya respiración ardiente le abrasaba las mejillas.

Por fin sus labios encontraron los labios de Mignonne. Al sentir el fuego de aquel beso, el primero que recibía, la aldeana pareció a punto de desmayarse. Un estremecimiento nervioso agitó todos sus miembros. Después de esa emoción, demasiado viva, vino un anonadamiento casi completo y su hermoso cuerpo se abandonó sin defensa entre los brazos de Carlos.

Sin necesidad de ser muy listo, cualquiera en lugar del joven se hubiera aprovechado de aquel semidesmayo que le entregaba a Mignonne; pero nuestro héroe no comprendió aquellos síntomas tan claros y tan significativos.

Tuvo miedo.

Retrocedió ante un triunfo fácil y seguro.

Desató la cadena viva que apresaba a la joven contra su corazón y la sentó con las mayores precauciones sobre el musgo seco que alfombraba la gruta, testigo de aquella escena de amor a la que solo faltaba un desenlace.

En cuanto Mignonne se halló fuera del alcance del fluido magnético y amoroso que se desprendía de los besos de Carlos y perturbaba sus sentidos vírgenes aún, se repuso por completo.

Su primer movimiento fue ocultar entre sus manos su rostro, enrojecido de pudor y de amor. Pero enseguida levantó la cabeza y fijó en los ojos de Carlos, arrodillado a sus pies, una mirada abrasadora, en la que había una expresión tan dulce de reconversión tierna e indecisa, que Carlos advirtió inmediatamente parte de la torpeza o de la falta que había cometido.

Intentó repararla; pero ya era tarde.

En el momento en que iba a volver a coger a la joven en sus brazos, un perro de ganado se precipitó en la gruta, dando dos o tres ladridos de alarma.

—¡Algo está sucediendo a mis cabras! —exclamó Mignonne, escapándose, a pesar de los esfuerzos que hacía Carlos para detenerla a su lado.

En efecto, algo estaba sucediendo a las cabras de la aldeana.

Una zorra acababa de apoderarse de un tierno cabrito y se lo llevaba.

Carlos cogió su escopeta, apuntó a la zorra y disparó.

Desgraciadamente, el arma solo estaba cargada con perdigones; sin embargo, el efecto producido fue inmediato.

La zorra soltó su presa, que cayó ensangrentada sobre la hierba, y huyó con maravillosa rapidez.

Mignonne se acercó a su cabrito, lo cogió en el delantal y procuró restañar las heridas de sus delicados miembros.

Ese accidente pueril había entristecido a la joven, y además dos aldeanos que pasaban por las cercanías de la roca se encaminaban hacia aquel lado, atraídos por los aullidos del perro y el ruido del disparo.

Ya no había que pensar en reanudar aquel día la conversación amorosa, tan bruscamente interrumpida.

Carlos lo comprendió así. Estrechó la mano a Mignonne y se despidió, diciendo en voz baja:

—¡Hasta mañana!

* * *

No intentaremos analizar los sentimientos y las sensaciones que se sucedieron en el corazón y en la cabeza de la aldeana cuando se quedó sola.

Dos razones nos inducen a abstenernos.

La primera es que un estudio minucioso y profundo sería muy fastidioso para nuestros lectores y demasiado fatigoso para nuestra pereza.

La segunda es que nos costaría gran trabajo despejar el caos de pensamientos incoherentes, que de seguro ni aun para la misma Mignonne se presentaban de una manera clara.

Digamos únicamente que la joven, después de haber contestado a la pregunta de los dos aldeanos, a quienes hemos visto dirigirse hacia ella, volvió a la gruta, en que su virtud acababa de correr tan gran peligro, y sentada sobre una de las piedras que Carlos había llevado, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza oculta entre las manos, se engolfó en una meditación profunda, cuya índole dejamos que aprecien nuestras lectoras.

Ha llegado el momento de dar cuenta de la presencia de un nuevo personaje, personaje raro y estrambótico, que, sin que lo supieran Carlos y Mignonne, había asistido a todos los detalles de la escena que acabamos de referir.

Ese personaje era un joven de unos veinticinco años.

Era imposible ver nada más asqueroso que su persona, y más repulsivo que sus modales.

Era una especie de enano, de cuatro pies de altura a lo sumo. Con un cuerpo de gigante, sostenido por unas piernas de niño, que siendo demasiado débiles para sostener el peso desproporcionado del busto, se combaban y se torcían como las patas de un perro pachón.

A aquel cuerpo se unían unos brazos largos y musculosos, terminados en unas manos disformes y velludas.

Una cabeza achatada y deprimida, coronada por una cabellera roja, espesa y erizada, completaba ese conjunto desagradable.

Nos sería imposible dar una idea muy exacta de los rasgos, y sobre todo de la fisonomía de aquella cabeza.

Los ojos eran extremadamente pequeños; parecían hechos con un punzón; las pupilas de un color gris claro, nadaban en un fluido de azul sucio, dándole, en unión con una boca enorme y casi sin labios, una expresión de maldad baja y astuta...

El color de su cara parecía lívido, bajo las manchas de tierra amontonadas en las mejillas, desde larga fecha, a consecuencia de una inconcebible incuria.

El traje de ese monstruoso personaje era digno por completo de su aspecto repulsivo.

Sobre las guedejas incultas de su cabellera estaba colocado un gorro de algodón con rayas encarnadas, blancas y azules. Una blusa de tela cruda, toda rota y de una suciedad repugnante, bajaba sobre un pantalón de pana remendado por cien lados, y tan corto, que dejaba en descubierto las piernas raquílicas del enano, casi desde la rodilla; piernas que estaban desnudas, y cuyos pies se introducían en gruesos y pesados zuecos rellenos de paja.

Cuando el señor de San Andrés llegó a la *Roca*, el personaje cuyo retrato acabamos de bosquejar estaba escondido detrás de un fragmento de lava arrojado por la mano de la casualidad sobre dos pedazos de granito.

Mientras que Carlos y Mignonne hablaban en la meseta, a la vista de todos, el enano había permanecido quieto en su escondite, en un estado de inmovilidad tal, que hubiera podido creerse que estaba dormido, si su mirada clara y brillante no hubiese anunciado evidentemente que velaba y observaba.

Pero tan pronto como la aldeana entró con el joven en la gruta, los ojos del desconocido se habían vuelto inquietos y extraviados.

Dejó su escondite, y arrastrándose por entre las fragosidades del terreno, alcanzó una mata de boj, detrás de la cual se volvió a ocultar.

Ese arbusto se hallaba enfrente de la gruta, a distancia de unos cincuenta o sesenta pasos y desde allí se podía ver lo que en ella pasaba.

A medida que se desarrollaban las peripecias amorosas que nuestros lectores conocen ya, la fisonomía del enano tomaba una expresión amenazadora y siniestra.

Cuando Mignonne, medio desmayada, cayó en brazos del joven, el enano cogió del suelo y apretó con la mano derecha un guijarro puntiagudo y cortante. Luego se levantó a medias. En aquel momento sus cejas fruncidas anunciaban un celoso furor. Pero muy pronto soltó su arma improvisada y recuperó su primitiva inmovilidad.

* * *

Cuando Carlos se hubo alejado y cuando Mignonne volvió a sentarse en la gruta, el enano salió de su escondite y echó a andar hacia la joven.

VI

Al oír el ruido de los pasos de un hombre, Mignonne se estremeció y levantó la cabeza.

El enano estaba de pie delante de ella.

Al verle no pudo contener un ligero grito.

El enano soltó una gran carcajada, que parecía el rechinamiento de los goznes oxidados de una puerta.

Y después de haberse entregado a aquella risa forzada, dijo con ronca voz:

—¿Os asusto acaso, prima?

—No por cierto, primo Pedro —contestó la joven—; ¿por qué habías de asustarme?

—¡Toma!, ¿quién sabe? ¡Las muchachas tienen ideas tan raras! Y a propósito de ideas, prima; ¿en qué estabais pensando así, con la cabeza entre las manos?

Mignonne se ruborizó.

—Pensaba... —contestó— pensaba en mis cabras...

—¡Ah! —dijo con tono incrédulo Pedro Nicod, pues él era.

—Sí —prosiguió con viveza la aldeana—, y la prueba es que hace un momento ha sucedido una desgracia al ganado.

—¡Una desgracia! —repitió el enano.

—Ha venido la zorra...

—¡Ah! —dijo de nuevo Pedro—: ¿y qué ha hecho la zorra?

—¡Toma!... se llevaba un cabrito...

—¿Se lo ha llevado por fin?

—No, gracias a un cazador que estaba por ahí casualmente, y que la espantó con un tiro...

—¿Un cazador?

—Sí.

—¿Conocéis a ese cazador?

—Creo —balbuceó Mignonne, retorciendo con los dedos una punta de su delantal—, creo que es el hijo del señor barón de San Andrés.

—¿No estáis segura, prima?

—Casi me pareció conocerle...

—¿Pasaba cazando por aquí por casualidad?

—Creo que sí.

—¿Y no os ha dicho nada ese joven?

—¿A mí? ¿Qué queréis que me dijera, primo?

—¡Qué sé yo!

—Ni siquiera me conoce...

—¡Oh! eso no es una razón... Esos señores jóvenes, que son ricos, que tienen bonito traje y buena charla, tienen que decir siempre un montón de cosas a las muchachas a quienes encuentran en su camino; no necesitan conocerlas para jurarles que están enamorados de ellas y para pedirles enseguida... todo lo que un joven puede pedir a una muchacha.

Al oír las palabras de Pedro Nicod, pronunciadas con tono mordaz e irónico, Mignonne se desconcertaba cada vez más y empezaba a temer que su primo hubiera sorprendido algo de lo que acababa de suceder.

Pero el enano mismo procuró tranquilizarla.

—Pero, puesto que no os ha dicho nada...

Se calló un momento y repuso después:

—Es que ya sabéis que soy vuestro novio, y que si alguien se atreviera a echaros chicoleos, a fe de Pedro Nicod, no le iría nada bien.

Los ojos del primo de Mignonne tomaron en aquel momento una expresión tan feroz, que la joven palideció y empezó a temblar.

Pedro fingió no reparar en aquella emoción dolorosa, y prosiguió:

—Ya va siendo de noche, prima, ya es hora de volver a la granja. Voy a ayudaros a reunir las cabras.

Y, en efecto, silbó para que viniera el perro; después, llevándose a los labios unos instrumentos hechos de cuerno, hizo oír algunos de esos sonidos discordantes que anuncian a los rebaños que llegó el momento de abandonar los pastos.

Las cabras obedientes comprendieron aquella señal, y al poco rato, gracias a la inteligencia del perro, que iba mordiendo a las que se quedaban atrás, el rebaño se puso en marcha, guiado por Mignonne y su primo.

* * *

Desde la meseta de la *Roca* hasta la granja de Etioux habría como media legua de distancia. Para ir desde la una hasta la otra había que atravesar el bosque de la Souche.

En el momento en que Mignonne y Pedro Nicod entraron en la selva, el crepúsculo empezaba a bajar, y las primeras estrellas brillaban ya en el oscuro terciopelo del firmamento.

La enramada espesa de los olmos y de las encinas aumentaba la oscuridad, y las sinuosidades del sendero se rodeaban de tinieblas casi completas.

Mignonne iba delante, pensativa y oprimiendo contra su pecho el cabrito herido por las mordeduras de la zorra. Su primo la seguía a dos o tres pasos de distancia.

Pedro Nicod estaba enamorado de Mignonne; ya hemos oído a la joven decírselo al señor de San Andrés. Pero lo que no sabía la aldeana era la violencia y la profundidad del amor que había inspirado.

El enano se había enamorado con una pasión, tanto más ardiente, cuanto que

sabía que era horroroso, despreciado por todos, y que no tenía esperanza alguna de que le correspondieran.

Un amor tal, con abnegación, hubiera engrandecido a una naturaleza cuyos instintos hubieran sido nobles y generosos. Pero el alma de Pedro Nicod rivalizaba en fealdad con su cuerpo. La pasión había desarrollado con exceso los malos instintos que se hallaban en germen en el corazón del aldeano; experimentaba un odio celoso hacia aquellos para quienes la naturaleza se había mostrado menos avara, y unos deseos de una brutalidad bestial y repugnante.

Fácil es adivinar el efecto que debió producir en él la escena a que había asistido, y en la que había visto a Mignonne entregarse estremecida y enamorada en brazos de Carlos de San Andrés.

Pedro Nicod, presa del doble tormento de la ira y de los celos, se había jurado dos cosas: la muerte de su rival y la posesión de Mignonne.

—¡Me pertenecerá!... —se decía yendo detrás de su prima, cuya graciosa silueta adivinaba entre la oscuridad.

—¡Me pertenecerá!... —repetía—; pero ¿cuándo?

Y se contestaba a sí mismo:

—¿Por qué no mañana? ¿Por qué no esta noche? ¿Por qué no dentro de una hora? ¿Por qué no dentro de un instante?

En cuanto su mente acabó de formular ese pensamiento, tomó una resolución.

La sangre se le agolpó en el corazón y en la cabeza para aturdirle y cegarle.

Se tambaleó como un hombre embriagado. Y es que lo estaba en realidad; embriagado de lujuria y de ardor brutal.

En el sitio en que Mignonne y Pedro Nicod acababan de llegar, el sendero daba un rodeo en la selva, y la bóveda de verdura era aún más espesa.

El aldeano se detuvo.

—Mignonne —dijo.

La joven volvió la cabeza.

—Mignonne —repitió Pedro Nicod.

—¿Qué queréis, primo? —preguntó la aldeana.

—Escúchame, tengo que decirte una cosa.

—¿El qué?

—Una cosa que ya te he dicho varias veces y que quiero repetírtela.

Había tal temblor en la voz ronca de Pedro Nicod, que Mignonne tuvo miedo, y en vez de volver hacia atrás, hizo un movimiento para apresurar el paso.

Pero su primo adivinó e impidió ese movimiento. De un salto se encontró a su lado.

—Escúchame... —murmuró Pedro.

—Luego, más tarde... en la granja... —contestó Mignonne con creciente terror.

—Luego no, más tarde no, en la granja no; sino aquí, ahora mismo.

—Bueno, primo —balbuceó Mignonne—, ¿qué me queréis?

—Quiero decirte que te amo... y que tienes que ser mía.

Y, al decir esto, Pedro había cogido en brazos a la joven.

—¡Socorro! —gritó Mignonne.

—¡Llama si quieres!... —murmuró el enano con risa feroz—; estamos aquí solos... nadie vendrá, nadie oirá tus voces... y además, yo las ahogaré.

En efecto, Pedro, levantando a la joven con irresistible violencia, reprimió fácilmente sus desesperados esfuerzos y apoyando su boca contra los labios de su víctima, la redujo al silencio.

Después abandonó el sendero y se internó en la espesura con su ligera carga.

VII

—¡Por Dios!... ¡por Dios, primo, dejadme!... —exclamó Mignonne cuando Pedro Nicod aflojó los brazos para arrojarla sobre la hierba.

—No creo en Dios, no le temo... —contestó el aldeano—; deja de llorar, deja de gritar, pues tienes que ser mía, y nada en el mundo, ni aun el rayo que cayera sobre nosotros, podrá impedirme que te posea.

Como se ve, Mignonne estaba perdida, perdida por completo. Sin embargo, no quería sucumbir sin entablar una lucha suprema, sin tratar de hacer un esfuerzo sobrehumano.

Es verdad que era la más débil; pero las mujeres, que defienden al mismo tiempo su amor y su pudor, encuentran a veces fuerzas milagrosas.

Pedro Nicod, como ya sabemos, la había derribado al suelo y oprimía violentamente sus delicados miembros. Mignonne se apoyó en los codos y en las manos para tratar de levantarse, pero fue en vano. El enano, casi tumbado sobre ella, la aplastaba con su peso.

Otra nueva tentativa fue tan inútil como la primera. Los esfuerzos de la joven estaban paralizados por la postura de Pedro Nicod, que redoblaba sus lascivas caricias.

Mignonne se sentía desfallecer. Le faltaba el aliento. Parecía que pasaban por delante de sus ojos chispas de fuego y ruidos extraños llenaban sus oídos.

Iba a sucumbir.

En aquel momento, la casualidad, o la Providencia si se quiere, vino en su auxilio.

Su mano, convulsivamente crispada y cuyas uñas se hundían en la hierba, encontró en el suelo un pedazo de madera seca, de algunas pulgadas de largo y puntiagudo por uno de sus extremos.

Mignonne, reanimada por una esperanza repentina, cogió aquella arma y la apretó en la mano cuanto pudo. Y para adormecer durante un instante la desconfianza de Pedro Nicod, fingió hallarse exhausta de fuerzas y perder por completo el conocimiento.

Eso era precisamente lo que quería el aldeano.

—¡Por fin!... —murmuró.

Y se incorporó un tanto para poder respirar también. Pero Mignonne, como un relámpago, se había levantado al mismo tiempo que él.

Su mano derecha, armada con su puñal improvisado, había descrito una curva rápida y había ido a herir a Pedro Nicod en pleno rostro.

Mignonne sintió que la punta afilada del pedazo de madera entraba profundamente en las carnes.

El aldeano arrojó un grito terrible. Dio un salto hacia atrás, agitó los brazos y

cayó al suelo de espaldas, lanzando un gemido sordo.

Mignonne, casi loca de terror, saltó por encima del cuerpo inanimado que le impedía el paso, llegó no sin trabajo al sendero, dejando trozos de sus ropas en las espinas de las matas, y sin acortar ni un momento el paso, llegó jadeante a la granja al mismo tiempo que su rebaño, pues el instinto rutinario de las cabras y la inteligente sagacidad del perro que les servía de guía, no les habían permitido apartarse del camino verdadero.

Mignonne encerró sus cabras en el establo y entró en la sala baja de la granja.

Aquella habitación, bastante grande, servía a un tiempo de cocina, de comedor y de sala ordinaria.

No estaba ni embaldosada ni entarimada; el suelo que se pisaba era duro y erizado de guijarros terrosos. Las vigas del techo, así como las paredes que en otro tiempo estuvieron blanqueadas con cal, estaban ya ennegrecidas, y por decirlo así, barnizadas por el humo.

Un gran armario de encina sostenía platos y fuentes de esa porcelana vasta con pinturas chillonas, representando un campanario con su veleta, o dos gallos en disposición de reñir.

Enfrente de ese armario había una chimenea inmensa, bajo cuya campana podían sentarse cómodamente cuatro o cinco personas.

A pesar de la estación, una lumbre de sarmientos y de piñas secas chispeaba en el hogar, encima del cual se balanceaba, colgado de la cadena de la chimenea, un caldero lleno de patatas cocidas.

Dos escopetas, en bastante mal estado, estaban sujetas con garfios sobre la campana de la chimenea y parecían colocadas bajo la protección de una pequeña Virgen de yeso, pintada de rojo y azul.

Espigas de maíz, jamones y trozos de tocino colgaban en varios sitios del techo.

Y, por fin, en medio de la habitación había una gran mesa de encina con varios cubiertos, una gran fuente de tocino humeante y una lámpara de cobre, cuya luz temblorosa, unida a la claridad del hogar, alumbraba a los comensales, que eran cuatro: el tío Nicod, Mónica su mujer, un mozo de labranza y una criada gruesa.

Dos cubiertos más indicaban los sitios de Mignonne y de Pedro Nicod.

—¡Qué tarde vienes, pequeña! —dijo el labrador a su sobrina, cuando esta se presentó en la sala.

—No he podido venir antes, tío —contestó esta, procurando ocultar las señales de su reciente emoción.

—¡Ah! ¡Dios mío! —exclamó Mónica al ver el rostro descompuesto y las ropas destrozadas de Mignonne—; ¡en qué estado estás!, ¿qué te ha pasado?

—Me he llevado un buen susto... —contestó Mignonne, decidida a ocultar parte de la verdad.

—Susto... ¿por qué, pequeña? —preguntó el tío Nicod.

—He tenido miedo de una fiera que se ha arrojado sobre mis cabras, y casi se ha

comido un cabrito que ahora mismo está a punto de morir en el establo...

—¡Ah!, ¿y cómo ha sucedido eso, pequeña?

—Voy a decíroslo, tío.

Y Mignonne empezó una relación larga y difusa, en la que no mencionó para nada ni a Carlos de San Andrés ni a Pedro Nicod. A pesar de que lo que contaba no era claro, ni mucho menos, Jerónimo Nicod y su mujer se contentaron con eso y dieron gracias al cielo de que no hubiera ocurrido una mayor desgracia.

—Vamos, pequeña —dijo el labrador—, al fin y al cabo, no es más que un cabrito menos; no vale la pena de lamentarse tanto. Vamos, siéntate y cena.

Pero Mignonne no tenía ganas.

El tío Nicod llenó el plato de la joven y prosiguió:

—¡Qué raro! todos se retrasan hoy... ¿Dónde diablos estará Pedro? ¿No le has encontrado hoy, por casualidad, pequeña?

Mignonne empezó a temblar con todos sus miembros. Palideció intensamente, y no tuvo fuerzas para contestar.

—¿No me oyes? —dijo Nicod.

—Yo... tío... —balbuceó Mignonne—. Sí... no... no sé...

—Te pregunto si has visto a Pedro.

—No, tío... no... no le he visto... ¿dónde podría haberle visto?

—¡Qué sé yo!... en la *Roca* o en el bosque... no hubiera tenido nada de particular.

—Sí por cierto... muy natural... pero no ha sido así.

—Pero en fin, no hay que inquietarse; no tardará en venir, probablemente.

—Sí, tío, probablemente...

—Tal vez haya ido a San Andrés...

—Sí, tío... tal vez...

—Además, no le faltará que comer cuando venga.

—Voy a poner su sopa y su tocino en un plato sobre la ceniza caliente —dijo Mónica.

—Eso es, mujer —contestó Jerónimo Nicod.

Y añadió vivamente, mirando a Mignonne, que seguía tambaleándose sobre la silla.

—Pero, pequeña, pequeña... ¿te encuentras mal?...

—No, tío —dijo la joven con voz débil.

—¿Cómo *no*? Pues yo digo que *sí*, al contrario: ¡por cien mil demonios!... palideces... palideces... ¡anda!, ¡pues ya está en el suelo!...

En efecto, Mignonne acababa de perder por completo el conocimiento y había caído al suelo, donde yacía lívida.

Se apresuraron a su alrededor. Mónica le desató el vestido. Jerónimo le roció la cara con agua para hacerla volver en sí.

Por fin abrió los ojos. En aquel momento un nuevo personaje entró en la granja.

VIII

El recién llegado era Pedro Nicod.

Pero tan desfigurado, tan desconocido, tan horroroso, que al entrar se oyó un grito de sorpresa y de espanto.

Un hilillo sangriento bajaba lentamente por su mejilla, saliendo de la órbita del ojo derecho. Un pañuelo, atado de manera que cubría toda la parte superior del rostro, ocultaba probablemente una herida profunda.

El color rojo de la sangre resaltaba de un modo horrible sobre la palidez cadavérica de la tez.

Los labios estaban blancos y entreabiertos por siniestra sonrisa.

—Soy yo —dijo al entrar con voz bastante firme—; soy yo, buenas noches...

Los aldeanos estaban mudos de espanto. Mignonne se había desmayado de nuevo.

Pedro Nicod se adelantó hasta la chimenea. Allí se dejó caer en una silla.

Mónica, después de la primera y terrible sorpresa que le había causado la vista de su hijo en tal estado, corrió a arrodillarse a sus pies, exclamando:

—¡Hijo mío, hijo mío!, ¿qué tienes?

—¡Oh! casi nada, madre —contestó Pedro Nicod con feroz sonrisa.

—¡Cómo casi nada, desgraciado hijo! estás herido, tu sangre cae, que da lástima, ¿te has pegado con alguien?, ¿has recibido algún golpe?

—No —dijo Pedro con impaciencia—, no me he pegado con nadie.

—Pero, vamos a ver, ¿qué herida es esa?

—Miradlo.

Mónica acabó por donde debía haber empezado. Desató el pañuelo que tapaba la herida de su hijo. Pero tan pronto como cayó la venda, Mónica dio un nuevo grito y estalló en sollozos.

Pedro Nicod tenía saltado un ojo.

El globo, desgarrado y sanguinolento, estaba casi fuera de la órbita.

—¡Vaya! —dijo bruscamente Pedro—, aun cuando estuvierais dando gritos hasta mañana, no podríais remediarlo. Estoy tuerto para siempre. Es una desgracia, pero ¡qué le vamos a hacer!

—¡Ay, Dios mío! —repetía Mónica, sin escuchar a su hijo—: ¡ay, Dios mío!, ¡ay, Dios mío!

Y sus gemidos aumentaban cada vez más.

—¡Dejadme en paz! —exclamó el enano, dando una patada en el suelo—: ¡dejadme en paz!... ¡Callaos... me estáis rompiendo la cabeza... bastante me duele ya!...

—El chico tiene razón —dijo Jerónimo mediando entre la madre y el hijo—; no

se trata de lamentarse, sino de curarle lo mejor posible.

—¿Curarle? —preguntó Mónica—; ¿y cómo? Corre a escape a Pontarlier a buscar a un cirujano.

—¡No hace falta! —dijo Pedro Nicod—; yo me curaré mejor que los médicos.

—¡Jesús, María y José! Eso no puede ser...

—Ya lo veréis.

—¡Cómo!, ¿quieres?...

—Quiero que me deis lo que necesito, y pronto, pues sufro tanto como un condenado.

—Pide lo que necesites y se te dará.

—Por de pronto, agua fría para lavarme la sangre que se me está secando en la cara y me impide ver con el ojo que me queda.

—Aquí la tienes; ¿qué más quieres?

—Rasgad unos pedazos del hilo más fino que tengáis y remojadlos en agua con sal. Me los pondré sobre la herida... Dicen que es el remedio mejor de cuantos hay...

Mónica se dio prisa en ejecutar los deseos de su hijo, y al cabo de un instante el enano aplicaba sobre la órbita del ojo ensangrentado los paños empapados en agua salada.

El dolor fue atroz y le arrancó una serie de juramentos muy enérgicos.

—Mañana estará mejor —dijo después—. Hablemos de otra cosa; y a propósito, no hacéis caso de mi prima Mignonne, que está tumbada en el suelo como un trapo... ¿Le ha sucedido también alguna desgracia?

Nuestros lectores adivinarán sin gran trabajo el tono con que fueron pronunciadas esas palabras.

Mientras Mónica levantaba del suelo a Mignonne, Jerónimo contestó:

—¡Oh! la pequeña no tiene nada. Ha encontrado un lobo que se arrojó sobre su rebaño, y el susto la ha trastornado. No tiene más.

—¡Ah! —dijo Pedro.

—Y tú, pobre muchacho —continuó el labrador—, ¿cómo te has herido?

—¿Yo? —dijo el enano titubeando—: es muy sencillo. Me había subido a un árbol en el bosque de Souche para buscar nidos de urracas, me apoyé en una rama seca, se rompió, traté de agarrarme y no pude, caí al suelo y tropecé con un maldito pedazo de madera, que se me metió en el ojo.

—¡Mil demonios!, ¡qué suerte más desgraciada!

—Es verdad, pero, ¡bah!, no seré mucho más feo ahora que antes.

Pedro se echó a reír. Aquella alegría aparente era espantosa. Calló un momento y repuso:

—Ahora voy a acostarme; pues, como os lo podéis figurar, no tengo maldita la gana de comer. ¡Vaya, buenas noches!

Mignonne acababa de abrir los ojos. Pedro Nicod se acercó a ella, le cogió la mano, que la pobre niña no se atrevió a retirar. La apretó hasta el punto de

estrujársela, y añadió:

—Buenas noches, prima, buenas noches, y... *hasta la vista*.

Dicho esto, salió tambaleándose.

* * *

Tres semanas habían transcurrido desde los últimos acontecimientos que acabamos de referir.

Durante algunos días, Pedro Nicod, presa de violenta calentura, tuvo que quedarse en la cama. Pero la prodigiosa fuerza de su naturaleza le había salvado milagrosamente, y hacía ya, poco más o menos, una semana que por la tarde salía de la granja algunas horas.

Mignonne seguía, como antes, llevando su rebaño a pastar en la meseta de la *Roca*, en que el señor de San Andrés no dejaba ningún día de ir a visitarla.

La joven amaba a Carlos. Le amaba con un amor sencillo y absoluto.

Pero, a pesar de los pérfidos consejos de la juventud, de la inexperiencia y de los deseos, Mignonne, prevenida contra sí misma por la debilidad que había demostrado en la escena de la gruta, había levantado en derredor de su pudor una barrera insuperable, y no había concedido nada completo ni decisivo a los ardientes ruegos de Carlos.

La pasión de este era, por lo tanto, cada vez más viva. Sabía que el momento feliz llegaría algún día para él, pero no sabía si sería pronto.

Entonces fue cuando las costumbres de Carlos experimentaron aquel cambio tan completo de que hablaba la señora baronesa de San Andrés al cura Brigogne en el primer capítulo de este libro.

IX

Rogamos a nuestros lectores se sirvan trasladarse con nosotros a un lugar muy pintoresco, y conocido en toda la comarca con el nombre de *Pasadera del Valle de Ajoz*.

El Valle de Ajoz, a tres o cuatro leguas del sitio de que nos ocupamos, es un valle ancho y profundo, encajonado entre dos montecillos incultos y atravesado por un río pequeño, cuyas aguas corren sobre un lecho de guijarros.

Poco a poco, al ir hacia el sitio en que van a ocurrir los sucesos de que somos historiadores, los lados del valle se estrechaban insensiblemente.

Los montecillos se convierten en rocas. El riachuelo se convierte en torrente, y se estrella con furor contra los pedazos de granito que se oponen a su impetuosa carrera. Y por fin, en el sitio llamado *la pasadera*, el valle tiene cien pies de profundidad y unos ocho o diez de ancho.

En el fondo de aquel abismo, el agua del torrente hace un ruido como el de una catarata, e inclinándose en los bordes, se vislumbra en medio de la oscuridad una espuma blanquecina, parecida a una niebla ligera y permanente.

La pasadera es un puentecillo hecho con dos tablones de pino, sin barandillas, y tan estrecho que da vértigo.

Olmos seculares y encinas inmensas crecen a ambos lados e imprimen al paisaje un carácter severo y grandioso.

* * *

Era una mañana, al apuntar el alba. El sol salía pálido por el oriente entre vapores espesos.

El torrente mugía en el fondo del precipicio.

Junto a la pasadera había un hombre acurrucado. No se podía calcular su estatura, pues sus piernas colgaban sobre el abismo. Estaba vestido con una blusa azul, y una venda le ocultaba la frente y casi todo el lado derecho de la cara.

Nuestros lectores habrán conocido a Pedro Nicod. El enano se entretenía en un trabajo raro e incomprensible. A su lado había una podadera, una sierra y otras varias herramientas de carpintero. Había levantado los dos tablones de la pasadera, y apoyaba en su rodilla el extremo de uno de ellos. Estaba aserrando hábilmente aquel tablón, al bies, a tres pies de la punta. Y mientras que su herramienta mordía la madera seca, tarareaba distraídamente una canción.

Cuando el tablón estuvo dividido en dos partes, hizo en los dos extremos de aquellos trozos tres agujeros que se correspondían.

En cada uno de esos agujeros introdujo una espiga de madera, preparada de

antemano, y reunidos los dos trozos del tablón por aquel procedimiento, parecía ser de una sola pieza, como antes.

Acabado esto, Pedro Nicod empezó a hacer lo mismo con el otro tablón, sin dejar de tararear alegremente.

Cuando hubo acabado su trabajo, Pedro Nicod se levantó. Volvió a colocar los dos tablones sobre el torrente con infinitas precauciones, y el paso se halló de nuevo tan sólido, al parecer, como una hora antes. Pero un lazo horrible se ocultaba bajo aquella apariencia engañadora, pues el peso más pequeño tenía que volver a dividir los tablones de la pasadera, y precipitar en el abismo al que se hubiera decidido a pasar por allí.

Una sonrisa espantosa entreabrió los labios del enano, mientras echaba una mirada de triunfo sobre el trabajo que acababa de llevar a cabo.

—¡Ah!, ¡ah! —murmuró—; luego nos reiremos un poco.

Y fue a esconderse detrás de unas matas, a veinte pasos de la pasadera.

Se comprenderá que Pedro Nicod, que hacía algunos días estudiaba, para vengarse, las costumbres de su rival, se había cerciorado de que Carlos de San Andrés atravesaba todas las mañanas la pasadera del valle de Ajoz para ir a ver a Mignonne a la meseta de la *Roca*.

* * *

El señor de San Andrés acababa de ponerse en camino, como de costumbre.

Como ya sabemos que la caza servía de pretexto para sus largas ausencias, no dejó de llevar consigo el morral, la escopeta y dos perros, por más que todo eso fuera inútil por completo.

Diana y Pompeyo, sus fieles compañeros, saltaban alegremente delante de él, y entrando a veces a derecha e izquierda en los campos recién segados, parecían indicar a su amo que les siguiera.

Pero Carlos se preocupaba muy poco de las liebres y de las perdices; iba a ver a Mignonne. Estaba embebido por completo en sus pensamientos amorosos, y toda la caza del mundo hubiera podido surgir por entre sus pies sin que se tomara la molestia de hacer un movimiento para disparar.

—¡Qué linda es! —se decía— ¡qué linda es y cuánto la quiero!... ¡Pobre Mignonne, pobre niña! me está esperando, me está llamando y su corazón late al pensar que voy a ir. También Mignonne me quiere mucho... entonces ¿por qué se me resiste? Puesto que entrega a mis besos sus hermosos ojos, sus labios tan frescos y sus cabellos tan dulces, puesto que su mirada, al fijarse en la mía, se vuelve temblorosa de emoción y húmeda de voluptuosidad, puesto que cuando la tengo en mis brazos siento su corazón palpar violentamente junto al mío... ¿por qué se niega a darme toda la felicidad que una mujer puede dar al hombre a quien ama y que la ama? Y sin embargo, no es falsa ni coqueta, es sencilla como las flores de los

campos. ¿Qué es pues lo que lucha en ella? ¿Qué es lo que la defiende tan valerosamente contra mí y contra sí misma? Su inocencia y su pudor. ¡Pobre niña, a quien quiero engañar!... Engañarla... ¿por qué? ¿Y si, en vez de ser su amante, llegase a ser... su marido?... ¡Vaya, estoy loco!... Loco... ¿por qué? Es joven, es hermosa, es juiciosa, su imaginación está inculta; pero puede formarse; y al fin y al cabo, me ama y no ha amado nunca a nadie más que a mí... ¿No sería yo feliz con ella? Sí, de seguro. Pero ¿qué diría mi madre?... ¿qué diría la sociedad?... La sociedad se reiría de mí y mi madre no daría nunca su consentimiento a una unión tan desigual.

»Pero ¿quién me impide burlarme de una preocupación tan estúpida? ¡Ah, diablo!, ¿qué estoy diciendo? Olvido que no tengo más que veintidós años... Entre la libertad y yo, el Código levanta una valla de tres años. Aborrezco el Código civil. Felizmente, a mi edad se puede contar con el porvenir... Si dentro de tres años sigo amando a Mignonne, lo cual es seguro, puesto que la amaré toda mi vida, entonces podré obedecer a los impulsos de mi corazón, puesto que seré dueño de mi persona.

»Pero ¿y hasta entonces?... ¡No puedo darme por satisfecho con los goces del amor platónico y los de la esperanza! ¡Tres años duran tanto! Seré el amante de Mignonne hasta el día en que pueda ser su marido. No será engañarla, puesto que me casaré con ella dentro de tres años. Asunto arreglado, hoy mismo tengo que conseguir...

Carlos seguía andando mientras se sucedían en su mente las divagaciones locas que acabamos de reproducir.

Ya había dejado tras de sí los campos y se había internado en la parte de los montes y de los bosques.

Se acercaba a la pasadera del valle de Ajoz.

X

Al primer ruido de los pasos de Carlos por el sendero que daba acceso a la pasadera, Pedro Nicod se había incorporado un tanto por entre las matas que le ocultaban.

Hubiera sido curioso y terrible a la par el observar en aquel momento la fisonomía del enano.

Miraba ávidamente en dirección al sitio por donde venía Carlos. Su rostro estaba rojo de emoción. Las venas se le hinchaban. Su único ojo chispeaba con feroz alegría. Y por fin su pecho saltaba de impaciencia, pues Carlos andaba muy despacio, y sin embargo, cada paso del joven le acercaba a una muerte segura.

Pedro Nicod triunfaba. El primero de sus dos juramentos iba a realizarse.

El señor de San Andrés se paró de repente a diez pasos del borde del abismo.

El corazón de Pedro Nicod dejó de latir.

Carlos se volvió y echó una mirada a su alrededor. No veía a sus perros.

Acercó a sus labios un silbatito de hueso que llevaba colgado y dio tres veces un sonido agudo y prolongado. Después, con esa voz gutural y fuerte propia de los cazadores, gritó:

—¡Diana, aquí! ¡Pompeyo, aquí pronto! ¡Vamos, vamos!

Se oyó en la espesura un roce que se aproximaba rápidamente, y los dos perros saltaron, obedientes, hasta los pies de su amo.

Carlos les hizo unas caricias con la mano y volvió a echar a andar.

Un grito sordo y una blasfemia, difícilmente reprimidos, se escaparon de los contraídos labios de Pedro Nicod. Su palidez lívida aumentó aún y se dejó caer cuan largo era con expresión de profunda desanimación.

Los perros llegaban a la pasadera.

Ambos entraron en ella al mismo tiempo.

Se oyó un ruido ligero de madera que se rompe, y el puentecillo se hundió en el abismo. Los pobres animales, arrojando en vano un aullido de angustia, desaparecieron con los trozos de los tablones cortados.

Carlos, mudo de estupor, permaneció al pronto inmóvil y con la mirada extraviada en la orilla del precipicio en que le esperaba la muerte si hubiera dado un paso más.

Después, cuando se repuso de su primera sorpresa, trató, aunque en vano, de darse cuenta de las causas del increíble accidente que acababa de presenciar.

Y por fin, desesperando de encontrar una solución razonable, y a pesar del sentimiento tan natural que experimentaba por la pérdida de Pompeyo y de Diana, se encaminó hacia la izquierda para ir a la meseta de la *Roca*, por un rodeo de dos o tres leguas.

* * *

Cuando el señor de San Andrés llegó junto a Mignonne, la joven le estaba esperando hacía más de una hora ya.

Empezaba a apoderarse de ella una vaga inquietud.

Estaba pálida.

Una arruga pasajera se dibujaba por momentos entre sus lindas cejas fruncidas.

Sus dedos pequeños deshojaban distraídamente los pétalos de una margarita.

Una lágrima furtiva empezaba a brillar bajo las largas pestañas de sus entristecidos ojos.

De pronto se estremeció, volvió la cabeza y dio un grito alegre.

Ruido de pasos rápidos se dejaba oír entre el brezo; Mignonne reconoció al momento que se acercaba Carlos.

—¡Qué tarde venís! —murmuró en cuanto llegó su amante, tratando de ocultar su emoción.

—Sí, es verdad, querida niña —contestó Carlos—, y te juro que no es por mi culpa.

—¿De veras? —dijo Mignonne con aire incrédulo.

—¡Positivamente! Y si supieras...

—¿El qué?

—El peligro a que he estado expuesto.

A la palabra *riesgo*, los colores que momentos antes tiñeron de púrpura las mejillas de la joven, desaparecieron como por encanto.

—¿Un peligro? —exclamó.

—Sí, y de los mayores.

—¡Habla, Carlos! habla pronto... ¡ya ves que estoy trémula de impaciencia y de terror!...

Diciendo esto, la joven estrechaba a su amante en sus brazos, como para resguardarle de todo peligro.

Carlos le contó lo que acababa de suceder.

Nada podría reproducir la expresión de espanto que se pintó en las facciones de Mignonne durante aquel relato.

—¡Oh, Dios mío!... —exclamó cuando Carlos hubo terminado—. ¡Oh, Dios mío!

—¡Qué expuestos han sido los destinos de nuestro amor! —añadió el joven a manera de reflexión filosófica—; ¡si no hubiese llamado a mis perros, si hubiese dado un paso para seguir adelante, nuestros hermosos sueños hubieran sido destruidos por un accidente vulgar!...

—¡Un accidente! —murmuró Mignonne con voz apenas perceptible—. ¿Creéis que haya sido un accidente?

—Sin duda alguna —respondió Carlos sorprendido.

—¡Ah! —dijo sencillamente la joven.

—¿Crees tú en otra cosa, Mignonne?

—Sí, en una venganza.

—¡Una venganza! ¿Por parte de quién?

—No sé —contestó la aldeana, después de una corta vacilación.

—No creo tener enemigos —prosiguió Carlos.

Mignonne nada contestó.

—A nadie he hecho daño, no creo que nadie tenga motivos para perjudicarme. Además ¿quién sabe que todos los días, a la misma hora, atravieso la pasadera del valle de Ajoz? ¿Quién por lo tanto podía pensar y ejecutar proyecto tan infame? Decididamente, Mignonne, estás algo ofuscada; pero no me quejo de eso, porque si por mí tiemblas, si sueñas con odios imaginarios y crees mi vida amenazada por todos lados, eso me prueba que me amas, Mignoncita mía.

—¡Oh, sí, te amo! —respondió la joven.

Y murmuró por lo bajo:

—¡Oh! ¡Pedro Nicod! ¡Pedro Nicod!

Luego la conversación entre los dos jóvenes siguió; pero como no fue sino una larga plática de amor, nos abstenemos de reproducirla, porque sería para nuestros lectores monótona y sin interés.

Como siempre, el primo de Mignonne asistió oculto a la entrevista de la enamorada pareja.

* * *

Hay almas en quienes la levadura del odio y de la maldad se desarrollan más y más cada día.

El alma de Pedro Nicod era de aquellas.

El aldeano, habiendo fracasado en su primer intento contra la vida de Carlos de San Andrés, acariciaba nuevos siniestros proyectos de venganza; pero esta vez no quería confiarlos al azar, y se había jurado, aunque para ello tuviera que comprometerse, hasta que su cabeza rodase por el cadalso, que Carlos moriría de su mano.

Vamos a ver lo que hizo por amor a la venganza.

Cuatro días después de la aventura de la pasadera, el señor de San Andrés y Mignonne, hacia las tres de la tarde, estaban sentados a la sombra de un corpulento roble, que formaba ángulo en el bosque de la Souche.

Carlos tenía a Mignonne medio tendida en sus brazos, hablándole con viveza, aunque en voz baja.

Porque es sabido que los enamorados, aunque se hallen en completa soledad, buscan para sus recíprocas confidencias el completo aislamiento, hablándose casi al oído.

Sin duda alguna el joven suplicaba algún favor, pues su acento era cada vez más cariñoso.

Mignonne, roja como una amapola y trémula, no contestaba.

Carlos, cada vez más anhelante, murmuraba a su oído:

—Dime *sí*, adorada mía, y esa sola palabra hará de mí el hombre más feliz de la tierra...

Mignonne, cada vez más turbada, callaba; Carlos, más tierno cada vez, proseguía:

—¡No puedes dudar de que te adoro! Ya sabes que en ti tengo cifrada mi dicha... Eres mi vida, mi porvenir... Sabes que serás mi mujer... Ya sabes que tengo para ti tanto respeto como amor... ¿Qué temes, Mignonne, qué te detiene y por qué rehúas concederme ese favor, que te suplico desde tanto tiempo, que imploro de rodillas?...

Diremos de paso que Carlos no estaba de rodillas a los pies de la joven; pero creía necesario usar esa fraseología que se usaba en las novelas del tiempo del Imperio, y que había aprendido de memoria leyendo algunos de los tomos que adornaban la biblioteca de su padre.

También estaba convencido de que es de muy buen efecto el decir a una mujer que está uno a sus pies, aunque quede perfectamente sentado.

Y luego, ¿Mignonne qué sabía de artes la pobre niña?

—¡En nombre del cielo!, ¡en nombre de nuestro amor! —decía Carlos con tono vehemente y persuasivo—. Admítame en tu cuarto esta noche por una hora tan solo, nada más que un instante, si así lo exiges. Cuando me digas vete, me iré, me conformaré a tu voluntad. Te juro que si te opones a que tome tu mano para besarla, no la tomaré. ¡Pero déjame que te vea esta noche, Mignonne mía!

El lector se puede figurar que Carlos no pensaba cumplir los juramentos que hacía.

¡Y qué! Un refrán dice que los juramentos de los enamorados y los de los beodos se los lleva el aire, y los de Carlos con mucho más motivo; como estaban formulados al aire libre, este se los llevaba.

El enamorado joven proseguía:

—¿Me recibirás, Mignonne? ¿Verdad que sí?

—¡Sí! —balbuceó por fin la joven, enloquecida por las caricias y palabras que le prodigaba su amante...

—¡Entonces, hasta esta noche! —exclamó Carlos delirante, loco de alegría—; entonces, esta noche ¿me recibirás?

—Sí...

—¿A qué hora?

—En la granja se cena a las ocho; a las diez todo el mundo está dormido.

—A las diez estaré a tu lado.

—¡Pero no sabéis en dónde está mi cuarto!

—Lo sé perfectamente.

—¡Ah! —dijo la joven sorprendida.

—Hace pocos días —continuó Carlos— so pretexto de beber un vaso de agua, he entrado en la granja; felicité a tu tío calurosamente sobre el orden y bienestar que había en su casa, y halagado por mis lisonjas, me la hizo visitar en todos sus rincones, indicándome con detención el uso de cada habitación.

—¿De veras? —dijo Mignonne sonriendo.

—Sé por lo tanto en dónde está tu cuarto, y te aseguro que no me equivocaré.

—Dejaré la puerta del corredor entreabierta, y no tendréis más que empujarla para entrar; pero tened buen cuidado de no hacer el más leve ruido... si por desgracia oyesen algo, estaría perdida.

—Puedes estar tranquila, querida niña; nadie me verá, nadie sospechará mi presencia allí...

—Lo que hago está mal hecho —murmuró Mignonne.

—Cuando se ama —respondió Carlos con audacia—, todo cuanto se hace en favor del amor está bien hecho.

Luego, para no dar tiempo a Mignonne de reflexionar, y que de sus reflexiones nacieran escrúpulos, tomó a la joven en sus brazos, la estrechó sobre su corazón y, cubriendo de besos el rostro de la adorable criatura, se alejó rápidamente, dejando por adiós oír estas palabras:

—¡Hasta la noche!...

—Hasta la noche —repitió la niña bajando los ojos.

Pronto los levantó maquinalmente para mirar si el sol bajaba ya del horizonte, y con un suspiro se dijo para sí que la noche tardaría todavía mucho en llegar...

XI

Cuando Carlos se despidió, una forma humana, acurrucada detrás de un castaño, se levantó bruscamente.

Era Pedro Nicod.

El enano apretaba convulsivamente entre sus largas y nudosas manos el cañón medio enmohecido de una pequeña carabina.

Se deslizó como una culebra al través de las malezas, y desapareció en una dirección paralela a la que acababa de tomar el señor de San Andrés.

Después de haberse arrastrado, rozando el suelo, unos doscientos pasos, Pedro Nicod encontró un sendero, por el cual se lanzó a todo escape.

Poco a poco fue aumentando el paso, llegando anhelante y cubierto de sudor a un claro del bosque.

Allí se paró.

Paseó alrededor suyo una mirada escudriñadora, y después de un detenido examen del sitio en que se encontraba, se puso en acecho detrás de un montón de ramas y de hojas secas.

El enano se encontraba allí colocado enfrente del sendero por el cual había llegado a aquel sitio.

Al cabo de diez o doce minutos se oyó el ruido de las hojas que crujían bajo el peso de un paso rápido.

El enano armó su carabina.

Los pasos se aproximaban cada vez más.

Un temblor nervioso agitó todo el cuerpo de Pedro Nicod.

Por fin, el señor de San Andrés apareció a la entrada de la plazoleta.

La esperanza de su futura dicha irradiaba en su frente.

Su rostro estaba iluminado por viva alegría.

Sus ojos centelleaban.

Sus labios sonreían.

Pedro Nicod le dejó avanzar aún tres pasos.

Entonces, y después de haber fijado la puntería, apoyó el dedo sobre el gatillo.

El tiro salió.

Carlos dio un gran grito.

Su escopeta, que sujetaba en el hombro con la mano, cayó en tierra.

Giró sobre sí mismo por dos veces, y cayó al suelo boca abajo.

El suelo se enrojeció al momento.

Pedro Nicod, seguro de no ser sorprendido, esperó algunos minutos.

Tranquilo por la perfecta inmovilidad de su víctima, dejó su escondrijo y avanzó hasta el cuerpo inanimado, que empujó con la punta del pie.

Sonrisa feroz se dibujó en sus labios, y alejándose pronunció estas palabras:
—¡Ya he concluido con este! ¡Ahora con la otra!...

* * *

Las nueve acababan de dar en el rústico reloj de la granja de *Etioux*.

El aspecto de la sala grande era poco más o menos el que hemos referido en el capítulo séptimo de este tomo.

Solo que la familia está hoy toda reunida.

Lo que quiere decir que Mignonne y Pedro Nicod estaban también cenando.

La joven apenas comía.

Parecía trémula y agitada.

Tan pronto su rostro estaba tan pálido como los pétalos de una rosa blanca, como se volvía rojo como la flor de la amapola.

Su pecho se levantaba a impulsos de movimientos rápidos e irregulares, y a pesar de su apretado corpiño, se hubieran podido contar los latidos de su corazón.

Por dos o tres veces, su tío había reparado en aquellos síntomas singulares, y preguntó con verdadero interés a la niña:

—¿Te sientes mala, chiquitina?

La aldeanita contestaba:

—¡Enferma no, tío mío; al contrario, nunca me he encontrado ni mejor ni más alegre que hoy!

Pedro Nicod, que sabía a qué atenerse sobre la emoción de su prima, no la perdía de vista.

Él también estaba muy pálido; pero su único ojo se iluminaba de alegría feroz y de brutal ensañamiento fijándose en ella.

Espiaba todos sus movimientos.

Y cuando notaba los cambios de la móvil fisonomía de la joven, sus labios se contraían por una irónica sonrisa.

Y es que Pedro Nicod tenía su plan.

La cena tocaba a su fin.

—Dime, niña —preguntó de pronto el tío Nicod—, ¿has visto por casualidad esta tarde pasar sobre la Roca al hijo del barón de San Andrés?

—Sí, tío, le he visto pasar —respondió Mignonne volviéndose de color de púrpura—; ¿por qué me hacéis esa pregunta?

—Porque me han dicho que viene casi todos los días a cazar por estos contornos, y he oído esta tarde un tiro, de tres a cuatro, en dirección del monte de la Souche.

—Sería algún cazador furtivo —dijo Pedro Nicod.

—¡Ah! no tendría nada de particular —contestó su padre.

Y prosiguió:

—Volviendo al hijo del señor barón de San Andrés, puedo decir que es un joven

muy amable.

—¡Cómo!, ¿le conocéis? —dijo Pedro riendo.

—Sí le conozco... ha estado aquí hace pocos días, pidió un vaso de agua, pero le ofrecí uno de vino, y lo aceptó... Es muy amable y nada orgulloso, habló conmigo como si hubiese sido un compañero, ha visitado toda la casa, y me ha felicitado por el orden y arreglo con que está todo... De desear fuera, hijo mío, que todos los ricos se pareciesen a ese joven.

—Sí... sí... padre —replicó el enano con un acento imposible de traducir—: sería de desear y lo deseo vivamente.

Hubo un momento de silencio.

La emoción de Mignonne se calmó un poco mientras hablaban el padre y el hijo.

Pedro Nicod dijo:

—No sé si el tiempo va a variar, porque mi ojo me hace sufrir mucho esta noche. Voy a acostarme; buenas noches para todos.

El enano salió.

Un momento después salieron a su vez los criados.

Quedaron solos marido, mujer y Mignonne.

—Puedes ir a descansar, chiquitina —dijo el tío a la sobrina—, porque por más que digas, tú estás mala esta noche.

Mignonne tomó una luz y se dirigió a su cuarto.

—Buenas noches, tío y tía —dijo—; que descanséis.

Y abandonó la sala, pudiendo apenas sostenerse.

Eran las diez menos cuarto.

XII

Mignonne, para llegar a su habitación, tenía que atravesar el patio de la casa.

Al salir se detuvo un momento para respirar el aire fresco de la noche.

Esperaba que así se calmase el torrente de llamas que corría por sus venas.

La noche estaba hermosa y el cielo resplandeciente de estrellas.

Ningún ruido turbaba su solemne silencio; solo se dejaba oír el chirrido del grillo y el ladrido lejano de la zorra acechando su presa.

Pero ni esa dulce calma, ni aquel solemne silencio podían disminuir la emoción de Mignonne, ni amortiguar los latidos de su corazón.

De repente, ilusión o realidad, le pareció oír ruido de pasos furtivos.

—¡Él es! —pensó—: ¡es él, que ya viene!

Zumbaron sus oídos, se turbó su vista y a no sostenerse en la pared, hubiese rodado por el suelo.

Instintivamente aproximó la luz a sus labios y sopló para apagarla.

Densa oscuridad la rodeó.

Mignonne escuchó de nuevo.

Nada se oía.

Se había equivocado sin duda.

La joven pensó en volver a entrar para encender de nuevo la luz.

Pero como hacía ya rato que había salido, ¿cómo explicar el empleo de su tiempo si la interrogaban?

Además pensó que le convenía más quedar a oscuras.

La claridad que proyectaba la luna era débil e indecisa; pero suficiente para guiarse en medio de las tinieblas.

Mignonne llegó al corredor.

Abrió la puerta, dejándola entornada.

Luego entró en su cuarto, dejándose caer en una silla junto al lecho.

* * *

Nuestros lectores habrán adivinado fácilmente que Pedro Nicod no se había acostado, como lo había dicho.

Escondido bajo un cobertizo en donde se encerraban los arados y demás herramientas necesarias para la labranza, espiaba la salida de Mignonne.

Cuando la joven apagó la luz, no pudo contener un gesto de viva alegría.

Después que la vio entrar en el corredor que conducía a su cuarto, se quedó silencioso e inmóvil...

Luego, deslizándose a lo largo de la pared de la casa, tratando de apagar el ruido

de sus pasos, se introdujo a su vez por el corredor yendo descalzo.

La puerta giró; pero rechinaron los goznes enmohecidos.

Por débil que fuese el ruido, Mignonne oyó.

—¿Quién va? —murmuró con voz ahogada.

—Yo —contestó el enano, bajito.

—¿Sois vos, Carlos? —preguntó Mignonne.

—Sí... —respondió el enano.

—Esperad —añadió la joven—, esperad... voy a conducirlos...

Y Mignonne, temblorosa de que su amante tropezase en algún mueble en medio de la oscuridad, se adelantó, tomando la mano al recién llegado para guiarle.

Mas de pronto retrocedió, lanzando una exclamación de sorpresa y de terror.

—¡Esa mano no es de Carlos! —exclamó—: ¿quién sois?... ¿qué queréis?

Pedro Nicod nada contestó.

Avanzó rápidamente hacia adelante, para apoderarse de la joven.

Pero Mignonne ya estaba en su estancia.

Empujó violentamente la puerta, tratando de echar la llave.

Pedro Nicod no le dio tiempo, sus dos anchas manos, apoyadas en la puerta, daban a sus brazos la fuerza de dos palancas de hierro.

Mignonne fue bruscamente rechazada y la puerta se abrió.

El espanto de la joven era tal, que no le quedó ni aun animo para llamar.

La pobre niña se ocultó en el fondo de la estancia, pensando que, favorecida por la oscuridad, podría llegar a la puerta y huir.

Pero Pedro Nicod veía de noche, como los gatos.

Se fue derecho a Mignonne.

Esta le sintió llegar, más bien lo adivinó, y para evitarle dio un salto a un lado.

Pero tropezó con un lío de ropas que estaban sobre una silla.

Esta rodó por el suelo.

Y Mignonne también.

En su caída, dio con la frente en el ángulo de una mesa.

El golpe fue terrible, la sangre brotó de la herida.

Mignonne se desmayó.

El enano, triunfante, la cogió en sus brazos y llevándola hasta la cama, murmuraba a su oído estas palabras, que ella no podía oír:

—¡Me preguntabas quién era! Soy tu primo Pedro, Pedro el aldeano, Pedro el enano, Pedro el monstruo, como suelen decir. ¡Había jurado matar a tu amante; tu amante ha muerto a estas horas! ¡Había jurado que serías mía, y vas a serlo, Mignonne!...

* * *

Nuestros lectores ya saben por qué causa habían llevado a Carlos de San Andrés

moribundo a casa de sus padres, y por qué el segundo capítulo de este tomo, termina con las palabras:

—No respondo de nada, pronunciadas por el médico que habían ido a buscar a Pontarlier.

Volvamos a seguir el curso de nuestro relato, interrumpido de una manera fatal, pero indispensable, para la exposición de los hechos que forman los capítulos intermediarios.

Veamos en primer lugar lo que pasaba en el castillo de San Andrés, en el mismo momento en que en el cuartito de la granja de Etioux, Pedro Nicod abusaba cobardemente de su prima Mignonne.

El cirujano había extraído con habilidad y suerte la bala, que se encontraba alojada en el costado derecho del pecho de Carlos.

Sin embargo de lo largo y doloroso de la operación, el joven no había vuelto en sí.

La baronesa y su marido sollozaban, arrodillados, al lado del inerte cuerpo de su hijo.

Todos los que les rodeaban estaban consternados.

—Me queda una ligera esperanza —dijo el médico volviéndose a la señora de San Andrés—; pero ante todo os ruego hagáis salir de aquí mucha gente; se necesita la mayor tranquilidad para el enfermo, y al propio tiempo, necesito sales o vinagre muy fuerte.

—¡No quiero separarme de mi hijo! —exclamó la baronesa.

—Bien, quedaos conmigo, señora, pero vos sola, y que me den al momento lo que he pedido.

Las órdenes del doctor fueron obedecidas.

La señora de San Andrés, con el cuidado de una madre amante, sostuvo la cabeza de su hijo.

El médico aproximó a las narices del joven un pañuelo impregnado de vinagre.

Carlos, al cabo de un minuto, entreabrió los ojos.

Quiso hacer un movimiento, pero este determinó un agudo dolor y un gemido doloroso salió de los descoloridos labios del herido.

Sus ojos se volvieron a cerrar, y su cabeza se hizo más pesada en las manos de su madre.

—¡Dios mío! —exclamó la baronesa—. ¡Dios mío!, ¡mi hijo ha muerto!...

—No —contestó el médico—, pero temo que la noche sea terrible...

—¿Se podría hacer algo para evitarlo?

—Nada más que preparar una bebida calmante, cuya receta voy a poner, y sostener al enfermo mientras le coloque el apósito.

Al cabo de una hora, la baronesa, que no se había separado de la cabecera de la cama de su hijo, vio que la palidez lívida de su rostro se tornaba sonrosada, y se acentuaba por graduación.

—Doctor —dijo asustada—, ¡mirad!... ¡mirad!

—Es la fiebre que llega —contestó el médico—: lo esperaba.

Un momento después, Carlos abrió de nuevo los ojos y se incorporó.

Su mirada era vaga e indecisa.

Sus labios articulaban frases incoherentes.

La baronesa le tomó una mano, que cubrió de besos y lágrimas, diciendo en medio de sus sollozos:

—¡Hijo mío!... ¡mi Carlos!... ¡mi pobre niño!...

Carlos seguía delirando.

—Señora, no le habléis —dijo el médico—, delira, y no puede ni comprenderos ni responderos.

Conforme pasaban las horas, los ojos del herido brillaban más y más, y sus palabras se hacían más claras.

Hubiérase dicho que rápida embriaguez se apoderaba de su cerebro.

—¡Mignonne!... —decía— ¡Mignonne!... ¡Mignonne!...

El médico llenó una tacita de la medicina preparada.

La acercó a los labios del enfermo.

Carlos no hizo resistencia para beber.

Bienestar súbito se manifestó.

El color rojo de sus mejillas se tornó pálido.

Los ojos se apagaron gradualmente.

El enfermo estaba más tranquilo.

Pero, después de media hora, esos síntomas satisfactorios desaparecieron.

El delirio y la fiebre volvieron en toda su intensidad.

El médico volvió a suministrar otra taza de bebida.

Produjo el mismo efecto que la primera vez.

El joven dejó caer su cabeza en la almohada y se adormeció, repitiendo siempre el nombre de Mignonne.

XIII

Aunque este libro sea una historia muy verídica, y no una novela inventada a placer, prescindiremos no obstante de hacer asistir a nuestros lectores al tratamiento diario que el médico de Pontarlier creyó necesario aplicar a Carlos de San Andrés.

Daremos solo a conocer sus resultados.

El joven estuvo quince días entre la vida y la muerte.

El barón y la baronesa tuvieron que pasar por horribles alternativas de desesperación y de esperanza.

En fin, la mejoría se manifestó y superó.

El delirio fue desapareciendo.

La fiebre cedió también, y solo quedó una gran debilidad y anonadamiento completo.

Pero Carlos se había salvado.

Su cuerpo, aniquilado, no le permitía ocuparse de nada, y su inteligencia, adormecida, rehusaba acordarse del pasado.

* * *

Volvamos a ocuparnos de lo que sucedía en la granja de Etioux el día siguiente de la siniestra noche que había ocultado el crimen de Pedro Nicod.

Eran las siete de la mañana.

Densa niebla oscurecía la atmósfera.

Por los cristales de la ventana del cuarto de Mignonne la luz entraba tenue y dudosa.

Esa débil luz alumbraba una escena por demás extraña y espantosa. En el suelo una silla caída y ropas esparcidas, más allá varias manchas de sangre.

Sobre la cama Mignonne, medio desnuda, en el mayor desorden.

Bajo la sangre coagulada que cubría su rostro, aquel rostro tenía la palidez de un muerto.

Su cabeza se escondía en medio de su cabello suelto.

Ancha herida partía su frente.

Un círculo amoratado rodeaba sus cerrados ojos.

Los labios estaban blancos.

El pecho, en parte descubierto, dejaba ver grandes cardenales.

El sueño de Mignonne era tan profundo, que más bien parecía un cuerpo privado de sentido.

Pero a juzgar por la expresión de la boca y la contracción de los músculos de la cara, si dormía, su sueño era doloroso.

Un perro ladró en el patio.
Mignonne se despertó bruscamente.
Se incorporó y miró alrededor suyo con estupor.
De pronto no se daba cuenta de lo que allí había sucedido.
Al cabo de un rato, su mirada se detuvo en sí propia.
Entonces se apercibió de su desnudez desordenada, y se apresuró a cubrir su cuerpo con las ropas del lecho.
La cabeza la dolía atrocemente. Llevó su mano a la frente.
El dolor aumentó, y retiró su mano cubierta de sangre.
Entonces recordó, y todo su cuerpo se estremeció.
«Le esperaba —se dijo con profundo terror—. Le esperaba...»
»Pero no ha venido...»
»Ha sido otro...»
»¡Sí, otro!... Pero ¿quién ha sido?...»
Mignonne saltó fuera de la cama.
Exhaló ronco grito.
Luego un nombre salió de sus labios.
—¡¡Pedro Nicod!! —murmuró abatida.
Si el enano hubiese oído el acento con que Mignonne pronunció su nombre, se habría estremecido.
Casi al mismo tiempo, Mignonne oyó que la llamaban en el patio.
Era la voz de su tío.
La aldeana llegó a la ventana, tratando de abrir.
Pero fue en vano.
Sus fuerzas le hicieron traición.
No pudo sino dar un golpe en los cristales para que su tío comprendiese que estaba allí.
El pesado paso del aldeano se dejó oír en el corredor.
Acababa de entrar en el establo, y su sorpresa había sido grande al ver que las cabras estaban encerradas en lugar de estar pastando como todos los días desde el amanecer.
—¡Y bien, pequeñita!... —gritó abriendo la puerta—: ¿qué es esto? ¿De dónde procede que estés todavía en tu cuarto a semejantes horas?
Estas palabras fueron dichas con mal humor, y casi con cólera.
Pero modificó bien pronto su tono.
El tío Nicod vio el estado en que se encontraba Mignonne.
—¡Ah, gran Dios!, ¡gran Dios!... —dijo vivamente—. ¿Qué te ha sucedido, niña?, ¿qué te ha sucedido? Habla pronto.
Mignonne hizo señas de que no podía hablar.
Le dio un vahído, y a no ser porque la sostuvo su tío, hubiese rodado por el suelo.
Cuando se serenó, su tío renovó la pregunta.

La joven tenía motivos para ocultar la mitad de la verdad.

Por lo tanto contestó:

—No sé...

—¡Cómo que no sabes! —dijo su tío sorprendido.

—No, tío; solo sé que se me va la cabeza, pero no recuerdo lo que me ha sucedido.

—Recuerda, pequeñuela, recuerda, es preciso.

—¡Me parece recordar, tío!

—¿El qué? ¡Me haces morir de impaciencia!

—Pues me parece que anoche cuando salí para acostarme, tuve un vahído en el patio, tanto que tuve que recostarme en la pared.

—¿Y después?

—Cuando se pasó, entré en mi cuarto. Por lo visto, habré tenido otro vahído mayor que el primero, tanto que el candelero fue rodando por un lado y yo por otro, dando con la frente en la mesa, haciéndome esta herida con el corte de aquella. Me desangraba, y como pude me eché en la cama.

—¿Y luego?

—Luego... ya nada he sentido... sin duda dormía, y me he despertado a los ladridos del perro.

—Pero, niña, ¿y por qué no has llamado anoche?

—He de suponer, tío, que me faltarían las fuerzas para ello.

—¡Ah, Dios mío!, ¡y qué desgracia! Y decir que habrías podido morirte sin que nadie lo supiera, y que esta mañana hubiéramos encontrado tu cadáver ya frío... ¡Qué horror! solo de pensarlo me siento trastornado.

—Pero no es ya nada, tío, voy a ir con las cabras.

—¡Conducirlas al campo!... ¡ni pensarlo!, ¡buena estás! —exclamó vivamente impresionado el buen hombre—; vuelve, vuelve a meterte en el lecho y espera sin moverte a que tu tía venga a cuidarte, y a mimarte, y no se hará esperar; corro a avisarle.

—Lo haré, puesto que me lo mandáis, tío; tanto más cuanto que, francamente hablando, no me encuentro bien.

—Acuéstate pronto, niña, y quiera Dios que no te hayas engañado al decir que no será nada; pero eso no quita para que el corazón me diga que la desgracia ha entrado en nuestra casa, tenlo por seguro.

Y Nicod salió.

—¡Ah! —murmuró Mignonne, cuando quedó sola—. ¡Ah, tío!, ¡no sabéis qué verdad habéis dicho! ¡Sí!, ¡oh!, ¡sí! la desgracia ha entrado en vuestra casa.

Y ocultando la cabeza en la almohada, lloró amargamente.

XIV

No sabemos por qué, pero lo cierto es que las malas nuevas se propagan más pronto que las buenas.

La noticia de una desgracia, cualquiera que sea, cunde con maravillosa celeridad.

Por la noche de ese mismo día sabían en la granja que Carlos de San Andrés había sido asesinado la víspera por la tarde en la plazoleta del bosque de la Souche.

Solo que el rumor público, exagerando siempre, contaba que Carlos había sido encontrado muerto, atravesado por diez balas y diez puñaladas.

Afortunadamente, nada se dijo delante de Mignonne, pues en el estado en que se encontraba la pobre joven, hubiese sido para ella un golpe mortal.

No supo la terrible nueva hasta algunos días después, y ya cuando el joven se hallaba fuera de peligro.

Mignonne no puso en duda un solo momento que el asesino había sido Pedro Nicod.

Desde el momento en que esta convicción se alojó en su espíritu, una pasión nueva, más profunda que su amor por Carlos, se apoderó de ella.

Hablamos del ardiente e imperioso deseo de vengar a su amante, vengándose a sí misma.

Para lograr el resultado, la astucia era indispensable.

Pero Mignonne no hubiese sido hija de Eva si no hubiera sabido fingir.

¡Pérfida como la ola! ha dicho Shakespeare.

Había que engañar a Pedro Nicod.

Lo logró.

He aquí cómo:

En cuanto su herida se cicatrizó lo bastante para permitirle dedicarse a sus quehaceres, en lugar de manifestar al enano todo el odio que encerraba su corazón, fue más atenta y más cariñosa que lo había sido nunca.

Ese cambio repentino de la joven excitó la desconfianza en Pedro Nicod.

Pero quiso hacerse ilusiones, convenciéndose a sí mismo de que Mignonne no podía sospechar fuese él el autor del asesinato y el del atentado cometido con ella.

Tanto fue la seguridad que se quiso imponer a sí mismo, que llegó hasta decirse que su fealdad tenía sus encantos, y que nada de sorprendente tenía que Mignonne se hubiese enamorado de él.

Así es que no le sorprendió cuando una mañana la joven le dijo:

—Primo, venid hoy a eso de las doce a la explanada de la Roca.

—¿Hoy?

—Sí.

—¿Para qué, prima?

—Tengo que hablaros...

—¿Y tiene que ser precisamente en la explanada de la Roca?...

—Sí, es un capricho mío.

—¿Y por qué ha de ser allí precisamente?

—Porque allí estaremos completamente solos, y lo que tengo que deciros vos solo debéis oírlo.

—Está bien, prima; iré.

—Así me gusta, ¿iréis?

—Estad tranquila, no faltaré.

—A las doce.

—A las doce en punto.

Mignonne se alejó con sus cabras tarareando con los labios la misma canción que cantaba el día de su primer encuentro con Carlos.

—¿Qué me querrá decir? —se preguntaba Pedro Nicod, rascándose la cabeza.

Y después de un momento de reflexión, se dijo:

—¡A qué pensar más! A las doce lo sabré.

* * *

El sol, llegando al punto más culminante del cielo, indicaba que la hora se aproximaba.

Mignonne, sentada sobre un fragmento de roca, que parecía una pieza druídica, las manos cruzadas sobre sus rodillas, y los ojos clavados en el suelo, parecía distraída y preocupada.

Pedro Nicod salió del bosque de la Souche.

Desde lejos vio a la joven.

En pocos minutos estaba a su lado.

—Aquí me tenéis, prima —dijo.

Mignonne se estremeció, y levantando la cabeza.

—Ya os veo —contestó.

Pedro, sorprendido por su acento, repuso:

—Creía que me esperabas.

—Sí, os esperaba —dijo Mignonne con sonrisa provocadora—, y tan absorta estaba pensando en vos, que no he oído el ruido de vuestros pasos.

—¡Ah! —dijo el enano con aire satisfecho—; ¿es verdad lo que decís, prima?

—¡Cuando os lo digo!

—Justo; y ya que he venido, ¿dirás, prima, por qué me has hecho venir?

Mignonne bajó los ojos como para consultar su memoria.

Luego, mirando fijamente a Pedro Nicod, dijo:

—Todo lo sé.

El enano tembló de pies a cabeza.

—¿Qué sabes? —preguntó vivamente.

—Todo —repitió la joven.

—Eso no es contestar.

—¿De veras?

—Todo no quiere decir nada. Ese *todo* ¿qué significa?, ¿qué quieres decir?

—¿Queréis que os lo explique, primo?

—Sí, porque no os comprendo; no sé a lo que queréis hacer alusión.

—Y bien, ¡sea! Os lo voy a decir claramente para que no os quede la menor duda de que estoy bien enterada.

»En primer lugar, sé que habéis querido ahogar en el río al señorito Carlos de San Andrés, haciendo que se precipitara en él desde la pasadera del Valle de Ajoz...

—¡Eso no es verdad! —exclamó el enano.

Mignonne, sin hacer caso de la interrupción, continuó:

—Sé también que, furioso de no haber logrado vuestro intento en lo de la pasadera, habéis asesinado la semana pasada al señor de San Andrés, en la plazoleta del bosque de la Souche...

—¡Es mentira, una horrenda mentira! —dijo por segunda vez Pedro Nicod.

Mignonne prosiguió:

—Sé también que habéis sido vos, siempre vos, quien, en la noche de ese mismo día, aprovechando la oscuridad y mi error, os habéis introducido furtivamente en mi cuarto, como un ladrón, y...

Mignonne calló.

Ardiente rubor cubría su rostro.

Profunda turbación le impidió articular una palabra más.

Pedro Nicod aprovechó el silencio de la joven para emprender una justificación imposible.

—¡Prima —exclamó con volubilidad—, en todo lo que acabas de decir no hay una palabra de verdad! Es muy fácil decir a uno: *¡Tú has hecho esto y lo de más allá!* Pero no es tan fácil probarlo, y estaría en presencia de un juez y sostendría que soy tan inocente como el niño que está en el vientre de su madre, y el juez comprendería que digo la verdad, porque nadie me ha visto cometer las infamias de que me acusas, y por lo tanto es pura invención tuya.

—¡Bueno, bien! —dijo Mignonne ya serena—; tengo la seguridad de que os he dicho la verdad.

—Pero... —balbuceó Pedro Nicod.

—Y después de todo —continuó la joven—, no os he dicho eso para reconveniros...

—¡Ah! —exclamó el enano con una expresión tal de estupor, que hubiera sido grotesca a no ser horrorosa.

—¡No —prosiguió Mignonne—, no os echo nada en cara! Porque comprendo que el amor que me profesáis os ha inducido a hacer lo que habéis hecho. Deseabais la

muerte del señorito Carlos, porque este quería hacerme el amor. Comprendo que tuvieseis la cabeza medio trastornada, y os volviereis loco... No es culpa vuestra, pobre primo; y ahora que mi capricho por el señor de San Andrés me ha pasado, os quiero doblemente por haberme librado de él.

Las naturalezas viciosas creen que todos son iguales a ellos.

Pedro Nicod se persuadió que el alma de Mignonne estaba hecha a la imagen de la suya.

Experimentó una alegría inmensa al suponerlo así, y exclamó:

—¿Es verdad, prima, que me quieres un poco?

Repulsión inmensa sublevó el corazón de la joven.

Sin embargo, contestó:

—Un poco no, primo, sino mucho.

—¿De amor?

—Sí, de amor.

—Antes, me odiabas...

—Antes no digo que no; pero hoy ya no es lo mismo.

—¿Y cómo es que has variado?

—¡Qué sé yo! el caso existe... eso es lo que sé.

Pedro Nicod soltó una carcajada franca y brutal.

Estaba radiante.

Y su alegría le prestaba un aspecto más repugnante aún.

Rodeó con su brazo el talle de Mignonne.

La joven no se sustrajo a aquella presión.

Aproximó sus labios a las mejillas de la joven, que se puso densamente pálida.

Pero el valor de la joven ya iba concluyendo.

Retrocedió vivamente.

—¿Qué os ocurre? —preguntó Pedro, dominado súbitamente por la desconfianza.

—Pero ¿no veis que estamos en medio del campo, que nos pueden ver, y qué dirían las gentes?

—Es verdad —dijo el aldeano—; pero cuando...

—Pero... ¿y entonces?...

—Me ocurre una idea —dijo Mignonne.

—A ver —contestó Pedro.

—Ya sabéis el antiguo palomar...

—¿En donde se ha encerrado lo que quedó de hierba el año pasado?

—Justamente.

—Bien.

—¿Tenéis la llave?

—La tendré —contestó Pedro.

—Esperadme allí... a las once iré a reunirme a vos.

Y después de pronunciar estas palabras, Mignonne se separó de su primo, y como

avergonzada de cuanto había dicho, ocultó su rostro entre sus manos, y corrió a reunirse a sus cabras.

Pedro Nicod, henchido de orgullo, como un pavo real que admira la esplendidez de su cola, emprendió el camino para volver a la granja.

La pasión carnal hacía latir violentamente todo lo que había de lodo y hiel en su corazón, y dominado por la inmensa alegría de un triunfo inesperado, el enano raquíptico, aborto monstruoso, se preguntaba si no iba con su frente a llegar a tocar las más altas ramas de los árboles del monte de la *Souche*.

XV

El antiguo palomar era una especie de torre redonda, de piso y medio de elevación y distante unos cinco minutos de la granja. Algunos años antes, las palomas habían sido instaladas en otra parte y el antiguo palomar se había convertido en una sucursal del pajar. Cuando la cosecha resultaba ser muy abundante, se guardaba allí el heno de clase inferior producido por las praderas fangosas del valle de Ajoz.

Una ventanita, practicada a unos quince pies de altura y excesivamente estrecha, y una puerta pesada y muy fuerte, eran los dos únicos huecos del antiguo palomar.

Allí era donde Mignonne había dado cita a Pedro Nicod.

* * *

Al anochecer, y en cuanto hubo encerrado su rebaño en el establo, la joven salió de la granja llevando una escalera de poco peso, que ocultó entre las hierbas junto a la torrecilla.

Después volvió y entró en la sala antes de que nadie hubiera notado su ausencia.

Empezó la comida.

Excepto Jerónimo Nicod, que habló mucho de cosas en su mayor parte insignificantes, los comensales permanecieron silenciosos.

Mignonne estaba muda y no comía.

El enano devoraba, pero no decía ni una sola palabra.

En cuanto a Mónica, al mozo de labor y a la criada, no cambiaban sino pocos monosílabos.

Un poco antes de las diez, Pedro Nicod se separó del resto de la familia, después de haber cambiado con Mignonne una mirada de inteligencia.

Los ojos de la joven brillaban febrilmente.

—Es amor —pensó el enano.

Poco después, los habitantes de la granja se separaban y las luces se fueron apagando una tras otra.

Iban a dar las once, cuando Mignonne se escurrió para su cuarto y se dirigió furtivamente hacia el viejo palomar.

A medida que se iba acercando, procuraba cada vez más amortiguar el ruido de sus pasos.

Cuando llegó a la torrecilla, andaba con una lentitud y una precaución tan grandes, que se hubiera creído que temía doblar al pasar las hierbas húmedas de rocío.

No había luna, y grandes nubarrones corrían por la superficie del cielo.

La oscuridad era tan profunda, que Mignonne no notó que había llegado sino

cuando su mano extendida tropezó con la pared, que siguió a tientas, hasta la puerta de entrada, que encontró entornada.

Mignonne se cercioró de que la llave se había quedado en la cerradura por la parte de fuera.

Puso la mano sobre esa llave, y, adelantando la cabeza, preguntó bajito:

—¿Estáis ahí, primo?

—¡Ya lo creo que estoy!... —contestó Pedro—. Entra pronto.

—Aquí estoy... —dijo la joven.

Pero en vez de entrar, empujó vivamente la puerta y dio dos vueltas a la llave.

—¿Qué haces, prima? —exclamó el enano desde dentro.

—¿Qué hago? —murmuró la joven hablándose a sí misma—: paciencia, primo, ahora lo vais a saber.

Y mientras Pedro golpeaba la puerta con impaciencia, Mignonne cogía la escalera que había ocultado y la apoyaba contra la pared en el sitio en que estaba colocada la ventanita.

Arrancó dos o tres puñados de hierbas secas, que guardó en el delantal, y subió por la escalera.

—Pedro Nicod —dijo pasando la cabeza por la ventana—, escuchadme.

—¡Eh, prima! —exclamó el enano dejando de golpear la puerta—, abridme primero. Ya sé que es una broma; tiene gracia, tiene mucha gracia. Pero ha durado ya bastante.

—Pedro Nicod —repuso Mignonne—, os he dicho que me escuchéis.

Había tan terrible solemnidad en el tono grave de la joven, que el enano se calló y escuchó.

—Es preciso que la voluntad del cielo os haya vuelto loco —continuó la aldeana— para que hayáis venido a entregaros a mí. ¡Ah! habéis querido asesinar a mi amante... ¡ah! me habéis matado casi para deshonrarme... y habéis podido creer que os amaba... y habéis creído que yo venía aquí a una cita de amor... ¡Ah, Pedro Nicod! ¡Pedro Nicod! encomendad vuestra alma a Dios y rogadle que os perdone, pues yo no os perdonaré.

—¡Ah, ah! —exclamó Pedro Nicod, esforzándose para echarse a reír, pero con voz temblorosa—. Tiene gracia lo que acabáis de decirme, prima; pero, ya que me lo habéis dicho, abridme pronto la puerta, pues me ahogo aquí dentro y no veo nada.

—Voy a daros luz, primo —contestó Mignonne sarcásticamente.

Y sin contestar nada a las preguntas incesantes de Pedro Nicod, la joven sacó del bolsillo de su delantal un eslabón y un pedazo de yesca.

Con las hierbas secas que había arrancado hizo como una tea, en la que introdujo la yesca encendida, y sopló hasta que se hizo llama.

Después arrojó en el interior de la torrecilla la tea incendiaria.

Entonces únicamente comprendió Pedro Nicod cuál era la intención de Mignonne. Dio un grito espantoso y se precipitó contra la puerta, que procuró abrir

con toda la energía de la angustia y de la desesperación.

La puerta resistió.

El montón de heno se había encendido con la rapidez de la pólvora.

El humo cegaba al enano.

Las llamas se juntaban en derredor suyo y lamían sus cabellos y sus vestidos.

Redobló sus gritos de agonía y sus súplicas.

Pero Mignonne no tenía piedad.

Había bajado muy despacio de la escalera, y esperaba a diez pasos de la torre, pálida, pero resuelta.

Al poco rato, a las voces desesperadas siguieron gemidos sordos.

La puerta se movió de nuevo con los esfuerzos de una mano desfallecida.

Después no se oyó más ruido que el chisporroteo del fuego que devoraba los maderos del techo.

A los cinco minutos el techo se hundió, y una columna de humo, acompañada de llamaradas resplandecientes, se elevó iluminando el horizonte con un color de púrpura sangrienta.

Al mismo tiempo la puerta, calcinada por completo, cayó también.

Mignonne se acercó y miró el interior.

En el centro acababan de consumirse, exhalando un olor infecto, algunos restos informes.

Era cuanto quedaba ya de Pedro Nicod.

—¡Dios haya recogido su alma! —murmuró la aldeana, dirigiéndose hacia la granja.

XVI

Los tres personajes que hemos presentado a nuestros lectores en el primer capítulo de este tomo, es decir, el barón de San Andrés, la baronesa Artemisa y el cura Bricogne, se hallaban reunidos o las dos de la tarde en el salón del palacio.

El sacerdote acababa de llegar.

—¿Qué tal, señora baronesa? —preguntó al entrar—, ¿cómo sigue nuestro enfermo?

—Bien, del todo bien, gracias a Dios —contestó la madre de Carlos—, y me alegro que hayáis venido, pues tenemos que hablar respecto a ese hijo querido.

—Estoy a vuestra disposición, señora baronesa —dijo el cura sentándose.

—Ya sabéis, señor cura, cuál es mi parecer sobre el terrible acontecimiento que nos ha sumido en la desesperación...

—Suponéis, señora, que Carlos ha sido víctima, no de una casualidad ni de un accidente, sino de una venganza.

—Mi convicción no se ha modificado.

—Sin embargo, las indagaciones hechas por orden del señor Fiscal...

—No han dado resultado alguno, ya lo sé. Pero eso solo demuestra que los indicios no han sido suficientes para llegar al descubrimiento de la verdad.

—Tal vez tengáis razón.

—No, señor, *tal vez* no, tengo razón *de seguro*; Carlos, vergüenza me da el decirlo, se ha enamorado de alguna aldeana de las cercanías...

—¡Oh, señora baronesa! —exclamó el cura, bajando pudorosamente los ojos.

—Sí, y un rival celoso se ha vengado asesinándole.

—¡Esto no es más que una sospecha!

—Es una convicción. Acordaos de que Carlos, durante el delirio de la enfermedad y aun en sueños, no dejaba de repetir el nombre de *Mignonne*... ¿Quién es esa *Mignonne* desconocida?...

—No lo sé.

—Ni yo tampoco, desgraciadamente. He procurado interrogar a mi hijo con muchos rodeos, se ha ruborizado, pero no ha contestado. No puedo, no quiero insistir con él sobre ese particular.

—Hacéis muy bien.

—Pero conviene que evitemos otra desgracia más irreparable que la primera.

—¿Otra desgracia, decís?...

—Sí. Carlos está curado ya, dentro de pocos días podrá salir; a su edad es imposible intentar restringir su libertad; nada le impedirá pues reanudar los amores interrumpidos por una mano criminal: ¿quién nos dice que esa misma mano no le volverá a herir, y entonces mortalmente?

—¿Podéis suponer?...

—¡No supongo nada, lo temo todo!

—Entonces...

—¿Qué hacer, no es eso?

—Precisamente.

—Tengo un proyecto, o mejor dicho, el señor barón y yo tenemos un proyecto que quisiéramos consultaros.

—¿Cuál es?

—Alejar de aquí a Carlos.

—¿No vais a volver dentro de poco a Besançon?...

—Eso no basta. Carlos ha acabado sus clases, y en una ciudad de provincias lo que le espera es la ociosidad. Ahora bien, a esa edad la ociosidad es fatal... Pensamos en que estudie la carrera de leyes y en mandarle a París.

—La gran ciudad es muy peligrosa: es la moderna Babilonia, el foco de las iniquidades y corrupciones de...

—Sí, pero tenemos en París parientes y amigos a quienes recomendaremos con calor a Carlos, y que velarán sobre él con paternal solicitud. El trabajo y las distracciones honestas ocuparán su tiempo y le alejarán de los placeres peligrosos.

—Entonces, señora baronesa, soy de vuestro parecer, y apruebo todo cuanto habéis decidido.

—Vuestra aprobación me complace en extremo, señor cura.

—¿Y cuándo pensáis despedir a mi querido Carlos?

—Lo más pronto posible.

—Lo cual quiere decir...

—Que dentro de diez o doce días mi hijo estará ya en camino.

—¿Sabe ya cuál es vuestro proyecto?

—Aún no; pero no dudo que se alegrará. ¡Son tan poderosas para un joven las seducciones de la vida de París!

—Demasiado poderosas, señora baronesa, demasiado.

—Pero, en fin, señor cura, ¡qué le hemos de hacer! Es cierto que arriesgamos algo; pero por lo menos evitamos un peligro seguro...

—Tenéis razón... como siempre...

—¡Chist! aquí viene mi hijo.

En efecto, Carlos entraba en el salón.

El joven estaba aún muy pálido, y parecía andar con trabajo.

Aquella conversación fue interrumpida por su presencia, continuando después sobre otros asuntos que no tienen interés para nuestros lectores.

* * *

Cuando Carlos se enteró de su próximo viaje, no hizo ni una sola objeción, y hasta

pareció encantado de la perspectiva que se le presentaba.

—¿Y Mignonne? —dirán nuestros lectores—; ¿la había olvidado ya?

—No —contestaremos—; pero sus sentimientos con respecto a la joven se habían modificado por fuerza.

Primero, la pérdida de la sangre, la enfermedad y la dieta habían calmado mucho los ardores juveniles de su temperamento.

Después había reflexionado larga y profundamente sobre el doble accidente de la pasadera del valle de Ajoz y del bosque de la Souche, y tuvo que confesarse a sí mismo que Mignonne debió haber sido la causa involuntaria de aquellas mortales emboscadas.

A consecuencia de eso, tenía cierta desconfianza en el porvenir, y algún temor.

En resumen, Carlos se alegró, pensando que al alejarse de aquel país cortaba para siempre un amor cuyo único resultado había sido poner en peligro su vida en dos ocasiones.

Además, como lo había supuesto la baronesa muy juiciosamente, París le deslumbraba.

Carlos se propuso, pues, no intentar siquiera volver a ver a Mignonne antes de su partida.

Quince días después, provisto de numerosas cartas de recomendación y de una cantidad de dos mil francos, primer semestre de la pensión que debía percibir, después de haber abrazado a sus padres y de haber sido bendecido por el cura, emprendía el camino hacia la moderna Babilonia, la ciudad de las iniquidades y de las corrupciones, como la llamaba el abate Bricogne.

Pronto le volveremos a encontrar allí.

SEGUNDA PARTE

EL CONDE RENÉ

I

Nuestros lectores no habrán olvidado el retrato, tanto físico como moral, que hemos hecho del conde René en uno de los últimos capítulos de la primera parte de este relato.^[4]

Sabemos también que tenía próximamente cien mil francos de renta, que vivía en el número 19 de la Chaussée d'Antin, que estaba muy enamorado de Pivoine, querida de Fra-Diavolo, el pintor, y que había sido rechazado por la joven en el jardín de Luxemburgo de un modo formal y decisivo.

El conde René acababa de volver a su casa después de esa derrota.

Parecía de muy mal humor.

Tumbado en una butaca enfrente de la chimenea de mármol blanco de un gabinetito de forma ovalada, presentaba sucesivamente a la llama brillante del hogar las suelas de sus botas de charol, y sin dejar de fumar un habano riquísimo, murmuraba con visible impaciencia:

—Por cierto que nadie lo hubiera dicho; nadie lo hubiera creído. ¡Yo!, ¡yo, el conde René, rechazado, desdeñado! ¿Y por quién?... Por una muchachuela del barrio Latino, por una griseta... por menos aún. ¡Si siquiera fuera por virtud! ¡Pero no! la señorita tiene un amante. ¡Y qué amante!... ¿Cómo? ¡Ofrezco perlas, diamantes, terciopelo, caballos, una fortuna y mi corazón!... ¡Y lo rechaza todo! ¡Y lo rechaza por un ser que se llama *Fra-Diavolo*! ¡Por un hombre que no tiene ni dinero ni fama, que no es buen mozo y que es ridículo! ¡Oh, las mujeres... las mujeres!...

Al llegar a este punto de su monólogo, el conde René sacudió la ceniza de su cigarro, y repuso con nerviosa vivacidad:

—Lo mejor es no volverse a acordar del asunto. Pero ¿cómo? ¡Es tan linda esa muchacha!... ¡No solo es linda, es encantadora, es divina!...

El conde René se levantó y fue a contemplar un cuadro colgado en una de las paredes del gabinete. Aquel cuadro representaba *Ariana abandonada*.

Pivoine, como ya sabemos, había servido de modelo para la Ariana.

—Sí, por cierto —repuso el conde René—. ¡Divina! la palabra no es exagerada. ¡Qué pureza de líneas! ¡Qué formas! ¡Qué gracia a la vez casta y voluptuosa! ¡Sí, esa joven es una maravilla, un tesoro; y a toda costa, aun cuando me costara la cuarta parte de mi fortuna, es preciso que me pertenezca!

Por lo que se ve, el conde René, a pesar de estar estimulado por la pasión y por el amor propio, sabía contar perfectamente.

Algunas personas hubieran hablado de sacrificar toda su fortuna, pero él no prometía más que la cuarta parte.

Volvió a sentarse y acabó de fumar el cigarro con aire melancólico y preocupado.

Trataba de idear y de combinar un nuevo plan de estrategia amorosa.

Pero, como no brillaba por la facundia de su imaginación, tenemos que declarar que no encontraba nada.

En aquel momento llamaron discretamente a la puerta del gabinetito.

—¡Adelante! —dijo el conde.

Se presentó el ayuda de cámara.

II

—¿Qué hay, Bautista?... —preguntó René.

—Ahí está una persona que quiere hablar con el señor conde.

—¡Una persona!... ¿Quién es esa persona?

—Una señora.

—¿Joven?

—Sí, señor conde.

—¿Bonita?

—Sí, señor conde.

—¿Bien vestida?

—No, señor conde.

—¿Habéis visto a esa señora alguna otra vez por aquí?

—Nunca, señor conde.

—¿Qué os ha dicho?

—Me ha dicho que deseaba hablar lo más pronto posible con el señor conde, que esperaría al señor si había salido, y que, en el caso de que el señor estuviera en casa, bastaría que le dijeran su nombre para que el señor conde la recibiese inmediatamente.

—Bueno. ¿Y sabéis cuál es su nombre?

—Sí, señor conde.

—¿Es?...

—Pivoine, señor conde, la señorita Pivoine.

René tuvo un mareo.

Se levantó de un salto y exclamó:

—¡Estúpido!, ¿y me hacéis esperar un cuarto de hora, en vez de decirme el nombre lo primero?... ¿En dónde está esa joven?

—En la antesala, señor conde —contestó el criado avergonzado.

—¡En la antesala!, ¡animal!, ¡bárbaro! ¡Que entre inmediatamente aquí, inmediatamente!

—Sí, señor conde.

Y Bautista salió corriendo.

Al cabo de un instante, Pivoine se presentaba en el gabinetito.

Estaba muy pálida.

Sus párpados, enrojecidos e hinchados, atestiguaban que acababa de llorar mucho.

Y sin embargo, a pesar de esas lágrimas, a pesar de su traje más que modesto, que consistía en una falda de lana, un mantón viejo de tartán y un sombrero que ya no era nuevo y que nunca había sido elegante, Pivoine parecía encantadora.

El conde corrió a su encuentro, y le cogió la mano.

Aquella mano estaba helada; pero René no lo notó.

Llevó a la joven hasta la butaca, en la que la hizo sentarse.

Después se quedó de pie junto a ella, pareciendo esperar a que hablara primero.

Pero Pivoine callaba.

Tenía los ojos bajos. Su apuro era evidente.

El conde René se decidió a romper el silencio.

—¿Me permitís que os pregunte, señorita —dijo muy despacio y buscando las frases—, cuál es el motivo a que debo atribuir una visita que me complace en extremo... pero que me sorprende mucho... sobre todo después...?

El conde dudó.

Pivoine levantó la cabeza.

Su mirada estaba tranquila.

La emoción había desaparecido.

—Después de mi acogida de esta mañana, ¿no es verdad, caballero? —dijo.

—Es verdad —contestó el conde inclinándose.

—Es raro ¿no es cierto? verme ahora en casa del hombre a quien he rechazado hace una hora —prosiguió la joven.

—También es verdad —dijo René.

—¿Tal vez encontraréis que el paso que doy es inexplicable?

—Así es —dijo el conde.

Mientras Pivoine hablaba, el corazón de René palpitaba de alegría, pero la frialdad que afectaba le parecía a un mismo tiempo muy hábil y del mejor gusto.

—Señor conde —prosiguió Pivoine con mayor resolución—, me habéis dicho que era hermosa...

—¡Como un ángel o como una diosa! —exclamó René.

—Me habéis dicho que me amabais...

—Y os lo repito... os amo como merecéis ser amada, es decir, exclusivamente y con adoración.

—Me habéis dicho, por fin, que deseabais ser mi amante...

—No creería pagar demasiado cara semejante felicidad, comprándola al precio de mi vida.

—Pues bien —murmuró Pivoine, cuya voz se debilitaba a pesar suyo al pronunciar estas palabras—; pues bien, vengo a ofrecerme a vos: tomadme...

Al oír esas palabras, René experimentó un momento de estupor.

Pero comprendió muy pronto que no tenía más que interrogar a la joven para conocer su verdadero sentido.

Se sentó al lado de Pivoine.

Le tomó de nuevo la mano, pero de un modo casi fraternal, y le dijo:

—Vamos a ver, hija mía, no puedo realmente creer en toda la felicidad que parece prometerme lo que acabáis de decir...

—¿Por qué?... —interrumpió vivamente Pivoine.

—No sois una mujer como todas las demás —continuó el conde—; he sabido apreciar vuestra noble resistencia, y es preciso que os haya sucedido algo muy grave para cambiar de tal modo vuestros sentimientos y obligaros a venir a ofrecerme lo que antes negabais a mis ardientes súplicas...

—Caballero... —balbuceó Pivoine.

—Os amo —continuó René—, os amo con un amor ardiente, impetuoso, ya lo sabéis. Pero en este instante, os suplico que no veáis en mí más que un amigo, un antiguo amigo, tened confianza, contádmelo todo...

Esas palabras, y sobre todo el tono benévolo con que fueron pronunciadas, triunfaron de la irresolución de Pivoine.

Sintió que la emoción se apoderaba de ella de nuevo.

Su corazón, demasiado lleno, se desbordó.

Las lágrimas asomaron a sus ojos y se echó a llorar amargamente.

—¡Qué bueno sois, caballero! —dijo a René cuando empezó a tranquilizarse algo.

—¡Valor! —repuso el conde—; ¡valor, y contádmelo todo!...

—Pues bien —balbuceó tímidamente Pivoine—, se acabó...

—¿El qué? —preguntó vivamente René.

—Me he separado de él...

—¿De vuestro amante?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Por causa vuestra.

—¡Por causa mía! —exclamó René muy sorprendido—. Sin embargo, esta mañana...

—Esta mañana me había negado a escuchar vuestros ofrecimientos, ¿es eso lo que ibais a decir?

—Eso mismo.

—Pues vais a ver. Tenía celos de vos, me había seguido esta mañana, me vio hablar con vos, y cuando volví a casa, me preguntó si había encontrado a alguien. Yo, que conocía su carácter irascible y celoso, le contesté que no. Entonces me dijo que lo había visto todo, me llamó miserable, me gritó que le engañaba, levantó un palo sobre mí y, al suplicarle que me perdonara, me pegó, caballero, me pegó hasta derribarme al suelo sin conocimiento...

—¡Oh!... —dijo René con horror.

Pivoine ocultó el rostro entre las manos y prorrumpió de nuevo en sollozos convulsivos.

—¡Pobre niña!, ¡pobre niña! —exclamó el conde—. De modo que vos, tan inocente, habéis sufrido por causa mía...

Pivoine hizo un gesto afirmativo.

—¿Me lo perdonaréis? —preguntó René.

—No ha sido culpa vuestra —dijo Pivoine.

—Dadme la mano en prenda de perdón.

Pivoine le alargó la mano.

René apoyó en ella los labios.

Hubo un momento de silencio.

—Entonces —dijo René reanudando la conversación—, ¿habéis acabado por completo con ese miserable?...

—Sí —contestó Pivoine—, he acabado, acabado por completo.

—¿De modo que ya no le amáis?

—No.

—Pero antes de la horrible escena que acabáis de contarme, ¿lo amabais aún?

—No, ya hacía tiempo que no le quería...

—Entonces —dijo René muy sorprendido— ¿por qué estabais con él?

—¿Por qué? —preguntó Pivoine.

—Sí.

—Porque era pobre, porque era desgraciado, porque creía en su amor; y como toda la felicidad que tenía en este mundo era yo, quería dejarle esa felicidad.

—¿De modo que por abnegación, y solo por abnegación, sufríais aquella terrible miseria?

—Os lo juro.

—¿Y sin la escena de esta mañana, no os hubierais separado de ese hombre?

—Nunca.

—No sois una mujer —dijo René conmovido por la primera vez en su vida—, ¡no sois una mujer, sois un ángel!

III

—Decidme, hija mía —repuso el conde René, después de un momento de silencio—, ¿cómo habéis conocido a ese artista?

Pivoine bajó los ojos y no contestó.

Al ver esa duda, René insistió.

—Desde este instante, querida niña —dijo— tenéis en mí, para siempre, un protector y un amigo. Tratadme pues como amigo, es decir, con confianza. Contadme toda vuestra vida. Sois demasiado joven para que pueda haber en vuestro pasado algo de que debáis avergonzaros; ese pasado tendrá tal vez errores e imprudencias, pero no tendrá una sola falta, estoy seguro... Vamos, hija mía, hablad, os escucho.

—¿Lo deseáis? —preguntó Pivoine.

—Os lo ruego.

—Pues bien, sea.

—¡Gracias, gracias!... —dijo el conde besando de nuevo la mano de la joven.

Pivoine empezó la relación de su vida.

Contó su juventud pasada entre los árboles seculares del parque de Nodesmes, el idilio de sus primeros amores, amores tan sencillos y tan castos.

Cuando pronunció el nombre del señor de Nodesmes, el conde René la interrumpió bruscamente.

—¡El vizconde Julio!... —exclamó—: ¡ah!, ¡ah!

—¿Le conocéis? —preguntó Pivoine.

—¡Ya lo creo! Acaba de casarse...

—¡Ah!

—Se ha casado con una rica heredera de Normandía, con la señorita de Choisy.

—¡Esther de Choisy! —dijo a su vez Pivoine con asombro.

—¿La conocéis también? —preguntó el conde.

—¡La novia de Jorge de Entragues! —murmuró la joven, pero tan bajito que René no oyó el nombre.

Repitió su pregunta.

—Sí por cierto... la conozco... —contestó Pivoine.

—¿Cómo fue?

—Esperad y lo sabréis.

Y la joven continuó su relato.

—Un día —dijo—, un día de desgracia, un forastero, un parisiense llegó al palacio... se llamaba Jorge de Entragues.

René la interrumpió por segunda vez.

—Jorge de Entragues... —dijo—, eso sí que es raro...

—¿Era quizá amigo vuestro? —preguntó Pivoine.

—¿Amigo mío?, ¿no, a Dios gracias!

—¿A Dios gracias? ¿Por qué?

—Porque el señor de Entragues era un verdadero canalla...

—¿Estáis seguro? —preguntó la joven con viveza...

—Perfectamente seguro... pero como se ha hecho él mismo justicia, no hablemos más de él.

—¡Se ha hecho justicia! —exclamó Pivoine—: ¿qué queréis decir, caballero? ¿Qué ha sido de Jorge de Entragues?

—Se ha matado.

—¡Jorge de Entragues ha muerto!... —murmuró Pivoine, mientras que algunas lágrimas oscurecían su mirada y su corazón latía más fuerte al recordar su primer amor.

Cuando aquella emoción se hubo calmado algo, prosiguió su historia.

Todos nuestros lectores saben lo que dijo al conde René, por lo menos los que han leído *Los Caballeros del Lansquenet* y la primera parte de *Las Pecadoras*.

Cuando Pivoine hubo acabado, René empezó por darle las gracias por la confianza que acababa de manifestarle.

Después añadió:

—Ahora que conozco el pasado, hija mía, hablemos del presente y del porvenir.

La joven hizo un gesto de asentimiento.

—¿Consentís en ser mi querida?... —prosiguió el conde.

—Sí —contestó Pivoine.

—¿Y sin embargo no me amáis?

—Es verdad.

—¿Me amaréis algún día?

—Con afecto sincero y profundo, creo que sí; con amor, no lo sé.

—¿Pero por lo menos, no amaréis a ningún otro?

—El día en que yo amara a otro, os dejaría; y si fuera vuestra querida, os dejaría para marcharme con ese otro.

—Lo que me estáis diciendo me demuestra que vuestra alma es tan encantadora como vuestro cuerpo. Mi amor hacia vos aumenta; pero no puedo consentir en que me concedáis derechos que no compartiría vuestro corazón.

El conde René se interrumpió.

—¿Me rechazáis?... —murmuró Pivoine.

—No por cierto —exclamó el conde—, no os rechazo; pero quiero mostrarme digno de vuestra leal confianza.

Se levantó de la silla en que estaba sentado.

Cogió a Pivoine de la mano y la condujo ante el cuadro de *Ariana abandonada*.

—¿Conocéis esto? —le preguntó.

Pivoine levantó los ojos.

Pero los bajó enseguida avergonzada al verse reproducida desnuda y palpitante

por el pincel de Fra-Diavolo.

—Desde ahora —continuó René— puedo comparar el rostro dulce y gracioso pintado en esa tela, con vuestro rostro encantador, que le gana en hermosura; pero quiero ignorar las formas divinas de la Ariana verdadera hasta el día en que me hayáis dicho vos misma: *¡René, os amo!* Hasta entonces, Pivoine, pasaréis por ser mi querida, pero solo aquel día seré en realidad vuestro amante.

La generosidad tan completa y tan inesperada del conde conmovió a la joven mucho más que sus benévolas palabras al principio de la conversación.

Le cogió, a su vez, la mano, a pesar de sus esfuerzos, la llevó a sus labios y la mojó con sus lágrimas.

René retiró vivamente aquella mano.

Rodeó con el brazo el talle de la joven, a quien levantó en vilo para darle un beso en la frente.

—Esperadme un par de horas aquí, hija mía; salgo para ocuparme de vos. Procurad no fastidiaros demasiado hasta mi regreso... Aquí tenéis libros, grabados, álbums. Mirad, leed, distraeos y, sobre todo, pensad en los días felices que el porvenir os reserva.

El conde René salió, dejando a Pivoine sola y asombrada de lo que acababa de suceder.

* * *

Sorprenderá a nuestros lectores el aparente desacuerdo que existe entre las palabras del conde René y las costumbres que le hemos atribuido.

Es evidente que el fondo de su carácter no lo constituía la nobleza de sentimientos que le hemos visto desplegar en su entrevista con Pivoine.

Vamos a dar una breve explicación a nuestros lectores.

El conde René no brillaba ciertamente ni por una inteligencia sin rival, ni por una sin igual delicadeza de corazón; pero, sin embargo, era hombre de buena sociedad y de modales finos y distinguidos.

Tenía por costumbre rodear a las mujeres de respeto y deferencias, muchas veces aparentes, pero que le daban para con ellas el prestigio de galante caballero.

Era además muy refinado en sus apetitos amorosos, y esto nos dará la explicación de su conducta con Pivoine.

Su desinterés aparente ocultaba su egoísmo.

He aquí el por qué y cómo.

El conde René no gustaba de amores vulgares: para él no había atractivo en la posición brutal de una mujer; buscaba en el amor las más exquisitas fases de la voluptuosidad.

Luego si se hubiera apoderado inmediatamente de la joven que la desesperación echaba en sus brazos, no habría hallado las sensaciones que apetecía, ¿no es cierto?

¡No, ciertamente!

Hubiera podido obtener frías caricias, abandono glacial, una obediencia de odalisca. ¡He aquí todo lo que habría obtenido!

Y el maravilloso modelo de la *Ariana abandonada* dejaba entrever placeres sin fin.

Solamente que el conde se decía que había que esperar a que la chispa saliera del montón de hielo.

Y para llegar a sus fines, René quería empezar por fascinar a la joven.

Después que esta estuviese fascinada, enternecida, entusiasmada, agradecida, concluiría por ser la primera en conceder la dicha a su generoso y desinteresado protector, pronunciando a su oído estas palabras:

—René, os amo.

Creemos que el conde, pensando así, pensaba bien.

IV

Cuando se separó de Pivoine, el conde René no mandó enganchar su carruaje. Montó en uno de los coches de alquiler que paran siempre en los alrededores del café Foy.

Luego se hizo llevar al barrio de la Magdalena para buscar un cuarto en que instalar a su nueva querida.

Encontró lo que buscaba en una hermosa casa de la calle de Castellane.

El cuarto era un piso segundo.

Que se componía de una antesala bastante grande, comedor, un hermoso salón, y dos piezas más; la una podía servir para dormitorio y la otra para tocador.

Además correspondía a este cuarto una cochera, y cuadra para dos caballos.

El cuarto estaba recién arreglado; los papeles, elegantes, permitían adornar la habitación como se quisiera y habitarla al momento.

René, satisfecho de su descubrimiento, fue inmediatamente en casa de su tapicero.

—Buenos días, señor conde —dijo obsequiosamente el artista, deshaciéndose en saludos y reverencias, pues el conde era uno de sus mejores parroquianos.

—Buenos días, Roland, buenos días.

—¿En qué puedo servir al señor conde?

—Tal vez en nada, tal vez en mucho.

—Deseo vivamente que sea en *mucho*.

—Todo dependerá de la contestación que vais a dar a una pregunta que voy a hacer.

—¡Espero con impaciencia la pregunta!

—Hela aquí: ¿podéis amueblar una habitación en veinticuatro horas?

—¡Diablo! —exclamó el tapicero.

—¿Qué, no podéis hacerlo?

Y el conde dio un paso para salir.

Pero el tapicero le detuvo, diciendo:

—Bien sabe el señor que para complacerle, haré imposibles.

—Está bien.

El tapicero sonrió.

—¿Empezaréis enseguida a amueblarla? —preguntó René.

—Sí, señor.

—Y para mañana a estas horas...

—Podréis tomar posesión.

—Está bien.

—¿En dónde está el cuarto de que se trata?

—Venid conmigo; le veréis para tomar las medidas.

René y el tapicero llegaron a la calle Castellane.

—En la antesala pondréis banquetas de terciopelo verde con clavos dorados.

—Perfectamente.

—El comedor, de encina esculpida, y los sitios de cuero de Córdoba estampado.

¿Os parece bien, señor Roland?

—Será rico y de buen gusto.

—Quiero que los aparadores sean perfectamente esculpidos.

—Confiad en mí, señor conde.

—Pondremos delante de las ventanas grandes canastillos llenos de flores.

—Muy bien.

—Vamos al salón. ¿Cómo lo vais a adornar, señor Roland?

—Que el señor conde me permita preguntarle si esta habitación es para una señora.

—¡Claro está!

—Siendo el papel blanco y oro, me parece que los muebles deben ser de color de hojas secas, con las cortinas, chimenea y portiers de terciopelo del mismo color; en el cuarterón que hace frente al balcón, colocaremos un magnífico entredós de ébano esculpido. La alfombra blanco y cereza.

—Prefiero un tapiz de Aubusson con figuras mitológicas.

—Será mucho más caro.

—No le hace...

—Es verdad que el señor conde no siente nunca gastar.

—Un piano de Erard, grupos y cuadros, completarán su decorado.

—Habrá que poner en medio del salón una mesa ovalada de ébano con su tapete correspondiente, y sobre ella infinidad de chucherías.

—Sí, señor conde.

—Yo me ocuparé de los cuadros, señor Roland; ocupaos vos de adornar la chimenea.

—Estad tranquilo, pondré un precioso Pompadour.

—También pondréis hermosos jarrones del Japón.

—Precisamente tengo algunos que proceden de la venta del señor Aguado.

—Perfectamente.

El conde abrió una de las puertas laterales del salón, para entrar en otra pieza.

—Esta pieza será el cuarto de dormir.

—Habrá que tapizar las paredes de tela...

—¿Qué clase de tela? —preguntó el conde.

—Seda, terciopelo, persa o cachemir.

—Estoy por el cachemir.

—¿Qué color prefiere el señor conde?

—Gris perla con turquesas.

—¿El lecho igual?

—Sí, lo mismo que los cortinones; pero quiero dobles cortinas de muselina bordadas, lo mismo en la cama que en los balcones.

—¿Sillones?

—Ébano y cachemir; muebles para sentarse, descansar y demás, los dejo a vuestra elección.

—Muy bien; estaréis satisfecho.

—Hablemos ahora del tocador —dijo el conde René—. Aquí se trata de hacer una obra maestra, una maravilla, señor Roland. Buscad en vuestra memoria algo nunca visto.

—Buscaré, señor conde —dijo el tapicero inclinándose y sonriendo—. Pondré seda blanca con ramos encarnados, estilo Luis XV. Reloj y candelabros de Sèvres.

—Quiero —dijo el conde— floreros chinos; los encontraréis en casa de Clisinger, los hay deliciosos.

—¡El señor conde conoce los rincones!

—Sí, algunos; y ahora que hemos convenido todo, poned mano a la obra enseguida, y no olvidéis que mañana a las tres quiero tomar posesión del cuarto amueblado.

—Decorar una habitación semejante en tan poco tiempo, es hacer un esfuerzo sobrehumano —exclamó el señor Roland.

—Se os llama el Napoleón mueblista —respondió René riendo.

—Gracias por la lisonja, señor conde.

—Si cumplís, la habréis merecido.

—Cumpliré lo ofrecido.

—¿Me dais vuestra palabra?

—Mañana, a las tres menos minutos, mis operarios abandonarán la habitación.

—Si queréis dinero, ya sabéis que podéis pasar por mi casa.

—No corre prisa.

—Pero ya sabéis que podéis mandar cuando queráis. Mañana vendré a dar un vistazo a vuestra obra.

—Ruego al señor conde que no venga hasta la tarde, para que el señor pueda apreciar mejor el conjunto.

—¿Tenéis amor propio, verdad?

—¡Un poco!

—Bueno, pues os dejo el campo libre.

Y René, después de dejar al señor Roland en su casa, se dirigió a la suya.

Al regresar, el conde René compró telas de seda y de damasco en suficiente cantidad para hacer dos o tres docenas de vestidos, y dio orden de que las llevaran a su casa, acompañadas de una modista muy hábil.

Encargó dos o tres sombreros, y compró dos cachemires de Indias, que llevó consigo.

—Hija mía —dijo a Pivoine al entrar en el gabinete en que estaba la joven—, mañana estaréis instalada, si no de un modo enteramente digno de vos, por lo menos con alguna decencia. Mientras tanto, he pensado en vuestro guardarropa, y dentro de un momento os entenderéis con la modista.

Pivoine creía soñar.

Cuando iba a contestar, el ayuda de cámara de René se presentó y dijo a este algunas palabras al oído.

—Que entre en mi cuarto —dijo su amo.

Y añadió, hablando con Pivoine:

—Os dejo de nuevo, hija mía, pero solo por cinco minutos. ¿Me dais vuestro permiso?

Pivoine se sonrió.

El conde interpretó aquella sonrisa por una contestación afirmativa y salió.

Otra mujer le esperaba en su cuarto.

Pero no hay que formar juicios aventurados. Aquella mujer no había sido, no era, ni debía ser nunca querida del conde.

—¡Señorita Dudley! —exclamó al entrar, besando la mano que se le tendía graciosamente—. ¡Cuánto me alegro de que mi buena suerte os haya traído hoy a mi casa!

—Señor conde —contestó la señora Dudley sonriendo—, mi visita es interesada.

—¡Mejor que mejor!, ¿de qué se trata?

—Voy a decíroslo.

Pero antes de poner a nuestros lectores al corriente de la conversación de tal modo empezada, les diremos primero quién era la señorita Dudley.

Ana Dudley, inglesa, como lo indicaba su apellido, pero nacida en París de donde no había salido, era una joven de diez y nueve años.

Sería menester, para reproducirla, uno de aquellos suaves *pastels* con los cuales el insigne pintor Latour reproducía las adorables cabezas de las más bonitas mujeres del siglo pasado.

Desgraciadamente no tenemos más que nuestra pobre pluma para reemplazar los mágicos pinceles del gran pintor.

Palabras en lugar de colores.

Frases en lugar de imágenes.

Probaremos, sin embargo.

Ana Dudley era alta y delgada.

Su talle, alto y flexible, reunía la doble perfección de la finura sin delgadez, y de las formas a la vez redondas y de maravillosa elegancia.

El busto presentaba esos contornos maravillosos de las compañeras de Diana cazadora, cuyo divino torso reproducen los frontispicios de los templos de Atenas en sus bajos relieves de mármol blanco.

Aquel talle, delicado y fuerte al mismo tiempo, debía inclinarse y estremecerse al entregarse, con una dulce y voluptuosa languidez, a la presión de un brazo acariciador.

Y si la mirada, después de haber seguido bajo el vestido las ondulaciones de un cuerpo sin defectos, subía hasta el rostro, se detenía encantada, creía vislumbrar una visión fugitiva, una hada, un ángel, y no podía separarse de aquella cabeza joven y encantadora.

¡Cómo describir aquella frente pura y blanca, en la que brillaban el pensamiento y la inteligencia, aquellas cejas maravillosamente arqueadas, y sobre todo aquellos ojos, aquellos ojos, cuyas niñas oscuras tenían, como el océano, reflejos verdes y profundos!

Nada más movible, más encantador que la mirada de aquellos ojos luminosos y dulces, cuya expresión se modificaba a cada momento, según el curso de los pensamientos de la joven.

Una nariz pequeña, coqueta, se veía sobre una boca inteligente y movible como los ojos, y cuyos labios de coral parecían ocultar con sentimiento dos hileras de hermosos dientes.

Cabellos de un color castaño claro con reflejos rubios y cenicientos en sus ondulaciones, cabellos de seda, espesos y largos, coronaban aquella adorable cabeza y le formaban una diadema natural, insignia real de juventud y de hermosura, por la cual muchas duquesas hubieran cambiado de buen grado todos los diamantes de sus estuches.

Añadid a esto una distinción tan completa y tan perfecta que ninguna mujer, por aristócrata que fuera, hubiera podido sobrepujar; una gracia infinita en todas sus posturas, hasta en sus menores movimientos, y tendréis próximamente una idea de lo que era Ana Dudley.

Llevaba un vestido gris con volantes.

Un chal de la India y un sombrero blanco completaban su traje, como se ve, de una sencillez y un gusto exquisitos.

—Voy a decíroslo —había contestado la señorita Ana a la pregunta del conde René, que le preguntaba de qué se trataba.

Y continuó:

—¿Sabéis que trabajo en el teatro?

—Ya lo sé, os he visto.

—¡Ah! —dijo la señorita Ana con alguna extrañeza.

—Como tengo el honor de decíroslo.

—¿Y por qué casualidad habéis ido al teatro de Batignolles?

—No ha sido por casualidad. Me parece que bien se pueden dar algunos pasos para tener el gusto de ver reunidos la juventud, la hermosura y el talento. Os aseguro que hubiera ido mucho más lejos si hubiera sido preciso.

—¿Y en qué obra me habéis visto?

—En la *Canonessa*.

—¿Qué tal os he parecido?

—Encantadora.

—¡De veras! Me gustan mucho los elogios, pero únicamente cuando son merecidos; así es que deseo que me habléis con franqueza.

—Pues bien, la verdad es que habéis trabajado como se trabajaba en el teatro del Gimnasio en sus buenos tiempos; estabais graciosa, espiritual, llena de sencillez y de naturalidad. Parecíais una buena actriz de París, extraviada por casualidad en medio de una compañía de provincias.

—¿Es cierto que creéis lo que decís? —preguntó sonriendo Ana.

—No exagero ni una palabra.

—Entonces, gracias, me alegraré que el público de París opine lo mismo que vos.

—¿Vais a debutar en algunos de nuestros buenos teatros?

—Es muy probable.

—¿En cuál?

—Al salir de aquí, iré a Variedades, en que me proponen escriturarme.

—El público estará de enhorabuena, si aceptáis.

—Repito las gracias; pero veo que, al fin y al cabo, no os he dicho ni una sola palabra de lo que me trae.

—Y, sin embargo, os estoy escuchando con la mayor atención.

—El otro día, uno de los maquinistas de Batignolles se ha herido gravemente al caer al foso. Es un hombre honrado, tiene tres o cuatro hijos, y se me ha ocurrido la idea de dar una función, cuyos productos se destinarán a socorrerle.

—¡Magnífica idea!

—Ahora, adivinaréis lo que de vos espero.

—Me traéis billetes, ¿no es verdad?

—Sí.

—Gracias por haberos acordado de mí.

—¿Vais a tomarlos?

—¡Sí, por cierto!

—Aquí tenéis un palco.

Y la señorita Ana presentó un tarjetón al conde René.

Este lo tomó, abrió el portamonedas y puso un billete de cien francos en la mano

de Ana.

—¡Gracias, en nombre de mi protegido! —dijo la joven.

—¡Qué atolondrado soy! —exclamó el conde—; no me he acordado de preguntaros si trabajáis en esa función.

—Claro que sí.

—Entonces —dijo René— me he equivocado.

Sacó de su portamonedas otro billete de Banco, y se lo dio, diciendo:

—No es a mí a quien vuestro protegido debe dar las gracias, sino a vos.

—El pobre hombre no se habrá visto tan rico en toda su vida —dijo la joven.

—Gracias a vos.

—¡Oh! yo hago en este asunto bien poca cosa. Y ahora, señor conde, hasta otro día.

—No os vayáis aún, os lo ruego —dijo René—, pues yo también tengo que pedir os un favor.

—Entonces, voy a decir como vos: *¡Me alegro!* —exclamó Ana volviéndose a sentar.

VI

—Sois una joven buena y encantadora —repuso el conde—, y creo que no os burlaréis de mí al oír el secreto que voy a confiaros.

—¡Un secreto! —exclamó la señorita Dudley—; ya estáis excitando mi curiosidad.

—¡Hija de Eva! —murmuró René sonriendo.

—Vamos a ver, querido conde, ya estoy en la postura clásica de las confidentes de tragedia. ¿Qué decíais?

—Decía que estoy enamorado...

—Con tal de que no sea de mí, no veo inconveniente alguno.

—No sé cómo confesaros que, en efecto, no es de vos...

—¡Bravo!...

—Es de una joven, que es, después que vos por supuesto, la mujer más linda de París.

—No contesto a ese piropo, que es más galante que verdadero, y me apresuro a preguntaros el nombre de esa maravilla.

—Pivoine.

—¡Ah!

—¿La conocéis?

—No.

—¿No habéis oído nunca hablar de ella?

—Tampoco, y me estoy preguntando de qué modo puedo yo ser útil a vuestros amores.

—La joven de que se trata no es mi querida.

—¿De veras?

—Os digo la verdad. Nuestros amores son tan platónicos como los de los pastores del Lignon.

—Entonces vuestra adorada es muy asustadiza.

—No; lo soy yo, que me he vuelto virtuoso.

—Me asombráis, señor conde.

—¡Ya lo creo! Me estoy asombrando a mí mismo; pero en pocas palabras voy a ponerlos al tanto de la situación.

—Os escucho.

René trasladó a la señora Dudley el relato que Pivoine le había hecho una hora antes.

—¡Pobre joven! —exclamó la señorita Ana, cuando el conde hubo acabado.

—¿Adivináis ahora lo que espero de vos? —dijo René.

—Queréis que sea amiga de Pivoine, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pues bien, lo seré con gusto.

—¿De modo que consentís?

—¿A tomarla bajo mi exclusiva protección? Consiento de todo corazón.

—¿Cuándo me vais a permitir que os la presente?

—Cuando queráis.

—Entonces, ahora mismo.

—¡Cómo!, ¿ahora mismo? ¿Está aquí Pivoine?

—Sí.

—Entonces, querido conde, llevadme a ver a mi futura amiga; cuanto antes, mejor.

—Os prevengo que el traje de la pobre niña es más que modesto.

—¿Qué importa? Si es linda con una tela de lana o de indiana, la seda y el terciopelo la harán ser adorable.

—Vais a verlo; permitidme que os ofrezca la mano para llevaros al gabinete.

El conde René presentó mutuamente a las dos jóvenes.

La señorita Ana se sorprendió de la maravillosa hermosura de Pivoine.

Pero era demasiado hermosa también para sentir ni un solo impulso de envidia.

Acogió a Pivoine con aquella gracia infinita, con aquella benevolencia que sabía emplear para tratar con las personas que le agradaban.

A Pivoine le pareció muy bien la señorita Dudley, con la que se encontró enseguida muy a su gusto.

Y Ana se dijo que Pivoine llegaría a ser, antes de mucho, una de las mujeres más graciosas y más elegantes de París.

Después de diez minutos de conversación, la señorita Dudley besó a Pivoine, dio la mano al conde René y se encaminó hacia Variedades, adonde, como ya sabemos, iba para firmar la escritura.

* * *

Al llegar al Pasaje de los Panoramas, Ana entró resueltamente en el pasillo que sirve de entrada a los actores de Variedades.

La respetable portera del teatro vio que era mujer bonita y la dejó subir sin dificultad; en caso necesario le hubiera confiado la llave del despacho del director.

Ana llegó al largo corredor que separa las habitaciones de los artistas de la escena.

Al entrar en el pasillo, encontró a un hombre a quien preguntó por el director.

—Esa puerta que veis allí, a lo último, encima de aquellos cinco o seis escalones, es la de su despacho —le contestó.

Ana continuó andando.

En el momento en que llegaba a la escalera, el director la vio y se apresuró a

bajar.

—¿Deseáis hablar conmigo, señora?

—Sí, señor.

—Tengo gente arriba, hacedme el obsequio de entrar aquí.

Y le señaló a la derecha la puerta del despacho del secretario general.

Ana entró.

—¿En qué puedo complaceros? —preguntó el director.

—Han debido hablaros de mí —contestó la joven dando su nombre.

—En efecto —dijo el director—, sé que deseáis debutar en uno de los teatros de París y que tenéis la bondad de dar la preferencia al mío.

»No necesito deciros que os recibiremos con gran placer. Me han asegurado que tenéis talento, pero de todos modos, vuestra juventud y vuestra hermosura os bastarían.

—¿De modo que estáis dispuesto a contratarme?

—Sí, por cierto.

—No entro en el teatro como lo hacen hoy muchas mujeres, para convertir la escena en pedestal de sus éxitos de alcoba. Me gusta la comedia y quiero representarla con formalidad. ¿Os convendrá hacerme trabajar?

—Ya comprenderéis —contestó el director— que cuando se posee una perla, tiene un gran interés en montarla lo mejor posible y en enseñarla a todo el mundo todo cuanto se pueda.

—¿De modo que trabajaré mucho?

—Todos los días, si queréis.

—¿Y haré bonitos papeles?

—Los más bonitos del repertorio; voy a poner en ensayo dentro de poco una comedia muy importante, en la que hay para vos un papel delicioso.

—¿Cómo se titula esa comedia?

—*Las hijas del cielo*.

—¿Es una comedia de magia?

—Casi, casi.

—¿Y qué papel tendré yo?

—El de una joven graciosa y encantadora, la heroína de la comedia.

—¿Es bonito el traje?

—Debe ser bonito —contestó sonriendo el director—, pero sobre ese particular hablaréis con los autores.

—¿Qué sueldo vais a darme?

El director frunció las cejas.

—¡Somos muy pobres! —dijo—. ¡Tenemos muchos gastos! ¡Se recauda muy poco! Las mujeres no tienen por lo regular exigencias; la mayor parte no nos cuesta casi nada, algunas nos dan dinero porque las dejemos trabajar.

—No me preocupa lo que hacen o dejan de hacer las demás; no seré exigente,

pero quiero tener sueldo.

—Hacéis mal.

—Puede ser, pero quiero que sea así.

—Pues bien, os ofrezco...

—¿Me ofrecéis?

—Voy a cometer una locura, pero no importa, tengo gran interés en contrataros y os doy mil doscientos francos.

—Es muy poco.

—Decid más bien que es enorme, inaudito, incomprendible.

—¿Solo por el primer año?

—Claro está.

—Pues bien, acepto.

—Firmaremos enseguida un compromiso por un año, ¿no es cierto?

—Como queráis.

El director llamó al secretario general, que estaba en el despacho de la administración.

—Prepara un contrato por un año —le dijo—. Mil doscientos francos de sueldo.

—Sube un instante —contestó el secretario—, el señor de Cherlieu está arriba y quiere hablar contigo.

—¡El señor de Cherlieu! —dijo el director a Ana—, precisamente es uno de los autores de *Las hijas del cielo*, la comedia de que os he hablado. Soy con vos dentro de un momento, van a traeros el contrato para que lo firméis.

Y salió.

VII

Enrique de Cherlieu, que esperaba al director en su despacho, era un joven de veinticinco a treinta años, alto, delgado y moreno, con cabellos negros y un rostro expresivo, pálido por causa de fatigas de distinto género.

—Ya estáis aquí por fin —le dijo el director—: ¡gracias a Dios!

—¡Gracias a Dios!, ¿por qué? —preguntó el joven—. ¿Me necesitáis acaso?

—¡Estos autores son sorprendentes! —exclamó el director—. Cuando os han traído una idea y se les ha encargado una obra, no vuelven a poner los pies en el teatro, y no se vuelve a oír hablar de ellos.

—Así como así, sois un director amable y cuando tenéis las obras las ponéis en ensayo enseguida. Os conozco ya mucho.

—La prueba de que no pienso perder ni un minuto, es que estoy a punto de hacer un contrato expresamente para vos.

—¡Ah!

—Sí, el de una joven encantadora que hará el papel de dama joven en *Las hijas del cielo*.

—¿En dónde ha trabajado esa joven?

—En los alrededores. ¿Queréis verla? Está en el despacho del secretario.

—¿Decís que es linda?

—Lindísima.

—Entonces, bajemos.

Cuando entraron el director y el señor de Cherlieu, Ana leía el contrato que el secretario acababa de presentarle.

Se volvió un tanto.

—¿Qué os parece? —preguntó el director al autor.

—Es el verdadero tipo del papel que va a desempeñar —contestó Enrique en voz baja.

Ana miró con el rabillo del ojo al joven que acababa de hablar.

«¡Hola! —se dijo a sí misma—, para ser un autor no parece tan mal como yo creía».

—Señorita, os presento al señor de Cherlieu, en cuya obra debutaréis probablemente —dijo el director a Ana.

La joven y el autor se saludaron.

—Vamos, hija mía —continuó el director, señalando con el dedo el contrato—, firmad pronto, acabemos ese asunto.

—¿Por qué habéis puesto —preguntó la señorita Dudley— una indemnización de doce mil francos que tendría yo que pagaros en caso de ruptura?

—¡Ah!, ¡caramba! las muchachas bonitas son como las golondrinas: les gusta

viajar, la indemnización es la jaula en la que las encerramos —dijo riendo el director.

—Pero ¡yo no tengo ganas de marcharme!

—En ese caso la indemnización no debe asustaros.

—Es verdad.

Y firmó.

—Ahora me permitiréis —dijo el director— que me despida, pues tengo que hacer allá arriba; muy pronto recibiréis el aviso para el ensayo.

La señorita Ana y Enrique de Cherlieu se quedaron solos.

—¿El papel es bonito de veras? —preguntó la joven a Enrique.

—Muy bonito.

—¿Cómo se llama el personaje?

—Stella.

—¿Tiene canto?

—Mucho.

—¿Y el traje?

—El de una aldeana bretona de fantasía. Podrá ser todo lo lindo que queráis.

—Me aconsejaréis, ¿no es cierto?

—Sí, por más que estoy seguro de que no lo necesitaréis.

—Hubiera deseado que me vieseis trabajar antes del ensayo de vuestra obra.

—Decidme cómo he de conseguirlo.

—Es muy sencillo, trabajo casi todas las noches en Batignolles.

—Iré a veros.

—Sí; pero desearía que me vieseis en un papel que me gusta mucho.

—¿Cuál?

—En *La Canonessa*.

—¿Cuándo trabajaréis en esa obra?

—No lo sé, pero pediré al director que la ponga. Será probablemente para fines de esta semana.

—¿Cómo lo he de saber?

—Os pondré dos letras para avisároslo.

Enrique dio su tarjeta a Ana.

—¿No dejaréis de ir? —repuso la joven.

—De ningún modo.

—Es que va a haber que arreglar las decoraciones y todo, y sería fastidioso tomarse tanto trabajo inútilmente.

—Contad conmigo, no faltaré a mi palabra; en cuanto me aviséis acudiré.

—Entonces, caballero, hasta muy pronto.

Ana salió del despacho.

—¿No me dais la mano? —dijo Enrique.

—Sí, por cierto —contestó aquella dándole la mano.

Los dos jóvenes se separaron, pues la señorita Dudley volvió a montar en su

coche. Enrique subió a ver al director, a quien iba a pedir un palco.

«Seguramente —pensó la señorita Ana por segunda vez— yo me figuraba que un autor debía ser otra cosa muy diferente. Este no me parece del todo mal».

* * *

El tapicero del conde René fue exacto.

Al día siguiente, a la hora fijada, los operarios salían del cuarto de la calle de Castellane.

Tapices, muebles, colgaduras, todo estaba dispuesto, todo estaba colocado, y la joven podía desde luego instalarse en las habitaciones que le habían preparado.

Por su parte, las modistas no se habían dormido tampoco, y veinticuatro horas bastaron para organizar un guardarropa casi completo.

El conde René entró en la habitación que había servido de dormitorio a la joven.

—Si queréis vestiros, hija mía —le dijo—, vamos o salir juntos.

—¿Adónde iremos? —preguntó Pivoine.

—A casa de la joven que os presenté ayer; os gusta ¿no es verdad?

—Mucho.

—Me alegro, pues estoy seguro de que también le habéis gustado.

Pivoine y el conde subieron al coche.

—Calle de la Castellane —dijo René al cochero.

A los cinco minutos llegaron.

La puerta les fue abierta por una doncella, joven y de buen aspecto, a quien René no preguntó nada.

El conde miró su reloj.

—Llegamos antes de la hora convenida —dijo—; la señorita Dudley tardará unos minutos en volver; mientras tanto, voy a enseñaros su casa.

Tenemos que renunciar a describir la admiración de Pivoine en presencia de las maravillas de la sala, de la alcoba y del gabinete.

Los cuartos amueblados del barrio Latino no le habían dado ni idea siquiera de que pudieran existir tales esplendores.

—¡Qué hermoso!, ¡qué hermoso! —exclamaba a cada instante.

—¿Os parece hermoso? —preguntaba René sonriendo.

Y la joven no se cansaba de soltar exclamaciones de asombro.

—De modo que —dijo el conde— ¿os contentaríais con una casa como esta?

—¿Quién no se contentaría? —exclamó Pivoine—: ¿son tan hermosos como estos los muebles de la reina?

—Lo que me estáis diciendo me encanta —dijo René.

—¿Por qué? —preguntó la joven.

—Porque estáis en vuestra casa, hija mía —contestó el conde.

VIII

Tres o cuatro días después de su entrevista en Variedades con Ana Dudley, Enrique de Cherlieu recibió una cartita concebida en estos términos:

Miércoles por la mañana.

Caballero: Os participo que mañana jueves, a las siete, trabajo en *La Canonessa*.

He tardado algo en escribiros porque la señora que desempeña el papel de mi tía Eloísa estaba enferma y no ha podido salir a escena antes.

No dejéis de venir, os lo ruego de nuevo, pues después del trabajo que me ha costado el conseguir que se ponga esa obra, deseo vivamente que no sea en balde.

Iré a Variedades el sábado, a la una, para preguntar al director si os he gustado.

ANA DUDLEY.

Calle de San Jorge, 30.

Esta carta, tan corta y tan sencilla, produjo en Enrique un efecto singular.

Desde el día en que conoció a la joven, no se había acordado de ella ni una sola vez. Su nombre no se había presentado a su memoria. La imagen de su encantadora belleza se había borrado de su recuerdo.

Pero aquella pequeña carta de mujer, aquellos caracteres finos y delicados, extendidos en papel satinado, parecieron evocar una visión. La señorita Ana se le apareció con sus diez y ocho años, su gracia infinita, su soberano encanto, y se apoderó de su pensamiento para no apartarse de él ni un momento.

El día le pareció interminable.

Y al día siguiente, desde antes del mediodía, pensaba en tomar el camino de Batignolles.

Sin embargo, de buena o mala gana tuvo que moderar aquella impaciencia, fuera de tiempo; pero Enrique no pudo entregarse al trabajo, por más que tenía entre manos el manuscrito de un gran drama pedido con premura por un teatro.

Por fin llegó la noche.

Antes de la siete, se instalaba Enrique en una butaca de orquesta del teatro de Batignolles.

El pobre muchacho tenía aún que armarse de paciencia.

La señorita Ana, dudando sin razón de la puntualidad del joven, le había anunciado en la carta que trabajaba a las siete, siendo así que *La Canonessa* no empezaba hasta las ocho.

Enrique tuvo que tragar la mayor parte de una pieccecita ligera, obra de un actor del teatro, que por supuesto desempeñaba en ella el principal papel.

Tras esa pieccecita vino un entreacto enorme, después el cielo se compadeció de nuestro héroe, los cuatro o cinco músicos de la orquesta ejecutaron una obertura y se

levantó el telón.

Empezaron *La Canonessa*.

La verdad sea dicha, Enrique no oyó ni una sola palabra del diálogo, ni una sola nota de la música hasta que Ana salió a escena. Entonces el corazón del autor dejó de latir.

La joven estaba encantadora.

En el teatro no perdía el encanto de sus facciones tan finas y tan delicadas.

Su traje le sentaba a las mil maravillas y daba a su móvil fisonomía una expresión de candor y de ingenuidad infantiles.

Representó como un ángel y fue aplaudida diferentes veces por todo el público.

En el momento en que iba a bajarse el telón y en que la joven se inclinaba, como es costumbre, para manifestar su agradecimiento al público, Enrique se levantó de su butaca y, sin dejar de aplaudir, saludó con un gesto a la señorita Dudley.

La joven no le miraba, y sin embargo, Enrique comprendió perfectamente que le había visto.

Salió del teatro con el corazón lleno de una emoción alegre y de una vaga esperanza.

* * *

Al día siguiente, a las cuatro y media, el señor de Cherlieu entraba en la sala de la señorita Dudley.

La joven le alargó la mano.

—Gracias —le dijo.

—¿Sabéis que he ido a oíros?

—Sí.

—¿Me habéis visto?

—Sí.

—¿Y no me preguntáis cómo os he encontrado?

—Me pareció que me aplaudíais un poco.

—*Mucho*, querréis decir.

—¿Eran aplausos de simple cortesía?

—Ya sabéis que no.

—¿Por lo visto, os he gustado?

—¡Oh! señorita...

—En realidad, hago mal en preguntároslo, pues es seguro que no vendríais a mi casa con la intención de decirme cosas desagradables. ¿Cómo os ha parecido que trabajaban mis compañeros?

—No lo sé.

—¡Cómo!, ¿no lo sabéis?

—No, no los he visto.

—Pues entonces ¿qué mirabais?

—Os miraba a vos.

—Pero... ¿y cuando yo no estaba en la escena?

—Cerraba los ojos para volver a veros en mi imaginación.

—¿Soy más bonita en el teatro que en la calle?

—Tanto sí, pero más... más es imposible.

—¿Habéis acabado vuestra comedia?

—Aún no.

—¿Por qué?

—Porque no he trabajado.

—En verdad que la razón no puede ser peor. ¿Y por qué no habéis trabajado?

—Porque pensaba en vos.

—¡En mí! ¿Y por qué pensabais en mí?

—Porque os amo...

—¡Me amáis!... ¿con amistad, por supuesto?

—Sí, con amistad.

—Y hacéis bien, pues también yo os quiero mucho.

—¿De veras?

—Sí, por cierto. Me habéis gustado inmediatamente. Figuraos que me había formado una idea muy rara de los autores; creía que todos ellos eran viejos y feos, con levita negra algo usada, con gafas azules, con corbata blanca no muy limpia y un gran lío de papeles bajo el brazo.

—¿Y... —preguntó Enrique riendo— habéis encontrado que no me parecía exactamente a ese retrato poco halagüeño?

—Francamente —contestó la joven riendo también—, veo notables diferencias.

—Gracias. ¿Me permitís que venga a veros?

—Sí.

—¿A menudo?

—Tan a menudo como queráis.

—¡Entonces, todos los días!

—¿No os molestaré?

—Ya podéis comprender que no.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Qué hora será la más a propósito para vos?

—Todas, *desde por la mañana hasta por la noche.*

IX

Enrique, alegre por haber obtenido el permiso de visitar al día siguiente a la joven, llegaba a su casa un poco antes de las doce.

Ana dormía aún.

Pronto se vistió, y al cabo de algunos instantes, se reunía a Enrique, que esperaba en el salón.

La señorita Dudley había despreciado el componerse, pues estaba vestida con un sencillo peinador, con el cabello apenas recogido.

¡Cuán pocas mujeres se hubieran atrevido a presentarse con semejante atavío!

Ana, vestida de aquella manera, estaba encantadora.

El flexible tejido de su bata dibujaba las delicadas perfecciones de su talle.

Se admiraba mejor así la maravillosa esplendidez de su cabellera.

—¡Ya! —dijo entrando.

—¿Soy importuno? —preguntó Enrique.

—De ningún modo —respondió sonriendo la joven.

—Sin embargo, he venido demasiado temprano, ¿verdad?

—Tal vez.

—¡Ah!... —murmuró el joven con tristeza.

—Eso dependerá...

—¿De qué?

—De vos. Porque si mañana venís más tarde, o dejáis de venir del todo, dentro de pocos días sentiría tener que renunciar a una agradable costumbre.

La emoción que experimentaba Enrique le impidió contestar.

Tomó asiento al lado de Ana.

Cogió una de las manos de la joven, que esta le abandonó sin resistencia, y durante algunos minutos se anegó al contacto del dulce calor de aquella manita en un mar de delicias.

Sin duda alguna que Ana se sentía a su vez subyugada por la presión de la mano del joven, pues bajo el pretexto de arreglar su cabello, que se deslizaba sobre el cuello, la joven retiró su mano.

—¿Por qué no habláis? —preguntó Ana.

—Porque estoy absorto en mis pensamientos —contestó Enrique.

Ana no le preguntó en qué pensaba.

Tal vez lo había adivinado.

Enrique escuchaba la voz de su corazón, que cantaba a cada latido el himno del amor y de la juventud.

Comparaba las sensaciones que experimentaba al lado de aquella encantadora niña; sensaciones tan distintas a las que le dominaban al lado de sus caprichos de

pocos días.

Sentía nueva vida apoderarse de él; ¡de él, tan sensato y tan hastiado de amor!

Se sentía rejuvenecer al contacto de aquella niña, joven de corazón y de alma tan bella, de una hermosura real y sin artificios; contemplaba aquel diamante puro y sin mancha, que encontraba al fin sin buscarle, después de haber prodigado su vida y adorado guijarros muy brillantes, pero sin ningún valor.

Sin embargo, hasta este día, Enrique había esparcido al azar sus deseos, pero no su corazón.

Rara vez el ídolo de una noche había sido para él el del siguiente día.

Esta vez no debía suceder así.

Enrique se sentía atraído y fascinado.

Presagiaba el dulce preludio de una afición infinita.

Esta vez comprendía que no sería un capricho lo que le atraía, que no era el deseo lo que le llevaba, era el amor que le dominaba.

Enrique fijó su intensa mirada en la de la joven.

Ana quiso sustraerse a aquella mirada mirando a otro lado.

Pero había tal atractivo en la mirada de Enrique, que sintió que a pesar suyo, aquella mirada la fascinaba.

Le parecía que la mirada de Enrique eran besos que ella le devolvía.

Su mano volvió instintivamente a colocarse entre las del joven.

Un estremecimiento nervioso, una conmoción eléctrica pasó por encima de los dos jóvenes.

Los labios de Ana se entreabrieron con inefable sonrisa, dejando entrever el esmalte de sus dientes.

—No me miréis de esa manera —murmuró la joven.

Enrique seguía atrayéndola con su mirada; su flexible cuerpo se recostaba muellemente hacia atrás hasta descansar sus hombros en el respaldo del confidente en que estaban sentados.

Enrique rodeó con su brazo el talle de Ana, atrayéndola dulcemente hasta que la cabeza de la joven descansara en su hombro.

Largo rato la tuvo así, respirando el leve perfume que se desprendía de su cabello, acariciando con la mirada aquel rostro tan dulce, estremeciéndose deliciosamente a cada movimiento de aquel hermoso cuerpo, balanceándola en sus brazos como si fuese un niño adormecido.

Poco a poco fue deslizándose, hasta arrodillarse delante de ella.

Besole las manos.

Luego apoyó sus labios en aquella cabellera en desorden.

Sus atrevidos labios descendieron hasta los párpados.

Después llegaron hasta las mejillas sonrosadas.

Y, en fin, se posaron sobre su linda boca.

Entonces Ana pareció despertar.

Se levantó vivamente.

Sacudió la cabeza, como para alejar de ella la nube de voluptuosidad que la había rodeado.

Fue a sentarse al piano, y mientras sus dedos corrían ligeros y rápidos sobre las teclas sonoras, dijo a Enrique:

—¿Reconocéis esto?

—Empezaba a amaros cuando os lo he oído cantar la primera vez.

Era el vals de *La Canonessa*.

Enrique se había aproximado al piano.

Cuando Ana concluyó de tocar el vals, se levantó, tomó a Enrique del brazo y, llevándole delante de un espejo, colocándose a su lado, le dijo:

—Sois alto.

—Lo bastante para que podáis apoyaros en mi brazo —contestó Enrique.

—Es verdad —dijo Ana.

Y añadió sonriendo:

—Dicen que para que exista armonía entre el hombre y la mujer, esta última debe, alzándose un poco, llegar con sus labios hasta los labios de aquel.

—¿Queréis probar? —preguntó Enrique.

—Bueno —contestó Ana.

Apoyó sus manos en los hombros de Enrique, y sus labios se aproximaron a los del joven.

—¿Es eso? —murmuró echándose atrás.

Pero Enrique la detuvo.

Rodeó con sus brazos el arqueado talle de la joven, y besó delirante sus labios.

Ana se sentía desfallecer.

Sus párpados se anegaban en fluido voluptuoso.

Sin embargo, salió triunfante de este nuevo ataque, provocado por ella.

—Amigo mío... —dijo palpitante todavía—. ¡Marchaos, os lo ruego!

Enrique abrió sus brazos.

—¿Me despedís? —preguntó anhelante.

—Sí —dijo Ana con voz suplicante—; ¡marchaos, pero volved!

—¿Hoy?

—Sí, luego, más tarde; pero ahora marchaos.

Enrique comprendió que la señorita Dudley se temía a sí misma.

Salió con el corazón lleno de alegría.

Estaba seguro de ser amado.

* * *

Algunas semanas después de esta escena, Enrique de Cherlieu creemos inútil decir que tenía facultades para presentarse desde *por la noche hasta por la mañana*.

TERCERA PARTE

MIGNONNE

I

No habrán olvidado nuestros lectores la terrible situación en que hemos dejado a Mignonne.

Durante su acción heroica o vituperable, pero excusable al fin y al cabo, Mignonne había estado sostenida por una exaltación febril y convulsiva.

Pero, tan pronto como se consumó su suprema venganza, se encontró de repente sin fuerzas.

Profundo terror se apoderó de su alma.

Quiso huir.

Y en efecto, se encaminó lo más rápidamente posible hacia la granja de su tío.

Pero, en cuanto hubo dado algunos pasos, sus músculos se aflojaron.

La velocidad de su carrera disminuyó a pesar suyo.

Sus pies tropezaron en los guijarros y se enredaron en las zarzas.

Su respiración se paró.

Sus ojos se velaron.

Perdió el conocimiento y cayó al suelo.

Los resplandores intermitentes del incendio iluminaron a intervalos su cuerpo inanimado.

Por fin, el frío picante que precede por lo regular a la salida del sol, la reanimó un tanto y la hizo volver en sí.

Se arrastró hasta la granja, llegó a su habitación, se desnudó y se metió en la cama para procurar calentarse un poco, pues le parecía que la sangre se había coagulado en sus venas y que sus carnes se convertían en un trozo de hielo.

Aquella sensación dolorosa duró muy poco.

Un calor ardiente invadió enseguida los miembros de Mignonne.

Era la fiebre que se declaraba.

Cinco minutos después, toda la sangre del corazón había subido al cerebro, y la joven era presa de un espantoso delirio.

Tenía terribles alucinaciones.

Le parecía que el cadáver medio carbonizado de Pedro Nicod la cogía en brazos y la llevaba a la hoguera.

Sentía que las llamas devoraban sus ropas y roían lentamente sus carnes, mientras respiraba un ambiente de fuego que le consumía el pecho.

Intentaba escapar, pero tropezaba con una puerta de hierro candente; sus piernas se negaban a sostenerla.

Pedro Nicod la oprimía contra sus humeantes brazos y apoyaba en su boca sus labios de carbón.

La joven exhalaba gritos inarticulados y se retorció en su lecho.

El delirio presentaba los síntomas de la locura.

Por fin, los moradores de la granja oyeron sus gritos, acudieron y, aunque no comprendían las causas de su enfermedad, le prodigaron los primeros cuidados.

Casi al mismo tiempo, notaron el desastre que se había verificado durante la noche.

Pero como, gracias a la actividad del fuego, no quedaba ningún vestigio del cuerpo de Pedro Nicod, no se le ocurrió a nadie que el enano hubiera podido perecer en el incendio del viejo palomar.

Su desaparición repentina causó gran extrañeza; y hasta hoy nadie ha podido darse cuenta de lo que había sido del hijo de Jerónimo Nicod.

Añadamos, para ser verídicos, que en la comarca nadie experimentó gran sentimiento por la desaparición de la deforme y peligrosa criatura.

* * *

La enfermedad de Mignonne fue tan larga como terrible.

Durante más de un mes, la joven estuvo entre la vida y la muerte.

Sin embargo, su excelente naturaleza y la fuerza de su juventud acabaron por vencer, y Mignonne entró en plena convalecencia.

Entonces, todas las facultades de su inteligencia se reconcentraron en la idea de saber si Carlos de San Andrés se había presentado en la granja y si alguien había ido de parte suya a preguntar por ella.

Pero ni el joven había ido, ni había enviado a nadie.

Esto fue para Mignonne una dolorosa decepción, que estuvo a punto de retrasar su completa curación.

Pero el ardiente deseo de saber a qué atenerse sostuvo el valor de la joven.

Dejó transcurrir algunos días más, y una mañana, sin avisar a nadie, tomó el camino del pueblo de San Andrés.

La pobre niña estaba muy débil aún y el trayecto le pareció excesivamente largo.

Se vio precisada multitud de veces a sentarse a orillas del camino o al pie de algún árbol, para limpiarse el sudor que cubría su frente y para afirmar, con un instante de descanso, su andar trémulo...

Muchas veces estuvo a punto de regresar, al ver que le faltaban fuerzas para llegar.

Pero continuó, y por fin alcanzó el objeto de su viaje, es decir, las primeras casas del pueblo de San Andrés.

Ya no tenía más que entrar en alguna de aquellas casas y preguntar por Carlos.

La contuvo una especie de superstición.

Quería ir al castillo, tal vez la primera persona a quien viera, sería el mismo Carlos.

Pero al llegar a la verja, tuvo miedo.

¿A quién se dirigiría?

¿Qué pensarían los criados al ver que una aldeana preguntaba por el hijo del señor barón?

No adivinarían su amor y la despedirían con burlas y desprecio.

Mignonne permanecía en la calle, indecisa, sin saber qué hacer ni qué resolver.

En aquel momento la puerta del corral se abrió, y salió un muchacho de catorce o quince años que conducía al abrevadero media docena de borregos.

Mignonne conocía a aquel chico, que había nacido cerca de la granja de Etioux.

«¡Dios es el que me lo envía!», pensó Mignonne.

Y le llamó.

II

—¡Claudio!... —dijo.

—¿Quién? —preguntó el chico mirando por donde venía la voz que pronunciaba su nombre.

—¡Claudio!... —repitió Mignonne.

El aldeano vino hacia ella.

—¡Hola!, ¡eres tú, Mignonne!

—Sí —contestó la joven.

—¿Por qué casualidad estás tú aquí?

—Pasaba —dijo Mignonne—, y me he parado un momento... iba a continuar mi camino cuando has salido.

—Parece que no estás buena; te encuentro muy pálida.

—He estado enferma mucho tiempo.

—¿Estás ya buena?

—Sí, ya estoy bien del todo.

—Vamos, me alegro. Vaya, Mignonne, buen viaje y buena salud...

El aldeano hizo un movimiento para alejarse.

Pero Mignonne, que quería detenerle, repuso:

—¿Y tú, Claudio, qué te haces?

—¡Oh! yo —contestó este con tono orgulloso— estoy sirviendo.

—¿En el castillo?

—Sí.

—¿Cuidas de los borregos?

—Y de las vacas, y limpio los caballos con el cochero.

—¡Entonces, es esa una buena colocación, Claudio!

—Sí, muy buena.

—¿Y tus amos?

—Como pan bendito... sobre todo el señor barón, no regaña nunca.

—¿Y su hijo? —preguntó Mignonne con profunda emoción.

—¡Ah! el señorito Carlos...

—Sí.

—Hermoso joven, a fe mía.

—¿Y ese, es también buen amo?

—Sí por cierto, lo era, pues ahora...

—¿Qué?, ¡acaba!... —exclamó Mignonne pálida y temblorosa—; ¿qué quieres decir?

—Quiero decir que ya no le veremos por aquí...

—¿Por qué?

—Has de saber que el señorito Carlos ha sido casi asesinado hace poco...

—¿Y qué?...

—Después ha estado tan malo, que creíamos que se moría...

—¿Pero no se ha muerto?

—¡No!

—Bueno; ¿y qué más?

—Que el señor barón y la señora baronesa, que de fijo han tenido miedo de que trataran otra vez de asesinarle, han determinado que el señorito Carlos fuese a París.

—¡A París! —repitió Mignonne con estupor.

—Sí, hermosa ciudad, según dicen...

—De modo —prosiguió la joven—, ¿de modo que se va a marchar?

—¡Oh! no —dijo Claudio riendo.

—¿Pues cómo?

—¡Toma! porque se ha marchado ya.

—¡Se ha marchado ya! —exclamó Mignonne.

—Sí, hace más de quince días.

A Mignonne le pareció que se le rompía algo en el corazón.

Se apoyó contra la pared para no caer.

Un sollozo estaba a punto de escapársele; pero se contuvo y murmuró:

—¿Es verdad lo que me estás diciendo?

—Como el Evangelio —contestó Claudio.

—Entonces, gracias, muchos recuerdos en casa de mi parte.

El aldeano se alejó con su rebaño.

Mignonne, haciendo un violento esfuerzo sobre sí misma, se puso en marcha con aparente fuerza y resignación.

Pero en cuanto pasó las últimas casas del pueblo, la angustia que la atormentaba se apoderó de ella y la dobló por completo.

Se sentó a orillas del camino.

Ocultó el rostro entre las manos y se echó a llorar con convulsa amargura.

«¡Se ha marchado! —pensaba—; se ha marchado sin dedicarme un recuerdo; se ha marchado, creyéndome tal vez cómplice del atentado de que ha sido víctima. Mientras que yo, casi moribunda por haberle vengado, me retorció en mi lecho de dolor, se marchaba; ¡se ha marchado para no volver más!... ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!, ¡sufro tanto, tanto que me voy a volver loca!».

Poco a poco se fue serenando; ideas más razonables llevaron un poco de calma a su espíritu.

«Carlos se habrá alejado a pesar suyo —se decía—, tengo seguridad de que no ha dejado de amarme; pero no sabe de qué medio valerse para darme noticias suyas. Y bien: ¡yo, que quiero verle, que no puedo vivir sin él, iré a París y le llevaré mi corazón, que es todo suyo!».

En cuanto se apoderó de ella esta súbita y extraña resolución, la joven se sintió

reanimada.

Se volvió a poner en marcha con un vigor que parecía imposible, en el estado de debilidad y cansancio que la dominaba.

Llegó a la granja, sin que nadie se hubiese apercibido de su ausencia.

Mignonne dejó pasar todavía unos quince días, porque su estado de debilidad no le permitía emprender el largo viaje que según ella debía conducirle a la felicidad.

Mientras tanto hizo sus preparativos.

Aquellos no podían ser ni largos, ni complicados.

Mignonne solo poseía algunos trajes bastante ordinarios y una suma de diez francos, fruto de los pequeños regalos que le hacían sus tíos.

Con aquellos recursos iba Mignonne a andar las cien leguas que la separaban de París.

Poco más o menos, su situación era la misma que la de Pivoine, una de las heroínas de este libro, en el momento en que la linda normanda dejaba las sombras deliciosas de los bosques del palacio de Nodesmes para dirigirse a la gran ciudad.

III

Mignonne, ya lo sabemos, era huérfana.

Sus tíos la habían recogido desde su niñez, y sentía por ellos una afección filial.

Y, sin embargo, pensaba en abandonarlos.

Abandonarlos, dejándoles para despedida el asesinato y el incendio.

Mignonne pensaba en todo eso, y con profundo pesar los abrazó por última vez la noche que precedió a su marcha.

Una vez en su cuarto, puso en un pañuelo los efectos que quería llevarse; luego se arrojó vestida sobre el lecho, en donde trató de buscar algún descanso.

Mas la agitación de su alma alejó de sus párpados el sueño, y le fue imposible conciliarlo.

Momentos antes de que el alba trazara su línea blanca sobre el manto oscuro de la noche, Mignonne se levantó.

Calzó sus zapatos de los días de fiesta, pues los zuecos de madera hubieran sido demasiado pesados para la marcha.

Puso al hombro el pequeño bastón, al cabo del cual pendía su modesto ajuar.

Salió, cerró la puerta de la casa, y se alejó, sin mirar atrás.

En el momento en que franqueaba el dintel de la casa, la estrella del pastor palidecía al occidente.

«¡Ay! —pensó la joven—; cuántas veces he visto el sol subir por encima de los grandes bosques y disipar la niebla de la mañana. Hoy lo veo tal vez por última vez dorar la cima de las encinas de los bosques de la Souche y la hierba de la explanada de la Roca. ¡Adiós, país que me has visto nacer, y en donde he crecido, en donde he aprendido a amar, en donde he sufrido tanto! ¡Adiós, tal vez para siempre!...».

Llegando al sitio que había sido testigo de su primer encuentro con Carlos, Mignonne se detuvo.

Recordó cuán dulce y hermosa era la noche de aquel día.

Recordó la canción que aquella noche cantara, y, a pesar suyo, repitió aquellas palabras.

Un suspiro salió de su pecho.

Una lágrima asomó a sus ojos.

Ahogó aquel suspiro, enjugó la lágrima y prosiguió su marcha.

* * *

Cuando llegó el mediodía, la pobre Mignonne comprendió que había contado demasiado con sus fuerzas.

Estaba rendida de cansancio.

Se apoderó de ella inmensa desesperación.

El sol brillaba en el cielo como un escudo de oro, sin que la más pequeña nube empañase la cúpula celeste.

Se sentía el calor sofocante de los últimos días del otoño.

Nubes de polvo se levantaban a cada paso de la caminante.

Y a sus ojos se dibujaba como una larga cinta plomiza el camino que tenía que seguir.

Mignonne, desconsolada, se dejó caer sobre un montón de piedras.

Su cabeza daba vueltas.

Encomendó su alma a Dios, pues creía había llegado su última hora.

Mientras la pobre niña, presa de profundo desaliento, se abandonaba a su dolor, tres camiones, al cuidado de un solo conductor, llegaban lentamente hacia ella, siguiendo, al parecer, la misma ruta.

Aquellos camiones eran furgones de transporte.

Uno de ellos tenía en el medio un asiento con capota, para que pudiera descansar en él con bastante comodidad una persona.

Al lado de los caballos del primer carro marchaba un hombre, cuya edad hubiera sido difícil determinar, pues su rostro estaba bronceado y lleno de arrugas, producidas por la intemperie y rigores de la atmósfera.

Aquel hombre, de mediana estatura y de apariencia más bien débil, llevaba en su cabeza un ancho sombrero de paja forrado de hule.

Su blusa azul estaba adornada, tanto en el cuello como en los puños, con dibujos de algodón encarnado.

Entre sus dientes tenía el corto tubo de una pipa ordinaria, ennegrecida por el uso, y de sus labios salían, con deleite, bocanadas de humo.

Con su mano derecha empuñaba una fusta, que hacía chasquear con autoridad magistral de vez en cuando, y su mano izquierda retiraba cada dos o tres minutos la pipa en que fumaba, dejando entonces oír un refrán muy en boga en aquella época.

Fumando, cantando y haciendo chasquear su fusta, nuestro nuevo personaje llegó enfrente del montón de piedras en que Mignonne se había sentado, o más bien dejado caer.

—¡Toma, toma! —dijo parándose—: ¡una jovencilla!

Y como Mignonne parecía no haberle visto ni oído, le tocó ligeramente el hombro con el mango de su fusta.

Mignonne volvió la cabeza y le miró con aire sorprendido.

—Buenos días, niña —dijo el trajinante, el cual sin duda alguna tenía necesidad de desatar su lengua por no haber encontrado otra ocasión en toda la mañana.

—Buenos días —contestó la joven.

—¿Qué hacéis ahí sola?

—Ya lo veis: descanso —contestó Mignonne.

—¡Pero también lloráis!

—No, señor —contestó vivamente Mignonne.

—Y yo sostengo lo contrario, porque tenéis los ojos rojos, y en este mismo momento veo todavía salir dos gruesas lágrimas de ellos.

—Y bien —dijo Mignonne impaciente—, y aun cuando así fuese, me parece... Pero no concluyó la frase.

—Os parece que no me debe importar nada, ¿verdad?

—Eso mismo —dijo Mignonne.

—Hija mía —continuó su extraño interlocutor—, tenéis razón; pero escuchadme: yo soy un buen viejo, pero he sido joven, y en mis buenos tiempos más de una vez he dado buenos consejos, que han sido útiles; viéndoos tan joven, sola y llorando, me ha ocurrido que tal vez pudiera seros útil en algo: si os he molestado, perdonad; esa no ha sido mi intención.

Mignonne miró con atención a aquel hombre.

Bajo su apariencia áspera, su fisonomía aparecía franca y bondadosa.

—Nada tengo que perdonaros —dijo la joven—, y en prueba de ello, os diré por qué lloraba...

—Así me gusta —replicó el carretero.

—Lloraba —dijo Mignonne— porque he emprendido un largo viaje, cuya primera etapa está solo empezada, y ya me faltan las fuerzas.

—¿Un largo viaje, decís?

—Sí, señor, muy largo.

—¿Y adónde vais?

—A París.

—¿Sola?

—Sí, señor.

—¿A pie?

—Sí.

—¡Hija mía, eso es increíble!

—Sin embargo, os he dicho la verdad.

—¿Entonces os falta dinero para tomar la diligencia?

—Tengo muy poco.

—¿Y qué vais a hacer en París?

Mignonne bajó la vista, sin atreverse a contestar.

—Ya comprendo —dijo el trajinante con maligna sonrisa—; historia de amor, ¿verdad?

El silencio de Mignonne y su turbación le hicieron comprender que había adivinado.

No insistió para no quitar a la joven su valor, y prosiguió:

—¿Hace mucho que habéis emprendido el viaje?

—Esta mañana, un poco antes de ser de día.

—¿Habéis dejado la casa de vuestro padre?

—No, señor; no tengo ni padre ni madre.

—¿Y estáis ya cansada?

—¡Tanto, que he tenido que sentarme aquí!

—¡Debéis, sin embargo, tener costumbre de andar, siendo campesina!

—Sí, señor; pero salgo de una larga enfermedad, y me encuentro todavía muy débil.

—¡Pobre niña! —murmuró el interlocutor de Mignonne.

IV

El trajinante reflexionó algunos instantes; luego repuso:

—Os voy a hacer una proposición.

—¿A mí?

—Sí.

—Decid.

—Si seguís vuestro viaje a pie, jamás llegaréis, puesto que os faltan las fuerzas a la mitad de la primera etapa.

—Así lo comprendo —replicó Mignonne.

—Tal vez haya un medio de arreglarlo todo.

—¿Un medio?

—Sí, y excelente.

—¿Cuál es?

—Voy a Tonerre, y os aseguro que de aquí a allí, hay un buen trozo de camino.

—¡Ah! —exclamó Mignonne.

—Hay, como veis, en uno de los furgones una especie de nicho con capota, en donde se puede dormir como en una cama; los caballos son fuertes y vigorosos, y vos pesáis tan poco que no se apercibirán de su nueva carga; por lo tanto, os ofrezco ese domicilio hasta donde yo llegue.

Mignonne vaciló antes de contestar.

—¿Aceptáis?

—Pero... —dijo la joven.

—Comprendo, desconfiáis de mí. Os sorprende que un desconocido quiera sin interés haceros un favor. Es verdad, sed franca.

—¡No! no es eso —contestó Mignonne ruborizándose.

—Pues yo seré explícito —dijo el carretero—. Si tuviese veinticinco años, hija mía, podría llevar miras interesadas. Sois muy bonita, y el viaje no se podría hacer sin algún peligro para vos; pero hoy soy un pobre viejo, y podéis aceptar sin ningún temor. A fe de Nicolás Crochard, natural de Epinal, en los Vosgos; además me precio de ser un hombre muy honrado, y os repito que podéis aceptar sin ningún temor.

—Acepto —dijo Mignonne, comprendiendo que si rehusaba la oferta del trajinante, no le quedaba más recurso que volver atrás, y retirarse a la granja de sus tíos.

Y prefería morir antes que renunciar a sus proyectos.

—Así me gusta —dijo Nicolás Crochard—; ahora aligeremos el paso para reunirnos a los furgones.

Durante la conversación, los carros, no habiéndose detenido, habían adelantado bastante el camino.

Un cuarto de hora después, Mignonne y Nicolás les alcanzaban.

Nicolás detuvo los caballos.

Levantó a Mignonne en brazos y la colocó sobre algunos fardos.

—Ya estáis bien, y podréis descansar, si tenéis necesidad de ello; tened un poco de paciencia que, aunque tardemos algo, ya llegaremos.

Y el buen hombre, arreando sus caballos, encendió de nuevo su pipa, como si nada hubiera sucedido, siguiendo su marcha, fumando y cantando.

En cuanto a Mignonne, empezó por dar gracias a la Providencia, que le había deparado tan oportunamente un protector, y después de una ferviente plegaria, sus ojos se cerraron y se durmió.

* * *

Tres o cuatro días transcurrieron.

No diremos que los camiones devoraban el espacio. Pero, en fin, adelantaban.

Mignonne se encontraba muy bien con aquella manera de viajar.

En primer lugar, no se cansaba.

En segundo, no gastaba casi nada.

Se mantenía de pan y queso, y esto era poco costoso.

Bebía agua clara.

Y, en fin, por la noche, envuelta en una manta que le había dado Nicolás, dormía en el nicho del furgón, o si se paraban para pasar la noche, sobre un haz de paja en las posadas.

Mignonne, tomando confianza con su compañero de viaje, el cual, después de todo, era hombre excelente, le confió parte de su secreto y de los motivos que la llevaban a París.

Después de enterarse, Nicolás frunció las cejas contrariado.

—¿De modo que decís, niña, que vuestros amores son con el hijo de un barón?

—Sí.

—¿Y le amáis mucho?

—¡Con toda mi alma!

—¿Y creéis que él os ama?

—Así lo creo —contestó Mignonne con exaltación—: ¡oh, sí!

—Sin embargo, se marchó sin tratar de veros.

—No habrá podido —balbuceó la joven, que no quería abandonar su ilusión.

—Puede que digáis verdad; pero me parece que ese joven no os ama como vos le amáis.

—Os aseguro que os engañáis, señor Nicolás.

—Me alegraré que así sea. Pero si llegáis a encontrarle en París, lo que me parece algo difícil no conociendo las señas de donde vive, ¿qué pensáis hacer?

—Volverle a ver.

—¿Nada más?

—¡Nada más deseo!

—¿Y para qué queréis verle?

—Para decirle que le amo siempre, y para que él me lo diga...

—¿Y luego?...

—¡Y luego que!...

—¿Creéis que se casará con vos?

—Bien lo quisiera, pero no lo espero.

—¿De manera que vais a ser su querida?

—Su querida o su mujer; lo que él quiera.

—¡Pobre niña! —murmuró Nicolás moviendo la cabeza—; ¡pobre niña!, ¡habéis hecho mal en abandonar la granja! ¡Me parece que no es la felicidad la que os espera en París!

—¡A la voluntad de Dios! —replicó Mignonne.

La conversación cesó.

Nicolás pensaba.

Mignonne soñaba.

El trajinante exclamó de pronto:

—Vamos a ver, niña, hay que preverlo todo. ¿Y si por desgracia vuestro amante no os amara ya cuando lleguéis a París?

—¡Oh —exclamó Mignonne—, eso no puede suceder!

—No digo que suceda —continuó Nicolás—; es una suposición nada más; pero si sucediera, ¿qué haríais?

—¿Lo que haría? —contestó Mignonne con voz sorda.

—Sí.

—Si Carlos no me amara ya... si Carlos me rechazara...

—¿Qué haríais?

—¿Hay en París un río?

—Sí.

—¿Muy grande?

—Sí.

—¿Profundo?

—Sí.

—¿Cómo se llama ese río?

—El *Sena*.

—Si lo que decís sucediera... —prosiguió Mignonne— no vacilaría, después de encomendar mi alma a Dios, en arrojarme al *Sena*.

Nicolás hizo un movimiento de sorpresa, y, volviéndose, miró a la aldeana.

Los grandes ojos de Mignonne brillaban con profundo resplandor; una determinación terrible se leía en su rostro.

Lo que decía no eran vanas palabras; lo que acababa de decir lo pensaba, y lo que

había pensado lo ejecutaría.

—¡Pobre niña! —murmuró Nicolás por segunda vez.

Y añadió en alta voz:

—Vamos, no os atormentéis la cabeza con ideas lúgubres. He hecho mal en hablaros como lo he hecho, y es probable que tendréis más suerte de la que he supuesto. ¡Pero hay tantas jóvenes que se pierden en París!

—¡Oh —dijo Mignonne—, yo me perderé, pero será a mi manera!

—Mucho siento —continuó Nicolás— el no poder acompañaros hasta París; pero tengo un primo allí que está al frente de un pequeño hotel en el faubourg San Martín; os daré sus señas, iréis a parar a su casa, y tal vez pueda ayudaros hasta para buscar a vuestro Carlos.

—Gracias, señor Nicolás; ¡sois muy bueno! —dijo Mignonne con profunda emoción.

—No me deis las gracias —dijo Nicolás—; me interesa vuestra suerte, y lo que hago es muy natural.

Por fin llegaron a Tonnerre.

Allí tenían que separarse.

Aquella separación fue tan sensible para el uno como para el otro.

El carretero había cobrado a Mignonne un afecto paternal.

Por su parte, la joven experimentaba por él agradecimiento y simpatía.

Sus ojos se inundaron de lágrimas cuando se separó de Nicolás Crochard.

Este último deslizó algo en la mano de Mignonne.

Ella miró.

Lo que aquel excelente hombre había puesto en su mano eran cuatro piezas de a cinco francos.

—¡Oh, señor Nicolás! —exclamó la joven—; ni puedo ni debo aceptar esto...

Y alargaba la mano para devolver al trajinante lo que le había dado.

Pero aquel fue inflexible.

—Guardad eso como un recuerdo mío —le dijo—: además, no es como regalo; ya me lo devolveréis.

—Si es así —dijo Mignonne—, acepto.

—Ya me lo mandaréis cuando hayáis encontrado a vuestro Carlos; pero lo que sobre todo deseo es tener noticias vuestras.

—¡Las tendréis; os lo prometo! Adiós, pues, y gracias por todas vuestras atenciones, que no olvidaré.

—¿Vais a proseguir vuestra caminata hoy mismo?

—Sí, señor, porque creo que falta todavía bastante.

Con esto, Mignonne se despidió de Nicolás y se puso en marcha.

No entraremos en los pormenores del viaje de Mignonne.

Solo diremos que al cabo de algunos días llegó, por fin, a París.

Se le figuraba a la pobre niña que en cuanto entrase en la gran ciudad iba a encontrar a Carlos; así es que fijaba con atención sus miradas en los transeúntes, creyendo reconocer al pronto en cada uno de ellos a Carlos.

Excusado es decir cuál era su desengaño.

La noche se aproximaba, y Mignonne comprendía que debía tratar de buscar el albergue que le había indicado Nicolás.

Mignonne trató de orientarse, preguntando a unos y otros.

Por fin, después de buscarle durante dos horas, Mignonne le halló.

La posada del *Plato-de-Plata*, que así se llamaba la fonda, o lo que hemos dicho primero, posada, era una casa, cuyos huéspedes eran solo trajinantes y provincianos de pocos recursos de fortuna para residir en París.

Sin embargo, dicha posada estaba mucho mejor alhajada que muchas fondas de

las ciudades de segundo orden.

Mignonne entró en ella; con la mano izquierda sostenía al hombro el palo, del cual iba colgado su modesto guardarropa, y en la derecha llevaba la carta de Nicolás.

Un hombre ancho y robusto, con cara risueña, cubierta la cabeza del tradicional gorro blanco, se adelantó hacia la joven.

—¿Qué se os ofrece, linda joven? —preguntó con amable sonrisa.

—Pregunto por el señor Sebastián Crochard —dijo Mignonne.

—Yo soy.

—¡Ah!

—¿En qué puedo servirlos?

—Os traigo una carta.

—Una carta; ¿de parte de quién?

—De vuestro primo Nicolás.

—¡Me alegro! ¿Y cómo está mi primo?

—Estaba muy bueno cuando me he separado de él en Tonnerre.

—Me alegro; ¿y su carta?

—Hela aquí.

El posadero tomó la carta para enterarse de su contenido, que era el siguiente:

Querido primo Sebastián:

Esta es solo para deciros que me acuerdo siempre de vos, y también para recomendaros a la joven que os entregará la presente. Esta se llama Mignonne; os ruego la tengáis unos días en vuestra casa todo lo económicamente posible, pues así y todo pronto verá su pequeña bolsa vacía.

Esa joven va a París con la esperanza de encontrar ahí a una persona por quien se interesa más de lo que debiera hacerlo.

A pesar de todo, es una joven digna de lástima, y tal vez vos podéis indicarle el medio de encontrar en París al que busca.

Os agradeceré mucho cuanto hagáis en su favor.

Espero tener el gusto de veros pronto, pues he determinado ir a esa dentro de pocos meses.

Mis afectos a vuestra esposa, a quien no tengo el gusto de conocer, y alegrándome infinito hagáis buenos negocios, pues dicen en el pueblo que sois muy rico.

Soy siempre vuestro afectísimo primo,

NICOLÁS CROCHARD.

—¡Muy bien!, ¡muy bien! —exclamó después de haber leído.

Y dirigiéndose a Mignonne:

—De manera —dijo— que deseáis alojaros en mi casa.

—Sí, señor, bien quisiera...

—Eso será fácil, pero decidme en qué coche habéis venido.

—He venido a pie desde Tonerre.

—Pero debéis estar muy cansada, pobre niña; sentaos.

Mignonne se sentó, pues estaba casi desfallecida.

El posadero repuso:

—¿Tendréis hambre?

—Nada he tomado desde esta mañana...

Sebastián puso en un plato carne hasta llenarlo, tomó un pedazo de pan, un vaso y una botella de vino, y colocándolo todo delante de Mignonne.

—Comed y bebed —le dijo—; después iréis a descansar, y mañana hablaremos de lo que os trae a París.

VI

Ya es tiempo de que volvamos a ocuparnos de uno de los importantes personajes de nuestra historia.

Nos referimos a Carlos de San Andrés.

El joven gentil hombre del Franco-Condado había llegado a París provisto de un bolsillo bien repleto, y varias cartas de recomendación para personas notables y serias.

Pondremos a nuestros lectores al corriente de las ideas de nuestro provinciano, y de la vida que pensaba darse en París.

En cuanto se hubo instalado en la berlina de la diligencia, le pareció que le habían quitado un peso de plomo de encima de los hombros.

Aspiraba con toda la pureza de sus pulmones el aire de la libertad, conforme la marcha del coche le alejaba de la casa paterna.

Aunque la alegría que llenaba su corazón pareciera reprensible al primer golpe de vista, no era sin embargo así.

Carlos había vivido siempre al lado de sus padres, completamente dominado por su madre, que no quería dejar de ver en su hijo al niño que conducía por la mano para sostenerle en sus primeros pasos al entrar en la vida.

Esta vida pesaba a Carlos. Tenía sed de libertad e independencia.

Tenía deseos vehementes de ser iniciado en aquellos placeres que reserva París para los escogidos por la suerte.

Soñaba con un porvenir de aventuras galantes, y sonreía de desdén al recordar su ingenuo amor por Mignonne.

Así se prometía que, una vez llegado a París, no vería más que personas cuya edad y posición le pudiesen proporcionar placeres y diversiones continuas.

En cuanto a los personajes, para quien su padre le había entregado cartas de recomendación, pensaba visitarlos por cortesía; pero no quería relaciones de amistad con ellos.

Después de haber presentado a nuestro héroe, tal cual era, y no como lo hemos visto al lado de Mignonne, volvamos a verle en el momento de su llegada a París.

—¿Adónde iré yo en este inmenso París que no conozco?

Y después de un momento de reflexión, se contestó a sí mismo:

—Vamos a ver a Briancourt; él me aconsejará.

Haría un año que su amigo vivía en París, estudiando Derecho; él, por lo tanto, debía ser el mentor de Carlos.

—Al hotel del Norte —dijo al cochero, después de haber hecho cargar su equipaje.

El coche llegó.

Carlos se apeó.

—¿Está el señor de Briancourt? —preguntó en el despacho.

—Sí, señor —le contestaron.

—¿Qué piso, hacéis el favor?

—Segundo, cuarto número 8.

El señor de San Andrés subió.

Llegado que fue al número citado, llamó suavemente a la puerta.

—¡Entrad! —contestaron.

Carlos buscó inútilmente el poder abrir.

La misma voz repitió desde dentro:

—¡Entrad, ya os lo he dicho!

Carlos, amostazado, contestó:

—No puedo, no hay llave...

Una fresca y alegre carcajada contestó a aquella frase.

—Toma, pues cómo han de abrir —contestó una voz de hombre.

Se oyeron pasos en el interior, y la puerta se abrió de par en par.

—¡Carlos de San Andrés! —exclamó al ver al recién llegado el propietario de aquella habitación.

—El mismo, amigo mío —contestó Carlos, mientras se abrazaban los dos amigos.

—No esperaba tan agradable sorpresa; pero entra, entra, querido.

Carlos entró, inclinándose para saludar a una joven, a quien no había visto.

—Servidora vuestra, caballero —contestó con aire irónico la persona a quien Carlos acababa de saludar.

Aquella persona era una joven de diez y siete a diez y ocho años, cuya actitud original merece especial mención.

Acurrucada sobre la alfombra, a la manera oriental, aquella joven, rubia, de fisonomía más que expresiva, apoyaba con coquetería a sus labios el largo y flexible tubo de una pipa turca, aspirando con delicia y lentitud las emanaciones perfumadas de un exquisito tabaco de Levante.

El excesivo desorden de la *toilette* de la linda rubia, explicaba bien claramente el porqué estaba cerrada la puerta un momento antes.

—Amigo mío —dijo Héctor de Briancourt riendo y señalando con el dedo a la odalisca—, tengo el gusto de presentarte la señorita Calipso, *mi mujer*.

Carlos saludó de modo como si la que estaba delante de él hubiera sido una duquesa.

Héctor prosiguió:

—Querida Calipso, te presento al señor Carlos de San Andrés, mi amigo.

Y como la señorita Calipso miraba con descaro a Carlos, Héctor se aproximó al oído de aquella, y le dijo:

—¡Atención! Su padre es barón y muy rico, habrá llenado de toda clase de *monedas corrientes* los bolsillos de su progenitura; por lo tanto, ¡¡ya sabéis!!

Estas palabras hicieron variar de aspecto la fisonomía de la joven, y como por encanto, se hizo obsequiosa y amable.

—Pero sentaos —dijo aproximando al joven un sillón.

Enseguida le presentó una pipa preparada y un fósforo encendido.

Carlos le dio las gracias, diciéndole sentía que se molestase por él.

Pero Héctor le interrumpió diciendo:

—Calipso embellece para mí el camino árido de la vida; por lo tanto, no hace nada más que cumplir con los deberes de la hospitalidad, haciendo por ti lo que hace. Ahora, hablemos. ¿Hete en París?...

—Ya lo ves.

—¿Por mucho tiempo?

—Me figuro que por tres años.

—¿Vienes a terminar aquí tus estudios?

—Sí.

—¡Bravo! ¿Cuándo has llegado?

—Hace una hora.

—¿En dónde vas a vivir?

—Hasta este momento vivía en un coche.

—¿Cómo?

—En el coche que me ha traído aquí, y que espera en la calle con mi equipaje.

—¿Pero qué dices?

—Digo que no sabiendo adónde ir a parar, he venido a verte para que me indiques adónde puedo ir.

—Y has hecho bien en venir a consultarme, porque te quedarás aquí...

—¿Habrá habitación?

—Creo que sí; además al momento lo sabremos de cierto. Calipso, hija mía, llama.

Un criado entró.

—¿Hay una habitación para darle a este amigo mío? —preguntó Héctor.

—Sí, señor.

—¿Cuál?

—El número diez y seis, encima de este.

—Lo conozco: ¿qué precio?

—Cuarenta francos al mes; el servicio incluido.

—¿Te conviene? —preguntó Héctor a Carlos.

—Perfectamente —respondió el recién llegado.

—El cuarto es para el señor —contestó Héctor.

—¿Hay un coche en la puerta, verdad?

—Sí, señor.

—Vais a pagar al cochero, y haréis subir el equipaje que en él se encuentra al diez y seis, puesto que va a ser el cuarto de mi amigo.

VII

Pocos momentos después la puerta se abría, y Carlos de San Andrés entró.

El joven se había vestido con elegancia para la provincia, pero ridículamente para París.

Calipso se mordió los labios para no soltar la carcajada.

Héctor, al verle entrar, le dijo iba a subir en busca suya.

—Gracias —dijo Carlos—; tu impaciencia me prueba que me quieres siempre.

—Supongo que no has puesto en duda mi afección.

—La mejor prueba es que cuando he llegado a París, he venido en busca tuya.

—¿Cómo es que tus padres se han decidido a dejarte venir a París? Me había figurado que tu señora madre no se hubiera querido separar de ti.

—Y te figurabas bien; pero circunstancias especiales le han hecho variar de parecer.

—¿Qué circunstancias?

—Te lo contaré más tarde... Es una novela.

—¡Una novela de amor!... —preguntó Calipso.

—Algo hay de eso —respondió Carlos.

—¡Tanto mejor! —exclamó la joven—; adoro las novelas de amor.

—Bien, bien —dijo Héctor—; ya nos lo contarás; pero ahora hablemos seriamente. ¿Conque vienes a París para completar tu carrera? ¿Y piensas trabajar mucho?

—Desde luego, puesto que estoy aquí para ello.

—Sí, ya se sabe; se viene aquí para concluir la carrera... y en lugar de estudiar, se divierte uno cuanto puede.

—¿De veras?

—¡Claro está! Estudiar derecho te voy a decir en qué consiste: en tomar con puntualidad las asignaturas, en no poner nunca los pies en la cátedra, en presentarse a examen cuando se tiene tiempo (y este se procurará no tenerle); pero en cambio se trata de tenerle para gozar ampliamente de la vida con todo género de distracciones.

—¡Eso me gustará desde luego! —respondió Carlos sonriendo.

—La vida es corta, y la juventud pasa pronto, dice un refrán viejo como el mundo —exclamó Héctor—. Tu familia es millonaria, y supongo que tú no pensarás en presentarte en el foro en Besançon u otro punto.

—¡No por cierto! —dijo Carlos con gesto de estupor.

—Me gusta oírte hablar así; ¿luego convenimos en que nos divertiremos mucho y trabajaremos nada?

—Solo me aturdiría —dijo Carlos—; pero tú me enseñarás...

—Estad sin cuidado —contestó Calipso haciendo monadas—; tendréis buenos

maestros.

—Será tanto más fácil —apoyó Héctor—, que me figuro habrás traído los tesoros de California.

—¡Oh, no tanto, no tanto!

—Te voy a hacer una pregunta; si te parece indiscreta no contestes a ella.

—Te contestaré.

—¿Qué pensión te va a señalar tu padre?

—Quinientos francos mensuales.

—¿Pagaderos por meses?

—No; cada tres meses, pero adelantados.

—¿Entonces te han entregado el primer trimestre?

—Sí: además, al marchar, mi padre me ha deslizado en la mano otros quinientos francos, lo que hace que hoy esté en posesión de dos mil francos.

—El Pactolo —añadió Héctor—; puedes darte la gran vida.

—Y luego cuento —añadió Carlos— con que para Año Nuevo y mi santo añadirán un suplemento.

—Aprecio mucho a tu familia —dijo Héctor—; la mía hace casi otro tanto por mí; de manera que, reuniendo nuestra opulencia, seremos los estudiantes más *chic* del barrio Latino.

—Reuniremos cuanto quieras —contestó Carlos mirando a Calipso, la cual le asediaba con miradas incendiarias.

Le llamó la atención a Héctor, y esto le gustó poco.

Resolvió extirpar el mal de raíz.

—Para inaugurar la vida de París —dijo— te son precisas dos cosas.

—Tú dirás.

—Mujer y pipa.

—¡Oh, oh! —exclamó Carlos.

—¡Las dos cosas tienen que ser de prueba! Ya las encontraremos.

—¿Cómo?

—Yo me encargo de la pipa.

—¿Y la mujer? —preguntó Carlos.

—Esa Calipso la buscará.

—¡Ya! —exclamó incomodada la joven.

—¡Sí, hija mía, tú! Vas a ir a casa de tu amiga Crinolina...

—Precisamente ha tenido unas palabras con Óscar.

—Libre o no, te la traes; comerá con nosotros, y en los postres la casaré con Carlos.

—¡Está bien! —dijo Calipso suspirando.

La joven sentía no poder quedarse con la California que iba a dar a su amiga.

—¡Eres el modelo de los amigos! —exclamó Carlos cuando quedó solo con Héctor.

—¡Bah! —contestó este—; hago por ti lo que hubieras hecho por mí en igualdad de circunstancias. No hablemos más de eso, y encendamos las pipas esperando a las señoras.

* * *

Una hora después Calipso entraba con su amiga.

Esta era baja de estatura, morena, fresca y bonita, mucho más bonita que Calipso; debía su apodo de Crinolina a lo abultado de ciertas formas.

Algunos incrédulos decían que Paulina, que era el verdadero nombre de la joven, debía sus graciosos contornos al arte del señor Oudinot.

Semejante calumnia sublevaba de ira a la joven, circunstancia que la hacía variar de amantes casi todos los días para que sus detractores se convencieran de la falsedad de su aserto.

Crinolina era una joven muy bonita, pero incapaz de apasionarse por nadie, mas tampoco era mala ni dominante.

Tal era la querida que Héctor había escogido para Carlos. Es decir, una bonita estatua; en cuanto a inteligencia, ¡¡nula!!

VIII

Dos días después de la llegada de Mignonne a París, y cuando hubo descansado bastante, Sebastián Crochard, para complacer los deseos de su primo Nicolás, empezó su viaje de exploración por París en busca de Carlos de San Andrés.

Enterado Sebastián de que el joven había ido a París para seguir estudiando derecho, no le buscó sino en el barrio Latino. Ya se sabe que en la calle de Saint-Jacques hay más hoteles que en ninguna otra calle; por lo tanto, y siguiendo las indicaciones de Sebastián, Mignonne entraba preguntando invariablemente:

—¿Tendréis la bondad de decirme si el señor Carlos de San Andrés vive aquí?...

—No conozco ese nombre, linda joven —le contestaban, eso si el portero estaba de buen humor; pero si por desgracia tropezaba con un portero gruñón y mal humorado; la pobre niña tenía que huir más que a paso.

Emplearon tres días sin obtener el menor resultado.

El cuarto, resolvió Mignonne ir sola, pues estaba haciendo perder un tiempo precioso al complaciente Sebastián.

Después de haberse dirigido a varios hoteles, pero en vano, como siempre, creyó por fin haber hallado lo que buscaba.

Entró en una casa que ostentaba el pomposo título de *Gran hotel de Brunswick, amueblado*.

Mignonne no se atrevía a entrar.

Pero vio que en el cuarto del portero había solo una persona, y que esta era un hombre joven; esto la decidió, pensando que por ser joven sería menos gruñón que las personas con quienes había tropezado hasta entonces.

Mignonne entró, y repitió tímidamente su acostumbrada pregunta:

—¿Me hacéis el favor de decirme si vive aquí el señor Carlos de San Andrés?

El joven miró con atención a Mignonne.

Pareció vacilar antes de contestar; por fin articuló estas palabras, que la joven esperaba en vano oír desde tantos días:

—Sí, señorita, aquí vive.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Mignonne.

Y su emoción fue tan grande, que vaciló un momento como si fuera a perder el sentido.

—¿Qué os sucede? —preguntó con interés aquel joven.

—¡Nada! —balbuceó—, ¡nada!... Solo que quisiera ver al señor de San Andrés.

—En este momento precisamente no está, pues ha salido; pero pronto volverá, y si queréis esperarle, os conduciré a su cuarto.

—Le esperaré. Tened la bondad de conducirme.

—Seguidme, señorita...

Y el joven se disponía a salir de la portería con Mignonne, cuando llegó el portero.

Este era viejo, jorobado y muy bajito.

—Aquí tenéis el tabaco.

Y fijándose en la joven, pregunto:

—Y esta perla ¿quién es, señor Julio?

El que así acababa de ser interpelado, contestó:

—Esta señorita viene a visitar a mi amigo Carlos; me he ofrecido para indicarle la puerta de su cuarto.

—¡Está muy bien! —contestó el portero.

—Venid, señorita —añadió Julio.

Mignonne subió tras él.

La hizo subir hasta el cuarto piso.

El corazón de la joven latía con tal impetuosidad, que le hubiera sido imposible articular una palabra.

En fin, su guía se paró delante de una puerta.

Introdujo una llave en la cerradura, y la abrió.

—Entrad —dijo.

La joven entró, y tan grande era la emoción que la dominaba, que se dejó caer en una silla, porque sus piernas rehusaban sostener el peso de su cuerpo.

—¿Esta es la habitación de Carlos? —preguntó la joven, presa de una alegría delirante.

—Sí, señorita; este es su cuarto; es decir, que el suyo es igual a este.

Pero Mignonne, distraída por la idea de que pronto vería a Carlos, no reparó en la contestación del joven.

—De manera —añadió— que vos conocéis a Carlos.

—Soy su más íntimo amigo.

—¿De veras? —dijo Mignonne, envolviendo en una mirada afectuosa al que se decía amigo del hombre a quien ella amaba más que a su vida.

—Tanto —prosiguió Julio—, que Carlos y yo estamos siempre juntos, a tal punto, que en el barrio nos llaman los dos inseparables.

—¿Está bueno? —preguntó la joven.

—Muy bueno.

Y añadió Mignonne casi en voz baja, y titubeando:

—¿Os ha hablado alguna vez de mí?...

—¿De vos? —dijo el joven sorprendido—, puede ser, pero para contestaros con seguridad, tendría que saber quién sois.

—Soy Mignonne —respondió la joven.

—¡Ah, sois Mignonne!... ¡Ya lo creo que me ha hablado de vos todos los días y a todas horas!

—¡Oh, Dios mío! —repetía la infeliz niña, casi sofocada por la dicha que

experimentaba.

—No vayáis a perder el sentido bajo el peso de vuestra dicha —le dijo Julio irónicamente.

—¡No tengáis cuidado! Pero repetidme lo que os dice.

—Ya lo podéis adivinar.

—¿Os decía que me amaba?

—Desde luego.

—¿Pero no os ha dicho por qué se había marchado del pueblo sin verme?

—Circunstancias especiales...

—Sí, lo comprendo; pero él me lo explicará todo.

—Sí, él os dirá por qué se marchó sin despedirse de vos.

—¿Tardará mucho en volver?

—Creo que no; además, puedo mandarle a decir que venga.

—¡Oh, cómo os lo agradeceré!

—Voy yo mismo —dijo el joven.

Y salió.

Mignonne, quedando sola, ni siquiera pensó en escudriñar aquel cuarto, que estaba por demás sucio y descuidado, absorta en un pensamiento único: esperaba a Carlos.

Cinco minutos tardó la puerta en volverse a abrir.

—¡Él es! —pensó la niña.

Y se levantó precipitadamente de la silla en que estaba sentada.

IX

Hemos dicho que Mignonne se había levantado para abrazar más pronto a Carlos.

Pero retrocedió, porque no era Carlos; era su amigo Julio.

Este cerró la puerta, corriendo un pasador.

Mignonne le interrogó con la vista.

—Vuelvo del café —dijo—, de donde Carlos había salido ya.

Mignonne dio un paso del lado de la puerta, con ademán de salir.

—¿Cómo, os vais?... —preguntó Julio sorprendido.

—Sí, señor —contestó Mignonne—. No os quiero molestar más tiempo; pero volveré.

—No me incomodáis en lo más mínimo; pero dejadme que concluya de deciros lo que he hecho.

»Carlos no estaba ya en el café, pero he encargado a otro amigo le diga en cuanto le vea que estáis aquí esperándole.

»Tened, pues, un poco de paciencia...

—¡Ah! siendo así, esperaré —dijo Mignonne; y se volvió a sentar.

—Ahora decidme con toda franqueza —añadió Julio—, si os disgusta que os haga compañía, porque si así fuera me marcharía.

—Nada de eso; por el contrario, yo temo ser importuna.

Julio acercó una silla y se sentó al lado de la joven, pero tan cerca de ella, que Mignonne retiró un poco la suya.

—Sabéis, corazoncillo —dijo Julio mirando con descaro a la joven—, que sois preciosa.

—¡Ah! —exclamó Mignonne estupefacta.

—Carlos me decía que erais encantadora; pero creía que era exageración de amante; ahora que os veo, encuentro que el retrato que hacía de vuestras perfecciones era pálido al lado de lo que sois en realidad... Pues no solo sois linda, sino que sois encantadora...

—¡Sois muy galante! —contestó Mignonne algo turbada por aquellas lisonjas a quemarropa.

—¡Ah! —exclamó Julio con aire indignado—, ¡no comprendo la conducta de Carlos, y es muy culpable!

—¡Culpable! —repitió Mignonne.

—¡Oh, sí!...

—¿Y por qué?

—Por haber despreciado tanta gracia, insultado tanta hermosura.

—¿Os referís a mí, caballero?

—Sí, Mignonne, niña divina, me refiero a vos.

—No os comprendo. ¿En qué me ha despreciado Carlos?, ¿en qué me ha insultado?...

—No os lo puedo decir...

—¿Por qué?

—Porque Carlos es mi amigo, y además lo hecho, hecho está; no quiero afligiros con detalles...

—Me dais miedo...

—Pobre niña, os tengo lástima —dijo con aire de compasión hipócrita.

—Os suplico que digáis lo que hay.

—¿Lo exigís?

—De rodillas.

—¿Y no diréis nada a Carlos?

—¡Os lo juro!

—¡Carlos os engaña!

—¡Que me engaña Carlos! ¡Decís que me engaña! ¡Entonces ya no me quiere!

—Vos juzgaréis. Tiene queridas, y si no está aquí ya, es porque está en casa de una de ellas.

Julio esperó el efecto de aquella delación.

Mignonne se levantó pálida como un difunto, pero tranquila; con esa tranquilidad que es más temible que el más fuerte arrebató de cólera.

—¿Estáis seguro de haber dicho la verdad? —preguntó.

—Tan seguro como lo estoy de que vivo...

—Está bien —dijo Mignonne, levantándose y dirigiéndose hacia la puerta—. Os doy las gracias por todo lo que acabáis de decirme...

—¿Adónde vais? —preguntó el joven.

Mignonne nada contestó.

Pero un observador hubiese leído en su rostro una determinación siniestra.

Julio se interpuso entre Mignonne y la puerta.

—Escuchad, niña —empezó a decir.

Mignonne se paró, y miró a Julio frente a frente.

Julio repuso:

—Carlos es un canalla, hay que convenir en ello.

A pesar de la indignación que llenaba el corazón de Mignonne contra Carlos, se sorprendió al oír hablar así a su amigo.

—¡Carlos es un canalla! —repitió Julio—; pero ¿sabéis lo que debéis hacer?

—No —contestó Mignonne.

—Vengaros...

—¿Vengarme? ¡Cómo!

—Olvidando a Carlos, amando a otro...

Mignonne se encogió de hombros.

—¡Ved —prosiguió su interlocutor— que la venganza es el placer de los dioses!

—Dejadme salir —dijo Mignonne—; quiero marcharme...

—¡No, corazón mío, no os suelto!

—¿Y quién me impedirá salir?

—¡Yo! Porque quiero que impongáis a Carlos la pena de Talión, y voy a ser vuestro cómplice para cumplir ese acto de justicia...

Mignonne nada comprendió de aquella frase pretenciosa.

Pero comprendió la acción del joven, pues este rodeó su talle con el brazo.

Mignonne se estremeció de horror.

Recordó al momento la escena del bosque de la Souche, y bajo las facciones de Julio, Pedro Nicod se le apareció de nuevo.

Julio notó el estremecimiento de la joven, pero no se dio por vencido.

Trató de abrazar a Mignonne.

Pero esta, con la elasticidad de una culebra, se deslizó de sus brazos y corrió a la ventana, abriéndola de par en par.

Y volviéndose a Julio, le dijo:

—Vais al momento a abrir esa puerta y a salir de este cuarto, y si no lo hacéis, os juro que pido socorro por esta ventana, y como hay mucha gente en la calle, acudirán a mi llamamiento.

Julio quedó atónito, apresurándose a obedecer.

Tal vez tenía motivos para no querer llamar la atención: el caso es que salió, dejando la puerta abierta.

Mignonne salió a su vez, con la cabeza erguida, pero destrozado el corazón.

X

Mignonne, al salir a la calle, se encontró frente a frente con el portero.

—¿Os vais sin esperar a mi inquilino, señorita?

—Sí —contestó Mignonne—. Y cuando venga el señor de San Andrés, le diréis que ha estado aquí Mignonne, y que no me volverá a ver nunca.

El jorobado la miró sorprendido.

—¿Qué nombre habéis dicho, señorita?

—El señor de San Andrés.

—Ese señor ni vive ni ha vivido aquí —contestó el portero.

—Pero entonces, ¿quién es ese Carlos que he estado esperando?

—Era Carlos Morisson, un estudiante de medicina, tan granuja como su amigo Julio.

—¡Ah, ya comprendo entonces! —dijo la pobre joven.

Y Mignonne, sin entrar en más detalles, echó a correr a la calle.

Cuando llegó al Puente-del-Cambio, se apoyó en el parapeto y empezó a reflexionar.

La luz brotó en su espíritu.

Comprendió el lazo que le había tendido el estudiante, y dio gracias al cielo por haber salido bien de semejante emboscada.

Se consideraba feliz al pensar que, no habiendo encontrado a su Carlos, le hallaría tal vez más amante y cariñoso que nunca.

Mignonne, consolada y animada, se puso en marcha para volver al *fabourg* San Martín, a la posada del *Plato de Plata*.

—¡Qué pálida estáis! —le dijo el señor Crochard cuando la vio entrar.

—¡No es sin motivo! —contestó Mignonne.

—¿Qué os ha sucedido?

Mignonne refirió lo ocurrido.

—Querida niña —dijo el posadero cuando Mignonne hubo concluido—, ya no buscaréis más a la aventura.

—¿Cómo eso? —preguntó la joven.

—El inspector de hoteles estuvo aquí ayer, le pedí las señas del señor de San Andrés, y he recibido de la inspección esta nota.

Y alargó un papel a Mignonne.

Este decía:

El señor de San Andrés (Carlos Luis), de veintidós años de edad, estudiante en derecho, procedente del castillo de San Andrés, cerca de Pontarlier, departamento del Daubes, llegó a París el 20 de octubre. Vive calle Jacob, hotel del Norte.

—¿Es el que buscáis, verdad? —preguntó Crochard.
—¡Sí, señor! —respondió Mignonne—. ¡Sí, sí!, ¡es él!
—¡Pues un poco de valor todavía!, ¡mañana le veréis!
—¡Mañana! —murmuró la joven—; ¡qué lejos está todavía!

* * *

Desde que nos hemos separado del señor de San Andrés, los proyectos formados por su amigo Héctor, se efectuaron por completo.

Después de una abundante comida, en donde solo se bebió *champagne*, los desposorios de Carlos y Crinolina se habían efectuado.

Condujeron los nuevos esposos a su cuarto, retirándose los convidados, después de cerrar con todo cuidado las puertas.

Desde aquel momento los estudiantes contaban con una pareja más.

Al siguiente día, el rostro pálido y las ojeras de Carlos atestiguaban que habían empleado bien la noche.

—Y bien —le preguntó Héctor comiendo—: ¿estás contento?

—¡Ah, amigo mío! —contestó Carlos entusiasmado—; estoy encantado, arrebatado, enajenado, transportado hasta el séptimo cielo.

—¿Crinolina se ha distinguido?

—Crinolina ha sido adorable. En provincias no se conocen esos encantos.

—¡Oh! ya lo sé —respondió Héctor—; y como conocía los talentos de esa ninfa, por eso te los he proporcionado; no creas que Calipso es menos encantadora que tu amiga; pertenecen las dos a la buena escuela.

Tres días después, a eso de las once, Héctor, vestido para salir, subió al cuarto de su amigo.

—Tengo que ir a la calle San Martín; ¿quieres venir conmigo?

—No tengo inconveniente —contestó Carlos, que concluía de vestirse.

Los dos jóvenes salieron.

Andando Carlos preguntó a Héctor:

—¿A quién vas a ver?

—Al corresponsal de mi padre.

—¿Para qué?

—Para pedirle quinientos francos adelantados sobre mi pensión.

—¿Cómo *adelantados*? ¿No tienes dinero?

—Ni un céntimo.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque no te quería molestar.

—Has hecho mal: mientras yo tenga dinero, ya sabes que lo mismo es tuyo que mío.

Los dos amigos llegaron a la calle San Martín.

—Espérame cinco minutos —dijo Héctor—, enseguida bajo.

Un momento después salió Héctor.

Su rostro expresaba la más viva contrariedad.

—¿Qué tienes? —le preguntó Carlos.

—El corresponsal de mi padre se ha ido ayer al campo por ocho días, de manera que no me han dado dinero.

—¡Pero no te he dicho que tomes de lo mío! Toma los quinientos francos, dame ese gusto; otra vez te tocará a ti.

—No, no —dijo Héctor—, no quiero que me des dinero.

—Entonces no quieres que seamos amigos; me lo devolverás cuando cobres; y mientras tanto, qué más da que ese dinero esté en tu bolsillo en lugar de estar en el mío; yo creo que sea lo mismo.

Lo que hubiera sentido Héctor es que su amigo hubiese dejado de insistir; sin embargo, antes de aceptar se hizo rogar todavía un poco más.

Después, fingiéndose vencido por las instancias y razonamientos de su amigo, concluyó por aceptar.

Los quinientos francos cambiaron de propietario.

San Andrés había, a fuerza de lógica, vencido los escrúpulos de su amigo.

Nuestros lectores habrán comprendido desde luego la táctica de Héctor.

XI

Una mañana, algunas semanas después de la instalación de Carlos de San Andrés en el hotel del Norte, había gran ruido en el cuarto del joven.

Era que Carlos y Crinolina convidaban a almorzar a Héctor y a Calipso.

Se habían sentado a la mesa a las diez. En aquel momento daba la una. Lo cual quiere decir que una buena cantidad de botellas vacías yacían en el suelo, y que la alegría de los cuatro comensales llegaba a su colmo.

Gritos alegres y canciones más que ligeras, se sucedían sin interrupción.

Carlos, casi embriagado y con un desorden muy acentuado en el espíritu y en el traje, aplaudía con todas sus fuerzas los dicharachos, subidos de color, de su amigo y de las dos muchachas.

Calipso acababa de cantar con gran éxito ciertas coplas del barrio Latino, muy a propósito para alarmar el pudor de un capitán de dragones.

Crinolina, de pie, detrás de la silla de Carlos, colocaba en la cabeza de este una servilleta a modo de turbante.

De cuando en cuando, el señor Roblot entreabría discretamente la puerta, y se regocijaba al ver la alegría de sus pupilos, y sobre todo al hacer mentalmente la interminable factura que figuraría a fin de mes en la cuenta del señor de San Andrés.

De repente, Calipso interrumpió su canción. Se levantó tambaleándose, y dijo con voz que el *champagne* había vuelto estridente y metálica:

—¡Silencio! voy a presentar una proposición.

—¿Cuál? —preguntó Crinolina.

Calipso continuó:

—Tenemos en perspectiva una historia de amor. Estas paredes encierran un héroe de novela.

—¡Quiá! —exclamó Carlos.

—No hay *quiá* que valga, y vos lo sabéis mejor que nadie, Carlos, puesto que ese héroe sois vos...

—¡Yo!

—Sí, vos.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Vos mismo.

—¿Cuándo?

—El día en que llegasteis.

—¿Os estáis burlando, Calipso?

—Nada de eso.

—Pues no comprendo.

—¿Queréis que refresque vuestros recuerdos?

—Sí, hacedme ese favor.

—Pues bien, Héctor os preguntaba cuáles eran las causas que habían decidido a vuestros padres a dejaros venir a París, y le contestasteis que aquellas causas eran una verdadera novela de amor, y que nos las contaríais otro día...

—Es verdad —dijo Héctor—; ahora me acuerdo, tenéis razón.

—Ya ha llegado el momento de contárnosla.

Una mueca significativa se dibujó en los labios de Héctor.

—No nos divertirá mucho —dijo.

—¡Oh! —exclamaron a un tiempo las dos muchachas—; una historia de amor divierte siempre.

—¡Bueno! —dijo Héctor—, que cuente lo que quiera; lo mismo me da, mientras tanto echaré un sueñecito.

—¡Tonto! —murmuró Calipso.

Y continuó en voz alta:

—Vamos, Carlos, supongo que habrán vuelto vuestros recuerdos...

—Por lo menos, sé lo que queréis decir; pero el asunto me parece de tan poca monta, que lo había olvidado por completo.

—No importa —dijo Calipso—; contadlo, después veremos si vale la pena.

—Así lo haré, señoras mías, pero por galantería.

—Sois muy amable.

—Habéis de saber que yo estaba enamorado...

—¿De quién?

—De Mignonne.

—¿Quién es esa Mignonne?

—Una aldeana.

—¿Una aldeana de verdad?

—Una verdadera aldeana.

—Entonces ¿cuidaba pavos?

—Precisamente pavos, no; pero cuidaba cabras.

—Lo mismo da.

—Poco más o menos...

—¿Qué edad tenía vuestra aldeana?

—Diez y seis años.

—Apuesto a que era una muchachota colorada y gruesa, con pies y manos como un hombre.

—No, al contrario; era una criatura chiquitita, morena, delgada y delicada, con unos piecitos y unas manitas lindísimas.

—¡Hola!, ¡hola! —exclamó Crinolina—; el señorito se entusiasma al describir los encantos de mi predecesora. Tal vez esté enamorado de ella...

Y la cariñosa muchacha acentuó esa última frase, pellizcando a Carlos con todas sus fuerzas.

Este dio un grito.

—¿Le has hecho daño? —dijo Calipso.

—¡Bah! —contestó Crinolina—; los pellizcos chiquititos producen las pasiones grandes... Y además, ¿por qué me da celos?

—Vamos a ver, Carlos —preguntó Calipso, para reanudar la interrumpida relación—: ¿qué hacíais de vuestra Mignonne?

—Nada —contestó el señor de San Andrés.

—¿Cómo nada?

—Ni lo más mínimo.

—¿De modo que... nunca?...

—Nunca.

—¿De veras?

—Palabra de honor.

—No puede ser.

—Y, sin embargo, es exacto.

—Entonces, ¿hacíais el amor platónicamente?

—Sí, y el día en que iba a conseguir resultados más positivos...

Carlos se interrumpió.

—¿Qué? —preguntó Calipso.

—Aquel día fui asesinado.

—¿Asesinado? —exclamaron a un tiempo los tres oyentes.

—Sí.

—¿Y por quién?

—No lo sé; pero sospecho de cierto primo de la niña, que estaba enamorado de ella.

—¡Ah!, ¿y aquel bribón os dio una puñalada?

—Hizo más. Me descerrajó un tiro que me atravesó el pecho, y, algunas horas después, me recogieron en el bosque, sin conocimiento y medio muerto...

—Oíd, señoras —exclamó Héctor con sorna—; ¿sabéis que si todos vuestros antiguos amantes se entretuvieran en soltar tiros sobre vuestros actuales amantes, no sería muy divertido para nosotros?...

Calipso y Crinolina se alzaron de hombros con desprecio.

Carlos continuó:

—Mi familia, después de haberme salvado de aquel mal paso, temió verme asesinado de nuevo, y tomó la resolución de mandarme a París, curado por completo del balazo y de mi pasión campestre...

—¿Pero es verdad que estáis curado por completo de vuestra pasión campestre? —preguntó Crinolina.

—Me parece, querida amiga —contestó Carlos—, me parece que te lo demuestro todas las noches...

—¡Es verdad! —dijo Crinolina sentándose sobre las rodillas de su amante.

Y entonces empezó entre ellos un dúo de sonoros besos.
Pero en el mismo instante se abrió de golpe la puerta de la habitación.
Una joven se presentó en el umbral.
A la primera ojeada se enteró del cuadro que tenía delante.
Vio a Carlos y a Crinolina abrazados.
Se estremeció.
Se llevó la mano al pecho como si acabara de ser mordida por un dolor horrible.
Un grito se escapó de sus labios y cayó al suelo desmayada.
Aquella joven era Mignonne.

CUARTA PARTE

PIVOINE

I

Un lindo cupé de la más exquisita elegancia, arrastrado por dos caballos bayos de gran alzada, rodaba rápidamente a orillas del Sena, hacia Passy.

Un cochero de levita negra y corbata blanca, calzón de piel, botas altas y escarapela en el sombrero, tenía gravemente en las manos la fusta y las riendas.

A su lado se sentaba un estirado lacayo con igual librea.

Aquel carruaje era de una sencillez y buen gusto aristocráticos; pero en las portezuelas no llevaba ni escudo ni corona; llevaba sencillamente la inicial P. con una guirnalda de miosots imperceptibles.

Ocupaban el carruaje dos mujeres a quienes conocemos: Pivoine y la señorita Ana.

Pivoine, recostada en el rincón de la izquierda, parecía dominada por invencible tristeza.

Estaba pálida.

Su mirada era vaga y parecía velada por una nube.

Ana Dudley miraba a su amiga con expresión de profundo interés.

Pivoine no reparaba en aquella cariñosa atención y se engolfaba cada vez más en sus sombríos pensamientos.

De pronto, sus largas pestañas se bajaron y una lágrima rodó sobre su mejilla.

La señorita Ana hizo un gesto.

Cogió entre las suyas las manos de su compañera.

Fijó en ella una mirada cariñosa.

Pivoine levantó la cabeza y sonrió.

—¡Cómo! —dijo Ana—; ¡aún estáis triste, querida mía!

—Sí —contestó Pivoine con la misma sonrisa melancólica y dulce—, sí, no lo puedo remediar.

—No sois juiciosa, Pivoine.

—Ya lo sé.

—Procurad...

—No puedo.

—Pero ¿por qué?... ¡Al fin y al cabo sois feliz!

—Bien sabéis que no, Ana.

—¿Qué os falta?

—Nada... nada más que la felicidad.

—Todas las mujeres os envidian.

—Es verdad.

—Los hombres os admiran.

—Puede ser.

—El conde René os adora.

—¡Oh, sí! —murmuró Pivoine—: sí, ¡me adora por desgracia!

—¿Por qué *por desgracia*? El conde es joven...

—Sí...

—Es hombre de tanto talento como cualquier otro.

—Sí...

—Su generosidad para con vos llega hasta la prodigalidad.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué os inspira tanta antipatía?

—No me inspira antipatía.

—Sin embargo...

Pivoine interrumpió a su amiga.

—Sois muy cruel para conmigo —dijo.

—¿Yo cruel?

—Sí, vos.

—¿Por qué?

—Vais a verlo...

—Hablad.

—Vuestro amante os ama y le amáis ¿no es verdad?

—Con toda mi alma.

—Cuando estáis a su lado ¿estáis contenta?

—Estoy contenta y soy feliz.

—¿Qué experimentáis cuando os coge la mano?

—Una sensación indefinible que hace latir suavemente mi corazón.

—¿Y cuando sus ojos se fijan en vos, cuando vuestra mirada se fija en la suya?

—El corazón me late más rápidamente aún y conozco que mis ojos se llenan de amor.

—¿Y cuando sus labios se juntan con los vuestros?

—Un estremecimiento de voluptuosidad recorre mis venas, al mismo tiempo que mi sangre.

—Y por fin, cuando por la noche, solos los dos, ambos jóvenes, vos tan encantadora, él tan enamorado; cuando unís vuestros cuerpos como habéis unido vuestros labios y vuestras almas, entonces, decidme Ana, ¿qué experimentáis?

Al hacer esta pregunta la voz de Pivoine estaba trémula.

—Me parece —contestó la joven sonriendo y casi ruborizándose—, me parece que me preguntáis demasiado...

—Pues bien —repuso con viveza Pivoine—, cuando está René a mi lado, me siento molesta y triste; cuando me coge la mano, quisiera retirar la mía; cuando su mirada se fija en mí, quisiera volver la cabeza; cuando sus labios buscan los míos, me estremezco, pero de fastidio y de espanto; y cuando llega la noche, cuando llega la hora fatal... entonces... ¡oh! entonces, Ana, no puedo expresaros mi repugnancia,

mis sufrimientos, mientras me esfuerzo por sonreír...

—¡Pobre Pivoine! —dijo Ana—; no me engañaba, aborrecéis a René.

—No, lo repito, no le aborrezco; le tengo afecto, le aprecio, le estoy agradecida; si se contentara con mi amistad, yo sería para él una amiga fiel y cariñosa; pero quiere amor, y no puedo dárselo; procura despertar mis sentidos y no se apercibe de que sus caricias sublevan mis sentidos... En una palabra, René me causa horror, porque es mi amante...

Ana volvió a coger la mano de Pivoine.

—¿No dudaréis de que soy amiga vuestra, no es verdad?

—No.

—¿Queréis ser franca conmigo?

—Sí, por cierto.

—Entonces, confesad que no amáis a René porque amáis a otro.

—¿Yo? —exclamó Pivoine recobrando por un instante su color brillante.

—Sí, vos.

—Pues bien, es verdad —contestó la joven con resolución.

—¿Y quién es ese otro? —preguntó Ana.

Pivoine se ruborizó de nuevo.

Ana lo notó.

—Querida mía —añadió enseguida—, si mi pregunta es indiscreta no me contestéis.

—No —contestó Pivoine—, aquel a quien amo y a quien he jurado no volver a ver, es mi antiguo amante.

—¿Fra-Diavolo? —exclamó Ana con profunda sorpresa.

—Sí, Fra-Diavolo.

—Pero ¡si os hacía desgraciada!

—Es verdad.

—¡Os dejaba morir de hambre!

—Es verdad.

—¡Os pegaba!

—Es verdad.

—¿Renunciaríais, por lo tanto, a todos los encantos de la vida elegante y confortable?

—Sí, por cierto.

—Pero habéis dicho a René que no habíais amado nunca a Fra-Diavolo y que solo la compasión os ligaba a él.

—Se lo dije y lo creía entonces; pero me equivocaba, después lo he comprendido.

—¿De modo que echáis de menos la vida que llevabais con aquel artista?

—La echo de menos, sí, echo de menos las privaciones que sufría, echo de menos sus injustas sospechas, sus brutalidades, sus violencias... Todo eso me parece hoy una felicidad.

—¡No es posible! —dijo la señorita Ana.

—No sé si es posible —contestó Pivoine con sonrisa dulce y triste—, pero os aseguro que es verdad... ¡Oh! sí, desgraciadamente es verdad...

Entonces reinó un momento de silencio entre las dos jóvenes.

II

Ana fue la primera en romperlo.

—Pero entonces —dijo—, ¿por qué os habéis entregado a René?...

—Porque René era bueno para mí, porque al comprar mi cuerpo parecía con infinita delicadeza no acordarse de que le pertenecía; no exigía, como tenía derecho a hacerlo, la posesión de la mujer a quien mantenía. Y por fin, creí que podría llegar a amar a René, y me he equivocado. Y además, ¿qué queríais que hiciera?... Tenía que hacerlo. No siento la determinación que he tomado, pero no soy feliz, y me parece que no lo seré nunca.

Ana no supo qué contestar. Comprendía perfectamente lo triste de la situación de Pivoine, y se decía que, en lugar suyo, sufriría lo mismo.

Se recostó de nuevo en el rincón del cupé, y calló.

El carruaje seguía andando.

Había llegado frente al puente de los Inválidos.

Iba ya a pasar de la entrada del puente, cuando de pronto Pivoine sacó casi todo el cuerpo fuera de la portezuela, arrojando una exclamación de sorpresa y de espanto.

Luego, cogiendo el cordón que correspondía con el brazo del cochero, tiró de él con violencia varias veces.

El cochero refrenó los caballos. Pivoine continuaba dando gritos.

—¿Qué pasa?, ¿qué sucede? —le preguntaba Ana.

Pero Pivoine, asustada, no podía contestar.

El lacayo saltó al suelo y abrió la portezuela.

Pivoine se apeó, y Ana hizo lo mismo.

Pivoine corrió hasta la baranda, sobre la que se inclinó y miró al Sena con devoradora atención.

Pero en la superficie tranquila del río no se veía nada, nada más que un círculo profundo que se borraba, alejándose.

Ana seguía preguntando a su compañera, que ni siquiera la oía.

He aquí las causas de la emoción y de la ansiedad de la joven.

Un momento antes había visto a una mujer que atravesaba el puente con paso rápido.

De pronto, aquella mujer se había parado, había levantado las manos hacia el cielo con ademán de locura y de desesperación, y, subiéndose en la barandilla de hierro que le separaba del abismo, se había dejado caer en el agua, que se había vuelto a cerrar sobre ella.

Entonces fue cuando Pivoine empezó a gritar.

Durante algunos segundos no se vio nada. El abismo parecía guardar su presa. Por fin, a unos cien pasos del puente, el agua experimentó algún movimiento, y un objeto,

cuya forma no se podía distinguir, apareció en la superficie y siguió la corriente.

—¡Ah! —murmuró Pivoine—; ¡ahí está... ahí está!

Un hombre, un obrero, al parecer, seguía la orilla del río por bajo del muelle.

También él había asistido al drama que acabamos de referir, y cuando Pivoine exclamó *¡ahí está!*... el hombre se había arrojado al agua y nadaba vigorosamente hacia la forma humana.

Después de dos minutos de terrible ansiedad; después de haberse zambullido dos veces, el valiente nadador, casi muerto de cansancio y de frío, volvió a aparecer agarrando el cuerpo inanimado de la joven, y lo depositó en el declive de la orilla.

III

Pivoine y la señorita Ana se acercaron al cuerpo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Pivoine con tono de profunda compasión—: ¡qué joven es!...

—¡Y qué hermosa! —añadió Ana.

—¿Vive aún? —preguntó Pivoine.

—A decir verdad, señora mía —contestó el nadador—, me parece que ya se ha *despedido*; pero no importa: no arriesgáis nada con tratar de resucitarla. En cuanto a mí, me *largo*, pues se me ha metido en los huesos un frío de mil demonios y voy a coger una pulmonía, lo cual no es muy apetitoso.

Y el salvador improvisado se escapó corriendo antes de que las dos mujeres hubieran tenido tiempo de darle siquiera las gracias.

Pivoine y Ana se miraron.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Ana.

—Vamos a llevar a mi casa a esa pobre niña, y a intentar volverla a la vida.

—Bueno; pero durante el camino tendrá tiempo para morirse diez veces, o no lo está ya... lo que estoy temiendo.

—Es verdad.

—Me parece que lo mejor será pedir auxilio en la casa más próxima; no se negarán a ayudarnos.

—Tenéis razón.

Por orden de su ama, el lacayo cogió en sus brazos el cuerpo de la joven, y todos llegaron al muelle. Ana no se había engañado. La primera casa en que llamaron las dos mujeres, era una casa hospitalaria. Fueron inmediatamente a Passy a buscar a un médico. Rápidos e inteligentes cuidados fueron prodigados a la víctima, que, al cabo de una hora, poco más o menos, daba señales inequívocas de que volvía a la vida.

* * *

Nuestros lectores habrán adivinado que la joven, cuyo suicidio hemos presenciado, era Mignonne.

Ya hemos visto cómo Mignonne, al abrir la puerta del cuarto de Carlos, en el hotel de la calle de Jacob, cayó como herida por el rayo al ver a su amante y a Crinolina amorosamente enlazados.

Después de pasado el primer momento de estupor, Carlos conoció a la joven.

Se desprendió rápidamente de los brazos de su querida de circunstancias, y se lanzó hacia la aldeana desmayada, exclamando:

—¡Mignonne!... ¡aquí... ella... aquí!

La levantó del suelo y la llevó sobre la cama.

—¡Mignonne! —repitió Crinolina—, ¡la pastora de que nos hablabais hace un momento!

Y cogiendo al vuelo la oportunidad de hacer una escena de celos, la joven se acercó a Carlos con mirada amenazadora y la mano en la cadera; pero Carlos no le dio tiempo, la cogió bruscamente de un brazo, lo mismo que a Calipso, que había creído oportuno imitar a su amiga, las plantó en la escalera, cerró la puerta y echó la llave por dentro.

Después de esa hazaña, Carlos se encontró a solas con Héctor.

—Muy bien maniobrado, amigo mío —dijo este último—; ya eres dueño del campo de batalla, y ahora, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé; pero por de pronto enterémonos de lo que corre más prisa.

Carlos se acercó a Mignonne.

Cogió de encima de la mesa un frasco de rom, empapó una punta de la servilleta en el licor de la Jamaica, y frotó las sienes de la joven.

Aquel remedio tan sencillo produjo enseguida su efecto.

El pecho de Mignonne se agitó con más rapidez.

Su rostro se coloreó.

Abrió los ojos, hizo un movimiento, se levantó, apoyándose en un codo, y miró en derredor suyo.

Ya no quedaba en la habitación más que el señor de San Andrés.

Pero los sombreros y chales de mujer, arrojados descuidadamente en un rincón, y en los cuales se fijó Mignonne instintivamente, le recordaron la escena que había presenciado al entrar.

Este recuerdo recrudeció con nueva intensidad su primera desesperación.

Rechazó a Carlos, que se inclinaba hacia ella; se bajó de la cama, corrió a la ventana, la entreabrió con tanta violencia, que se rompieron dos cristales, y se hubiera arrojado a la calle desde aquella altura de un piso tercero, si Carlos no hubiera llegado a tiempo de sujetarla entre sus brazos.

En los dolores morales, lo mismo que en los sufrimientos físicos, la reacción es tanto más rápida y completa, cuanto más violenta ha sido la crisis.

Mignonne, destrozada por la fuerza de su desesperación, cayó anonadada en los brazos de Carlos, sin intentar resistir de nuevo.

Reclinó la cabeza sobre su pecho, que se agitaba convulso. Lágrimas abundantes rodaron por sus mejillas.

Lloró largo rato, recostada en la butaca en que la había colocado Carlos.

El joven, arrodillado a sus pies, le tenía cogidas las manos entre las suyas y las cubría de besos.

Mignonne se estaba quieta maquinalmente.

Poco a poco fueron extinguiéndose sus sollozos.

Entonces, miró a Carlos y quiso retirar las manos; pero el joven las apretó con

una presión tan suave, que parecía más bien una caricia.

—¿No me quieres ya, Mignonne? —murmuró al mismo tiempo.

La joven levantó los ojos hacia el cielo.

—¡Me pregunta si no le quiero ya, Dios mío! —exclamó con amargura.

—¡Ah, sí! —contestó Carlos—: sí, me amas aún, ya lo sé; pero ¡yo también te amo, Mignonne!...

La joven miró a su amante con una expresión en que se leía claramente la duda y la esperanza.

—¡Me amáis!... —repitió.

—Sí —dijo Carlos—, con toda mi alma.

—¿Lo mismo que antes?

—Más que antes.

—¿No me engaáis?

—Lo juro.

—¡Qué corazón el vuestro, que puede amar a dos mujeres a un tiempo!

—¡Dos mujeres a un tiempo!... ¿Qué quieres decir?

—¿No me comprendéis?

—No... —contestó Carlos, que comprendía sin embargo perfectamente.

—¡Cómo miente, Dios mío, cómo miente!

Y la pobre volvió a sollozar.

—Mignonne, hija mía, hermosa mía —exclamó Carlos con ternura—, tus lágrimas me desesperan. Por favor, no llores y explícate... Te amo, Mignonne, te amo con toda mi alma... y, te lo juro, no amo a nadie más que a ti, no pienso más que en ti.

—Sin embargo... —balbuceó la joven— sin embargo... he visto...

—¿Qué?

—Esa mujer... ahí... hace un momento... la amáis...

—¿Yo?

—Sí, vos, puesto que la teníais en brazos y la besabais...

—No, Mignonne, no, por la vida de mi madre te juro que no amo a esa mujer.

—¿Por qué?... es joven... es hermosa... ¡oh! mucho más hermosa que yo.

—Esa mujer es una de esas criaturas que solo se encuentran en París, que pertenecen a todos y no pertenecen a nadie... a quien se toma por una hora y a quienes se deja después... Esas mujeres no tienen corazón y, por tanto, no se las puede amar.

—¡Oh, Carlos, si pudiese creerlos!...

—La prueba de que te digo la verdad es que en cuanto has entrado en esta habitación, tú, Mignonne, tú, a quien amo, esa mujer me ha sido odiosa y la he arrojado de aquí.

Mignonne rodeó con sus brazos el cuello de Carlos.

—Sí, te creo —dijo—, te creo; necesito creerte... he sufrido tanto, Carlos, he

llorado tanto... Hace tanto tiempo que te estoy buscando, que quiero ser feliz, puesto que te encuentro por fin...

Y Mignonne volvió a derramar lágrimas; pero ahora eran de felicidad.

Tenemos que advertir a nuestros lectores que, desde el principio de esta escena, Héctor había abierto la puerta muy quedito y había ido a reunirse con Calipso y Crinolina, que le esperaban en su habitación, pensando en vengarse ostensiblemente.

—Pero —dijo Carlos reanudando la conversación, interrumpida un momento por mutuos y ardientes besos—, ¿cómo es que te encuentras en París, Mignonne?

—He venido a verte, Carlos.

—¿Quién te ha traído?

—Nadie.

—¡Cómo! ¿Has venido sola?

—Sí.

—¡Pobre ángel mío!, ¡qué valor!...

—El valor ha estado a punto de faltarme más de una vez... pero me acordaba de ti, y sentía enseguida que recuperaba las fuerzas y la esperanza.

—¿Cuánto tiempo hace que estás en París?

—Hace diez días.

—¿Y qué has hecho durante ese tiempo?

—Te he buscado.

—¿En dónde me buscabas?

—En las fondas de lo que se llama, según me han dicho, el barrio Latino.

Carlos prosiguió haciendo preguntas y Mignonne le contó las aventuras de su viaje.

—¡Querida niña! —exclamó estrechándola contra su corazón—: ¡tan cariñosa, tan tierna, tan fiel, tan valerosa!... ¡Eres un ángel, Mignonne, y te amo como se ama a los ángeles, con adoración!...

—¡Oh, qué feliz soy! —murmuró Mignonne—; ¡y yo que quería matarme!

La joven calló un instante, y repuso:

—¿No es verdad, Carlos, que me hubiera matado al tirarme desde esta ventana?

—¡Te hubieras destrozado, pobrecita!... ¡Solo al pensarlo me estremezco!

—¿Es mucha altura?

—Ven y lo verás.

Mignonne hizo un movimiento para levantarse, pero volvió a caer en la butaca.

—Dame la mano —le dijo Carlos.

Apoyada en la mano del joven, Mignonne pudo levantarse y dar algunos pasos.

—¡Qué raro! —dijo—; ¡qué débil estoy!

Cogió el brazo de su amante y trató de andar; pero no pudo.

Le flaqueaban las piernas.

Carlos sintió que desfallecía.

Estaba tan pálida, que se asustó.

—¿Te duele algo? —le preguntó.

—Sí.

—¿Mucho?

—¡Oh, sí!

—¿Qué te duele, Mignonne?

—Todo el cuerpo... Se me va la cabeza... me faltan fuerzas... sostenme, Carlos... sostenme...

La joven vacilaba, en efecto.

—No será nada —decía Carlos para tranquilizar a Mignonne y para tranquilizarse a sí mismo—. El cansancio, la emoción, la inquietud, eso es la causa del malestar que experimentas.

—Sí... sí... —contestó Mignonne—; sí... No será nada.

Sin embargo, su palidez desaparecía por momentos, y se veía ya la nube roja de la fiebre invadir su rostro.

Se manifestaba un nuevo ataque de aquella terrible enfermedad que estuvo a punto de matar a la joven antes de salir de su pueblo.

Carlos, muy inquieto, aunque procuraba ocultarlo, desnudó a Mignonne y la acostó en su cama.

IV

Dos horas después, aquel siniestro demonio que se llama delirio, estaba sentado en la cabecera de Mignonne, y rozaba con la punta de sus negras alas la frente de la pobre niña.

Carlos mandó a buscar a un médico, que era un joven amigo suyo que había tomado el título pocos meses antes.

Había hecho unos estudios muy brillantes, y solo le faltaban clientes para conquistar con la punta de la lanceta una distinguida posición.

Pero como hasta entonces los clientes no se daban prisa en acudir, el joven médico tenía mucho tiempo de sobra y conservaba sus relaciones de amistad con los estudiantes, compañeros suyos, que le obligaban a curarles los reumas, las fluxiones y a sus queridas.

Se llamaba Victor Dulong.

—¿Qué ocurre, amigo mío? —preguntó Victor al entrar en el cuarto de Carlos—, ¿qué ocurre? ¿Qué me queréis? ¿Habéis llamado al amigo o al médico?

—Al médico —respondió Carlos.

—¿Estáis enfermo?

—Yo, no.

—¿Quién entonces?

—Una joven.

—¿Crinolina?

—No.

—¿Otra entonces?

—Sí.

—¡Diablo de hombre! ¿Y en dónde está vuestra enferma?

Carlos abrió la ventana del cuarto de dormir.

Victor Dulong se adelantó.

—¡Diablo! —dijo mirando a Mignonne—, ¡qué linda es!

—¿No es verdad?

—Encantadora, ¿y qué tiene?

—A mí me toca haceros esa pregunta.

—Tenéis razón.

Al decir esto, el médico levantó las ropas de la cama y sacó el brazo redondo de Mignonne. En cuanto hubo apoyado los dedos en la vena hinchada de aquel brazo, cambió la expresión de su fisonomía, tomando un aspecto de evidente inquietud.

—¡Tan grave es! —exclamó Carlos, a quien no escapó aquel cambio.

—Mucho lo temo —contestó el médico.

Y se puso a escuchar los movimientos impetuosos del pulso de la joven.

Aquel estudio fue largo.

Cuando lo hubo acabado, soltó el brazo y movió tristemente la cabeza.

—¿De modo que el peligro es grande? —preguntó Carlos.

—Muy grande.

—¿Qué teméis?

—Una congestión cerebral.

—¿Próxima?

—Casi inmediata.

—¿Es inevitable?

—Casi, casi. La crisis será terrible y decisiva; dentro de dos días, la pobre niña se habrá muerto o se habrá salvado.

—¡Oh! querido amigo... —dijo Carlos muy conmovido—: ¡salvadla, salvadla!

—Lo intentaré —contestó el médico—, pero no puedo responder de conseguirlo.

—¿Qué hay que hacer ahora?

—Mandar a buscar una enfermera cariñosa e inteligente, una hermana de la caridad a ser posible, y ejecutar punto por punto la receta que voy a extender.

El joven médico tomó una hoja de papel, en la que escribió algunos renglones, firmó y se la dio a Carlos.

—Hasta luego, amigo mío —dijo—, volveré esta noche y la pasaré a la cabecera de vuestra enferma, si fuera preciso. Pero de todos modos no olvidéis de mandar a buscar una enfermera.

Victor Dulong, cumpliendo su palabra, volvió a las once de la noche.

Encontró a una hermana de la caridad y a Carlos velando junto a la cama de Mignonne.

Todas las prescripciones suyas habían sido observadas religiosamente durante el día.

—¿Cómo está? —preguntó al entrar.

—¡Chist! —contestó Carlos en voz baja.

—¿Duerme?

—Sí.

—¿No ha ocurrido nada de particular desde que la vi?

—No lo creo —contestó Carlos—, pero esta buena hermana de la caridad, que se ha dignado unir a los míos sus cuidados, podrá enteraros mejor que yo, pues tiene una experiencia que a mí me falta.

La religiosa, a quien interrogó Victor Dulong, refirió diversos detalles cuyo resumen fue el siguiente:

La fiebre y el delirio se presentaron al pronto con espantosa intensidad, a la que sucedió después una completa postración.

Hacía poco más o menos una hora que Mignonne se había dormido con un sueño profundo, pero agitado y entrecortado por estremecimientos.

El médico le tomó el pulso de nuevo.

—Todas mis previsiones han salido fallidas —murmuró—: ¡me alegro!...

—¿Pues, y eso? —preguntó Carlos.

—Experimenta una mejoría evidente; no sé a qué atribuirla, pero existe, y si pasa bien la noche, como creo poderlo esperar ahora, mañana esta joven estará fuera de cuidado.

—¡Dios os oiga! —contestó el señor de San Andrés.

—Se lo pediremos rezando —añadió la religiosa.

Pero en aquel momento, y como para dar un mentís a la aparente mejoría observada por Victor Dulong, el sueño de Mignonne se interrumpió de repente.

Se incorporó en el lecho y se pasó las manos por los cabellos, que se esparcían por el cuello y sobre los hombros, arrojando a su alrededor una mirada asustada, que no distinguía los objetos.

Después se echó de nuevo en la cama, exhalando un gemido sordo y murmurando palabras ininteligibles.

—Esto se va echando a perder —dijo el médico al oído de la religiosa.

—¡Ah! caballero —contestó esta—, no soy más que una pobre sierva del Señor, y me falta la instrucción, pero paso toda mi vida a la cabecera de los enfermos, lo cual me ha dado una especie de instinto; pues bien, ese instinto me dice que el peligro es muy grande para esta pobre joven.

—¿No vais o intentar nada? —preguntó Carlos.

—Esta noche no. Lo único de que espero buenos resultados es de la aplicación incesante de paños empapados de agua helada en la frente de la enferma. Mañana por la mañana, si la fiebre decae, le haré una sangría.

La noche fue muy mala.

Carlos y la hermana de la caridad tuvieron que emplear la fuerza varias veces para que permaneciera en el lecho Mignonne, que, dominada por alguna febril alucinación, quería levantarse a toda costa.

Por fin, a la madrugada la joven, rendida, se durmió, como la noche anterior, con un sueño profundo y pesado.

Victor Dulong llegó a eso de las ocho de la mañana.

—Una sangría despejará tal vez el cerebro —dijo—; intentemos la sangría.

Sacó del bolsillo varias vendas y se acercó a la cama.

Mignonne seguía durmiendo. Victor arregló las dos almohadas bajo las espaldas de la joven para que tomara una postura que hiciera más fácil la operación.

La sábana desarreglada y la camisa rasgada durante los ataques de la noche anterior, dejaban a descubierto una parte del hermoso cuerpo de Mignonne.

Dicen que los médicos, en el ejercicio de su profesión, que es un verdadero sacerdocio, no experimentan ni los deseos ni las pasiones de los hombres.

Victor Dulong no arrojó, pues, sobre los tesoros visibles de la joven sino una mirada de admiración.

Pero de pronto hizo un movimiento brusco de sorpresa. Miró con profunda

atención, apoyó la mano en los pechos y en las caderas de Mignonne, y, dirigiéndose hacia Carlos, le llevó hasta la ventana, mientras que la religiosa dejaba sobre la mesa de noche la jofaina destinada a recibir la sangre.

Carlos le siguió maquinalmente.

Victor Dulong miró si la hermana de la caridad estaba bastante lejos para no poder oírlos, y acercó la boca al oído de Carlos.

—¿Qué ocurre? —preguntó este.

—Ocurre que ibais a dejarme que me metiera en un bonito negocio.

—¡Yo!...

—Sí, vos.

—¿Pues qué he hecho?

—¿Y me lo preguntáis?...

—Pues es claro; no entiendo lo que me estáis diciendo.

—Será tal vez porque no queráis, amigo mío.

—¡El momento no es muy a propósito para gastar bromas! —exclamó Carlos con amargura.

—Es verdad, pero yo no estoy bromeando. Hablo muy en serio.

—¡Entonces, explicaos! ¿En qué negocio malo ibais a meteros por culpa mía?

—¿No me habéis oído decir hace un instante que iba a sangrar a vuestra querida?

—Sí, lo he oído.

—¿Y dejabais que lo hiciera?

—¿Por qué no?

—Sin avisarme...

—¿De qué?...

—Pues de que esa señorita está embarazada.

El rostro de Carlos se descompuso.

—¿Qué habéis dicho? —preguntó.

—He dicho que esa joven está embarazada de tres meses poco más o menos, y que debíais saberlo.

—¡Embarazada! —repitió Carlos—; ¡embarazada!, ¿estáis seguro?

—Sí.

—Es imposible.

—No es tan imposible; puesto que así es...

—Pero —dijo el joven que dudaba aún— aunque Mignonne y yo nos amábamos, no hemos tenido más que relaciones fraternales.

—¿Y qué?

—¿Cómo queréis, entonces, que yo le haya hecho un hijo?

Victor Dulong se echó a reír al oír aquella pregunta.

—¿Sabéis lo que eso quiere decir? —preguntó.

—No.

—¿Queréis saberlo?

—Sí.

—Pues bien; eso quiere decir sencillamente que, puesto que vos no le habéis

hecho un hijo se lo ha hecho otro cualquiera. Esas cosas suelen verse por el mundo, amigo mío.

Carlos se estremeció como si le hubiera mordido una serpiente.

—¡Es imposible! —repitió.

—Como queráis —contestó el médico volviéndole la espalda—; pero el caso es que ya no puedo sangrar a la enferma y que tengo que apelar a otro recurso.

La revelación de Victor Dulong había anonadado a Carlos.

Tal es el corazón humano.

El día anterior por la mañana, Carlos no se acordaba siquiera de que existiese Mignonne; pero al verla de pronto, al saber la resolución y el valor que había tenido que desplegar para encontrarle, sintió que se despertaba en él su antiguo cariño.

Creía por completo en el amor de la joven, amor que halagaba su vanidad sin dejar de encantar a su corazón.

Y he aquí que, de repente, le dicen en su cara que aquella muchacha, de cuya inocencia hubiera respondido, llevaba en su seno la prenda de una falta de que él no era cómplice.

Entonces, se encendieron en el alma de Carlos los más terribles de todos los celos, pues no tienen remedio, los celos del pasado.

A este sentimiento se unía la vergüenza de haber sido engañado por una aldeana de diez y siete años, cuya pretensión era de seguro nada menos que hacer que Carlos aceptase como suyo el vástago de algún grosero aldeano de los que llevan grandes zuecos y manos sucias.

Todo esto depositó en el corazón del joven una terrible semilla de amargura.

Sin embargo, no quiso condenar a Mignonne sin haberla oído.

«Si es franca conmigo —pensó—, si lava su falta con una confesión sincera, tal vez llegue yo a perdonarla».

* * *

Transcurrieron tres días.

Mignonne no estaba aún del todo bien; pero experimentaba una visible mejoría.

Carlos creyó llegado el momento de la explicación que quería tener con la joven.

Se sentó junto a la cama y le cogió la mano.

Aquella mano, calenturienta aún, se estremeció de felicidad al contacto de la suya y Mignonne fijó en él una mirada llena de infinita ternura.

—¿De modo que... —preguntó Carlos entablando la conversación y dando a su voz una inflexión cariñosa—, de modo que me amas, Mignonne?

La joven hizo un movimiento para apoyar contra su corazón la mano de su amante, y contestó:

—¡Oh, sí!... ¡oh, sí, te amo!...

—¿Desde el día en que nos encontramos por vez primera?

—Desde el primer instante en que te vi, te amo.

—Y antes de conocerme, ¿no has amado nunca a nadie?... Así me lo dijiste en otra ocasión, Mignonne, ¿te acuerdas?

—Sí, me acuerdo, y te lo dije, porque era verdad.

—¿Y no has dejado de amarme desde que me marché del pueblo?

—Demasiado lo sabes, puesto que estoy aquí...

—¿No has dejado ni un instante de pensar en mí?

—Ni un solo instante, Carlos.

—¿Nadie te ha hablado de amor?

—Nadie.

—¿No se han acercado a tus labios los labios de ningún hombre?

—¡Oh! —exclamó Mignonne con tanta energía como le permitió su estado de debilidad—: ¡oh, Carlos!, ¿dudas acaso de mí?

—No —contestó el joven después de un momento de vacilación—, pero tengo un motivo para dirigirte estas preguntas y te suplico que contestes.

—Contestaré —dijo Mignonne muy conmovida y casi asustada.

—De modo —prosiguió Carlos—, ¿que no me has sido infiel ni una sola vez?

—No.

—¿Ni aun con el pensamiento?

—Ni con el pensamiento.

—¿Me lo aseguras?

—Sí.

—¿Me lo juras?

—¿Por qué quieres que te lo jure?

—Por algo que sea sagrado para ti... por la memoria de tu madre...

—Pues bien —murmuró Mignonne, incorporándose un poco—; por la memoria de mi madre te juro que no te he sido infiel, ni aun con el pensamiento, y te juro que te amo más que a mi vida.

Después, rendida por aquel esfuerzo, volvió a caer sobre la cama.

VI

Carlos se quedó estupefacto.

Nada le parecía más espantoso que la suprema audacia, que la rara desvergüenza de aquella muchacha que, casi enfrente de la muerte, juraba una mentira, y la juraba por la memoria de su madre...

No era creíble...

Así es que Carlos dudaba casi de sí mismo.

Y sin embargo, era evidente.

El embarazo de Mignonne daba un mentís irrecusable a sus protestas.

Carlos experimentó horror por aquella perversidad tan precoz, por aquella doblez tan consumada.

La pobre niña se le hizo odiosa.

Se levantó de la silla en que estaba sentado.

Durante un momento permaneció de pie e inmóvil a la cabecera de la cama de Mignonne, fijando una mirada larga y triste en el hermoso rostro de la pobre niña, cuya cabeza tan pálida y tan dulce descansaba entre los mechones de sus cabellos negros, y cuyos grandes ojos cerrados estaban rodeados de una aureola azul.

La frente de Carlos se arrugó ligeramente.

Una lágrima furtiva se escapó de sus párpados y rodó sobre su mejilla.

Un suspiro involuntario se exhaló de su pecho.

Después, la arruga se borró.

La lágrima se secó.

El suspiro se apagó.

Carlos cerró la puerta de la alcoba, como se clavan sobre el cuerpo de una muerta las tablas de un ataúd, se alejó lentamente y salió de la habitación.

Algunas horas después de la escena que acabamos de contar, Mignonne oyó entre sueños un ruido de idas y venidas, un movimiento desusado.

Ni siquiera pensó en darse cuenta de lo que significaban aquel ruido y aquel movimiento.

Por la noche, cuando se abrieron las puertas de su alcoba, una cara desconocida le trajo la medicina que Carlos acostumbraba a presentarle.

Mignonne creyó que Carlos habría salido para algún asunto, que no tardaría en volver, y después de haber tomado la bebida calmante, se volvió a dormir con el sueño bienhechor de la convalecencia.

Cuando se despertó al día siguiente, se le apareció la misma cara desconocida.

Entonces se apoderó de ella una inquietud instintiva.

—¿No está ahí Carlos? —preguntó.

—No, señorita... —le contestaron con bastante turbación.

—¿En dónde está?

—Ha salido.

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé.

Esas contestaciones evasivas no satisficieron a la joven.

—Me ocultáis algo... —murmuró.

—Señorita...

—¿Por qué no se ha despedido de mí Carlos antes de marcharse?

—Tal vez estaría la señorita durmiendo, y no habrá querido despertarla...

Mignonne tuvo que contentarse con esa explicación, tanto más, cuanto que la persona con quien hablaba, que era una criada de la fonda, se apresuró a salir de la habitación como para sustraerse a nuevas preguntas.

Pasaron algunas horas.

Carlos no volvía.

La inquietud de Mignonne aumentaba.

Llamó.

La criada no se hizo esperar.

—¿Ha vuelto Carlos? —preguntó con febril impaciencia.

—No, señorita.

—En ese caso, decid a su amigo que deseo hablarle, y que le ruego que suba.

La turbación de la criada aumentó.

—¿No habéis oído? —dijo Mignonne.

—Sí, señorita; pero...

—¿Pero qué?

—El señorito Héctor ha salido con el señorito Carlos.

—¡Han salido juntos!... —exclamó Mignonne—, ¡y no han vuelto!, ¿qué quiere decir esto?

—No lo sé, señorita.

La joven ocultó un momento la cara entre las manos, y dijo:

—Desearía ver al dueño de esta casa.

—Voy a decir al señor Roblot que venga, señorita.

La criada salió.

Mignonne se quedó sola, anonadada, pensando en la catástrofe que preveía, aunque sin comprenderla.

Al cabo de un instante se presentó el señor Roblot.

—Caballero —exclamó Mignonne al verle—, ¿dónde está Carlos?

—Yo... señorita —balbuceó el propietario dando vueltas a su gorro entre los dedos—; han debido deciros...

—Me han dicho que había salido —contestó con energía Mignonne—; pero vos debéis saber en dónde está...

—Os aseguro, señorita...

—¡Por Dios, hablad, caballero, hablad!...

—¿Queréis saber toda la verdad, señorita?

—¡Sí, sí, os lo suplico!

—¿No os incomodaréis mucho?

—No; pero me estáis matando con no hablar.

—¡Pues bien!...

—¿Pues bien? —repitió Mignonne jadeante.

—El señorito Carlos se ha marchado de la casa.

—¿Cuándo?

—Ayer por la noche.

—¿Dónde ha ido?

—No lo ha dicho.

—Pero ¿volverá, no es verdad?

—Creo que hacéis mal en creerlo así, señorita.

—¡Abandonada! —murmuró Mignonne con estupor—; pero ¿qué le he hecho yo, Dios mío?

—El señorito Carlos no me ha confiado ningún detalle sobre ese particular.

—¡Abandonada! —repitió la joven—; ¡abandonada!, ¡abandonada!

Y se echó a llorar.

—Hacéis mal en desesperaros —repuso el señor Roblot.

Mignonne miró fijamente al propietario.

—¡Mal! —exclamó—; ¿decís que hago mal?...

—Sí, no estáis abandonada como os lo figuráis, señorita...

—¿Cómo?

—El señorito Carlos, antes de marcharse, ha pagado los gastos de vuestra estancia en esta casa durante un mes, a contar desde hoy, y me ha dejado además doscientos francos para vos. Os los entregaré el día en que os marchéis de aquí...

Mignonne escuchaba con los ojos fijos y los labios contraídos.

Después, de pronto, tuvo un acceso de risa nerviosa, que se extinguió en un sollozo.

—¡Dinero! —murmuró—, ¡dinero!...

Y ocultó el rostro entre las sábanas.

El señor Roblot salió de la habitación.

—La muchacha cree tal vez que no son bastantes doscientos francos —se decía a sí mismo al bajar la escalera—; ¡y, sin embargo, para una pérdida doscientos francos es una cantidad enorme!

VII

En cuanto el señor Roblot salió de la habitación, Mignonne arrojó la sábana y saltó de la cama.

Pero, ¡ay!, no había contado con la debilidad, consecuencia de su enfermedad.

Se le doblaron las piernas, y tuvo que volver a meterse en la cama.

Lo que pasó entonces en el corazón de la joven, es imposible de analizar.

¿Cómo descubrir, en efecto, aquella amarga desesperación luchando con la impotencia? ¿Cómo manifestar la profunda desanimación y los pensamientos siniestros que vinieron, sin tregua, a asaltar y atormentar a la pobre niña?

Ya no había para ella ni esperanza, ni ilusiones, ni porvenir.

Ya no esperaba nada; ya no creía en nada, ya no deseaba nada, a no ser una cosa: morir.

Los lazos que la unían a la vida y a la felicidad acababan de romperse violentamente.

En su corazón desgarrado, no había ya sitio para el amor; no lo había ya más que para el sufrimiento.

Cuando trató de levantarse, fue movida por una idea de suicidio.

Se había acordado de aquel largo río, corriendo por en medio de París, con sus aguas rápidas y profundas.

Y se había dicho que allí podía encontrarse una muerte fácil y pronta.

Pero su debilidad había impedido la realización de aquella resolución suprema.

Mignonne se dijo entonces que tenía que darse prisa en recuperar las fuerzas para morir.

Aceptó todos los cuidados, se conformó con todas las procripciones del médico.

Se entumeció en aquella calma terrible que sigue siempre a las resoluciones enérgicas y decisivas.

Al cabo de tres días pudo levantarse y dar algunas vueltas por el cuarto.

Al cuarto día se vistió y salió.

El señor Roblot se cruzó con ella en la escalera.

—¡Hola!, ¿ya estáis levantada? —le dijo—; ¡vamos, por lo visto no va mal!...

—Sí... sí... —contestó Mignonne—. Ya estoy bien...

—Dentro de poco estaréis curada por completo.

—Sí... dentro de poco... —murmuró la joven.

—Y a propósito, supongo que no os marcháis... Ya sabéis que el alquiler de vuestra habitación y vuestra comida están pagados por un mes... y que, además, tengo que entregaros doscientos francos.

—Ya lo sé: gracias, caballero.

—No tardéis mucho; podría haceros daño.

No tengáis cuidado; ahora nada me hará daño.

Y Mignonne bajó los últimos escalones.

Se dirigió hacia el río.

Ya sabemos lo demás.

Cuando Mignonne abrió los ojos, Pivoine y Ana Dudley estaban inclinadas sobre ella.

Parecía no verlas.

Ana le cogió la mano y se la apretó cariñosamente, preguntándole:

—¿Cómo os encontráis, hija mía?

Mignonne no pareció oír.

—Tengo frío —murmuró—, tengo mucho frío...

En efecto, aunque muy bien tapada, tiritaba como si hubiera estado bajo nieve, y sus dientes chocaban entre sí violentamente.

Acercaron a los labios de la joven un vaso de vino caliente.

Bebió maquinalmente, y repitió:

—Tengo mucho frío... sí... tengo mucho frío.

Después de un instante de silencio, repuso:

—El agua que me rodea me hiela y me ahoga... Está negra... está sucia... Siento que voy a morir... Si Carlos estuviese aquí, me salvaría, me reanimaría contra su corazón... ahuyentaría el frío horrible que me mata... Pero Carlos no está aquí, Carlos no sabe que estoy muriendo...

En presencia de aquel delirio triste y tranquilo, Ana y Pivoine se miraron con espanto.

Mignonne continuó:

—He sufrido mucho, pero ya se acabó... me he muerto... estoy en el cielo... Dios me ha perdonado... veo los ángeles en derredor mío...

Mignonne tomó la mano de Ana, y le dijo con expresión de ardiente súplica:

—Si sois vos mi ángel guardián, haced lo que voy a pedir... Decidme, ¿lo vais a hacer?

—Sí... sí... lo haré —contestó Ana con voz entrecortada por las lágrimas.

—Pues bien, bajad a la tierra, id a ver a Carlos, decidle que le amé con todo el amor que Dios me había dado, y que le amo aún, tal vez más de lo que se puede amar en el cielo... Decidle que mi alma está aquí, pero que mi cuerpo se quedó allá, perdido debajo de aquellas aguas frías y profundas, decidle que busque mi cuerpo, que lo encuentre, y puesto que lo amaba, que lo ponga en ataúd... decidle que me acompañe al cementerio... que no me olvide del todo, y que me arroje algunas flores sobre mi tumba... de aquellas florecitas de nuestras montañas, que tanto me gustaban cuando yo vivía... Le diréis esto, ¿no es verdad?

Ana lloraba, y no podía hablar.

Hizo señas de que haría lo que deseaba Mignonne.

—¡Oh! gracias, gracias —exclamó la joven—, ya veo que no me engañaba y que

sois mi ángel bueno...

Y después de haber pronunciado estas palabras, Mignonne dejó caer la cabeza hacia atrás y se embebió en una atonía muda y profunda.

VIII

Pivoine y Ana no dejaron a medio hacer su buena obra.

Mignonne, bien envuelta en ropas calientes, fue trasladada al coche.

La colocaron en uno de los rincones.

Las dos jóvenes, estrechándose algo, tomaron asiento a su lado y Pivoine dio orden a su cochero de que volviera a París.

Mignonne dormía, o por lo menos parecía dormir, pues tenía los ojos cerrados y su respiración era tranquila.

—¡Pobre niña! —murmuró Pivoine.

—¡Pobre niña! —repitió Ana, limpiando sus enrojecidos ojos.

—¿Qué profunda desesperación la habrá impulsado?

—Probablemente algún desengaño amoroso... —contestó Ana.

—Sí, el amor —murmuró Pivoine—. ¡Por lo visto es verdad que el amor solo causa en este mundo dolores y desengaños!

Ana no contestó.

Pero la expresión de su hermoso rostro indicó bien a las claras que no participaba de la opinión de Pivoine con respecto al amor.

—Ha amado —prosiguió Pivoine—, ha amado, pobre niña, y no la amaban, ha amado y la han engañado. Se entregó, llena de juventud y de candor, de ternura y de confianza, y ha sido rechazada... ha amado y ha querido morir... ¡ha amado y se ha vuelto loca!

—¡Loca! —repitió Ana—; espero que será delirio, pero no locura...

—No os hagáis ilusiones, Ana; he leído en su mirada... la luz de la razón desapareció para siempre... está loca, creedme, está loca, y no la compadezcáis, pues al menos ya no sufrirá...

—¿Qué pensáis hacer de esta niña? —preguntó Ana a Pivoine.

—La voy a llevar a mi casa, y cuidar de ella hasta que me sea posible asegurar su posición.

—¿Queréis darme una verdadera prueba de afecto, Pivoine?

—¡Ya lo creo! —contestó esta.

—Entregadme esa joven.

—¿A vos?

—Sí.

—¿Pará qué?

—Os debe la vida; porque si vos no la hubieseis visto, habría muerto a estas horas... y quisiera yo también hacer algo por ella: por eso os la pido.

—Sea, querida mía; os la dejo, y me alegraré que, como vos decís que me debe la vida, equivocándome en mis previsiones siniestras, os deba a vos la razón.

En aquel momento el coche llegaba a la plaza de la Concordia.

—Calle de San Jorge —mandó Pivoine.

Un momento después la berlina paraba delante de la casa en donde vivía la señorita Dudley.

Las dos jóvenes se apearon.

El lacayo tomó a Mignonne en brazos, subiendo con ella al cuarto de la señorita Ana.

Enrique de Cherlieu la esperaba.

Dio la mano a Pivoine y abrazó a Ana, preguntándole:

—¿Quién es esa joven?

—Esa joven, querido Enrique —respondió Ana sonriendo—, es una buena acción para las dos, y creo será una novela para ti.

—¡Una buena acción... una novela! No comprendo.

—He aquí el prólogo de la novela y de la buena acción. El desenlace lo buscaremos los dos.

Y Ana contó a su amante lo que nuestros lectores saben ya.

—¡Ah, pobre niña, pobre niña! —exclamó Enrique cuando Ana hubo concluido su relato—. ¡Cuánto ha debido sufrir para tomar semejante resolución a su edad! Has hecho bien, Ana, muy bien: la cuidaremos, velaremos por ella como si fuera hija nuestra, esperando que...

Enrique no terminó la frase.

Sin duda Ana comprendió su sentido, porque le apretó la mano, acariciándole con una mirada encantadora.

—Será hija de los tres —replicó Pivoine—; os dejo, porque René me estará esperando; pero volveré mañana a saber cómo sigue.

Y se alejó despidiéndose de sus amigos.

Ana acompañó a su amiga hasta la salida.

—¡Oh! Ana —le dijo Pivoine al separarse de ella—, ¿quién creerá que yo, cuya posición tantas envidian, cambiaría gustosa mi suerte por la de esa desgraciada joven?, ¿quién sabe si no concluiré como ella!...

Y sin dar a Ana el tiempo de contestar, Pivoine bajó rápidamente la escalera.

* * *

Con aquel maravilloso instinto de los corazones que sufren, Pivoine no se había equivocado.

En los ojos de Mignonne había leído la locura y no el delirio.

En efecto, Mignonne estaba loca.

La prueba se presentó de una manera desgraciadamente evidente, durante los días que siguieron a los acontecimientos que acabamos de contar.

Nada se había alterado en la organización física de la pobre niña.

Recuperaba rápidamente las fuerzas y la salud; pero la luz de su inteligencia vacilante no volvía a brillar.

Su locura consistía en una melancolía profunda y en la idea fija de que estaba muerta, de que su alma estaba en el cielo, pero que las negras aguas del Sena encerraban su cuerpo helado.

Y quería que Carlos encontrara su cuerpo y le mandara hacer los últimos honores.

Así es que todo el día se lo pasaba llamando a Carlos, y, como Carlos no venía, lloraba.

Otras veces se cantaba a sí misma los responsos y se figuraba que acompañaba hasta el cementerio su propio entierro.

Ana rodeaba a Mignonne de los cuidados más asiduos y más tiernos.

La trataba como a una hermana querida.

Enrique de Cherlieu la secundaba con todas sus fuerzas en aquella acción generosa.

Pero, poco a poco, la tristeza continua y lúgubre de Mignonne acabó por ejercer una influencia desagradable sobre Ana.

Aquella siniestra melancolía se comunicó a la joven.

Enrique la encontró varias veces sombría sin causa, y la sorprendió un día llorando sin motivo.

Enrique comprendió que aquello no podía durar más tiempo.

La locura es, según dicen, la más contagiosa de las enfermedades, y los cerebros mejor organizados no resistirían al contacto incesante de una razón extraviada.

Enrique pidió una consulta de médicos para tratar del estado de Mignonne.

Los facultativos declararon que había una esperanza, aunque vaga, de devolver la razón a la pobre muchacha, añadiendo que para conseguirlo era ante todo indispensable trasladarla a una casa de salud.

Ana insistió para no separarse de su protegida.

Pero Enrique le demostró que sería poco generoso el sacrificar el interés de la enferma a una satisfacción personal.

Ana cedió.

Solo faltaba escoger la casa de salud a que había de llevarse a Mignonne.

Se decidieron por la del doctor Blanche, conocida ya de aquellos de nuestros lectores que han hojeado los *Amores de un loco*; asilo confortable de las miserias doradas, donde un viejo libertino, atacado de reblandecimiento cerebral, puede hallar todas las felicidades de la vida elegante.

IX

Una tarde, próximamente un mes después de la entrada de Mignonne en la casa de salud a que nos hemos referido, el criado de la señorita Dudley le anunció la visita del conde René.

Ana recibió al conde.

Estaba muy pálido, y parecía conmovido.

—¿Qué tenéis? —le preguntó Ana admirada.

—Pivoine ha desaparecido —contestó bruscamente René.

—¡Desaparecido! —repitió Ana—. ¡Ah, Dios mío!, ¿desde cuándo?

—Desde anteayer. La acompañé al Bosque, y desde entonces ni yo ni ninguno de nuestros conocidos la hemos vuelto a ver.

—¿Y no adivináis lo que ha podido sucederle?

—No sé nada... no adivino nada.

—Pero, vamos a ver: ¿qué ha sucedido?

—Oíd: hace algún tiempo que Pivoine estaba triste, como tal vez lo hayáis notado.

—Siempre la he visto así.

—Sí, pero hace algún tiempo que su tristeza había aumentado; parecía desgraciada, y, sin embargo, bien sabe Dios que yo hacía cuanto podía por adivinar sus menores deseos para satisfacerlos aun antes de que hubiera tenido tiempo para manifestarlos.

—La verdad es —interrumpió Ana— que os portabais perfectamente con ella.

—Es cierto que me manifestaba algún agradecimiento —repuso René—, pero la expresión de aquel agradecimiento era triste, glacial, forzado; no me amaba...

«Ya lo sé» —pensó Ana.

—Yo, por el contrario —prosiguió el conde—, la quería cada día más, y sufría al verla sufrir. Sin embargo, confiaba en el tiempo y en las pruebas de afecto que le prodigaba. Pues bien, desde anteayer nadie sabe lo que ha sido de ella, y matáis mi última esperanza al decirme que no la habéis visto, que no habéis oído hablar de ella... Mi querida señora Dudley, decidme lo que pensáis sobre este asunto y lo que creéis que debo temer o esperar.

—¡Ah! —contestó Ana—, esta desaparición es muy rara, inexplicable, y, por mi parte, temo una desgracia.

—Habladme con franqueza, querida Ana: ¿creéis en un accidente?, ¿creéis en un suicidio?...

—¿Queréis que os diga el fondo de mi pensamiento?

—Os lo suplico.

—Pues bien; creo en un suicidio.

—¡Dios mío!, ¿y de qué os procede ese siniestro pensamiento?

—De la sombría desanimación que se había apoderado de la pobre Pivoine, que yo observaba con profundo pesar.

—¡Ah!, ¿tanto me aborrecía?

—Eso es precisamente lo que yo le preguntaba un día...

—¿Y qué os contestó?

—Me contestó que no os aborrecía, porque vos la amabais demasiado.

—¡Ah! —murmuró René con un suspiro—: ¡era tan hermosa!, ¿podía yo quererla menos?

En aquel momento entró el criado y entregó a la joven una carta que acababan de traer para ella.

Ana miró el sobre y exclamó, rompiéndolo:

—¡Es su letra!, ¡es su letra!

—¿La letra de Pivoine?... —preguntó vivamente René.

—Sí.

—¡Oh, entonces leed... leed pronto!

La señorita Dudley leyó en voz alta las siguientes líneas:

Querida Ana: Tal vez sepáis ya que no estoy con René.

Había resuelto al pronto rodear mi fuga de un profundo misterio; pero como sé que René me ama y que vos también me amáis, no he querido que os figuréis ni en un acto de desesperación por parte mía, ni en una ingratitud que no tengo en el corazón.

Ni una ni otro me volveréis a ver; pero me acordaré siempre de los dos, como de dos amigos leales y verdaderos.

Agradezco mucho a René todo cuanto ha hecho y ha querido hacer por mí.

A vos os agradezco vuestra generosa acogida y vuestro cariñoso afecto.

¡Qué feliz sois, querida Ana!, ¡poseéis la única felicidad que hay en este mundo!, ¡jamás y sois amada! ¡Deseo que esa felicidad no os falte nunca!

Os suplico encarecidamente que no tratéis de averiguar lo que ha sido de mí; no os podéis figurar lo que me molestaría toda gestión en ese sentido.

Acordaos alguna vez de mí, querida Ana; de mí, que, con el corazón oprimido, os digo: ¡Adiós para siempre!

PIVOINE.

—Ya lo veis —dijo Ana cuando hubo acabado de leer—, vive.

—Sí; pero veo también que ama a otro.

—¿No era eso lo que deseabais hace un momento?

—Es verdad; pero ahora que mi deseo está satisfecho, sufro.

—¡Vamos, valor!

—Lo tendré; quiero distraerme... quiero olvidarla, y lo conseguiré... Pero convenid conmigo en una cosa, querida señorita Ana, en que hay mujeres que no tienen corazón.

—Sí, hay mujeres que no tienen corazón; pero la pobre Pivoine tiene demasiado...

X

Algunos minutos después de haberse marchado el conde René, el criado de Ana Dudley llamó muy quedito a la puerta.

—Señorita —dijo en la antesala—, hay un joven que insiste mucho en ver a la señora...

—¿Quién es ese joven?...

—Está muy bien vestido, y parece muy distinguido; pero no le he visto nunca venir aquí. Me ha encargado que entregue esto a la señora.

Ana tomó el papel, y lo leyó rápidamente.

Tenía escritas las líneas siguientes:

Muy señora mía: Temo que mi visita os extrañe, así es que me creo en el deber de explicaros las causas que me obligan a desear tan vivamente que os dignéis recibirme.

A fuerza de gestiones y de pesquisas, he llegado, señora, a descubrir que habéis salvado la vida a una joven que se arrojó al Sena.

Tengo motivos para creer que aquella joven era una persona para mí querida, y vengo a preguntaros lo que ha sido de ella.

Permitidme, pues, que solicite de vos el favor de una conferencia de algunos minutos, y aceptad, señora, el testimonio de la profunda consideración de vuestro muy atento y seguro servidor,

CARLOS DE SAN ANDRÉS

—¡Ah! —exclamó Ana—, debe ser aquel Carlos, a quien mi pobre protegida llamaba sin cesar... Que pase...

El criado introdujo enseguida al joven.

* * *

Antes de proseguir nuestro relato, vamos a explicar muy brevemente la presencia de Carlos en casa de la señorita Ana, y los acontecimientos que le habían inducido a dar ese paso.

Después de haberse marchado, como saben nuestros lectores, del hotel del Norte, en que dejaba a Mignonne, Carlos experimentó al pronto un movimiento de orgullo.

Se dijo que el romper de aquel modo con un amor mal colocado, era propio de un gran carácter y de un espíritu valiente.

Se quiso convencer a sí mismo de que estaba alegre y orgulloso, y de que, al hacerlo, había adoptado la única determinación buena y honrosa.

Esta ilusión duró tres o cuatro días a lo sumo, por más que Héctor procurase prolongarla con sus consejos.

Al cabo de ese tiempo, Carlos pudo comprender el verdadero estado de su corazón.

Se dijo que amaba aún a Mignonne; que la amaba más que antes, y que no había cesado nunca de amarla.

Y por fin se le presentaron a la imaginación tantas razones, buenas o malas, para excusar a la joven, como se le habían presentado antes para inculparla.

Para explicar o atenuar la falta cometida por Mignonne, y el embarazo, que había sido la consecuencia, admitió la posibilidad de una sorpresa, de un desmayo, de una violación.

Y en esto ya sabemos que se aproximaba a la verdad.

Fue al hotel de la calle de Jacob.

El señor Roblot le recibió con aire asustado, y al oír las primeras palabras de Carlos, con respecto a Mignonne, mudó de color, y no contestó.

—Pero, vamos a ver, ¿qué ha pasado, y por qué no contestáis?

—Pues me callo, señorito Carlos, porque no tengo nada que deciros.

—Vamos, señor Roblot, explicaos por favor.

—Pues bien —dijo el propietario precipitadamente—; la pobre muchacha se marchó de aquí anteayer, sin llevarse siquiera los doscientos francos que me dejasteis para ella, y que voy a entregaros...

—¡Que se ha marchado! —exclamó Carlos—. Es imposible... imposible...

—Dispensadme, señorito Carlos; así es, y os aseguro que no ha sido por culpa nuestra, pues estaba muy bien cuidada y se la trataba con todas las consideraciones posibles... Hasta por la noche creí que volvería, como me lo dijo al salir...

Y el señor Roblot contó la conversación que había tenido con Mignonne en la escalera.

—Desde entonces —añadió— he preguntado por la joven por todo el barrio, pero nadie la ha visto.

No podía dudarse de la veracidad de lo que decía el fondista.

Carlos, desesperado, se alejó, llevando un remordimiento en el corazón, pues no se le ocultaba que su abandono había podido impulsar a la joven a tomar alguna funesta resolución.

Carlos se juró a sí mismo descubrir lo que había sido de Mignonne.

Las pesquisas inmediatas fueron al pronto infructuosas.

Revolvió todo París.

Después de un mes de gestiones de todas clases, la casualidad hizo que leyera en un periódico atrasado, que una joven había sido salvada por dos señoras hermosas y elegantes, en el momento en que iba a ahogarse en el Sena.

Las señas de la joven convenían perfectamente a Mignonne.

La fecha del suceso correspondía con el día de la desaparición de la pobre muchacha.

La identidad de esta era, como se ve, casi segura.

Carlos preguntó a los dueños de la casa de Passy en que la joven ahogada había recibido los primeros auxilios.

Por el lacayo se supieron las señas de Pivoine.

Y los criados de Pivoine indicaron a Carlos la morada de Ana Dudley.

Corrió a casa de Ana, guiado por un presentimiento, que no le engañaba en aquella ocasión.

XI

A los cinco minutos de conversación entre Carlos de San Andrés y Ana, ya no había la menor duda para ellos.

La joven del puente de los Inválidos era en efecto Mignonne.

Carlos la encontraba por fin.

Pero la volvía a encontrar loca, y loca por culpa suya.

Se echó a llorar como un niño.

Luego, cuando se hubo calmado un tanto, exclamó:

—¡Oh, señora... quiero verla... quiero verla enseguida! ¡Por Dios, decidme dónde está!...

—Haré más —contestó Ana—; os llevaré junto a ella.

—¡Qué buena sois!... ¡gracias mil veces!

—Dentro de un cuarto de hora seré con vos... el tiempo preciso para echarme un vestido y ponerme un sombrero.

Carlos se inclinó.

Ana dio algunos pasos para salir.

En aquel momento entró en el salón Enrique de Cherlieu.

La joven corrió hacia él.

—La novela continúa —exclamó alegremente.

—¿Qué novela? —preguntó Enrique.

—La de mi pobre protegida.

—¿La joven que está loca?

—Sí; ya estamos en el desenlace.

—¿En el desenlace? —repitió Enrique, que no comprendía ni una palabra.

—Sí, en el desenlace bajo la forma de este caballero, que te presento.

Y señaló a Carlos de San Andrés.

Los dos hombres se saludaron.

—Os dejo juntos —añadió Ana—; él te lo explicará todo: voy a vestirme para ir con él a casa del doctor Blanche, adonde nos acompañarás.

Carlos puso al corriente de lo que ocurría en pocas palabras al señor de Cherlieu.

En cuanto acabó, se presentó la querida de Enrique.

Estaba preparada.

Los tres montaron en un coche, y dieron orden al cochero de ir a Chaillot.

Durante el camino, la conversación se refirió a todos los acontecimientos oscuros o luminosos que nuestros lectores conocen mucho mejor que los mismos personajes que presentamos en escena.

—¡Dios mío —dijo Carlos de pronto—, tengo miedo!...

—¿Miedo, de qué? —preguntó Ana.

—De que mi presencia inesperada cause a la pobre Mignonne un efecto terrible y tal vez peligroso...

—Tiene razón... —dijo Enrique.

—Nada de eso —contestó Ana—; por el contrario, auguro bien de lo que te asusta, y espero que, lo que tanto teme, producirá buenos resultados.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Enrique.

—Tú, que haces libros y comedias, debías comprenderme sin más explicaciones.

—Puede ser, querida niña; pero te confieso con rubor que no comprendo.

—Cuando a consecuencia de un desengaño amoroso una joven pierde la razón en el tercer acto de un drama o en el segundo tomo de una novela, ¿qué sucede en el quinto acto o en el cuarto tomo?

—No lo sé.

Ana se alzó de hombros y repuso:

—Pues sucede esto invariablemente, sin excepción: la heroína se hallá colocada de repente enfrente de aquel a quien ha amado y por quien ha padecido; entonces arroja un grito, se pasa las manos por la frente, se mesa los cabellos y se desmaya. Cuando vuelve en sí, ya no está loca... ¿es verdad o no?

—Sí, en las novelas y en los dramas.

—La literatura es la imagen de la vida; lo que sucede en los libros, sucede también en el mundo. Cuento con la emoción de Mignonne, y espero que nos la vamos a traer perfectamente curada...

—¡Dios os oiga! —murmuró Carlos.

El coche se paró.

Habían llegado.

Ana y sus dos compañeros preguntaron por el doctor Blanche, que los recibió inmediatamente, y les enteró de que no había habido ninguna alteración en el estado de Mignonne.

Ana le expuso su teoría sobre las curaciones instantáneas, y en cierto modo homeopáticas.

En apoyo de su opinión, citó el desenlace de varias comedias.

El sabio doctor escuchó a la joven sonriendo.

—¿No parece que sois de mi parecer? —preguntó Ana algo inquieta.

—No por completo, en verdad; el resultado novelesco que esperáis no es imposible, pero por lo menos no es probable... Además, ya lo veremos, la joven está en el jardín; ¿tenéis a bien seguirme, señores? —añadió galantemente el doctor.

Bajaron los cuatro.

Los pensionistas de la casa de salud se paseaban, aislados o por grupos pequeños, por la arena fina de los paseos.

El médico encaminó sus pasos hacia la parte más lejana del jardín.

Allí, en un paseo contiguo a la tapia, una joven se paseaba muy despacio.

Aquella joven, pálida y con la mirada fija en el suelo, parecía la imagen viva de la

poética Ofelia.

En la mano izquierda llevaba una ramita de pino.

Parecía pensativa y ensimismada, pero no triste.

Aquella joven era Mignonne.

Al verla, Carlos se estremeció y se llevó el pañuelo a los ojos para limpiarse una lágrima.

Al mismo tiempo retardó su paso, para quedarse un poco atrás.

Ana iba delante.

Se detuvo enfrente de Mignonne.

Ella levantó de repente la cabeza y fijó en los visitantes sus grandes ojos algo extraviados.

Debió conocer a la joven...

Cogió la mano a Ana y se la llevó a los labios, murmurando:

—Gracias, mi buen ángel, gracias por haberos acordado de mí y haber venido a visitarme.

—¿Cómo os encontráis, querida niña? —preguntó Ana.

—No se sufre en el cielo —contestó muy bajito Mignonne—, o si se sufre, es solo por el recuerdo... y yo ya no me acuerdo...

—¡Cómo!, ¿lo habéis olvidado todo?

—Todo.

—¿Hasta a aquellos a quienes amabais y que os amaban en la tierra?

—No, mi buen ángel, a aquellos no, o mejor dicho a aquel no... Pues aquel ha venido a reunirse conmigo y le veo a cada instante...

—¿De quién habláis, Mignonne?

—¿De quién he de hablar?... de él... de Carlos...

—¿Y decís que le veis?

—Siempre que quiero... y quiero a cada momento...

—¿Está aquí?

—Sí, está aquí, en este rincón del cielo, junto a mí... ¡Pobre amigo mío, mi voz llegó hasta él!... ¡buscó mi cuerpo!... ¡lo buscó durante mucho tiempo; pero por fin lo encontró y lo ha traído!... ¡figuraos si he sido feliz!...

»Entonces, ¡Dios que ha visto nuestra dicha y nuestro amor, Dios ha permitido que Carlos se quedara aquí!... ¡desde aquel día no nos hemos separado y nos queremos con toda el alma!

Mignonne pronunció estas palabras con profunda expresión de éxtasis y de embriaguez.

—¿En dónde está Carlos? —preguntó Ana.

—Aquí cerca... muy cerca de aquí...

—¿No puedo yo verle?

—No.

—¿Por qué?

—No viene más que cuando estoy sola... cuando hay alguien a mi lado, tengo miedo y le escondo.

—¿Tenéis miedo?

—Sí, tengo miedo de que me roben a mi Carlos... Aquí hay más mujeres y tengo celos.

Y Mignonne echó en derredor suyo una mirada sombría.

Ana hizo una seña a Carlos para que se acercara.

El joven obedeció.

Su ánimo estaba embargado por una terrible emoción.

Las piernas le flaqueaban.

Ana cogió la mano de Carlos y la puso en la de Mignonne.

Esta retrocedió bruscamente.

—¿Qué tenéis? —le dijo la señorita Dudley muy sorprendida, pues esperaba un resultado muy distinto.

—¿Por qué se acerca a mí ese hombre? —murmuró Mignonne.

—¡Ese hombre! —repitió la señorita Dudley con estupor—, ¿no le conocéis?

—No le he visto nunca —contestó la joven—, no le he visto nunca y me da miedo.

Y en efecto, al ver a Carlos, una palidez intensa invadió su rostro, sus dientes chocaban y un temblor nervioso agitaba todo su cuerpo.

—Vámonos —dijo en voz baja el doctor Blanche—, la vista del señor hace daño a la pobre niña, y su presencia demasiado prolongada le produciría un ataque terrible.

Ana, llorosa, estrechó a Mignonne contra su corazón y nuestros tres personajes, tristes y silenciosos, obedecieron la orden del médico y se fueron del jardín.

Al llegar a la puerta, Carlos estrechó la mano a Ana y a Enrique de Cherlieu, y se alejó sin pronunciar ni una sola palabra.

XII

Un año ha transcurrido.

Nos hallamos en el mes de diciembre del año siguiente.

Enrique de Cherlieu y la señorita Ana se amaban más aún, a ser posible, que en las hermosas noches de su luna de miel.

Era una de esas parejas modelo, que no podemos menos de comparar con los pichones enamorados que se besan, sin cansarse nunca, encima de los relojes de porcelana de Sèvres.

Una noche, cuando los dos jóvenes volvían a su casa (íbamos a decir a su nido) de la calle de San Jorge, el portero entregó a Ana una carta que un chicuelo, sucio y harapiento, había traído para ella algunas horas antes.

Aquella carta, escrita en papel muy ordinario, estaba, no obstante, doblada con cierta elegancia.

No era posible conocer la letra del sobre, por efecto del temblor de la mano que la había trazado.

Ana la abrió, se acercó al mechero de gas del portal, y leyó lo que sigue:

Mi querida Ana: Si os acordáis aún de una amiga que no os olvida, venid.

Si queréis venir, daos prisa, pues me estoy muriendo.

No os lo suplicaría por mí misma, Ana; pero mi hijo tiene frío, mi hijo tiene hambre; os lo suplico por mi hijo.

Si no es por cariño, que sea por caridad; pero venid, venid pronto.

PIVOINE.

Calle del Heno, 17, barrio de Santiago.

—¡Ah! —exclamó la señorita Dudley—; ¡Pivoine tiene un hijo... Pivoine se está muriendo y su hijo sufre!... ¡ven, Enrique, corramos!

El coche que había traído a los dos jóvenes no se había marchado aún.

Enrique llamó al cochero.

A la media hora próximamente, el coche paraba enfrente del núm. 17 de aquella calle, estrecha e infecta, que se llama calle del Heno.

Serían entonces las once de la noche y estaba cayendo un gran helada.

Enrique movió diferentes veces el aldabón enmohecido de una puerta en malísimo estado.

Aquella puerta se abrió por fin.

Enrique y la señorita Dudley entraron en un pasillo largo, que olía bastante mal, alumbrado tristemente por un quinqué miserable.

Al mismo tiempo una voz gritó desde la portería:

—¿Sois vos, por fin, señor Fra-Diavolo?

—¡Señor Fra-Diavolo!... —repitió la señorita Dudley estremeciéndose—. ¡Oh, ahora lo comprendo todo! ¡Pobre Pivoine!...

* * *

Retrocedamos un poco, y remontémonos a los acontecimientos que tuvieron lugar por la época de la carta escrita por Pivoine a Ana el día en que desapareció de la suntuosa habitación que le había regalado el conde René.

Estamos en los Campos Elíseos.

El día anterior, Pivoine paseaba, según costumbre, su incurable aburrimiento por los Campos Elíseos.

Al pasar al trote largo de sus caballos, vislumbró en el paseo, no lejos del cuadrado de Marigny, a un joven, arrimado a un árbol, que echaba sobre los paseantes una mirada llena de desesperación.

Pivoine creyó conocer a aquel joven.

Arrojó un débil grito y se asomó enseguida a la portezuela.

Pero varios grupos de gente se habían formado entre ella y el objeto de su curiosidad, y como el coche seguía andando, le fue imposible distinguir nada.

A unos cien pasos, dio orden al cochero de dar la vuelta y de subir muy despacio por el paseo principal de los Campos Elíseos.

El joven continuaba en el mismo sitio.

Su mirada conservaba la misma expresión de tristeza y amargura.

Estaba delgado y pálido.

Parecía abatido por un gran dolor.

Esta vez ningún obstáculo se interponía.

Pivoine fijó en él sus ávidos ojos, en los que se reconcentraba toda su alma.

Aquella mirada, en cierto modo magnética, atrajo la del joven.

Se llevó la mano al pecho y vaciló.

Pivoine y Fra-Diavolo acababan de reconocerse...

Una verdadera conmoción eléctrica, seguida de deslumbramiento, paralizó durante un rato todas las facultades de la joven, que se recostó medio desmayada en uno de los ángulos del coche.

Cuando volvió en sí y miró de nuevo, Fra-Diavolo había desaparecido, y el cupé llegaba a la plaza de la Concordia.

El carruaje paró.

—¿Adónde va la señora? —preguntó el lacayo.

—A casa —contestó Pivoine—, y a escape.

Quería estar sola y poder encerrarse para meditar a sus anchas, para llorar tal vez.

Los caballos echaron a andar a galope, y llegaron a los pocos minutos a la calle de Castellane.

Al bajar del coche, Pivoine estuvo a punto de caer de espaldas.

Fra-Diavolo que, a riesgo de estrellarse cien veces, se había agarrado a los muelles del cupé, se le apareció pálido e inmóvil junto a la puerta.

No le dirigió la palabra, pero la saludó al pasar.

Pivoine sintió que se le iba la cabeza, y no tuvo fuerzas para contestar al saludo, ni siquiera con un ligero movimiento de cabeza.

Cuando entró en su casa, se dejó caer en una butaca, llorando amargamente, y murmuró:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de mí?

Y después de haber arrojado esa exclamación desesperada, fue al balcón, lo abrió y miró a la calle.

En la acera opuesta, enfrente de su casa, volvió a ver a Fra-Diavolo, cuya mirada fija y ardiente parecía devorar sus balcones.

Cuando llegó la noche, el artista no había cambiado aún de postura.

Pivoine sufría horriblemente; tenía fiebre; hubiera querido morir, y sin embargo, sentía dentro de ella algo que la encadenaba irresistiblemente a la vida.

A las once se acostó como de costumbre.

Pero aquella noche fue para ella noche de angustias morales y de tormentos físicos.

Pivoine estaba enferma del cuerpo y del alma.

No durmió ni un momento, y cada hora le pareció larga como un siglo.

Por fin, llegó el alba.

Pivoine corrió al balcón, apartó con precaución las pesadas cortinas que su doncella había corrido por la noche.

A pesar del frío, a pesar de la noche, el artista no se había separado de su sitio.

Pero estaba más pálido, y aun más abatido que el día anterior.

—Vaya —se dijo Pivoine—, ¡puesto que la fatalidad lo quiere así, cúmplase mi suerte!...

Y, sin llamar a su doncella, se puso su vestido más sencillo.

Juntó sobre la chimenea, bien a la vista, todas las alhajas y todo el dinero que debía a la generosidad del conde René.

No se llevó ni una sortija, ni una moneda.

Nada, nada, nada.

Después salió del cuarto, bajó las escaleras y salió de la casa.

Se fue derecha hacia Fra-Diavolo, que se caía de cansancio y de frío.

—Escúchame... —le dijo—. ¿Sigues queriéndome?

—¿Y me lo preguntas? —exclamó el artista—; ¿y me lo preguntas?, ¡a mí, que desde que me has abandonado he tenido el suficiente valor de no morirme, porque quería volver a verte!...

—En cuanto a mí, te amo aún —prosiguió Pivoine—; te amo más que a mi vida y más que a mi felicidad... ¡Que nuestra suerte común se cumpla, puesto que no podemos vivir uno sin otro; aquí me tienes, iré adonde vayas... lo que será de ti, será

de mí!...

—Oye —dijo Fra-Diavolo—. Antes de que yo acepte lo que me ofreces, es preciso que te lo diga todo. Ahora eres rica, eres feliz...

—Rica, sí; feliz, no.

—Yo soy más pobre que nunca; no todos los días tengo pan.

—Cuando no tengamos pan, no comeremos; y nada más.

—Tal vez me suceda echarte a menudo en cara el haberme abandonado para venderte a otro.

—Eso será para mí una expiación muy merecida. Al dejarte, hice muy mal... no me pegaste más que porque estabas celoso, y estabas celoso porque me querías.

—¿De modo que no te queda sentimiento ni pesar alguno?

—¡Te lo juro!...

—¿Los colores sombríos de nuestro porvenir no te asustan?

—Somos los dos bastante jóvenes para que el porvenir se vuelva hermoso...

—Entonces, ven... ven conmigo.

Fra-Diavolo no había exagerado los colores sombríos del porvenir que ofrecía a Pivoine.

La pobre muchacha, instalada con él en la calle del Heno, en una buhardilla que había convertido en estudio, tuvo que verse de nuevo entre las garras de la fría y horrible miseria, miseria tanto más terrible, cuanto que venía después de las voluptuosidades de la vida cómoda y elegante.

XIII

Fra-Diavolo no había mentido al decir a Pivoine que no tendría pan todos los días.

Pivoine tuvo hambre más de una vez, pues el artista no tenía trabajo.

La joven tuvo que reducirse a una labor sin descanso para ganar algunos cuartos que le permitieran, por su parte, subvenir a los modestísimos gastos de su pobre hogar.

Añádase a esto que, desde el segundo mes de la reconciliación de los dos amantes, Pivoine se sintió embarazada.

Aquel embarazo, en vez de asustarla, la regocijó.

—Dios tendrá piedad de nosotros —se decía—, y cuidará de la pobre criatura que va a nacer.

Hubo un momento, en efecto, en que fue posible creer que la suerte iba a declararse en favor de Fra-Diavolo.

Un rico propietario de Versalles le hizo encargos de alguna importancia para adornar con pinturas anacreónticas el interior de un magnífico hotel.

Fra-Diavolo cobró algún dinero, y, digámoslo de una vez, se apresuró a gastarlo con la despreocupación peculiar a los artistas.

Pivoine dio a luz un hermoso niño sonrosado.

Ambos jóvenes eran felices; pero aquella felicidad no debía durar mucho.

Llegó el invierno.

Los trabajos de Versalles cesaron, interrumpidos momentáneamente por el frío.

El dinero desapareció.

Pivoine, que criaba a su hijo, no podía hacer nada, y, por consiguiente, no ganaba nada.

Volvió el malestar, y después la miseria.

Cuando uno es joven, cuando la primavera sonrío a la tierra y el sol acaricia con sus rayos dulces y bienhechores, la miseria puede ser alegre, y se puede cantar para engañar al hambre.

Pero cuando el cielo está oscuro, cuando sopla el cierzo por entre las rendijas del techo de una buhardilla y viene a desparramar las cenizas de un hogar sin fuego...

Cuando una criatura llora, alargando sus manecitas moradas de frío, y su madre no puede presentarle más que un pecho árido y seco...

¡Oh! entonces la miseria es horrible, y las lágrimas que hace derramar son lágrimas de sangre.

He ahí la situación de Fra-Diavolo y de Pivoine; sin lumbre, con un frío intensísimo, sin pan desde el día anterior; esas pocas palabras lo dicen todo.

Pivoine, mal resguardada por una manta hecha jirones, tiritaba sobre el mal tablado en que la tenía postrada una ardiente fiebre.

Procuraba dar calor a su hijo, estrechándole contra su pecho.

Fra-Diavolo, sentado junto al camastro, ocultaba entre las manos un rostro descompuesto.

De repente se levantó y cogió el sombrero.

—¿Vas a salir? —murmuró Pivoine.

—Sí, voy a Versalles a ver al conde de G... tengo que hacerle algunos trabajos esta primavera; le referiré nuestra situación, y no me negará un anticipo.

Un rayo de esperanza iluminó el rostro de Pivoine.

—Ve —dijo—, no pierdas tiempo, pues mira, tengo mucha hambre, y a cada momento que pasa, mi leche se acaba gota a gota.

El día pasó; día de dolores.

Llegó la noche; noche de angustias.

Fra-Diavolo no volvía.

El hijo de Pivoine lloraba quejumbrosamente.

La joven no tenía leche que darle; le hizo beber sus lágrimas.

Cuando vino la mañana, la portera, inquieta por no haber visto volver a Fra-Diavolo, subió hasta la buhardilla de sus inquilinos.

Encontró a Pivoine desmayada.

La hizo volver en sí, arrojándole un poco de agua en la cara.

—¿Necesitáis algo, mi pobre señorita? —le preguntó.

—Dadme papel y pluma, y mandad con alguien la carta que voy a escribir.

—Mi hijo la llevará; voy a buscar pluma y tinta.

La portera salió, y volvió, en efecto, al poco rato con lo que deseaba Pivoine, que escribió a Ana la carta que conocemos.

—Mi hijo va a llevarla corriendo —dijo la portera cuando Pivoine hubo acabado—, y ahora, si necesitáis algo, señorita, decidlo con franqueza...

—No necesito nada —contestó la altiva joven.

La portera salió.

Pivoine volvió a recostarse, y solo tuvo fuerzas para estrechar de nuevo a su hijo contra su corazón.

—¡Oh, Dios mío!, ¡oh, Dios mío! —murmuraba—; ¡con tal de que llegue a tiempo!

Hacía dos días que Pivoine no había comido.

Las once de la noche daban.

Fra-Diavolo no había vuelto.

Se había muerto de hambre y de frío en el camino de Versalles al volver con las manos vacías.

* * *

La puerta de la buhardilla de Pivoine se abrió vivamente para dejar paso a Ana y al

señor de Cherlieu, a quienes seguía la portera con una luz en la mano.

Ana corrió al camastro.

Apartó rápidamente la manta, y puso su mano, blanca y fina, sobre el corazón de su antigua amiga.

—¡Demasiado tarde! —dijo con voz ahogada, después de un momento de silencio —; ¡demasiado tarde!... ¡demasiado tarde!...

El cuerpo de Pivoine estaba caliente aún.

El de su hijo estaba ya frío.

Una hora después, en aquella misma habitación, modesta y piadosamente adornada por la señorita Dudley, Pivoine descansaba para siempre.

* * *

Ya no nos queda más que decir a nuestros lectores lo que ha sido de los principales personajes de nuestra relación.

Mignonne ha dado a luz un hijo en la casa de salud. Su hijo, criatura disforme y monstruosa, horrible retrato de Pedro Nicod, no ha vivido felizmente.

Carlos de San Andrés se ha marchado con sus padres, aborreciendo París.

Él es el que paga la pensión de Mignonne en casa del doctor Blanche.

Se ha perdido la esperanza de curarla.

Según se dice, Carlos de San Andrés está a punto de contraer un matrimonio ventajoso.

El conde René se consoló, y lo que es más, está enamorado.

En el cuarto de Pivoine ha instalado a una joven actriz de Palais-Royal, que desempeña ciertos papeles con especial desenvoltura.

La señorita Ana y el señor de Cherlieu se aman cada vez más, y dicen que seguirán amándose siempre.

Han mandado poner en el cementerio de Père Lachaise una tumba rodeada de flores, bajo las cuales descansan una madre y su hijo.

Ana va a menudo a arrodillarse sobre esa tumba, cuyo mármol blanco tiene grabado este nombre:

PIVOINE

Y más abajo estas tres palabras:

¡¡¡Rogad por ella!!!

FIN DE «LAS PECADORAS»

NOTAS

[1] La primera edición de esta novela fue publicada en 1848. El autor tenía entonces veinticuatro años. Su talento, aunque ya grande, era, sin embargo, irreflexivo. <<

[2] Véase *Mignonne*, segunda y última parte. <<

[3] Véase la primera parte de *Las pecadoras*, que lleva por título *Pivoine*. <<

[4] *Las Pecadoras*, primera parte, *Pivoine*. <<